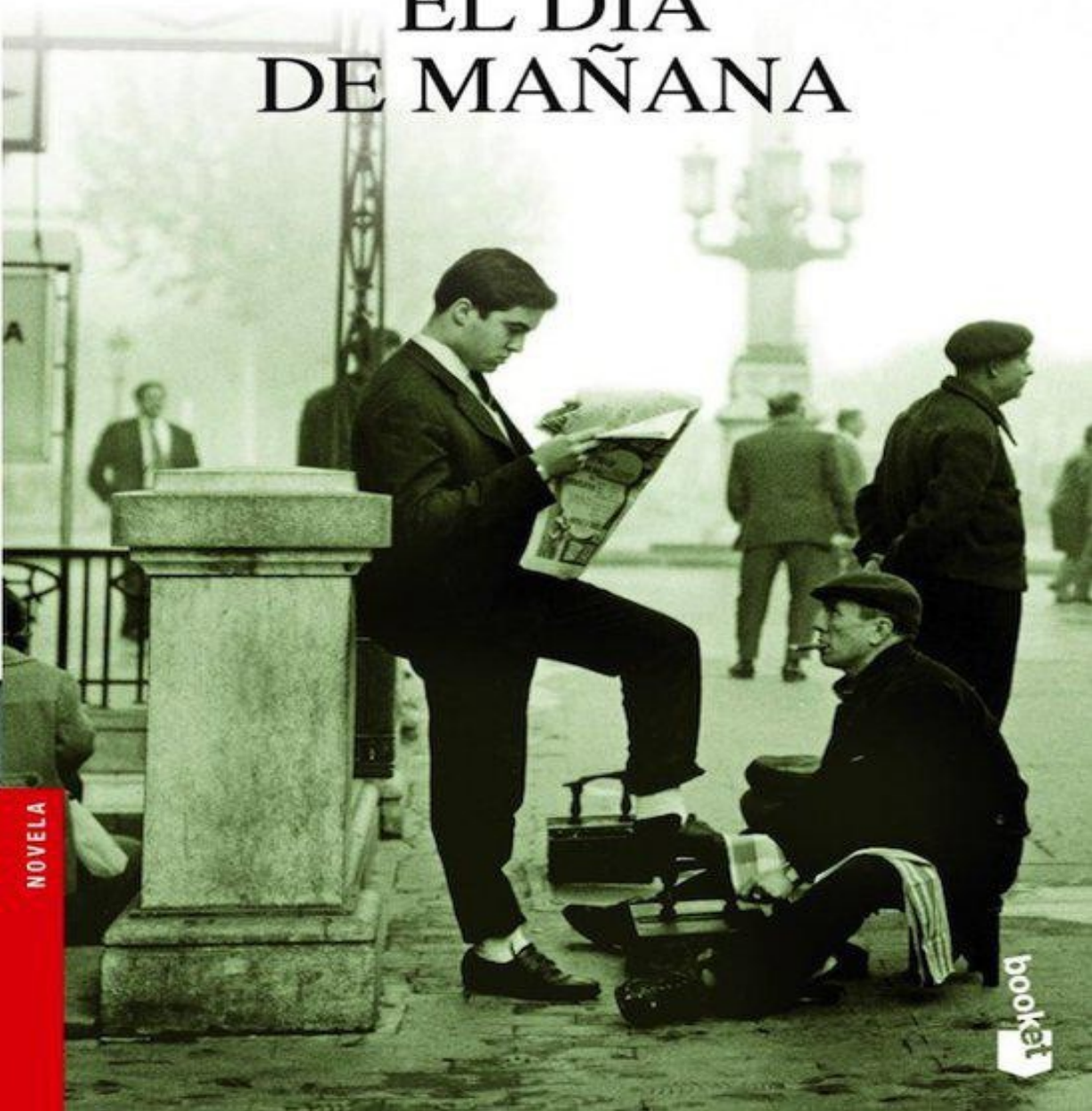


IGNACIO
MARTÍNEZ DE PISÓN

EL DÍA
DE MAÑANA



NOVELA

booket

Annotation

Justo Gil es un emigrante recién instalado en Barcelona, un joven avisado y ambicioso que, llevado por los vaivenes del destino, acaba convirtiéndose en confidente de la Brigada Social, la policía política del régimen. Una docena de memorables personajes nos cuentan cómo conocieron a Justo en algún momento de sus vidas y cómo fue su relación con él. Sus testimonios conforman una visión caleidoscópica de la cambiante realidad de los años sesenta y setenta, al tiempo que reconstruyen la historia de la degradación personal de un individuo cuya evolución y comportamiento ayudan a entender importantes parcelas de ese capítulo fundamental de nuestra historia reciente que fue la Transición. Ignacio Martínez de Pisón novela ese apasionante período desde dentro, observando, como sólo él sabe hacerlo, el impacto que la historia colectiva tuvo en la individual, es decir, en la realidad de la gente común. Cobra vida en estas páginas la atmósfera incierta y fascinante de una época en la que todo parecía posible.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

El Día de mañana

Seix Barral

Autor: Martínez de Pisón, Ignacio

©2011, Seix Barral

Colección: Biblioteca breve

ISBN: 9788432214042

Generado con: QualityEbook v0.63

Sí, éramos medio parientes, dice Martín Tello. Pero es que en los pueblos pequeños todos son parientes o medio parientes. Mi padre y su madre se apellidaban igual y, aunque no sabían de dónde les venía el parentesco, entre ellos se llamaban primos. ¡Prima, tráeme esto!, ¡primo, tráeme lo otro! Pero mis primos de verdad no eran ellos, sino los hijos de mi tío Guillermo y mi tío Evaristo. Cuando nos vinimos, nos vinimos todos: mi tío Guillermo con su mujer y sus cuatro hijos, mi tío Evaristo con la suya y las dos chicas, mis padres conmigo y con mis hermanas. Llevaban tiempo, desde antes de la guerra, hablando del embalse y diciendo que tendríamos que dejar el pueblo y, cuando llegaron unos del gobierno y ofrecieron cuatro perras por las tierras y las casas, mis padres y mis tíos no se lo pensaron. Con embalse o sin embalse, aquello no tenía ningún futuro... Y, si teníamos que rehacer la vida en otro sitio, cuanto antes empezáramos mejor, ¿no? Así que metimos todo lo que pudimos en los carros y nos echamos a la carretera. Tardamos cuatro días en llegar a Barcelona. Lo que más llamó la atención de mis hermanas fue que las calles tuvieran nombre y las casas número. Claro, para no perderse, dijo mi padre. Íbamos con los carros por la Gran Vía, que entonces se llamaba de José Antonio, y la gente nos señalaba con la mano y se reía. Por un conocido de uno de mis tíos conseguimos que nos dejaran meternos en un piso del Barrio Chino. En aquella época, esa parte estaba llena de emigrantes aragoneses. Lo primero que hicimos fue ir a ver el Centro Aragonés, que estaba muy cerca, en la esquina de Joaquín Costa. Entrando en Barcelona habíamos visto otros edificios más grandes y más elegantes, pero aquél nos impresionó más. No sé. A lo mejor era que lo sentíamos un poco nuestro. A lo mejor era que lo comparábamos con las casas del pueblo, tan pobres, tan mugrientas, y nos parecía que en Barcelona podríamos llegar a hacer cosas y realizar sueños que en el

pueblo ni siquiera éramos capaces de concebir. Y eso nos animaba. Empecé a trabajar esa misma semana. Primero fui chico de los recados de una carnicería del mercado de San Antonio, después estuve de aprendiz en una fábrica de corcho, más tarde entré de botones en el hotel Majestic... Por la cafetería del hotel iba un hombre que tenía varias gasolineras. Me preguntó cuánto ganaba. Se lo dije. Me dijo si quería ganar más y le dije que sí. Trabajé en cuatro o cinco gasolineras distintas: una en Igualada, otra en Manresa, otra en... Entonces las distancias parecían mayores que ahora, y no podías vivir en un sitio y trabajar en otro, así que lo que ganaba se me iba en pagar la pensión. Fui a ver al patrón y le dije que prefería estar cerca de mi familia. Aquel hombre tenía también una gasolinera en el centro de Barcelona, en la calle Casanova. En cuanto hubo una vacante, me llamaron y volví a vivir con mis padres. Enfrente de la gasolinera había una peluquería de caballeros que se llamaba Adolfo. Era raro, porque el dueño se llamaba Andrés. Yo iba a veces a darle conversación y así conocí a su hija, la Mari. Cuando Andrés vio que lo nuestro empezaba a ir en serio, me preguntó si me gustaría aprender el oficio. Y así fue como me hice peluquero. Al poco tiempo, la Mari y yo nos casamos y nos fuimos a vivir a la calle del Tigre. Allí nacieron nuestros tres hijos. Cuando apareció Justo con su madre, teníamos ya a los gemelos pero todavía no a María Jesús, la pequeña.

Yo de él ni me acordaba, dice Martín Tello. Pero es que Justo, cuando nos fuimos del pueblo, era un crío. Habían pasado catorce años desde entonces, y yo no había vuelto a saber nada de él ni de la gente del pueblo. Me acuerdo de la cara que puso la Mari:

—Que hay unos en la escalera que dicen que son parientes tuyos...

Pero es que había que verlos. Él, flaquito y pequeño y como desnutrido, y la madre con la cabeza torcida y los labios llenos de saliva seca, con ese aspecto de trastornada que se le había quedado desde que le

dio el arrechucho. La Mari debió de pensar que eran mendigos o algo así, y yo no podía negar que éramos un poco parientes.

—¿Qué queréis? —dije.

—Acabamos de llegar, y como no conocemos a nadie más... —dijo.

Habría sido mejor que hubieran sido mendigos. Les habría dado unas monedas y me habría desentendido de ellos. Pero un buen cristiano no puede hacer una cosa así. Les dije que esa noche los gemelos dormirían con nosotros y que ellos dos podrían dormir en su cuarto. ¡Menudas caras me ponía la Mari! Justo cogió a su madre en brazos y me siguió hasta la habitación de los chicos. Había que ver con qué delicadeza la trataba. Le decía:

—¡Verá qué bien va a estar!, ¡qué casa tan maja!, ¡y qué cuarto tan agradable...!

La colocó con cuidado sobre una de las camas y corrió a recoger sus cosas, que habían dejado en el portal. Entonces me di cuenta de que había subido los tres pisos con su madre auestas: no se podía negar que el mozo era animoso. La Mari miró con aprensión a la mujer y murmuró:

—¿Éste no desaparecerá y nos dejará con la momia esa?

Pero Justo por nada del mundo abandonaría a su madre. Se desvivía por ella. Se diría que era lo único verdaderamente importante en su vida. Cuando volvió, me fijé en que no tenían ni maletas. Las pocas cosas que tenían las llevaban dentro de dos viejas mantas enrolladas y atadas con bramante... ¡A saber cómo habrían hecho el viaje desde el pueblo!

La verdad es que el mozo tenía buen corazón, dice Martín Tello. ¿Y cómo lo iba yo a dejar tirado, con su madre en esas condiciones? Por entonces llegaban montones de emigrantes todos los días. Los veías por todas partes con sus maletas de cartón y sus cestos de mimbre y sus ropas raídas... Venían en unos trenes que llamábamos borregueros. Un cliente de la peluquería que trabajaba en la estación de Francia me contó que a muchos de ellos la policía los obligaba a subir de nuevo al tren y los

devolvía a su tierra. O directamente los encerraba en el castillo de Montjuïc. Como si fueran delincuentes. Como si vinieran a robar o a violar o a matar, cuando lo único que querían era trabajar y conseguir un trozo de pan que llevarse a la boca. A mí me daban mucha pena, pero en aquella época no podías opinar... A Justo, por lo menos, no le pasó nada. Ni a él ni a su madre. ¡Cómo la quería! ¡Cómo la trataba! Si digo que el mozo tenía buen corazón... Luego supimos que ni la hija, que estaba casada y vivía en Barbastro, ni los dos mayores, que se habían marchado a Zaragoza, habían querido hacerse cargo de la pobre mujer, y de todo tuvo que ocuparse él, que no tenía dónde caerse muerto. Un día me dijo que habían venido a Barcelona porque aquí estaban los mejores médicos. No había perdido la esperanza de curarla. Creía que, buscando, buscando, encontraría alguna eminencia de la medicina que la operaría o le pondría alguna inyección milagrosa, y entonces ella volvería a ser la de antes, una mujer sana, robusta, de esas que llevaban un cántaro en una mano y tiraban de un carro con la otra. Tardó bastante pero es verdad que, en cuanto pudo permitírselo, la llevó a que la vieran los mejores especialistas. Todos le decían lo mismo. Que la lesión en el cerebro era grave. Que nunca podría valerse por sí misma. Pero él no terminaba de creerles. Pensaba, simplemente, que no eran tan buenos médicos como la gente decía, y seguía preguntando a unos y a otros porque estaba seguro de que algún día acabaría dando con el médico que andaba buscando. Entre tanto, la mujer era lo que decía la Mari: una momia. Y él la lavaba y le cambiaba la ropa y le cortaba las uñas y le cepillaba el pelo. También hacía con ella unos ejercicios de rehabilitación que consistían en abrirle y cerrarle las manos, en doblarle y estirarle las piernas... Y le hablaba. Le hablaba como si ella pudiera entenderle. ¡Y vete a saber! ¡A lo mejor no estaba tan lela y un poco sí que le entendía! Pero a mí me parecía que era como lo de esa gente que habla con sus plantas mientras riega. O peor aún, porque hasta de un geranio se podía esperar más expresividad que de esa pobre mujer...

En casa los tuvimos cerca de un mes, dice Martín Tello. Lo primero era ayudarlo a encontrar trabajo. Aquello no era fácil porque el mozo no sabía hacer nada. O, mejor dicho, sólo sabía de las cosas del campo. Sabía ordeñar una vaca y herrar una mula y cortar leña. Sabía cavar una acequia y retejar una casa. Y, al parecer, no era mal cazador: tenía buena puntería y sabía esperar. ¿Pero de qué le servía todo eso aquí? De nada. Me lo llevé conmigo un domingo y le estuve presentando gente. Por entonces hablaba muy poco, sólo si le preguntaban, y todavía usaba palabras de esas que decíamos en el pueblo. Al espejo lo llamaba *espiello*, y al bolsillo lo llamaba *pocha*, y a los callejones *callizos*... Ya casi había logrado olvidarme de esas palabras, y ahora venía él a recordármelas. Yo le corregía: espejo, bolsillo, callejón. Si quería salir adelante, tenía que empezar por civilizarse. Uno de los hombres que le presenté era pintor y me dijo que podía necesitar un aprendiz. A los pocos días apareció por casa uno de su cuadrilla y se lo llevó. ¡Dios mío, la cara que traía cuando le dieron el primer jornal! ¡Estaba feliz! Eran cuatro perras, pero él nunca había visto tanto dinero junto. Me lo enseñó y me preguntó si le llegaría para comprarle una silla a su madre. Eso era lo que le obsesionaba: poder comprar una silla de ruedas para su madre. ¿Tenía buen corazón o no? A la mujer la teníamos en casa mientras Justo salía a trabajar, y la Mari le echaba un vistazo cuando conseguía dormir a los gemelos. Fui a la parroquia a hablar con el padre Benet. Le hablé del chico y de su madre y le pregunté si sabía de alguien que tuviera una silla de ruedas y no la necesitara. Pero en realidad la silla era lo de menos. Yo sabía que una anciana del barrio había legado a la parroquia un localito que tenía pegado a la iglesia. El padre Benet la había convencido diciéndole que necesitaba un local así para la catequesis, pero hacía más de dos años que la mujer había muerto y el local ni se usaba para la catequesis ni se usaba para nada. Y eso era lo que yo quería: que la parroquia les cediera el local como vivienda. Tal como estaba la madre

de Justo, no se podía pensar en subir y bajar escaleras. Tenían que conseguir un local como ése. Tenían que conseguir ese local. Con las perras del mozo y unas pocas que le presté compramos una silla de ruedas de segunda mano. Y, por fin, Justo pudo salir a dar un paseo con su madre. La llevaba atada con una correa para que no se le cayera al primer bote. La mujer iba dando bandazos con la cabeza, como cuando te quedas dormido en un tren, y Justo le decía:

—Mire esa fuente, madre, qué bonita, y esas casas de allá, madre, mire qué altas...

Yo le dije que, siempre que la sacara a pasear, pasara un momento por la parroquia. Lo importante era que el padre Benet les viera, que se fijara en ellos. El mozo siguió mis instrucciones, y entonces yo empecé con las insinuaciones y las indirectas. Que si qué se ha hecho, padre, del localito ese de la herencia. Que si no estaría bien, padre, que desaprovecháramos los bienes que Dios Nuestro Señor ha puesto a nuestra disposición. Que si no me importaría, padre, cumplir con mi deber de buen cristiano y ayudarle a encontrar el mejor uso posible para el localito... Y así fue como les conseguí su primera vivienda. No está mal, ¿no? En la vida hay que tener mano izquierda. Y yo tengo, siempre he tenido. ¿Cómo, si no, habría podido llegar hasta donde he llegado?

Era ver unas faldas y volverse loco, dice Pascual Ortega. ¡Qué hombre! En presencia de una mujer bonita se transformaba. Ahuecaba la voz, achinaba un poco los ojos, ponía esa media sonrisa que él creía irresistible... Hasta parecía más alto. ¡Porque mira que era bajito! Ahora me acuerdo de la Juju. Se llamaba Juana, pero como era tartamuda... Que yo sepa, no tenía otro defecto. Morena, guapetona, con un trasero que le rebosaba la falda. Y alta, muy alta, más que la mayoría de los hombres. Verles pasear juntos era todo un poema: ella tan bien plantada, y él un canijo que se empeñaba en llevarla cogida del hombro. Iba siempre como colgado de ella. Parecía un mono, uno de esos chimpancés de las

películas. Es que no la soltaba ni un segundo, y de vez en cuando le saltaba al cuello y ¡venga a besuquearla y a besuquearla! Ella fingía resistirse: ¡Ju-ju-justo!, ¡que hay ge-ge-gente!, ¡que nos está viendo todo el mu-mu-mundo! Ay, la Juju..., ¡cómo me gustaba esa mujer! Estudiaba en una academia de corte y confección de la Ronda Universidad. Yo iba mucho por allá porque mi madre era amiga de la dueña, la señora Eulalia, y a veces me mandaba a recoger algún paquete: unos visillos, unas servilletas de hilo... Recuerdo que en verano tenían las ventanas abiertas y se oía el tiqui-tiqui de las máquinas de coser. Yo mataba el tiempo hasta que salían las chicas, a la una y media. Ahí estaban siempre los novietes esperándolas. Entre ellos, claro, estaba él. Con su traje barato, con sus ojines de seductor, con ese peinado que se hacía para parecer más alto... Yo tendría entonces diecinueve años y él unos veintidós. Empezaban a salir las chicas. Las feas se iban en grupitos porque nadie las esperaba, y las guapas corrían a reunirse con sus novios. De ellas, sin duda la más guapa era la Juju, y todos, hasta los que estaban con las otras chicas, la seguían con la mirada desde que aparecía por el portal hasta que se lanzaba a los brazos de Justo. Parecía que no estaban allí para recoger a sus novias sino para presenciar ese momento, el momento de verla salir. Y se la comían con la mirada y las novias se enfurruñaban. Pero ella, la Juju, como si nada. Ella ni se enteraba de la admiración que despertaba en los demás, porque sólo tenía ojos para él... A mí, desde luego, nunca llegaba a mirarme. Yo era invisible para ella, como lo eran todos los hombres del mundo. Todos menos Justo. ¿Qué vería en él? ¿Qué era lo que le hacía tan atractivo para la Juju?

El caso es que la chica, para pagarse la academia, trabajaba de taquillera en el Arnau, en el Paralelo, dice Pascual Ortega. Te puedes imaginar la clase de hombres que todas las noches pasaban por delante de ella: crápulas, golfos, vividores. Siempre había alguno que le hacía proposiciones o trataba de citarse con ella a la salida del trabajo. Pero la

Juju ni caso. Les decía:

—A la salida vendrá a buscarme mi novio, así que no se te ocurra aparecer por aquí.

Luego, en efecto, aparecía Justo, y los otros le miraban con desprecio: ¿cómo podía ser que una mujer como ésa bebiera los vientos por un hombrecillo así? Uno de esos tipos acabó encaprichándose de ella y recurrió al truco más viejo... ¿Que cuál? El de los ramos de flores. Prueba a mandar todos los días un ramo de flores a una mujer, y ya verás como acabará cayendo rendida a tus pies. Te lo garantizo: eso funciona siempre. Siempre. Con todas las mujeres. Casadas o solteras, ricas o pobres, anticuadas o modernas, extranjeras o españolas... Piensa en la que quieras: la que te parezca menos accesible, la más virtuosa, la que ni por asomo ha pensado en ser infiel a su marido. Yo te aseguro que el truco de las flores funciona siempre y con todas. Pero, eso sí, las cosas hay que hacerlas bien, y aquel tipo debía de ser un viejo zorro. Los primeros ramos le llegaron anónimamente, y a ella le hacía gracia la idea de tener un admirador secreto. Colocaba las flores en unas cubiteras que le prestaban los del bar y las ponía en la repisita que tenía en la parte de atrás de la taquilla. Cuando aparecía Justo y veía un ramo nuevo, ella se hacía la interesante. Y, curiosamente, entonces no tartamudeaba. Decía:

—No tengo ni la menor sospecha de quién es el que me las envía.

Pero lo decía con un tono que daba a entender que en realidad sabía un poquito más de lo que decía... Te lo puedes imaginar: el clásico coqueteo, el típico jueguecito para provocarle celos y poner algo de pimienta en la relación... Y Justo le seguía la corriente y le decía que le robaría alguno de esos ramos para regalárselo a una bailarina que parecía que no le miraba con malos ojos. Y ella hacía como que se enfadaba y entonces volvía a tartamudear: ¡Co-co-cómo te vea yo con una de ésas...! Bueno, la cosa es que siguieron llegando ramos de flores. Llegaban todos los días y siempre de forma anónima, y la Juju los ponía en la repisita y cada vez sentía más curiosidad por la figura de su admirador. ¿Quién

sería ese hombre que parecía haber desarrollado una pasión tan intensa? ¿Acaso uno de esos a los que todos los días veía fugazmente desde su ventanilla? ¿Y por qué se empeñaba en mantener el anonimato? ¿Tenía que ser sin duda un hombre muy especial, uno de esos hombres que aman sin pedir nada a cambio, que no necesitan ser amados para seguir amando! Pero, a la vez que crecía su interés por su enamorado, crecía también su sensación de culpa. Dirás: ¿Culpa por qué, si no había hecho nada reprochable? No hace falta ser culpable para sentirse culpable, y la Juju se sentía culpable por pensar demasiado en ese hombre, quienquiera que fuese...

Entonces empezó a ocultar los ramos, dice Pascual Ortega. Los dejaba donde nadie pudiera verlos: en los rincones de la taquilla, en el cuartito que tenía para cambiarse... Pero eso casi era peor. Era como admitir que tenía motivos para sentirse culpable. Estaba empezando a comportarse como si de verdad hubiera engañado a Justo con otro hombre, y un día decidió cortar por lo sano. Le dijo al mozo de la floristería que se llevara el ramo y que no quería volver a verle por allí. El mozo, por supuesto, regresó al día siguiente: él iba donde le mandaban, y el cliente había dado instrucciones para que siguiera yendo todas las noches con flores al teatro. La Juju, alterada, le amenazó con llamar a la policía:

—¡Co-co-cómo vuelva a verte por aquí, te juro que acabas en comisaría!

El chico se marchó, intimidado. Pasados unos minutos, apareció, llevando el mismo ramo, un caballero de unos cuarenta y tantos años, bien vestido, peinado, un poco barrigón, que se limitó a dejar las flores en la taquilla y a decir:

—Le prometo, señorita, que no volveré a molestarla.

Dijo eso, hizo una inclinación de cabeza y se fue. Ni siquiera dijo cómo se llamaba. Hizo una inclinación, se fue, y al día siguiente nadie

llegó con flores para la Juju. Dirás: ¡O sea que el truco no funcionó! Naturalmente que funcionó. Si he dicho que nunca falla, es que nunca falla. Pasó una semana y luego otra, y ya no llegaban ramos de flores y al caballero no se le había vuelto a ver por allí. La historia parecía haber terminado, y todo daba la impresión de ser otra vez como antes. Pero había algo nuevo en la Juju. ¿Cómo decirlo? Había aflorado una veta de melancolía, una tristeza desconocida, suave, casi placentera... Así somos los seres humanos, que sólo queremos lo que tenemos cuando ya no lo tenemos. Ahora echaba de menos las flores, pero sobre todo echaba de menos la sensación de saberse amada y admirada por un desconocido. ¿Viene a ser lo mismo? Ya he dicho que el admirador debía de ser un zorro. Hizo que se sintiera primero abrumada y después abandonada. Ahora sólo faltaba esperar el punto exacto de cocción: como la paella. Al cabo de dos o tres semanas, reapareció el caballero. Por supuesto, no llevaba ningún ramo. Y no hizo nada que no hicieran los demás: aguardar en la cola, comprar la entrada, pasar a ver la función. Volvió al día siguiente, y al otro, y al otro. Siempre solo, siempre silencioso. La Juju esperaba que cualquiera de esas veces le dirigiera la palabra, pero él nada. Como si lo de los ramos de flores no hubiera ocurrido. Como si todo hubiera sido un sueño. Así que ella se decidió a tomar la iniciativa, y una noche le dijo:

—Sólo quería decirle que las flores eran muy bonitas...

La fruta ya estaba madura y cayó por su propio peso. Lo siguiente casi te lo puedes imaginar. El hombre intentó invitarla a cenar esa misma noche, pero, como Justo estaba a punto de llegar, ella lo arregló todo para la noche siguiente. Inventaría una indisposición, pediría a una amiga que la sustituyera en la taquilla... Esta parte de la historia es muy vulgar: el restaurante de lujo, los halagos del caballero, la conversación sobre asuntos íntimos, las confidencias acerca de sus desdichas conyugales, los lamentos sobre una existencia que carece de auténtico sentido... En fin, lo de siempre. ¿Dónde acabaron? En la Casita Blanca o algún sitio así. Al

día siguiente, la Juju se levantó con dolor de cabeza y sentimiento de culpa. Un sentimiento tan intenso que no lo podía aguantar. Fue a las clases de la academia, y durante toda la mañana estuvo armándose de valor. Tenía que decírselo. Tenía que confesar a Justo su infidelidad. Cuando llegó la hora, fue la última en salir. Ese día estaba yo porque había ido a recoger un traje de mi padre que la señora Eulalia había arreglado para mí, y recuerdo su palidez y sus ojeras. Pero a mí me parecía que, pálida y ojerosa, seguía siendo la mujer más guapa del mundo... Yo no tenía ni idea de que aquel día iba a ser distinto de los anteriores. Lo supe después. Lo supe cuando ya todo había pasado y la Juju dejó de asistir a la academia. El caso es que se saludaron como siempre, con muchos abrazos y mucho besuqueo, y Justo se le colgó del hombro y se fueron juntos a los jardines de la Universidad. Se sentaron en un banco. La Juju estaba muy compungida, pero ni siquiera tuvo tiempo de confesar. Antes de que llegara a hacerlo, Justo le dijo que la seguía queriendo, pero ahora la quería como a una hermana o una amiga, bla-bla-bla...:

—Me he enamorado de otra...

Ella saltó:

—¿Qué estás di-di-diciendo?, ¿que me dejas por otra?, ¿y quién es la gu-gu-guarra esa?

Era junio, hacía calor y las clases se daban con las ventanas abiertas. Al cabo de un minuto estaban todos los alumnos y los profesores asomados a las ventanas para ver qué era ese griterío.

—¡Con la Fi-fi-fina! —gritaba la Juju—, ¡te has liado con la pu-pu-puta esa! ¿Cómo has podido hacerme esto?

Le tenía medio acorralado contra el banco, y el bueno de Justo parecía todavía más pequeño de lo que era. Ella lloraba y le insultaba, le llamaba enano, cerdo, cabrón, y los estudiantes les lanzaban burlas y les silbaban... ¡Tan concentrada había estado en los galanteos de su admirador que ni se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo

delante de sus narices! ¡Justo llevaba semanas coqueteando con la bailarina esa, Fina, la que se suponía que no le miraba con malos ojos, y había aprovechado la falsa indisposición de la Juju para rematar la faena y liarse con ella! Una mujer impresionante, Fina, creo que cubana, medio negra, que luego estuvo en El Molino... ¡Otra mujer de bandera! Ese hombre era un fenómeno... ¿Tan buen amante sería? ¿Qué veían en él? Está claro que para conquistar a una mujer guapa no hay nada como rodearse de mujeres guapas. Pero lo que ocurría con Justo era que se enamoraba. Que se enamoraba de verdad, y al segundo día ya estaba hablando de que el suyo era un amor eterno, para toda la vida, y de que quería casarse y tener hijos... Eso a muchas mujeres las desarma. Tiene gracia que fuera así: él, que, hasta donde alcanzan mis noticias, nunca se casó ni tuvo ningún hijo...

¿Qué fue de la chica?, dice Pascual Ortega. Podría decirte que se hizo amante del repeinado ese. Que éste no tardó en cansarse de ella y que la Juju se buscó otro que la mantuviera. Que al cabo de unos años trabajaba de puta en un burdel... Pero lo cierto es que no lo sé. Le perdí la pista cuando me fui a la mili. Luego, a mi vuelta, nadie se acordaba de ella en el teatro ni en la academia de corte y confección... A Justo sí que lo seguí viendo. Duró muy poco con Fina, y un día supe por qué. No sé si lo supe por entonces o algo más tarde, en la época en que nos hicimos más amigos, cuando él quería aprender a nadar y yo le acompañaba a la Barceloneta y trataba de enseñarle. Lo de Fina era, no te lo pierdas, una cuestión de pedos vaginales. Sí, has oído bien. ¿No sabes lo que son los pedos vaginales? Pues, si no lo sabes, te lo puedes imaginar. Por lo visto, la chica tenía una pequeña malformación, o ni siquiera eso, digamos una particularidad en la vagina, que hacía que se le llenara de aire con facilidad, y en cuanto se metían en la cama y Justo la penetraba, el aire salía expulsado y sonaba igual que un pedo. Un pedo estruendoso, tremendo. Y él, vete a saber por qué, se quedaba como paralizado al oír

aquello y ya no podía consumir el acto. Me decía Justo:

—Lo intenté de todas las maneras, fingiendo no haberlo oído, bromeando para quitarle importancia, aguardando unos minutos para ver si así me sobreponía, pero nada, que no había forma...

Aquel sonido ridículo permanecía en su cabeza y le impedía seguir adelante y cumplir en la cama. ¿Qué dirían ahora los psicólogos? ¿Que se trataba de alguna inhibición freudiana o algo así? Entonces no sabíamos nada de Freud ni de psicoanálisis, y lo único que Justo podía hacer era desahogarse contándoselo a los amigos. Él decía que estaba enamorado de Fina, pero que la relación no podía prosperar por culpa de esas inoportunas ventosidades que hacían insoportable su intimidad... Sería la más desdichada y al mismo tiempo la más cómica, la más tonta, la más ridícula historia de amor, si no fuera porque no estoy seguro de que fuera realmente una historia de amor... ¿Qué habría de cierto en eso de los pedos vaginales? Y aunque todo fuera cierto, ¿cómo iba a tener unas consecuencias como aquéllas? ¡Justo decía muchas cosas, y no todas eran verdad! Pero sí era verdad que tenía un éxito enorme entre las mujeres. A Fina la dejó enseguida por otra bailarina, y a ésa la abandonó por otra chica, una criadita o una niñera, y a todas las pedía en matrimonio y les juraba amor eterno. ¿Y por qué no se casó con ninguna? ¿También ellas se tiraban pedos vaginales? No. El problema era otro, creo yo. El problema era que Justo no podría casarse mientras viviera su madre. Por eso todas sus historias de amor fracasaban. Ya sabes que vivía con su madre y que la mujer estaba enferma, minusválida, no sé muy bien... ¡Qué hombre, Justo! ¡Menudo personaje!

El piso estaba en la calle Valencia, a la altura de Marina o de Lepanto, dice Pere Riera. Había de todo en aquel piso: jaulas para pájaros, armaduras de imitación, grandes rollos de tela, fuentes para jardines... Había tantos trastos que no podías ni dar un paso. Yo no sé de dónde sacaba el señor Manuel todas aquellas cosas. Cuando empecé a ir

por allí, era todavía la época del Durablex. El señor Manuel juntaba a media docena de chicos, los tenía una tarde dándoles consejos sobre la venta a domicilio y ¡hala!, ¡a patearte las calles y llamar a los timbres con tu cargamento de vajillas irrompibles! En otros países no sé, pero en España no existían los cursillos sobre técnicas comerciales. En eso el señor Manuel fue un pionero, porque los consejos que te daba esa primera tarde eran como un cursillo acelerado. Te explicaba cómo tenías que saludar según quién abriera, qué debías decir para que no te cerraran la puerta en las narices, cómo tenías que convencerles de las virtudes del producto... Los vasos de Durablex, en realidad, no eran de Durablex auténtico, y nosotros asegurábamos que eran mejores, hechos de un material nuevo, más resistente. Para demostrarlo, les ofrecíamos la posibilidad de tirar un vaso al suelo. Normalmente, las amas de casa se negaban a hacerlo. Pero a veces había alguna que aceptaba, y casi siempre el vaso se rompía. ¡Catacrac! Y lo más curioso era que luego esas mujeres se compadecían de ti y acababan comprándote algo: una jarra, un salero, cualquier cosa.

Justo todavía no iba por allí, dice Pere Riera. A Justo lo conocí algo después, cuando lo de las máquinas de escribir. Eran unas máquinas un poco toscas, más grandes que las normales: unos auténticos armatostes. Eso sí: funcionar, funcionaban. Creo que eran de fabricación checoslovaca, o de algún país del Telón de Acero. El señor Manuel nos dijo que las había comprado en una subasta judicial, pero todos sospechábamos algún asunto oscuro. Contrabando o algo así. ¡Cómo pesaban aquellas máquinas, *la mare de Déu*! Para llevarlas utilizábamos maletas. O, mejor dicho, maletones. En cada uno de esos maletones cabían dos máquinas, pero no recuerdo a nadie que llevara más de una cada vez. Sólo él. Cuando el señor Manuel preguntaba cuántas, todos decíamos una, una, una, menos Justo, que decía dos. Los demás le veíamos acomodar las dos máquinas dentro de la maleta, pasar las

correas por las trabillas y levantar todo aquello como si nada. Y le decíamos: ¡Cómo se nota que eres de campo!, ¡la de árboles que habrás cortado en el pueblo! Nos burlábamos de él porque siempre nos dejaba en evidencia ante el señor Manuel. Pero Justo iba a lo suyo, y nuestras bromitas le resbalaban. Unos minutos después salíamos del portal de la calle Valencia. Solíamos ser unos quince, todos con maletas. Era como si dentro de aquel edificio se escondiera una estación de tren o de autobús, y como si nosotros acabáramos de llegar. Teníamos asignados los diferentes sectores de la ciudad, y cada cierto tiempo se modificaba el reparto de las zonas y todos luchábamos por quedarnos con las mejores. Él, en cambio, nunca discutía, y aceptaba sin rechistar la que le daban. ¿Pueblo Seco? Pues Pueblo Seco. En eso de las ventas jamás sabías qué era lo bueno y qué lo malo: a veces te llevabas una sorpresa en un sector considerado malo, y en uno bueno no te comías un rosco. Lo único que sabías era que, si te salía un día tonto, no había manera de arreglarlo. Y la mayoría de los días te salían tontos. ¡La de veces que volvíamos todos al piso de la calle Valencia sin haber vendido nada! Recuerdo una tarde de un calor sofocante, infernal. Los chicos iban llegando con las maletas. Estábamos todos sudorosos y agotados, y nadie había logrado vender una sola máquina. Nos consolaba pensar que tampoco Justo lo habría logrado y que llevaría toda la tarde dando vueltas con el doble de peso. ¡Tantas horas bajo este sol de justicia!, decíamos, ¡y con dos máquinas! Pero pasaron unos minutos y le vimos llegar, tan fresco. Nos dedicó una sonrisa, abrió el maletón y metió otras dos máquinas de escribir.

—Para mañana —dijo.

¡Las había vendido!, ¡había vendido sus dos máquinas!

He oído decir que luego su vida se torció, dice Pere Riera. Yo de eso no sé nada. Lo que sé es que entonces era un chico listo y trabajador. Era el típico que parecía que llegaría lejos. Aprendía con facilidad, no escatimaba esfuerzos y, sobre todo, tenía muy claras sus metas. Mientras

los demás soñábamos con el gordo de la lotería o con un braguetazo que nos arreglara la vida, él sabía que nadie le regalaría nada y que debía luchar para ser el mejor en lo suyo. Y lo suyo era vender, se veía a la legua. Tenía las dosis precisas de simpatía y discreción que hacen falta para ser un buen vendedor, y nunca se le olvidaban una cara o un nombre. A mí me llamaba Rierita. Me decía: ¿Qué tal tu chavala, Rierita?, ¿se cansa mucho haciendo las guardias? Porque en esa época yo tenía una novia que trabajaba en una farmacia y, cuando le tocaba una noche de guardia, solía hacerle alguna visita para que no se aburriera demasiado. También a los otros chicos les preguntaba por los empleos de sus novias o los estudios de sus hermanos o las enfermedades de sus padres. Ese interés suyo hacía que te sintieras a gusto a su lado. Pero luego cada uno se iba a su casa y te dabas cuenta de que él sabía bastantes cosas de tu vida y tú no sabías nada de la suya. Por eso no tenía amigos, amigos de verdad. ¿Cómo va a tener amigos alguien que no suelta prenda sobre su manera de vivir o de pensar? No sabíamos nada de él: de dónde había salido, si tenía familia o no, si le gustaba el fútbol o la música... Y lo poco que averiguábamos solía estar equivocado. Dijeron que se le había visto por el Paralelo y que podía ser que fuera un *boy*, uno de esos chicos que bailaban con las *vedettes*. También dijeron que se dedicaba a hacer obras de caridad, como pasear ancianos en sillas de ruedas, y que seguramente era una persona muy religiosa, tal vez un novicio que estuviera cumpliendo algún tipo de penitencia. Y hasta hubo quien dijo que era un hijo secreto del señor Manuel... Era una estupidez pero, si los veías juntos, te daba la sensación de que tenían cierto aire de familia o, como decimos aquí, una *retirada*: esos ojos pequeños, esa nariz recta y grande... Bueno, supongo que, si alguien dijera de mí que soy hijo del Papa, también nos encontrarían algún parecido, ¿no? Es verdad que el señor Manuel le tenía cariño y le trataba un poco mejor que a los demás. Pero ¿cómo no le iba a tener cariño, si era el mejor de sus vendedores? Lo demostró con las máquinas de escribir, con los flexos, con los

ventiladores de mesa, con los juegos de cuchillos de cocina, con una cosa que llamábamos Lavadora Económica Sigma, que era un barreño de plástico con unas aspas dentro que dejaba la ropa tan sucia como al principio pero mucho más arrugada... Si cualquiera de nosotros lograba vender diez flexos o diez lavadoras económicas, él vendía veinte o veinticinco en el mismo tiempo. Estaba claro que lo suyo era vender.

De un día para otro desapareció sin decir nada, dice Pere Riera. Nadie sabía si había dejado el trabajo o si el señor Manuel le había echado. Los malpensados decían que el jefe se había hartado de él, y es verdad que en los últimos tiempos se tomaba demasiadas confianzas. Por ejemplo, con el teléfono. Aprovechaba que el señor Manuel estaba ocupado con algo y se colaba en el despacho y se hinchaba a hacer llamadas. El señor Manuel nos dejaba llamar para avisar de que llegaríamos tarde a casa y cosas así. Pero lo de Justo no era una llamada de vez en cuando. Lo de Justo era coger el teléfono y no parar. Llamaba, colgaba, volvía a llamar... Si el jefe entraba en el despacho, él ponía cara de buen chico y decía:

—Muchas gracias por dejarme llamar. Era una pequeña emergencia, pero ya está solucionada.

¿Qué líos se traía entre manos? ¿Por qué tantas llamadas y tanto secreteo? Igual que yo lo descubrí, pudo descubrirlo el señor Manuel, y a lo mejor por eso le despidió, si es que le despidió. En el bar de abajo tenían *La Vanguardia* (o, como se llamaba entonces, *La Vanguardia Española*). Yo solía echar un vistazo a los titulares mientras me tomaba el café, y me daba cuenta de que en las páginas de los anuncios por palabras siempre faltaban trozos y había anotaciones y tachaduras... Un día vi a Justo arrancar un buen pedazo de página y guardárselo en el bolsillo. Y al día siguiente le vi hacer algo parecido. ¿Estaría pensando en vender o en comprar algo? No tardé en descubrir que ni una cosa ni la otra. O, mejor dicho, las dos cosas a la vez. ¡Ese hombre era un lince,

Déu meu! En la oficina solía estar *El Noticiero Universal*, que era vespertino. Justo se guardaba el periódico cuando ya lo había leído el señor Manuel, y luego se dedicaba a cotejar las columnas de ventas de *La Vanguardia* con las de compras de *El Noticiero*, y viceversa. Buscaba las coincidencias. «Véndese piano», «cómprase piano». «Barbería liquídase», «busco mobiliario peluquería». Cosas así. Ahí entraba él, y se encerraba en el despacho del señor Manuel y se colgaba del teléfono, y ante unos simulaba querer vender y ante otros querer comprar, y regateando un poco y sin arriesgar una sola peseta se llevaba sus buenos duros. ¿Era un lince o no? Sí, claro que lo era. Pero sobre todo era ambicioso, y esa ambición suya le había sido muy útil al señor Manuel durante un tiempo pero de pronto dejó de serlo. En algún momento, ¿cómo decirlo?, el chico dejó de remar a favor de la empresa y ya sólo remaba para sí mismo, y yo no sé si el señor Manuel se dio cuenta y le echó o fue él el que se marchó antes de que el señor Manuel se diera cuenta y le echara... En definitiva, ¿qué diferencia hay? La cuestión es que yo ya nunca le volví a ver, y todo lo que luego supe de él lo supe por terceras personas.

Se puede decir que Justo y yo fuimos socios, dice Carme Román. Eso fue en 1964, dos años después de que mis padres y mi hermano murieran en la riada y yo me viniera a Barcelona a vivir con mis tíos. Todavía ahora, tantos años después, las imágenes del desastre se me aparecen en las pesadillas. Fábricas destruidas, casas en ruinas, postes de la luz caídos, bombonas de butano semienterradas en el fango, motos y coches volcados, animales muertos patas arriba, madres desesperadas buscando a sus hijos, hombres gritando... Nuestra casa estaba pegada al río, y debió de ser de las primeras en desaparecer. ¿Quién podía pensar que aquel río por el que nunca bajaba agua fuera capaz de causar tanta desolación? Yo me salvé de casualidad. Era septiembre, acababa de aprobar mi última asignatura de Preu y, por primera vez, mis padres me

habían dado permiso para dormir en casa de una amiga. Clara y yo subimos al piso en cuanto cayeron las primeras gotas. Se fue la luz, encendimos unas velas y nos acercamos a una ventana a ver llover. Desde luego, llovía mucho, muchísimo, pero ¿cómo imaginar que aquella lluvia iba a matar a tanta gente como mató, cerca de mil personas? Nosotras mirábamos los coches que pasaban con los faros encendidos y nos reíamos de los conductores que no lograban controlar sus vehículos. Pero es que en esa parte, como estaba en alto, los daños fueron insignificantes. Recuerdo que entre el sonido de la lluvia se distinguían las campanadas de varias iglesias. Los vecinos se reunieron en el descansillo y alguien dijo que el río se había desbordado. La madre de Clara iba de un lado para otro con una palmatoria y no paraba de santiguarse. ¡Quiera Dios que no tengamos ninguna desgracia!, murmuraba. Clara y yo no teníamos sueño. Más que inquietas, estábamos excitadas, y yo pensaba tontamente que a los míos no había podido pasarles nada. A la mañana siguiente teníamos previsto ir a Barcelona a matricularnos en Filosofía y Letras, porque las dos soñábamos con ser profesoras. A primera hora, la madre de Clara entró a decirnos que las líneas de tren estaban cortadas. Pronto supimos que eso era lo menos grave. Se hablaba de decenas, seguramente cientos de desaparecidos, y todos entendíamos que cuando alguien decía desaparecidos quería decir muertos.

—Me voy a mi casa —dije.

—Ni se te ocurra —dijo el padre de Clara.

No me dejaron acercarme hasta que, por la tarde, llegaron mis tíos. Ni mis padres ni mi hermano aparecían en las primeras listas, pero nos bastó con ver en qué estado había quedado la casa para comprender que ninguno de los tres había podido sobrevivir. Sólo una de las cuatro paredes se mantenía en pie, y el resto era un amasijo informe de barro, cascotes, trozos de viga, restos diversos... Yo intentaba fingir entereza, pero aquello era superior a mis fuerzas y me eché a llorar.

—Tú te vienes con nosotros —me dijo mi tía Josefa, abrazándome.

Mis tíos tenían una papelería en la calle Tallers, dice Carme Román. El sitio me encantaba, con aquel olor a madera y a tinta y a goma de borrar, con aquellas vitrinas repletas de artículos de escritorio y aquellos cajones que llegaban casi hasta el techo. Era aquél un pequeño mundo, ordenado y perfecto. Mi tía se ocupaba del mostrador y la caja registradora, y mis tres primas, que se turnaban para ayudarla, se pasaban las horas moviendo la escalerilla con la que se llegaba a los cajones más altos. En la trastienda estaba la imprenta, una minerva a motor en la que el tío Agustí hacía impresos comerciales, tarjetas de visita, cartas con membrete... También hacía invitaciones de boda y recordatorios de primera comunión. A eso el tío Agustí lo llamaba tarjetería fina. En la trastienda no solían entrar ni mi tía ni mis primas, y mi tío lo hacía todo prácticamente solo. A mí me gustaba el trabajo de cajista: mantener limpios los tipos, organizar los cajetines, componer las líneas, introducirlas en las galeras. Algunas veces, cuando se trataba de un encargo de poca importancia, mi tío me dejaba hacerlo a mí, pero eso no ocurría a menudo. Él, que tanto protestaba por lo solo que estaba en la imprenta, únicamente se fiaba de sí mismo, y yo me preguntaba qué habría pasado si, en vez de ser yo una chica, hubiera sido un chico. ¿Se habría esforzado por enseñarme el oficio? ¿Habría ido poco a poco delegando en mí responsabilidades? En algún momento llegué a pensar que, puesto a elegir, habría preferido que hubiera sido mi hermano Ernesto, y no yo, quien se hubiera salvado de la riada. Seguro que lo habría acogido como al hijo que no había llegado a tener. ¿Qué aportaba yo a una familia en la que ya había tres chicas? ¿Qué hueco me correspondía cubrir? Pero que no se me malinterprete. Nunca tuve motivos de queja contra mis tíos. Jamás me sentí discriminada o poco querida. Al contrario: siempre encontré en ellos el apoyo y el afecto que necesitaba para dejar atrás el dolor del pasado y salir adelante en mi nueva vida y, aunque viviera dos mil años, me faltaría tiempo para

devolverles todo lo que entonces hicieron por mí. Y lo mismo puedo decir de mis primas Lali, Irene y Enriqueta, que me aceptaron como a una hermana más y me dispensaron tanto cariño y tanta generosidad como sus propios padres. Eso sí, aunque me llamaran hermana o hija, yo tenía muy claro que Lali, Irene y Enriqueta eran mis primas, no mis hermanas, y que el tío Agustí y la tía Josefa no eran mis padres sino mis tíos. Podían decir nuestra hermana o nuestra hija Carmeta, que yo siempre decía: Mis primas, mis tíos... Algunas veces, cuando me oían llamarles así, me lo recriminaban con breves miradas de desaprobación. Pero nunca llegaron a decirme nada. Mis padres y mi hermano, aun estando muertos, seguían siendo eso: mis padres, mi hermano.

A Justo lo conocía vagamente, dice Carme Román. Alguna vez lo había visto entrar en la papelería, preguntar por mi tío y encerrarse con él en la trastienda a hablar de negocios. De pequeños negocios, en todo caso. Partidas no muy grandes de estuches, de plumieres, de compases: cosas así. Justo se las dejaba en depósito y al cabo de unas semanas volvía para arreglar cuentas y ofrecer nuevos artículos. A mí él no me gustaba demasiado. No sé. A lo mejor era sólo su manera de preguntar por mi tío.

—Buenas tardes, quiero hablar con don Agustín —decía, ahuecando la voz, y en su sonrisa de galán de película antigua me parecía percibir algo de desdén o, peor aún, de indiferencia.

Como si mi tía, mis primas o yo, por el simple hecho de ser mujeres, no contáramos para él. Como si creyera que las mujeres sólo estábamos capacitadas para ser dependientas. Ya entonces, sin saberlo, era yo bastante feminista, y me molestaba que los hombres se deshicieran en halagos y sonrisas pero se negaran a tratar conmigo de cosas serias. Cuando Justo venía por la papelería y preguntaba por don Agustín, yo adoptaba una actitud muy ceremoniosa y decía:

—Tenga la bondad de esperar, voy a ver si don Agustín está en

condiciones de atenderle.

Y mi tía y mis primas percibían el retintín y les costaba contener la risa. Luego asomaba mi tío con la bata azul y las manos negras de tinta, y Justo pasaba con él a la trastienda. Yo le hacía una pequeña reverencia, y entonces mi tía y mis primas sí que reían. Volvía a hacer la misma reverencia cuando, al cabo de un rato, se marchaba y nos dedicaba a las mujeres otra de esas sonrisas suyas, tan trasnochadas. Durante varios meses, ésa fue la única relación que tuve con él. Por entonces ocurrió lo del accidente de Germán, el novio de mi prima Lali. Era bajito, rechoncho, no muy guapo, pero tenía una voz grave y hermosa que no se correspondía con su apariencia. Daba la sensación de que no era su voz, de que Dios o quien fuera se había equivocado en el reparto de voces. ¿Por dónde andaría el apuesto hombretón al que por error habían adjudicado la vocecilla de Germán? La cuestión es que la belleza de su profunda voz masculina no había pasado inadvertida y, tras unos años de colaborar en una emisora de radio, se ganaba la vida como actor de doblaje en La Voz de España. Una mañana, saliendo precisamente del estudio, lo atropelló un tranvía y lo mató. Lali tardó mucho en recuperarse del golpe, y en realidad nunca llegó a recuperarse del todo. Desaparecía sin decir nada y no volvía hasta la noche, y mis tíos temían que pudiera cometer cualquier locura. Un día descubrí qué era lo que hacía durante esas ausencias. Me metí en el cine Alexandra y allí estaba Lali, en una de las filas del fondo, siguiendo la película con los ojos cerrados, sonriendo cada vez que reconocía entre las voces de los protagonistas la voz de su novio. Me senté a su lado y cerré también yo los ojos, y el Germán que me mostró mi imaginación, sin dejar de ser Germán, era bastante más esbelto, más viril y más guapo que el que yo recordaba. Si estrenaban una película en la que Germán había trabajado, Lali era capaz de ir a verla todas las tardes, y luego la perseguía por las diferentes salas de reestreno y de dobles sesiones. Yo iba con frecuencia a buscarla a la salida. Iba primero a los cines del centro y luego a los de

barrio y finalmente a los del extrarradio, porque ésa era la ruta que solían seguir las películas antes de desaparecer de la cartelera, y gracias a eso conocí partes de la ciudad que de otro modo nunca habría visitado. Una de esas veces, estando por la zona de Sagrada Familia, alguien se paró a mi lado y me llamó por mi nombre. Era él, era Justo, y a mí me sorprendió que se acordara de mí y que supiera cómo me llamaba. No sé si fue eso o fue el hecho de estar en un lugar extraño, pero lo cierto es que, si lo hubiera intentado, no habría podido dedicarle ninguna ironía ni hablarle con retintín.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, dejando en el suelo la maleta que llevaba.

—Estoy esperando a alguien —dije.

—Pues mejor esperar dentro del bar, que se está más caliente.

Con una mano agarró la maleta y con la otra me cogió del codo y me condujo a la cafetería del cine.

—¿Y tú? —dije—, ¿te vas de viaje?

Justo abrió la maleta y me mostró el contenido: diez o doce relojes de cocina idénticos.

—Me llevo sólo lo indispensable —bromeó.

Mientras nos tomábamos los cafés, me habló de su trabajo. Unos meses antes era un simple vendedor a comisión y ahora era ya un intermediario por cuenta propia, una especie de representante de comercio. Y no se conformaba con eso. Su idea era montar una empresa de venta por correo, como las que según él estaban ya triunfando en América y pronto triunfarían en todo el mundo. Pero para eso necesitaba socios: ¿me animaría yo a asociarme con él? A mí me parecía que Justo hablaba un poco por hablar y que en realidad lo único que quería era cortejarme, y le seguía el juego: claro, cómo no, ¿quién no estaría dispuesto a asociarse con él, un hombre tan activo y emprendedor...? No me lo tomaba muy en serio, porque para mí Justo seguía siendo ese joven repelente que cuando venía por la papelería sólo aceptaba tratar con mi

tío, con don Agustín. Mientras él hablaba, empezó a salir gente del cine. Vi a Lali encaminarse hacia la calle con esos andares suyos de sonámbula y me apresuré a despedirme de Justo.

—Te lo pensarás, ¿verdad? —me dijo, y yo asentí distraídamente y corrí hacia mi prima.

Por supuesto, tardé bastante en volver a acordarme de él, dice Carme Román. El estado de Lali nos tenía a todos muy preocupados. Cuando parecía que empezaba a recuperarse, sufría una de sus habituales recaídas: lloraba sin parar, hablaba poquísimo, se negaba a comer. Mis tíos, mis primas y yo nos turnábamos para hacerle compañía, y eso hacía que pasáramos en la tienda menos tiempo del habitual. Una de las pocas tardes que sí me encontraba en la papelería vi a Justo asomar la cabeza por la puerta y hacer algo parecido a un gesto de alivio.

—Lo siento pero don Agustín no está —dije, recuperando el tonillo de siempre.

—Vengo a hablar contigo —replicó él con un mohín de contrariedad.

Tras intercambiar una mirada con Irene, que estaba atendiendo a unas señoras, hice una seña a Justo para que me siguiera. Entramos en la trastienda. Justo me hizo sentar en el asiento del impresor y se acercó un taburete. Luego me miró a los ojos y dijo:

—Ahora escúchame bien. Lo que te comenté la otra tarde iba en serio. He decidido lanzarme y montar mi propia empresa. Me voy a dedicar a la venta por correo: artículos para el hogar, juguetería, algo de ropa... Hay un par de fabricantes que confían en mí. Me falta un socio que se ocupe de los catálogos y he pensado en ti. ¿Qué te parece? Di algo. ¡Ocasiones como ésta se presentan muy pocas veces en la vida!

Yo sacudí la cabeza y pedí tiempo con las manos: ¿socios?, ¿catálogo?, ¿fabricantes? Justo tenía facilidad para contagiar su entusiasmo. Se notaba que creía en lo que decía, y era difícil no darle la

razón cuando afirmaba que nada podía fallar. Los riesgos eran mínimos y las posibilidades de éxito enormes, y nada me impediría compaginar mis nuevas responsabilidades con mis ocupaciones de entonces: según él, si no entraba en el negocio, me pasaría toda la vida arrepintiéndome.

—¿Qué?, ¿a qué estás esperando?, ¿qué es lo que no ves claro? —me decía, sonriendo, y yo volvía a sacudir la cabeza y a pedir tiempo.

Quedé en contestarle esa misma semana. Pero en mi fuero interno la decisión ya estaba tomada. Aunque mi sueño seguía siendo estudiar Filosofía y Letras y ganarme la vida dando clases, acabar acaso trabajando en el mismo colegio que mi amiga Clara, la realidad se obstinaba en enseñarme que hasta los sueños más modestos resultan siempre difíciles de realizar. A esas alturas, Clara estaba ya terminando segundo, y yo, que me había matriculado por libre con la idea de ir poco a poco aprobando asignaturas, nunca había llegado a presentarme a ningún examen. Cada paso que Clara avanzaba era un nuevo paso que me alejaba de mí misma, y cada día que pasaba renunciaba un poco más a mi sueño. Pero en la vida hay puertas que se cierran y también puertas que se abren. Si no podía ser la persona que quería ser, intentaría al menos querer ser la persona que podía ser. ¿Por qué no iba a sentirme a gusto ejerciendo de socia de una nueva firma comercial, responsable de su catálogo y estrecha colaboradora del propietario de la empresa? ¿Por qué no creer que esa actividad podía reportarme las mismas o incluso más satisfacciones que la docencia? Tenía entonces dieciocho años y muchas cosas que demostrar. Tenía que demostrar a mi tío que no quería ser una carga para nadie y, sobre todo, tenía que demostrarme a mí misma que era capaz de abrirme camino en la vida. Cuando lo dije en casa, todos se llevaron las manos a la cabeza. En aquellos años no estaba bien visto que una mujer quisiera ocupar un puesto reservado a un hombre, y ése lo era o al menos lo parecía. Que una mocosa como yo decidiera montar una empresa con alguien se consideraba casi un acto de rebeldía. Mis tíos no llegaron a decirlo, pero estoy segura de que pensaban: ¿Por qué no se

limitará a buscarse un novio, como hacen todas?, ¡qué ganas tienen algunas de complicarse la vida! La tía Josefa no hacía más que negar con la cabeza, pero todo dependía de lo que dijera el tío Agustí. En primer lugar, porque era mi tutor legal. En segundo, porque la imprenta era suya y para encargarme de los catálogos me hacía falta su colaboración.

—¿Quién es ese hombre?, ¿de dónde ha salido? —me preguntaba, y yo le decía:

—¡Pero si lo conoces! Se llama Justo Gil Tello. Tiene mucha experiencia en ventas y, sobre todo, me fío de él.

Era verdad: me fiaba tanto de él como podía fiarme de mis propios tíos o de mí misma. Me inspiraba Justo toda la confianza del mundo porque era como mis padres y como la gente entre la que yo había crecido, emigrantes casi todos, personas honradas y trabajadoras, educadas en el esfuerzo y el sacrificio, dispuestas a luchar con todas sus energías con tal de conseguir una vida mejor... El tío Agustí me oía hablar y yo notaba que le estaba convenciendo, y al final hizo un gesto que podía interpretarse de mil maneras y que yo interpreté como un asentimiento.

—¡Muchas gracias! —exclamé, dándole un abrazo.

El trabajo era bonito, dice Carme Román. En la misma calle de la papelería estaba el bar Céntrico. Justo y yo nos reuníamos allí a preparar el catálogo. Lo llamábamos *El Catálogo Sorpresa* y estaba dividido en tres secciones: Novedades Fantasía, Productos Sorpresa y Ofertas. Que un artículo fuera a parar a una u otra sección dependía de las existencias. Si éstas eran escasas, lo poníamos en Novedades Fantasía. Si suficientes, en Productos Sorpresa. Si demasiadas, en Ofertas. Justo llevaba la lista de los artículos, hacía una breve descripción de sus características y entre los dos redactábamos las frases promocionales. Me acuerdo, por ejemplo, del peine cortapelo, un ridículo peinecillo de plástico que entre las púas tenía incorporada una cuchilla graduable. Lo metimos en Productos

Sorpresa y escribimos: «¡Señora! ¿Ha pensado en el dinero que su familia gasta anualmente en la peluquería? ¡Ya puede ahorrarse esa fortuna con el nuevo PEINE CORTAPELO, el sistema más cómodo y eficaz para lucir siempre el MEJOR PEINADO!» Con los termómetros para el agua o los botiquines familiares o las bañeritas infantiles era más o menos lo mismo. De dónde sacaba Justo aquellos objetos, yo ni lo sabía ni me importaba. Eso era cosa suya, y sólo me preocupaba que los catálogos estuvieran listos para ser enviados el día 25 de cada mes. Una estudiante de Bellas Artes a la que conocía de la papelería se encargaba de hacer los dibujos, en los que invariablemente el peine cortapelo y el termómetro para el agua y el botiquín familiar se mostraban más atractivos de lo que en realidad eran, y yo luego me encerraba en la imprenta y en tres o cuatro noches concluía el trabajo. Los primeros dos meses me ayudó mi tío. Después le dije que no se tomara más molestias: bastante hacía dejándome usar la minerva. Me gustaba la soledad de la imprenta a esas horas de la madrugada. Y me gustaba trabajar. Me daba la sensación de estar contribuyendo a algo importante. Al fin y al cabo, dado que yo no había tenido que invertir ni un duro, ésa era toda mi aportación a la empresa. Justo se ocupaba de contactar con los proveedores, atender los pedidos y llevar las cuentas. Los gastos en concepto de material los pagaba religiosamente, y el tío Agustí agradecía con un movimiento de cabeza el pequeño ingreso mensual que yo le proporcionaba. Lo de mi sueldo, en cambio, era otra historia. Aunque lo habíamos fijado en mil doscientas pesetas, Justo me había advertido de que durante los primeros meses no lo cobraría. Esas cantidades servirían, según él, para capitalizar la empresa, y de todos modos ambos confiábamos en que en menos de un año habría un primer reparto de beneficios. Las cosas marchaban bien. En nuestras citas en el Céntrico, Justo me mostraba los libros de contabilidad, en los que la columna de ingresos superaba con claridad a la de gastos, y me decía en qué tenía previsto invertir los beneficios: en adquirir una partida de básculas de baño o de farolitos de jardín o de

muñecas andaluzas. La confianza de Justo en nuestro catálogo era total. Yo le decía:

—¿Pero quién va a comprar esas cosas?

Y él decía:

—Cualquiera, cualquiera que tenga unas perrillas y no sepa en qué gastarlas.

Y es verdad que las cosas iban saliendo. Unas más deprisa, otras más despacio, pero todas iban saliendo.

Por entonces se produjo el primer intento de suicidio de Lali, dice Carme Román. Una mañana, mientras todos dormíamos, se abrió las venas con un cuchillo de cocina. Mi tía, por suerte, se despertó muy poco después y llegamos a tiempo de salvarla. Pero la vida familiar quedó ya marcada, y el ambiente en la casa y en la papelería se enrareció. Lo que respirábamos no era aire. Lo que respirábamos era tristeza, sensación de culpa, de fracaso. Ya sé que parecerá muy egoísta por mi parte, pero yo entonces sólo pensaba en irme de casa. Era poco lo que podía hacer por Lali y poco también lo que podía aportar a la felicidad de mis tíos, y estableciéndome por mi cuenta al menos dejaría de ser una carga para ellos. Por eso me alarmé tanto cuando empecé a notar a Justo desanimado e inquieto.

—¿Qué ocurre?, ¿qué es lo que no funciona? —le preguntaba, y él sacudía la cabeza y trataba de tranquilizarme:

—Nada, nada, todo va bien...

Pero yo sabía que algo fallaba. Un día, medio en broma, medio en serio, me preguntó si no me interesaría seguir llevando el negocio a solas: él me vendería a buen precio su parte, me facilitaría los contactos, me aconsejaría...

—O sea que las cosas no van tan bien —dije.

—No es eso —dijo—. Es sólo que yo aspiraba a algo, no sé, algo más grande, más potente, y creo que con la estructura actual ya hemos

tocado techo. Ya ves: tú todavía no has cobrado ningún mes, y a pesar de eso no tenemos liquidez suficiente para, ¿cómo llamarlo?, para dar el salto y proponernos objetivos más ambiciosos...

—¿No te parece que estás yendo demasiado rápido? —protesté—. ¡Sólo hace un año que empezamos!

Justo puso un ejemplo: le habían ofrecido una partida de transistores, que entonces eran una novedad, pero había tenido que desistir porque pedían mucho dinero y por adelantado... ¿Cómo íbamos a prosperar si cuando se nos presentaba una ocasión así nos veíamos obligados a dejarla escapar? Justo permaneció un instante en silencio, y luego sonrió y pareció recuperar el buen humor.

—Probablemente tienes razón —dijo—. Estoy siendo demasiado impaciente. Todo llegará cuando tenga que llegar. ¿Te apetece otro café?

Aquella tarde, de vuelta del Céntrico, estuve jugando al parchís con Lali. Ninguna de las dos prestaba demasiada atención, ella porque seguía sumida en su abatimiento habitual, yo porque no paraba de darle vueltas a una idea. Tres días después volví a encontrarme con Justo y se lo solté a bocajarro. Le dije:

—¿Todavía estamos a tiempo de comprar los transistores esos? ¿Cuánto piden por ellos? Tengo unos ahorrillos. De la herencia de mis padres. No es mucho, pero quién sabe...

—¡Ni pensarlo!, ¡ese dinero es tuyo y no lo pienso tocar! —dijo él, negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—¡Porque no!, ¡porque tú ya aportas más de lo que te corresponde!

—¿Pero somos socios o no somos socios?

—Sí, claro que somos socios.

—Pues si somos socios... —dije, y Justo volvió a negar, pero esta vez con menos convicción.

Mi hermano Ramón, *pobret...*, dice María Antonia Mir. Cuando

nació, las vecinas decían que la culpa la tenían mis padres, por haberlo tenido tan mayores. Y siempre pensé que era verdad, aunque quién sabe. A mí me habían tenido con treinta y pico, y yo a Ramón le llevaba casi diez años, así que eche cuentas... La propia comadrona les dijo: La criatura no va a llegar ni a mañana. Recuerdo el llanto desconsolado de mamá y a papá pasándose una y otra vez las manos por los ojos, como si se acabara de despertar. Al principio no querían que yo y mis hermanos mayores lo viéramos, pero nosotros dijimos que teníamos derecho a despedirnos de él y nos dejaron entrar en la habitación. Estaba en la cama, pegado a mamá, y pese a su deformidad me pareció tan mono, con los ojitos cerrados y esos bracitos minúsculos... Era un cuerpecito tan diminuto y tan débil que bastaba con verle para darse cuenta de que la vida que había en su interior podía apagarse en cualquier momento. *Pobret*. Mamá, con los párpados hinchados y el cuello lleno de arrugas, trataba de sonreír.

—Será mejor que le dejéis descansar —dijo, porque no quería que le viéramos morir.

Nosotros, algo intimidados, dijimos que no nos moveríamos de allí. Papá nos señaló con el dedo y puso cara de enfadado, pero luego agachó la cabeza y se encogió de hombros: qué importancia tenía si nos quedábamos o no. Al final fue él mismo quien acercó sillas, y allí estábamos todos, silenciosos y expectantes, pendientes de la criaturita, de un suspiro que podía ser el último, de un movimiento o un gesto que tal vez nunca repetiría. Papá había llamado a la parroquia. Esperábamos al cura como si su llegada pudiera aportar alguna solución. Luego el cura llamó para decir que lo sentía muchísimo pero le resultaba imposible venir, y al niño tuvimos que bautizarlo nosotros. La comadrona, que todavía estaba por la casa, sugirió que le pusiéramos Ramón por el patrono de las parturientas, San Ramón Nonato, cuya madre había muerto en el parto antes de que él naciera. Mis padres intercambiaron una mirada y asintieron con la cabeza: tampoco era cuestión de darle muchas vueltas,

si el niño podía morir en cualquier momento... Yo corrí a mi cuarto y volví con una concha muy grande que había encontrado en Arenys el verano anterior. Como pila bautismal utilizamos una jofaina que había en el trastero. Mamá sostuvo al recién nacido, que seguía sin reaccionar, como si en realidad ya estuviera muerto. Papá bendijo el agua, cogió unas gotas con mi concha y le salpicó levemente.

—Te llamarás Ramón por la gracia de Dios —dijo, y mamá dijo:

—Amén.

Mis hermanos y yo, de pie junto a la cama, nos santiguamos en silencio. Luego todo volvió a ser como antes y, sentados en nuestras sillas, lo único que hacíamos era mirar a Ramón y lanzar hondos suspiros. En algún momento me quedé dormida. Cuando abrí los ojos, tuve la sensación de que algo había cambiado. A lo mejor era porque la ventana estaba abierta y entraban la luz del día y una brisa fresca que olía a árboles y a mar. Miré a mamá, que permanecía en la misma posición que durante la noche pero me pareció más guapa, rejuvenecida. Sssssh..., me dijo con un dedo en los labios, y después hizo una seña en dirección a Ramón, al que acunaba con suavidad. Si mi hermano había superado esa primera noche, ¿por qué no pensar que podía superar la siguiente y la siguiente y muchas noches más? Al cabo de una semana dejamos de pensar en su muerte como algo inminente y, cuando cumplió el primer mes, le cantamos aquello de: ¡Y que cumplas muchos más! Con Ramón celebrábamos los meses porque estábamos seguros de que no llegaría al año. Pero cumplió un año, y luego otro, y ya casi teníamos la sensación de que era un niño normal, como los demás. Por supuesto, no lo era. Seguía siendo menudo y flaquito, mucho más menudo y más flaquito que cualquier niño de su edad, y por contraste la hinchazón del cráneo parecía mayor. Vomitaba todas las papillas y purés que le preparaba mamá y, cuando estaba despierto, abría mucho los ojos y los movía como siguiendo el vuelo de una mariposa. Y lloraba, ya lo creo que lloraba. El médico decía que era por los dolores de cabeza, y mamá no sabía qué

hacer para calmarle. Decía: ¡Tiene que haber alguna manera de quitarle ese dolor!

Yo entonces coleccionaba adhesivos, dice María Antonia Mir. Sant Miquel del Fai me sonaba porque en esa época muchos coches llevaban pegado uno que decía: *Jo també he anat a Sant Miquel del Fai!* Era un adhesivo apaisado, rectangular, con una bandera catalana y un dibujo de la abadía encajonada entre los peñascos. Después de nuestra primera visita, también nuestro coche lo llevaba. Esa primera vez fuimos todos juntos en el Seat 600: papá y mamá con Ramón en los asientos delanteros, y los otros cuatro apretados en el asiento de atrás. Alguien había asegurado a mamá que por allí había una sanadora que lo curaba todo, y mamá había acabado convenciendo a papá para que fuéramos con Ramón. Por probar no se pierde nada, le había dicho. Sant Miquel del Fai está cerca de Sant Feliu de Codines. Se llega por una carretera llena de curvas. Papá conducía muy despacio para que no nos mareáramos, pero yo me mareé igual. Tuvimos que parar en una de las últimas curvas, y desde allí se veía casi todo: la abadía que domina el valle, el camino que lleva a las cuevas, la cascada cayendo entre las rocas, una tubería grande y oxidada que bajaba hasta una vieja central eléctrica. Era un día laborable, y en la explanada de la entrada no había más de media docena de coches. Dejamos el Seat 600, cruzamos un puentecito y bajamos por un camino. Ni yo ni mis hermanos sabíamos exactamente adónde íbamos, y tampoco mis padres parecían tenerlo muy claro. Llevaban a Ramón cogido de la mano entre los dos, y de vez en cuando se miraban y se encogían de hombros. Mis hermanos se pusieron a correr hacia el salto de agua. Yo les seguí, pero antes me paré en un sitio que llaman Llac de les Monges, que es una pequeña laguna subterránea, con ranas y pececillos. No sé cuánto tiempo me entretuve mirándolos. Cuando me volví, había perdido de vista a mis hermanos. Busqué a mis padres en la zona del monasterio y la iglesia, pero allí no había nadie. De repente me sentí sola.

Completamente sola. Eché a andar por aquel camino. Pasado el Llac de les Monges, cerca ya de la cascada, hay una parte que está como excavada en la roca, y aquel día caía agua por todas partes. En algún punto, la cortina de agua era tan densa que me asusté. Tenía la sensación de que atravesando aquella cortina entraría en un mundo distinto, desconocido, un mundo del que tal vez no podría regresar. Apreté los labios, entorné los ojos y seguí adelante. Cuando salí al camino de la ermita, estaba totalmente empapada. Y entonces oí los gritos. No eran gritos en catalán o en castellano. Eran simplemente gritos, y procedían de la pequeña explanada de la ermita. Desde la última revuelta se veía un amplio corro de unas veinte personas, algunas de ellas con muletas. Entre esas personas estaban mis padres y mis hermanos. Me acerqué despacio. Papá y mamá seguían teniendo a Ramón entre los dos, y yo me agarré a la mano que le quedaba libre a papá. En el centro del corro estaba la mujer que daba aquellos gritos ininteligibles, pero a mí lo que más me llamó la atención fue la expresión de los que la rodeaban: una expresión seria y concentrada, como la de algunas chicas mayores de mi colegio cuando hacían cola para confesarse. También me sorprendió que tuvieran todos la ropa seca, con lo empapada que yo estaba.

Luego sí me fijé en la vidente, dice María Antonia Mir. Era una mujer bajita, de rasgos vulgares y dedos como butifarras. Tenía los ojos cerrados. Tenía también las palmas de las manos hacia arriba para invocar al cielo, aunque a mí sus gestos me recordaban los de esas mujeres que llevan fardos de ropa sobre la cabeza. Volvió a dar unos cuantos gritos, y casi me entró la risa. Mi hermano mayor me dio un codazo. No era que esos gritos no fueran ni en catalán ni en castellano. Era que esos gritos no eran humanos. Podías imaginar que un búho o un gorrino o hasta un delfín gritara así, pero no que lo hiciera un ser humano: ¡Grrruuu, grrruuu, grrruuu...! Al cabo de un rato, la vidente dejó de gritar, bajó la cabeza y juntó las manos para rezar. Otra mujer, que

estaba entre los del corro pero evidentemente iba con ella, dijo:

—La Virgen está todavía muy alta.

A mí, no sé por qué, esa frase me hizo gracia. Traté de contener la risa pero se me escapó un resoplido. Mamá me lanzó una mirada severa y con un movimiento de cabeza me ordenó que me fuera de allí. Lo demás lo vi desde el camino, a unos treinta metros. La vidente gritaba y rezaba y lloraba, y luego volvía a gritar y a rezar y a llorar. Pero no ocurría nada, y de los gestos de la otra mujer yo trataba de deducir la explicación: la Virgen, sencillamente, no se quería mostrar. De golpe, la vidente cayó al suelo y empezó a patalear. A mí me recordó a los ataques epilépticos de Rosita Galvany, mi compañera de pupitre. Alguien gritó que había entrado en trance, y la otra mujer se agachó a su lado y la agarró con fuerza por las muñecas. La vidente se agitaba en el suelo y la otra trataba de acercar la oreja a sus labios para entender lo que decía. Desde donde yo estaba, sólo se oía un murmullo apagado, como el sonido de la selva en las series infantiles, pero era evidente que estaban todos muy excitados. Algunos se pusieron de rodillas y un hombre con muletas avanzó hacia la vidente, que parecía agotada. La otra mujer la ayudó a incorporarse y el hombre se inclinó un poco para que la vidente le pasara las manos por la cabeza y por los hombros. Se formó entonces una pequeña fila detrás del hombre, y mamá se puso en la cola con Ramón. Papá, en cambio, siguió en su sitio, sin hacer ningún movimiento. Yo, en lo más profundo de mi corazón, deseé que papá estuviera equivocado y que en ese mismo momento se obrara el milagro que mamá estaba esperando.

Durante el viaje de vuelta nadie tenía ganas de hablar, dice María Antonia Mir. Mamá abanicaba con una revista a Ramón, que tenía los ojitos cerrados como siempre que le dolía la cabeza, y papá conducía con la mirada puesta en los coches de delante. Estuvieron los dos varios días sin hablarse. Las pocas veces que hablaban era para discutir, y yo pescaba

retazos de conversaciones en las que papá decía: ¿No te has dado cuenta de que son unas estafadoras, unas farsantes?, ¿por qué te crees que el Vaticano no permite estas cosas? Como mamá nunca replicaba, parecía que papá la había acabado convenciendo, pero una mañana, justo después del desayuno, cuando ya todos se habían marchado y yo estaba a punto de salir para ir al colegio, mamá me cogió del brazo.

—Necesito que me acompañes —me dijo—, ya te firmaré un justificante para las monjas.

Al cabo de media hora, mamá, Ramón y yo estábamos esperando en la plaza Universidad, delante del bar Estudiantil. Yo llevaba la cartera y el uniforme del colegio para que luego en casa nadie notara que había faltado a clase. Reconocimos el autobús porque en la luna delantera, en el lado derecho, llevaba una lámina gigante con la imagen de la Virgen de Montserrat. Nos sentamos en los asientos del fondo. El autobús hizo dos o tres paradas más para recoger gente, y después salió a la carretera en dirección a Sant Miquel del Fai. Cuando llegamos a la explanada, había bastantes más coches que la primera vez. La fama de la vidente se había extendido en muy poco tiempo, y en torno a la ermita casi no había sitio para tanta gente. Volví a verlo todo desde el camino, pero en esta ocasión no porque mamá me hubiera castigado sino porque no encontramos un lugar mejor. Las cosas se desarrollaron más o menos como la vez anterior: los gritos de búho de la vidente, luego los rezos y los llores, la otra mujer explicando a medias lo que estaba ocurriendo... La única novedad fue la agitación que se produjo espontáneamente en cuanto la vidente entró en trance y cayó al suelo. La atmósfera estaba cargada como en los instantes previos a una tormenta, y de pronto fue como si se hubiera desatado la locura: una mujer se desmayó y las de al lado empezaron a dar voces, otra intentó abrazar a la vidente y tuvieron que sujetarla, un anciano se puso a llamar a gritos a la Virgen... Por primera vez tuve la sensación de que aquello era real, de que la Virgen estaba de verdad entre nosotros. La gente se arrodillaba y juntaba las manos o se

las ponía en el pecho y, cuando quise darme cuenta, también yo estaba de rodillas, y en algún lado una voz repetía *el miracle, el miracle!*, como si ya se hubiera obrado algún milagro o como si estuviera a punto de obrarse. Entonces varias personas ayudaron a la vidente a levantarse y la fueron paseando entre la gente para la imposición de manos. Algunos trataban de besarle la mano o se agarraban al extremo de su falda, y sus acompañantes tenían que forcejear para que la soltaran. Cuando llegó a nuestra zona, me fijé en que tenía los ojos en blanco y movía los labios como quienes rezan el rosario. Mamá le puso delante a Ramón, y ella cogió al niño por los hombros, por las mejillas, por las sienes, y apretó con tanta fuerza que parecía que quisiera romperle el cráneo. Luego pasó al siguiente enfermo, y Ramón, asustado y lloroso, se apresuró a refugiarse en los brazos de mamá.

—¿Has notado algo?, ¡algo has tenido que notar!, ¿qué has notado? —le decía ella con los ojos brillantes y la voz temblorosa.

Con Justo y su madre coincidíamos en el autobús, dice María Antonia Mir. O, mejor dicho, coincidíamos en la parada, delante del Estudiantil, y nosotras le ayudábamos a mantener en pie a su madre y a plegar la silla de ruedas en cuanto veíamos aparecer el autobús. Las visitas a Sant Miquel del Fai se hacían cada dos o tres semanas, y enseguida nos acostumbremos a sentarnos todos juntos: él con su madre a un lado del pasillo y nosotras dos al otro con Ramón encima. Mamá y Justo hablaban de enfermedades y curaciones, y al final siempre decían lo mismo: que nunca había que perder la esperanza, que la fe movía montañas. Justo lo había intentado todo con su madre, que prácticamente vivía en estado vegetativo. Durante un tiempo la había estado llevando a una *remeiera* de Amposta, una curandera que la purgaba con unas hierbas para que expulsara el mal que llevaba dentro del cuerpo. Después se había ido con ella hasta Villena, en Alicante, y allí otra curandera le embadurnaba la cabeza y la cara con un ungüento que olía a alcachofas...

Al principio de cada una de esas curas, tenía siempre la sensación de que iban a funcionar: su madre parecía a punto de reaccionar, de moverse y hablar, de sonreír. Luego nada. Luego pasaban las semanas y Justo veía que su madre seguía igual. Por eso, igual que antes había dejado de confiar en los médicos, ahora desconfiaba de los curanderos. Me acuerdo de habérselo oído decir. Estábamos en el pasillo del autobús esperando para bajar, y él, mientras sostenía a su madre por los brazos, inclinó la cabeza hacia mamá y susurró:

—Yo ya no creo en nadie; yo ya sólo creo en la Virgen.

O a lo mejor no fueron ésas las palabras. A lo mejor lo que dijo fue:

—Yo ya sólo creo en los milagros.

En todo caso, eso lo decía con frecuencia. Decía que los milagros sólo les ocurrían a los que creían en ellos, y contaba algunos que la ciencia más avanzada seguía siendo incapaz de explicar. Los que más le interesaban eran, claro está, curaciones: un pastor al que la Virgen le había vuelto a colocar la pierna amputada, un tísico que fue a Lourdes y se curó gracias a la comunión... Cuando contaba esos milagros, yo notaba cómo se le iluminaba la cara y sus ojos parecían estar viendo cosas que los demás no podíamos ver. ¿Estarían viendo a su madre tal como era antes de la enfermedad? Justo era un hombre simpático y sonriente. Tenía algo que hacía que te sintieras a gusto a su lado: su manera de mirarte, de hablarte... Te hacía sentir que le importabas, aunque en realidad lo acabarás de conocer. A Ramón le gustaba empujar la silla de ruedas de su madre pero, como él solo no podía, la empujábamos entre los dos. Mamá y Justo, algo rezagados, hablaban en murmullos. Luego, cuando llegábamos a Barcelona, Justo volvía a sentar a su madre en la silla y nos acompañaba una parte del trayecto hasta nuestra casa. Al despedirse, nos besaba a mí y a Ramón en la mejilla y a mamá le daba la mano y le decía hasta pronto. ¿Hubo algo entre ellos? Seguro que no. Mamá, a pesar de que no los aparentaba, estaba cerca de los cincuenta años, y Justo tendría, no sé, veintiséis o veintisiete. Además, mamá era como era y, aunque se

hubiera sentido atraída por algún hombre, habría sido incapaz de traicionar el sacramento del matrimonio. Pero es cierto que la amistad entre ambos se iba fortaleciendo con cada nueva visita a Sant Miquel del Fai y que todo eso ocurría a espaldas de papá, que seguía sin saber nada de nuestras escapadas. Llegué a fantasear con la posibilidad de que mamá viviera uno de esos amores románticos de las novelas y se fugara de casa con su enamorado... Es normal. Yo tenía catorce años, y a esa edad atraen más las pasiones amorosas que las rutinas del matrimonio. En uno de los viajes en autobús, Justo nos comentó que la mujer que ayudaba a la vidente se había puesto en contacto con él para, según dijo, pedirle ciertos sacrificios.

—¿Sacrificios? —preguntó mamá con suspicacia, y Justo asintió con la cabeza.

Tenía que ir una noche a la montaña de Montserrat y encender unos cirios a la Santísima Trinidad. Tenía también que ordenar dos misas en su parroquia y rezar todos los días el rosario... Justo hablaba de esos sacrificios con alegría, porque eso alimentaba sus esperanzas acerca de la curación de su madre.

—¿Algún sacrificio más? —preguntó mamá.

—Nada más, sólo una pequeña donación económica —dijo Justo, y mamá le miró con tristeza, no sé si porque también ella deseaba que le impusieran sacrificios para mantener viva la esperanza de curar a Ramón o porque en el interior de su cabeza resonaban las palabras de papá: ¿No te das cuenta de que sólo son unas estafadoras que buscan sacarle el dinero a la gente desesperada?

Una tarde, de vuelta de Sant Miquel del Fai, papá nos estaba esperando en el portal de casa, dice María Antonia Mir. Yo iba con la cartera y el uniforme, y mamá llevaba uno de sus bolsos grandes. Podía parecer que había ido a hacer recados y que luego me había recogido a la salida del colegio, pero bastaba con ver el gesto avinagrado de papá para

comprender que todas nuestras excusas y protestas serían inútiles. Nos miró con absoluta seriedad, y sin decir una sola palabra cogió de la mano a Ramón y se encaminó hacia el ascensor. Los enfados de papá eran así, silenciosos. Cuando algo le sentaba mal, sencillamente dejaba de hablarte y no volvía a hacerlo hasta que se le pasaba. Pero aquello era más que un simple enfado. Su expresión no era la de alguien irritado o furioso, sino la de alguien que se siente ultrajado, herido en lo más profundo de su dignidad. Durante la cena, que entre semana era la única comida que hacíamos todos juntos, se respiraba una atmósfera de funeral, y lo malo era que también mis hermanos mayores parecían acusarnos a mamá y a mí con su silencio. Si en algún momento mi mirada se cruzaba con la de alguno de ellos, percibía en ella el reproche. ¿Cómo habéis podido?, ¿cómo habéis sido capaces de hacer una cosa así?, me decían sus ojos, y yo, en efecto, tenía la sensación de haber participado en algo gravísimo, un asesinato o algo así. ¿Qué importaba que nuestra única culpa hubiera consistido en creer que un milagro podía curar a mi hermano pequeño, Ramón, *pobret*? Por supuesto, lo de volver por Sant Miquel del Fai estaba descartado. Las semanas fueron pasando y, aunque parecía que poco a poco las cosas volvían a la normalidad, quedaba siempre un resto de tensión flotando en el ambiente, como neblina que se resistiera a disiparse. Una noche me despertaron las voces que salían de la habitación de mis padres. Yo dormía en un cuartito al lado de la cocina. Luego estaban el dormitorio de mis hermanos, un cuarto de baño y la habitación de mis padres, en la que también dormía Ramón. Entre esta habitación y el cuarto de baño había una puerta de cristal que partía el pasillo en dos. Me asomé a ver qué ocurría y vi a Víctor, mi hermano mayor, que sacaba a Ramón del dormitorio de mis padres y se apresuraba a cerrar la puerta del pasillo. Esas dos puertas, la del pasillo y la del dormitorio de mis padres, permanecieron abiertas sólo unos instantes, y durante esos instantes oí a mi madre gritar:

—¿Cómo has podido llegar a pensar eso?, ¿qué tipo de mujer te

crees que soy?

Nunca la había oído gritar de ese modo, y me extrañó el tono de su voz, áspero y agudo. Víctor me ordenó que volviera a mi cama y acostó a mi lado a Ramón, que con toda aquella excitación tardó mucho en quedarse dormido. Me pasé un rato acariciándole el cuello y soplándole suavemente en la cara, que era algo que le calmaba y le hacía sonreír. Mientras tanto, pensaba en mis padres y me daba cuenta de que acababa de aprender algo sobre la naturaleza de los celos, que cuando se desatan son incontrolables y no se atienen a ninguna lógica. Porque ahora estaba claro que lo que de verdad ofendía a papá no eran nuestras visitas a la vidente sino la amistad de su mujer con otro hombre, con Justo, y qué importancia tenía que mamá le doblara en edad y que se hubieran visto sólo media docena de veces y siempre en presencia de otras personas, yo incluida...

Cuando mamá entraba a despertarme, colocaba a los pies de mi cama la ropa que me tenía que poner, dice María Antonia Mir. Aquella mañana no puso el uniforme del colegio sino ropa normal, ropa de calle.

—¿Qué día es hoy?, ¿sábado? —pregunté, restregándome los ojos, y ella cogió en brazos al pequeño, lo besuqueó un poco y dijo:

—Vístete, nos vamos.

Su tono de voz era cantarín y jovial, y yo comprendí que por la noche había librado una batalla y que la había ganado. A partir de ese día no haría falta que disimuláramos cuando fuéramos con Ramón a Sant Miquel del Fai. Me vestí con rapidez y fui a la cocina, donde papá y mis hermanos mayores apuraban cabizbajos sus desayunos. Como cada mañana, mamá los fue besando uno por uno a medida que cogían sus carteras y salían de casa, y me pareció que el beso que le dio a papá fue algo más prolongado que de costumbre.

—¿Estás lista? —me dijo después—. Ya sabes que el autobús pasa a las nueve.

Verla de buen humor me ponía también a mí de buen humor, y recuerdo que, de camino al Estudiantil, fuimos los tres tarareando aquello de: Yo estoy contento en Améri-ca, yo estoy contento en Amé-ri-ca... Llegamos a la parada. Justo y su madre no estaban, y mamá echaba rápidos vistazos hacia la ronda de San Antonio, que era de donde solían venir. ¿Había un fondo de ansiedad en su mirada o sólo me lo parecía? Lo cierto es que llegó el autobús y ellos dos seguían sin aparecer. Mamá echó una última ojeada en dirección a la ronda, y yo la observé con curiosidad y me descubrí pensando que su personalidad era bastante más rica y más compleja de lo que yo suponía, también bastante más misteriosa. En Sant Miquel del Fai había aún más gente que las últimas veces. Algunos, para ver a la vidente, habían trepado hasta el tejado de la ermita o se habían encaramado a la ladera. Cuando empezó la imposición de manos, la multitud empezó a moverse sin orden ni concierto, y una mujer recibió un empujón y estuvo a punto de despeñarse. Después, ya en el camino, vimos algunas caras conocidas, y mamá preguntó por la madre de Justo.

—¿La de la silla de ruedas?, ¿la de la silla de ruedas con aquel muchacho bajito y educado? —le dijo un hombre con un bulto en el cuello.

—Sí, ésa —dijo mamá.

—Ya no vienen por aquí, puede que se haya curado —dijo el del bulto.

—¿Usted cree? —dijo mamá, y una mujer intervino para decir:

—Me acuerdo de ellos; la madre se recuperó y se fueron a vivir a una playa...

—¿A una playa? —repitió mamá, y otra mujer comentó:

—A una playa, sí, en las Islas Canarias.

Mamá me miró con perplejidad. La mujer insistió:

—Seguro, una playa, cerca de Las Palmas.

Otras personas, desconocidas para nosotras, se sumaron a la

conversación. Decían que todo el mundo lo sabía: la madre del muchacho se había curado y ahora hablaba y caminaba como si nunca hubiera estado enferma.

—¿Pero si estaba tan mal!, ¡ha tenido que ser un milagro! — exclamó mamá, y el hombre del bulto en el cuello le dedicó una sonrisa condescendiente y dijo:

—¿Para qué se piensa que estamos aquí?

Durante el viaje de vuelta, me pareció que mamá estaba feliz pero de una manera triste. O triste pero de un modo feliz. Con Ramón sentado en el regazo, hablaba como para sí misma:

—Claro, Justo tenía razón. ¡Los milagros les ocurren a los que creen en ellos! Nuestro problema es que no hemos creído con la suficiente intensidad...

Luego intentamos imaginarnos a Justo y a su madre paseando por una playa canaria. ¿Cómo serán las playas allí?, nos preguntamos. Seguro que grandes, muy grandes, bordeadas por palmeras y por casitas blancas, con la arena muy fina y la orilla llena de conchas, con olas transparentes que rompían mansamente en los tobillos de los paseantes... Mamá, de repente, abrazó con fuerza a Ramón y me pareció que se le empañaban los ojos. Y dijo:

—Hijo mío, cuando estés curado, te prometo que iremos a un sitio así para celebrarlo, te lo prometo...

Aún fuimos otras dos o tres veces a Sant Miquel del Fai, dice María Antonia Mir. Aunque nunca fuimos testigos de ninguna, nos llegaron noticias acerca de nuevas curaciones milagrosas, y eso avivaba nuestras esperanzas. Pero Ramón, *pobret*, no estaba bien. De hecho, estaba tan mal como en los peores momentos. Volvía a despertarse en mitad de la noche con vómitos y dolores, y en una de esas crisis perdió el conocimiento y todos en casa intuimos que ya nunca lo recuperaría. El pequeño estaba en la cama de mis padres, con la boca entreabierta y la cara inexpresiva.

Mamá se había sentado a su lado, sobre el embozo de la sábana, y le agarraba una mano y le acariciaba las puntas de los dedos. Alrededor de la cama pero a cierta distancia, como si no quisiéramos importunarla en su despedida, estábamos los demás: el médico, el cura, papá, mis hermanos mayores, yo. Cuando todavía Ramón respiraba, mamá se volvió hacia mí y con una sonrisa llorosa me susurró:

—¿Cómo era la playa esa a la que pensábamos ir con él?

Yo pensé que era una de esas preguntas que se hacen sin esperar respuesta, pero ella insistió:

—¿Cómo era?, ¿cómo era?

—Una playa muy grande. Una playa desierta entre altas palmeras. Una playa con la arena muy fina y conchas en la orilla... —dije, y me pareció que mis palabras la consolaban y la tranquilizaban.

Cuando más lo traté fue cuando las oposiciones, dice Pascual Ortega. Las de notaría no, las de secretario de ayuntamiento. Hasta entonces mi madre siempre había decidido por mí. Si estudié Derecho fue por ella, porque ella decía que era una carrera con muchas salidas. Y si luego empecé a preparar notaría también fue por mi madre, porque decía que la mayor ilusión de su vida era tener un hijo notario. Un hijo notario: o sea, yo, su único hijo. ¡Ojalá hubiera tenido un hermano con el que compartir esa responsabilidad! Nos lo habríamos podido jugar a cara o cruz y al menos habría tenido un cincuenta por ciento de probabilidades de salvarme. ¡Si sale cara, eres libre de elegir tu destino! ¡Si sale cruz, a hacer notaría! Pero, claro, como mi padre murió tan joven... Siempre me he preguntado el porqué de esa obsesión de mi madre. Para ella, el notariado no era sólo sinónimo de posición social o de triunfo profesional o de seguridad económica. Para ella era algo más: algo que daba sentido a mi existencia, y sobre todo a la suya. Después de tantas privaciones y tantas estrecheces, después de tantos años de esforzarse por darme un vida decorosa, aprovechando la ropa vieja de mi padre, dándome la parte

tierna del filete que tomábamos a medias, pagándome un colegio que estaba por encima de sus posibilidades, después de todo eso hacía falta algo que la resarciera definitivamente. Algo que borrara de un plumazo todos sus sacrificios. Algo que le certificara que durante esas dos décadas no había estado equivocada y que lo que había hecho estaba bien hecho y había valido la pena. Por eso no le bastaba con pensar que me había dado una carrera y que yo, por mis propios medios, acabaría abriéndome camino en la vida. Lo que ella quería tenía que ser concreto, próximo, inaplazable. Casi diría fulminante: yo telefoneándola una mañana para darle el anuncio del aprobado y ella convirtiéndose de golpe en la madre del notario. Mi hijo es nota-rio, no-ta-rio... Me la imaginaba diciéndoselo a sus amigas con esa vocecilla infantil que ponía cuando estaba de buen humor: Mi hijo es no-ta-rio... Y me imaginaba luego a sus amigas felicitándola y besuqueándola y dándole palmaditas en el hombro, y a ella negando humildemente con la cabeza y diciendo que no tenía ningún mérito, que todo el mérito era mío, cuando en realidad creía que el mérito era suyo y sólo suyo por haberme sabido educar, por haberme dado todo lo que estuvo en su mano, por haberme asistido cuando lo necesité, por haberme alentado en todo momento, por haberme sostenido durante mi época de opositor... Así, sin darme mucha cuenta ni pararme demasiado a reflexionar, me encontré un día firmando unas oposiciones que no había elegido. Y luego suspendiéndolas. Suspendiéndolas la primera vez, suspendiéndolas la segunda... Era como en esas pesadillas típicas de los estudiantes: me presentaba ante el tribunal, decía el título del tema seleccionado e inmediatamente me quedaba en blanco. Totalmente en blanco. Bloqueado. ¡Y lo malo era que ese tema me lo sabía, porque iba muy bien preparado! ¿Qué era entonces lo que me ocurría? ¿Por qué me pasaba eso? Yo creo que era el sentido de la responsabilidad, que me aplastaba, me oprimía, me paralizaba... ¿Cómo no va a sucumbir ante un peso así un chico de veintipocos años que en sólo unos minutos tiene que redimir la vida entera de su madre, redimir ese pasado suyo de viuda

venida a menos, de mujer condenada por el destino a la infelicidad?

La segunda vez que me quedé en blanco me dije que no podía volverme a ocurrir, dice Pascual Ortega. Estaba destrozado. Mi madre ocultaba su tremenda decepción y trataba de consolarme y de animarme. Me decía: No te preocupes tanto, la próxima vez lo conseguirás, a la tercera va la vencida... Hasta que un día le dije que había descubierto mi verdadera vocación y que no quería ser notario sino secretario de ayuntamiento. Dirás: ¡Qué risa!, ¿cómo puede alguien tener una vocación así? Pero es cierto que en aquel momento era eso lo que sentía. Me parecía que un secretario de ayuntamiento era como un dios pequeño y discreto, alguien que desde la penumbra de un despacho velaba por el buen funcionamiento de una comunidad, alguien que inscribía la vida cotidiana de sus convecinos en el orden superior del Derecho... Sí, ya sé que estoy exagerando, pero reconóceme que el secretario tiene algo de benefactor y el notario mucho de parásito. ¿Y cuándo se ha visto que un joven prefiera ser parásito a ser benefactor? El caso es que ésa fue mi gran rebelión. Ya ves qué birria de rebelión... ¡Pero qué disgusto se llevó mi madre! Cuando se lo dije, abrió mucho la boca, como si le faltara aire, y con una mano se apoyó en el marco de la puerta y con la otra empezó a darse golpecitos en el pecho. Parecía realmente que le estaba dando un síncope. La cogí del brazo y la llevé a su sillón, el sillón de orejas en el que se pasaba las tardes haciendo punto. Me dijo:

—Dime que no es cierto, dime que no has dicho eso. Lo que te ha pasado en estas oposiciones no tiene por qué volverte a pasar. Si han sido los nervios, buscaremos un médico o un psicólogo o lo que sea...

Yo la dejé hablar y luego dije:

—Es mi vocación, tienes que respetarla...

—¡No me puedes hacer esto! —exclamó ella, dándose otra vez golpecitos en el pecho.

Desde aquel momento dejó de mirarme y de hablarme. Nos

cruzábamos por el pasillo y mi madre soltaba un suspiro y miraba para otro lado. Nos sentábamos a la mesa y subía el volumen de la radio cada vez que yo trataba de iniciar una conversación. Un domingo, armándome de valor, le dije que no podíamos seguir así y que teníamos que poner un poco de orden en todo eso... Ella, desdeñosa, replicó:

—¿No es eso lo que hacen los secretarios?, ¿ordenar las cosas?

Pronunciaba secretario con el mismo retintín que emplearía para decir peluquero o conserje, y yo me la imaginaba ocultándoles a sus amigas que su hijo nunca iba a pasar de secretario o de peluquero o de conserje. Discutimos durante más de media hora, y al final dije que necesitaba cambiar de ambiente, encerrarme en un lugar aislado y tranquilo a preparar las oposiciones.

—Ah, el examen —dijo ella, siempre resentida, siempre despectiva, pero al menos no puso ninguna objeción a mi idea de instalarme en un piso vacío que la tía Adela, su hermana, tenía en el centro de Matadepera, a pocos kilómetros de Tarrasa.

El piso no era gran cosa, dice Pascual Ortega. Un dormitorio grande, uno pequeño, un salón-comedor. No tenía radio ni teléfono ni por supuesto televisión, pero yo lo prefería así porque no quería que nada me distrajera. Vivía como un cartujo. Me pasaba doce o trece horas al día estudiando, y sólo salía un rato por las mañanas para comprar comida y que me diera un poco el aire. Cada dos semanas viajaba a Barcelona para repasar los temas con un profesor, y entonces me desahogaba. Bueno, tampoco es que me pusiera a hacer locuras. Ni agotaba todo el alcohol de la ciudad ni me metía en broncas ni me iba de putas. Nada de eso. Me limitaba a no aparecer por casa en todo el día. ¿Para qué? ¿Para enfrentarme a las recriminaciones silenciosas de mi madre, que seguía haciéndome responsable de sus desdichas? Cualquier cosa antes que seguir aguantando sus suspiros profundos y sus miradas lánguidas... A las siete de la tarde, en cuanto concluía el repaso, me iba a tomar unos vinos

a una tasca que había junto a la plaza Real. Allí siempre me encontraba con algún conocido, y cualquier excusa era buena para prolongar la juerga hasta que cerraban el último bar. A Justo lo veía casi todas las veces. Iba, como siempre, rodeado de chicas guapas, y yo, claro, me pegaba a él para ver si caía algo. Me acuerdo de una tal Lourdes, que se peinaba como Jean Seberg en *Buenos días, tristeza*, de otra que se llamaba Angelines y trabajaba en un puesto de flores en las Ramblas, de Cristina, que quería ser cantante y fue la primera persona que me habló de los Rolling Stones... Eran todas guapísimas, auténticas bellezas, pero la más guapa de todas era una rubita que se llamaba Aurora y que, ¿cómo no?, se enamoró perdidamente de Justo. Lo de ese hombre era increíble. ¿Qué veían las chicas en él? ¿Qué tenía Justo para que siempre las más guapas se encapricharan de él? Aurora era una chica de buena familia. Socios del Club de Polo y así. Le gustaba leer revistas de moda, iba todas las semanas a la peluquería y enseguida se frotaba los brazos como si tuviera frío: a lo mejor es que la gente fina siempre tiene frío... A mí, por muy guapa y muy fina que fuera, me parecía una cursi. En cambio, a Justo le gustaba. Le gustaba mucho. Casi diría que se enamoró de ella. Pero con él nunca se sabía, porque siempre que salía con una chica daba la sensación de estar locamente enamorado.

Gracias a Aurora conocí a Mercedes, que era la mejor amiga de una prima suya que veraneaba en Sitges, dice Pascual Ortega. Entre todas aquellas bellezas, al principio no me fijé en ella. Una chica algo grandota, de pecho generoso y rodillas redondas. Podía ser que no fuera la más guapa, pero desde luego era la más simpática y afectuosa. Cuando nos veíamos, siempre me preguntaba por mis oposiciones: si había estudiado mucho esas dos semanas, si no me convendría hacer algo de ejercicio o dormir más... Mercedes solía llevar una pulsera de oro con unas moneditas antiguas que al moverlas tintineaban. Era una pulsera algo pasada de moda, de esas que le gustaban a mi tía Adela, pero a ella le

quedaba muy bien, no como a mi tía. Algunas noches, cuando nos cerraban el bar en el que apurábamos los últimos vinos y Justo desaparecía con Aurora, yo acompañaba a Mercedes. ¡Con tal de volver a casa lo más tarde posible, habría ido a cualquier lado...! En su portal ni nos besábamos ni nada. Nuestras despedidas eran de lo más casto. Intercambiábamos una sonrisa y nos decíamos adiós con la mano, y el tintineo de su pulsera sonaba en el silencio de las calles recién regadas. Una tarde, durante uno de esos viajes míos, oí a mi espalda ese mismo sonido y me volví en busca de Mercedes. Pero no era ella. Era otra mujer que llevaba una pulsera parecida. Mi decepción fue enorme, y eso me hizo pensar. Desde entonces, ya nunca volví a mirarla del mismo modo. No había pasado nada entre nosotros, no habíamos llegado a compartir confidencias ni a tener verdadera intimidad, y sin embargo me daba la sensación de que entre nosotros había... algo. Llámalo empatía. O complicidad. Llámalo como quieras. Si estábamos con más gente, nos sentábamos siempre juntos, y un roce casual de nuestra ropa bastaba para mantenerme en un estado constante de exaltación. Sentía tan cerca el calor de su cuerpo que era como si ese calor fuera el mío, como si nuestra piel estuviera en contacto directo a pesar de la tela... Dirás: A ti lo que te pasaba era que te ponía cachondo. ¡Menuda palabra, cachondo! Los toros se ponen cachondos, y los caballos, y los corderos... Pero no creo que el olor de la vaca o de la yegua les haga sentir que todo se transforma alrededor y que el mundo se vuelve por unos momentos bello, luminoso, perfecto. ¿Verdad que no es eso lo que siente un cordero mientras trata de montar a su cordera? Lo que a mí me ocurría era que la belleza de las otras chicas quedaba eclipsada por la de Mercedes, que ahora me parecía inigualable. No sólo eso, sino que las demás (es decir, todas, todas las chicas del mundo) eran guapas en la medida en que me recordaban a ella y rematadamente feas si no me la recordaban en absoluto. Mercedes se había convertido en mi patrón de belleza: unas rodillas sólo eran bonitas si eran redondas como las suyas, y unos labios sólo si eran carnosos, y

unos ojos sólo si eran grandes y castaños... ¿Qué te voy a contar que no sepas? ¡Todo el mundo ha estado enamorado alguna vez! A última hora, cuando acompañaba a Mercedes al portal, lo hacía ya con la idea de pedirle que saliera conmigo. Pero nunca encontraba el momento, y al final nos despedíamos como siempre, diciéndonos adiós con la mano. Luego, en la soledad del pequeño piso de Matadepera me costaba quitármela de la cabeza, y todas las sensaciones que su compañía me había inspirado se amplificaban en su ausencia. Esas dos semanas sin verla eran un tormento. Un día descubrí que al cerrar el cajón de los cubiertos se oía un tintineo como el de las moneditas de su pulsera. Y siempre que entraba a la cocina para cualquier cosa abría y cerraba el cajón para oír ese sonido, que me parecía tan dulce y melodioso. Ridículo, ¿verdad? Puede ser, pero es que el amor, visto desde fuera, resulta siempre bastante ridículo. Una de esas noches que bajé a Barcelona no pude más, y con cualquier excusa le pedí que saliera a dar una vuelta conmigo. Cuando llegamos a Santa María del Mar, le pregunté si quería ser mi novia. Ella sonrió y bajó los ojos, y justo en ese instante, como si hubieran estado esperando agazapados, aparecieron de no se sabe dónde unos tunos con sus bandurrias y sus guitarras y sus panderetas. Sí, en aquella época era más corriente que ahora eso de ver a los de la tuna por Barcelona. El caso es que los tunos aquellos nos rodearon y se pusieron a cantar *Clavelitos* mientras uno bailoteaba a nuestro alrededor golpeando la pandereta con las manos, con el codo, con la coronilla... No era la escenografía que yo había soñado para mi declaración de amor, pero tampoco podía hacer nada para cambiarla.

—¿Quieres o no? —volví a decir, y Mercedes sonrió otra vez y asintió con la cabeza.

Entonces la abracé y la besé, y los tunos cantaron con más fuerza y un vecino gritó desde un balcón porque no le dejaban dormir.

Entre tanto se iba acercando la fecha de las oposiciones, dice

Pascual Ortega. Mi madre había acabado resignándose a la idea de que nunca sería madre de un notario y, aunque no estuviera orgullosa de mí, al menos ya no me miraba con su habitual expresión de disgusto. Entonces las oposiciones se hacían en Madrid. Mercedes no había estado nunca en Madrid, así que no me resultó difícil convencerla para que pusiera cualquier pretexto ante su familia y viniera conmigo. Iba a ser nuestro primer viaje juntos, también nuestra primera noche de amor. Fuimos en talgo y nos alojamos en el Wellington. En mis anteriores oposiciones me había alojado en una pensión económica junto a la Puerta del Sol, pero yo no quería que el recuerdo de nuestro primer encuentro amoroso quedara asociado para siempre a paredes desconchadas, olor a sardinas, ruido de cañerías. ¿El Wellington? ¡Pues el Wellington! Como además tuve que reservar dos habitaciones por no estar casados, me salió carísimo. Pero valió la pena. En fin, te ahorraré los detalles. Sólo diré que por la mañana yo era un hombre feliz, satisfecho, seguro de sí mismo. Pasé la prueba escrita sin dificultad, y al día siguiente Mercedes me acompañó a la encerrona. Los otros opositores estaban todos nerviosísimos y yo temía que pudieran contagiarme. Pero no fue así. El bedel pronunció mi nombre. Mercedes me lanzó un beso y yo le guiñé un ojo. Mi aplomo y mi confianza eran tales que yo mismo estaba sorprendido. Y por supuesto, cuando me planté delante del tribunal, ya sabía que no me iba a ocurrir lo que las otras veces. No sólo no me quedé en blanco sino que expuse el tema con fluidez y convicción, y el presidente del tribunal me interrumpió haciendo un gesto de aprobación.

—No hace falta que siga, señor Ortega, puede irse —me dijo.

Y nos volvimos a Barcelona. A mi madre le di al mismo tiempo las dos noticias, la del aprobado y la de la boda, y la pobre mujer se tapó la cara con las manos y se echó a llorar. Dijo que eran lágrimas de alegría, aunque quién sabe.

Yo tenía ya el aprobado, pero entre que se publicaba el

nombramiento y me notificaban el destino pasaron casi tres meses, dice Pascual Ortega. Durante ese tiempo salimos casi todos los días con Justo y Aurora. Era más bien una amistad de circunstancias, porque ni yo era muy amigo de Justo ni Mercedes lo era de Aurora. Aún no sabíamos ni en qué pueblo íbamos a vivir cuando estuviéramos casados, y Mercedes se recorría las tiendas de muebles eligiendo modelos y preguntando precios y modalidades de pago. Ella decía que sólo intentaba hacerse una idea, pero se veía que disfrutaba con eso. También solía ir a probarse vestidos de novia a una tienda que había en Puerta del Ángel y a pedir presupuestos para el banquete de boda y a coger folletos para la luna de miel. Muchas veces Aurora la acompañaba, y a mí me parecía que lo hacía más por ella misma que por Mercedes. Realmente, cuando hablaban entre ellas, estaban las dos tan ilusionadas que no se sabía muy bien cuál era la que se iba a casar. Dirás: ¿Y tú qué?, ¿por qué no la acompañabas tú, si se trataba de tu boda y esos días no tenías nada mejor que hacer? Ya sé que ahora puede sonar algo machista, pero siempre he creído que esas cosas le corresponden a la mujer. Además, me sentía, ¿cómo decirlo?, algo confuso... Sí, estaba muy enamorado de Mercedes y tenía claro que era la mujer con la que quería compartir el resto de mi vida. Pero al mismo tiempo me parecía que estaba yendo todo demasiado rápido. En cualquier momento me asignarían destino, y poco después nos casaríamos y no tardarían en llegar los niños... Me daba cuenta de que estaba viviendo el final de la juventud, y a veces, estando a solas, me observaba en el espejo y me decía: Qué breve ha sido todo, Dios mío, qué breve.

Mientras ellas dos hacían recados, yo solía quedar con Justo, y después nos acercábamos a recogerlas, dice Pascual Ortega. Y nos íbamos a bañar a la playa. Justo estaba algo acomplejado porque no sabía nadar, y yo me había comprometido a enseñarle. Aunque estábamos en primavera y el agua estaba todavía muy fría, nos íbamos hasta la

Barceloneta y nos pasábamos un buen rato dando brazadas entre las olas. ¡Había que ver lo mal que se movía el pobre! Agitaba los brazos y las piernas sin ningún compás, y hacía tales esfuerzos para mantenerse a flote que acababa siempre agotado. Yo le decía: ¡Así no, así no!, ¡el brazo derecho con la pierna izquierda y el brazo izquierdo con la pierna derecha! Pero él como si no escuchara. ¡Plas!, ¡plas!, ¡plas! Mucho manotazo y mucho salpicar, pero no avanzaba ni un metro. Uno de esos días, mientras íbamos a la playa a bañarnos, nos encontramos con una manifestación de sacerdotes. Era el 11 de mayo de 1966. Me acuerdo de la fecha porque era el cumpleaños de mi madre y a la vuelta tenía previsto comprarle algo en una floristería de Urquinaona. El caso es que Justo y yo bajábamos hacia la Barceloneta y vimos a un montón de curas que salían de la avenida de la catedral, subían por Vía Layetana y se detenían ante las puertas de comisaría. Serían unos doscientos, si no más, todos con sus sotanas negras. Aquello llamaba la atención: la circulación quedó interrumpida, los transeúntes se paraban a mirar, los vecinos se asomaban a los balcones... Luego supe que querían protestar contra los malos tratos de la policía a unos trabajadores y unos estudiantes detenidos. Fue llegar todos los curas a la comisaría y empezar los agentes a darles porrazos y patadas. Los curas no intentaban resistirse. Algunos caían al suelo, otros sangraban por la ceja, otros levantaban las manos o se protegían la cabeza... Los conductores hacían sonar las bocinas y en la otra acera la gente abucheaba a los policías, pero éstos seguían despachándose a gusto. Se oían exclamaciones de dolor. Después alguien gritó *anem als jesuïtes!*, y toda aquella masa negra echó a andar hacia la calle Caspe, unos por la misma Vía Layetana, otros metiéndose por Jonqueres. Más tarde me contaron que en los jesuitas de Caspe había más policías esperando y que iban zurrando a los curas a medida que entraban a refugiarse en la iglesia. Pero eso ya no lo vimos ni Justo ni yo, que nos fuimos para el otro lado, para la Barceloneta. Muchas veces, sabiendo lo que después hizo Justo, he pensado en este episodio, y nunca he

conseguido recordar su reacción. ¿Dijo algo? ¿Hizo algún gesto del que pudieran deducirse sus simpatías por unos o por otros? No, no lo creo, o al menos yo no lo recuerdo. Y luego, ya en la playa, tampoco comentamos nada.

Bueno, el caso es que por entonces Justo estaba intentando aprender a nadar, dice Pascual Ortega. Más o menos sabía ya mantenerse a flote y coordinar los movimientos de brazos y piernas, y él decía que con eso bastaba. Una tarde, Aurora apareció con unas invitaciones para el Club de Polo. Optamos por ir el domingo siguiente. Fuimos juntos Mercedes, Justo y yo, porque Aurora, que vivía cerca, había quedado en esperarnos dentro. El portero, muy estirado, cogió nuestras invitaciones y, en lugar de abrirnos la puerta, nos preguntó cómo las habíamos conseguido. Atención al matiz: no preguntó qué socio nos había invitado sino cómo habíamos conseguido las invitaciones. Como si las hubiéramos robado o falsificado. Dimos el nombre y el apellido de Aurora, y el hombre, antes de indicarnos que podíamos pasar, nos dedicó una mirada lenta y desdeñosa. Entramos. Mercedes y yo intercambiamos una mirada avergonzada. Acabábamos de ser objeto de una humillación. Justo, tan contento, no parecía haberse dado cuenta, y lo observaba todo con una curiosidad alegre e infantil, preguntando en voz alta dónde estaría Aurora. La encontramos en la cafetería y nos llevó a ver las instalaciones: los salones, la pista de polo, las caballerizas. De vez en cuando se detenía a saludar a alguien, generalmente un pariente lejano o un vecino, y nos lo presentaba. Esa gente nos trataba con una gentileza distante y hasta altiva, pero nunca con un desprecio como el del portero. Hazme caso: no hay peor clasismo que el de los lacayos. Sin dejar de ser unos muertos de hambre, llegan a creer que forman parte de la casta de sus señores: de ahí que se sientan a la vez inferiores y superiores al resto del mundo. Fuimos después a la piscina. Estoy hablando de finales de mayo o principios de junio, o sea que había gente tomando el sol pero no había nadie en el

agua. A Justo le daba lo mismo. Dijo:

—Hemos venido a bañarnos, ¿no?

Se metió en el vestuario, pero no le seguí. Cuando salió, llevaba puesto un traje de baño de cuadritos que yo no le había visto. Era como si se hubiera estado preparando para aquel momento: las clases de natación, el traje de baño nuevo... Mercedes y yo, algo envarados, estábamos al borde de la piscina hablando con una señora que Aurora nos acababa de presentar. Justo pasó por nuestro lado tan campante, nos dio el reloj para que se lo guardáramos y directamente se tiró al agua. La gente de las hamacas se volvió a mirar y alguien comentó con retintín: ¡Qué valiente! La cabeza de Justo reapareció enseguida por encima de la superficie, y todos le vimos chapotear un poco y caer hasta el fondo de la piscina. Las chicas, que ignoraban que no sabía nadar, lo miraban como si tal cosa. Yo estaba cada vez más inquieto. Pasó medio minuto. Pasó un minuto. Y Justo seguía en el fondo. ¡Se estaba ahogando! Me quité la chaqueta y los zapatos, me desabroché la camisa... Unos segundos después estaba en el agua tratando de sostener a Justo por los sobacos. La gente se arremolinó junto a la escalerilla y me ayudó a sacarlo. Fue todo un poco ridículo, porque no me había dado tiempo de desabotonarme más que un puño, y la camisa me colgaba de una manga y se me enredaba con todo. Cuando conseguí salir, los curiosos formaron un corro a nuestro alrededor. Yo estaba sin resuello. En cuanto me recuperé un poco, miré a Justo. Tenía todavía el susto en la cara, pero hacía gestos de: Estoy bien, estoy bien. Y poco después, cuando se dio cuenta del numerito que había montado, sus gestos fueron de: No ha sido nada, y en todo caso ha tenido gracia, ¿no? Como si hubiera sido una broma. O como si el salvador fuera él y el salvado yo, que estaba empapado y a medio vestir y no dejaba de jadear. Eso me molestó. Acababa de salvarle la vida y, en vez de agradecérmelo, se diría que le quitaba importancia. Algunas personas, al ver en qué había acabado todo, volvieron a sus hamacas y comentaron lo sucedido con risitas despectivas. Y lo curioso es que también yo sentía la necesidad de

despreciar a ese hortera que me había puesto en una situación embarazosa. No me había avergonzado de él cuando el portero nos había tratado con desdén, pero sí ahora que todos nos observaban de reojo y sonreían. Me pregunté qué hacía yo con un paleta como aquél... Puede ser que también lo mío fuera clasismo, pero qué a gusto me quedé cuando le dije:

—No se te puede llevar a ningún sitio.

No digo que ahí se terminara nuestra amistad pero casi, dice Pascual Ortega. Hasta entonces habíamos ido ganando confianza el uno en el otro, y a partir de ese momento empezamos a distanciarnos. Se acabaron, por ejemplo, las confidencias, que eran unas confidencias por partida doble, porque Mercedes y Aurora intercambiaban las suyas y Justo y yo las nuestras... No sé si luego ellos hablarían de nosotros, pero por supuesto nosotros sí que hablábamos de ellos. Digamos que juntábamos las piezas y que así nos formábamos una idea de la clase de gente que eran. Los veíamos más o menos como a nosotros mismos, una pareja de enamorados que soñaban con casarse y que, si no anunciaban sus planes de boda, era porque se interponía algún obstáculo: tal vez la diferencia de clases o los escasos ingresos de él o la voluntad de la familia de ella... Un día, en la Barceloneta, poco antes del incidente en el Club de Polo, hablé con claridad a Justo.

—¿Pero lo vuestro va en serio o no? —le dije.

—Yo la quiero mucho, muchísimo —dijo él.

—Entonces es que sí vais en serio.

—Pues sí...

—No lo dices muy convencido. Tú siempre has tenido muchas novias...

Sonrió entonces de un modo en que jamás le había visto sonreír.

—¿Ha habido alguna a la que haya querido más que a Aurora? —dijo, como leyéndome el pensamiento. Era una pregunta, pero en el aire

quedaba aleteando la sombra de una afirmación. Dije:

—¿La conozco yo?

Negó con la cabeza.

—¿Y qué pasó? —dije.

—Pasó que andábamos metidos en negocios y que los negocios no fueron bien. Tuvimos que dejar de vernos.

Estuvimos un rato en silencio y volví a decir:

—Así que con Aurora no vas tan en serio...

—¡Claro que vamos en serio! ¿No te he dicho que la quiero mucho, muchísimo?

Bueno, la cuestión es que con Justo nunca sabías a qué carta quedarte. Hablando con él, tenías la sensación de que no todo lo que te decía era verdad. O de que te ocultaba cosas. Al final llegué a la conclusión de que el problema no era que hubiera otra mujer o que él ganara poco dinero o que la familia de Aurora no le aceptara. Nada de eso. El problema era la enfermedad de la madre. Mientras la madre de Justo estuviera como estaba, ninguno de sus noviazgos prosperaría. Era una esclavitud a la que se había sometido voluntariamente: primero su madre, después todo lo demás. ¡Menudo papelón el de Aurora! Para conquistar el corazón de Justo, la pobre tenía que combatir contra el fantasma de la madre, que nunca se iba a recuperar de su enfermedad y tampoco parecía que fuera a morirse...

Hacía tiempo que yo le prestaba de vez en cuando dinero para el tratamiento médico, dice Pascual Ortega. Por aquella época empezó a pedirme con regularidad. Las cosas no debían de irle muy bien en esos negocios suyos de representaciones comerciales. Y aunque a mí no me cogía en el mejor momento, a pocos meses para la boda y sin haber cobrado todavía mi primer sueldo, las cantidades que me pedía no eran excesivas y el motivo me parecía más que justificado, así que le daba un poco una semana, otro poco a la semana siguiente... Por una de esas

casualidades de la vida me enteré de que hacía más de un año que ni él ni su madre pisaban la clínica. Lo supe por Margarita, una prima segunda mía que precisamente trabajaba de administrativa en la clínica. También supe por Margarita que Justo había acabado poniéndose en manos de curanderos y gente así. ¡De todo eso no nos decía ni una palabra! ¿Cómo puedes fiarte de alguien que te miente y te oculta cosas y no para de sacarte dinero? Yo a su madre no llegué a verla nunca, pero a veces Aurora hablaba de ella a Mercedes. Cada vez que iban a su casa, que creo que era un bajo que estaba por el Barrio Chino, Justo la hacía esperar unos minutos en la calle. Por nada del mundo quería que viera a su madre. En una ocasión, Aurora se asomó sigilosamente y vio a Justo llevarla en brazos y acostarla con el mismo cuidado con que se acuesta a un bebé. Y, mientras tanto, le oía que le decía:

—He venido con unos amigos... Vamos a charlar un poco... Para no molestar cierro la puerta...

Fue ésa la única vez que la vio. ¿Qué pensó en ese instante? ¿Pensó en toda la felicidad aplazada o echada a perder por culpa de aquel cuerpo inerte? Volvió a la calle y disimuló, y enseguida Justo reapareció susurrando:

—Ya podemos entrar, ya está dormida.

¿Dormida? ¡Pero si ella misma había visto con sus propios ojos que la pobre mujer estaba como muerta y no se enteraba de nada! La madre estaba mal, muy mal, pero Justo se comportaba como si no fuera así, y Aurora tampoco se atrevía a decirle nada. Yo seguí pasándole pequeñas cantidades de dinero hasta que por fin me asignaron destino en Agramunt, en la provincia de Lérida. Cogí un autobús, tomé posesión de mi plaza y me instalé en una pensión. Mercedes llegó al cabo de unos días y nos pusimos a buscar piso. Encontramos uno grande y luminoso pero necesitado de reformas. Entre unas cosas y otras, no estaría listo hasta noviembre o diciembre, así que fijamos la fecha de la boda para un poco antes de las navidades. Durante todo ese tiempo prácticamente no

volví por Barcelona, y lo poco que sabía de Justo y Aurora lo sabía por Mercedes. Que habían discutido. Que se habían reconciliado. Que habían vuelto a discutir y no parecía que esta vez fueran a reconciliarse... Mercedes se encargó de todos los detalles de la boda y, por si acaso, los invitó a los dos. Nos casamos en la parroquia de Sant Josep Oriol, la de la familia de Mercedes. Mi madre, que era la madrina, se pasó toda la ceremonia llorando. A la salida de la iglesia vi un momento a Aurora pero, entre los saludos y los abrazos y las felicitaciones de unos y otros, no pensé en Justo. Había un montón de gente. El banquete lo hicimos en el hotel Colón, enfrente de la catedral. La mesa principal la compartíamos los novios, el cura, los padres de Mercedes, su abuela materna, mi madre y la tía Adela. Los padres de Mercedes me elogiaron mucho y dijeron a mi madre que tenía que estar orgullosa de su hijo, y ella, con una sonrisa que me pareció sincera, asintió:

—Sí, estoy muy orgullosa de él.

En una mesa cercana estaban los primos y los amigos de Mercedes, y con ellos Aurora, que tenía un aspecto algo desmejorado. Como suele ocurrir en las bodas, al acabar la comida todo el mundo estaba un poco achispado o, como se decía entonces, piripí. A nosotros nos correspondió abrir el baile. Mercedes estaba deslumbrante. Tenía esa belleza especial que tienen las mujeres cuando son felices. Se lo dije y nos dimos un beso, y todos se pusieron a aplaudir y a gritar ¡vivan los novios! Enseguida los más jóvenes se animaron a saltar a la pista. Me fijé en que Aurora bailaba mucho con un primo de Mercedes. Parecía muy contenta. Pregunté a Mercedes por Justo y me dijo que no sabía nada de él: ni había acusado recibo de la invitación ni había dado ningún tipo de explicaciones. Cuando nos cansamos de bailar, volvimos a la mesa. En algún momento, Mercedes se levantó para ir al cuarto de baño, y al cabo de unos minutos, coincidiendo con una pausa de los músicos, empezamos a oír aquellos gritos.

—¡No me menciones a ese tipejo!, ¡no me vuelvas a hablar de él!,

¡me ha hecho mucho daño y no quiero ni oír su nombre! —oímos, y los invitados se volvieron a mirar a una alteradísima Aurora, que venía trastabillando por el pasillo de los lavabos y se detuvo para gritar otra vez —: ¡No quiero verle ni en pintura!

Las primas de Mercedes rodearon a Aurora e intentaron calmarla. La situación era algo embarazosa, con toda la gente mirando y cuchicheando. Corrí junto a Mercedes, que permanecía en el pasillo.

—No lo entiendo —me dijo, apurada—. Le he preguntado inocentemente por Justo, y ella ha empezado a contarme algo sobre unos curanderos y una estafa, y de repente se ha puesto a gritar como una loca. Te juro que no lo entiendo...

Las primas de Mercedes acabaron llevándose a Aurora, y nosotros volvimos al salón, hicimos una señal a la orquesta y comenzamos a bailar como si no hubiera pasado nada. Era nuestra boda y no queríamos que nada ni nadie nos la estropeará. Recuerdo que la primera canción fue la de *Salud, dinero y amor*, que entonces estaba de moda, y las parejas volvieron a la pista y corearon a gritos aquello de ¡tres cosas hay en la vidaaaa!, ¡salud, dinero y amoor...! Mercedes era feliz, y yo era feliz, y todos a nuestro alrededor eran felices...

Unos días después, estando ya nosotros en Agramunt, Aurora llamó para disculparse, dice Pascual Ortega. Por ella supimos que la madre de Justo había sufrido un nuevo ataque y había muerto, y que él había desaparecido sin dejar rastro. Aurora se sentía vejada, y con razón. Al parecer, no era yo el único que daba dinero a Justo para lo de su madre. También Aurora le daba, y en cantidades muy superiores a las mías. Ese dinero había ido a parar a unas curanderas, unas desaprensivas que le habían prometido la curación de su madre a cambio de unos cuantos sacrificios. Unos sacrificios espirituales pero sobre todo económicos, porque aquello era sencillamente una estafa. Y Aurora, que había estado dispuesta a perdonárselo todo, se encontraba de golpe con que Justo

primero le había sacado el dinero y luego, cuando ya no la necesitaba, la había abandonado: ¿era para sentirse herida o no? Mientras hablaban por teléfono, Aurora se echó a llorar y Mercedes, temiendo que tuviera otra crisis de histeria, se apresuró a consolarla. Quedaron otra vez como amigas y prometieron verse y seguir en contacto, pero yo pensé que nunca más volverían a llamarse por teléfono y que, siempre que nos la encontráramos en algún sitio, nos limitaríamos a saludarnos, hola y adiós. Tenía razón pero sólo a medias, porque esa misma semana Aurora volvió a llamar. Esa vez no llamó a casa sino a mi despacho del ayuntamiento, cosa que me sorprendió.

—Dime, Aurora —le dije.

Ella, después de muchos preámbulos, acabó pidiéndome ayuda: necesitaba hablar con Justo y estaba segura de que yo sabía dónde encontrarlo. Me insistió tanto que al final le prometí que lo intentaría y, hurgando en el recuerdo de nuestras conversaciones en la Barceloneta, rescaté algunas referencias a empresas o personas con las que decía tener alguna relación profesional. Pero las referencias eran tan vagas... La única un poco más concreta era la de la imprenta: en algún momento le había oído decir que los catálogos los mandaba hacer en una empresa de artes gráficas de la calle Tallers. En mi siguiente viaje a Barcelona busqué la imprenta, que resultó ser una papelería no muy grande. Detrás del mostrador había tres mujeres, dos de ellas jovencísimas. Me presenté y expuse el motivo de mi visita, y fue mencionar el nombre de Justo y percibir una inmediata desconfianza por parte de las tres. Una de las chicas, la más joven, empezó a interrogarme: ¿de qué conocía a Justo?, ¿cuándo le había visto por última vez? Mientras trataba de dar explicaciones, apareció un hombre con una bata azul que me apuntó con el dedo.

—Si es uno de sus acreedores, sepa que aquí no tenemos nada que ver con él —dijo.

—No me he expresado bien... —intenté decir, pero él me

interrumpió:

—¡Y no piense que va a sacarle nada a mi sobrina!, ¡bastante le sacó ya ese canalla!

La jovencita se tapó entonces la cara con las manos y las otras dos acudieron a animarla. Yo, sin entender muy bien lo que ocurría, farfullé unas disculpas y salí de allí. El hombre me gritó desde la puerta:

—¡Si le ve, díglele que acabará pagando por lo que ha hecho!

Me acordé entonces de la rara confidencia que Justo me había hecho un día en la Barceloneta. ¿Podía ser que hubiera estado enamorado de alguna de esas chicas? ¿Tal vez de la más jovencita, la que se había echado a llorar? Pero a mí qué más me daba... Esa misma tarde llamé a Aurora. Le dije nada más que no había conseguido averiguar el paradero de Justo. Luego le di recuerdos de Mercedes y colgué, y después de eso no volvimos a tener noticias suyas salvo, claro está, algún hola o adiós cuando nos la hemos encontrado por casualidad. Y de Justo ni eso. A Justo jamás lo hemos vuelto a ver, aunque con el tiempo algo hemos ido sabiendo de él y de las cosas que hizo desde entonces.

La primera vez que le vi, pensé que era el típico jovencito de la zona alta, dice Elvira Solé. Ya me entiende: un niño de papá, un pollo pera, como entonces se decía. Con ropa cara, con estudios en colegios de pago, con la vida más o menos resuelta... Pero me equivocaba. Estoy hablando del año 68. Yo trabajaba de secretaria en Construcciones Nebot. Bueno, trabajaba de secretaria, de telefonista, de chica de los recados... De lo que hiciera falta: ¡hasta de chófer hacía! Todas las mañanas, antes de ir al trabajo, el señor Nebot asistía a misa de ocho en la iglesia de San Gregorio Taumaturgo, en la calle Ganduxer, muy cerca de su casa. A la salida de misa, un taxi le recogía para llevarle a la oficina, que estaba en la calle Nicaragua, en un bloque construido por la empresa. El taxista era el mismo desde hacía años, un hombrecito que llevaba siempre un mondadientes entre los labios. Se llamaba Ulpiano. Era algo así como el taxista personal del señor Nebot. Le decía: ¡Ulpiano, venga a buscarme a tal hora!, ¡Ulpiano, vaya a casa a recoger tal cosa...! Ulpiano para arriba, Ulpiano para abajo. A mí en la oficina me consideraban una moderna sólo porque me había empeñado en sacarme el carnet de conducir, y hubo mucho pitorreo cuando por primera vez me vieron llegar en mi coche, un Gordini al que yo había bautizado como Hardy, por el gordo del Gordo y el Flaco. En aquella época, los hombres todavía se burlaban de las mujeres que conducían. Nos silbaban, nos tocaban el claxon, nos llamaban desertoras de la cocina... Bueno, la cuestión es que el tal Ulpiano se puso enfermo o se jubiló, no sé muy bien, y que un día el señor Nebot me hizo ir a su despacho y me dijo:

—O sea que usted vive en San Antonio María Claret, o sea que no tendría que desviarse demasiado si pasara por la calle Ganduxer...

El señor Nebot solía empezar las frases así: O sea que, o sea que... Sacudió un poco la cabeza y añadió:

—O sea que mañana a las nueve menos cuarto quiero que esté esperándome con su coche a la salida de misa.

Y, en efecto, a la mañana siguiente estaba esperándole con mi Hardy para llevarle a la oficina. Así fue como me convertí en su chófer, o su choferesa, o como se diga. Al principio no parecía fiarse mucho de mis habilidades como conductora. Me decía: Ojo con el semáforo. O: Tenga cuidado con ese coche. O: No hace falta que corra... Luego ya fue ganando confianza, y se desentendía de la conducción y se interesaba por mi vida:

—O sea que su padre tiene una ebanistería en la calle Sicilia...

Los compañeros de trabajo veían al señor Nebot salir de mi Hardy y no podían ocultar su envidia. Se habían reído de mi coche y de mi carnet, y gracias a mi carnet y a mi coche tenía con el señor Nebot una familiaridad con la que ellos no podían ni soñar.

En la empresa se trabajaba mucho y bien, dice Elvira Solé. La ciudad crecía sin parar. Seguían llegando emigrantes de muchos sitios de España, y los que habían llegado en los cincuenta habían logrado prosperar y podían ya permitirse una vivienda decente, con electrodomésticos, con calefacción. La ciudad, además, crecía hacia todas partes: hacia la montaña, hacia Badalona, hacia Hospitalet... El señor Nebot sería lo que fuera, pero no se puede negar que para los negocios era un lince. Previendo lo que iba a ocurrir, había ido comprando terrenos aquí y allá. Normalmente eran huertas o simples descampados, y no le habían costado casi nada. Muy pocos años después, aquello valía un Potosí. Claro que el señor Nebot estaba muy bien relacionado. Era amigo del alcalde. De toda la vida. De los años veinte, de la facultad de Derecho. Por eso nunca tenía problemas con las licencias de obras, las recalificaciones y todo eso. Si le faltaba algún papel o un funcionario municipal se ponía tiquismiquis, el señor Nebot descolgaba el teléfono y decía: Oye, José María... Y todo se solucionaba. En aquella época, donde

más construíamos era en el Guinardó. Algunas mañanas el señor Nebot se montaba en mi Hardy y, en lugar de a la oficina, me decía que le llevara a ver las obras. Iba sólo para dejarse ver. Sabía que sus hombres rendían más si de vez en cuando le veían por ahí cerca. Y no era porque él fuera a exigir cuentas al jefe de obras o al capataz. Tampoco porque fuera a gritar a ningún obrero si le veía fumarse un pitillo o gandulear junto al botijo. No, el señor Nebot nunca levantaba la voz, y yo creo que su autoridad le venía de ahí: de que todo el mundo sabía que no necesitaba levantar la voz para que sus órdenes se cumplieran al momento. Era como si tuviera algo que nadie más tenía: una fuerza interior, una seguridad que le nacía muy dentro y se manifestaba con naturalidad en su voz, en su mirada, en sus gestos... Si él decía tal, se hacía tal, y si decía cual, pues se hacía cual. Y nadie le discutía nada y a nadie tenía que repetir las cosas. He trabajado en otros sitios, he tenido otros jefes, y todos eran jefes sólo porque eran jefes, no sé si me explico. Lo del señor Nebot era diferente. Su autoridad no tenía que ver con el hecho de que fuera el jefe. Tampoco con el dinero, ni con el éxito profesional, ni con la edad... Yo creo que su autoridad residía en el mismo escondrijo del alma en el que residen las convicciones, los principios morales, las creencias religiosas... El señor Nebot era un hombre muy religioso. Y no lo digo sólo porque fuera a misa todos los días... Algunas mañanas, mientras le llevaba y le traía en el coche, le miraba por el espejo retrovisor y, viéndole con los ojos cerrados, me parecía que aprovechaba para dormitar un poco o descansar. Nada de eso. Pronto descubrí que, muchas de esas veces que parecía ensimismado o ausente, en realidad estaba rezando. Rezando. Luego, de repente, daba un respingo y decía algo así como:

—O sea que han anunciado lluvia para hoy... ¿No le parece admirable la lluvia? ¡Toda esa agua que se evapora del mar y se concentra en las nubes y viaja alrededor del planeta y se reparte en millones y millones de gotas! Imagine todas las gotas que caen cada día

en todos los rincones del mundo. E imagine todas las gotas que han caído sobre la tierra desde que el mundo es mundo... Cada una de esas gotas es una creación prodigiosa, perfecta. ¡Multiplique ahora esa perfección por todos esos millones de millones de gotas!

Al señor Nebot le maravillaba la infinita complejidad de los seres y las cosas, y en todo veía la mano del Creador. Recuerdo que en la bandeja trasera de mi Hardy llevaba una piña seca que había cogido en una excursión al monte. El señor Nebot la observaba y la tocaba, y decía:

—¿Se da cuenta del tiempo que tardaría un artesano en tallar una figura como ésta? ¡Y seguro que no le saldría tan hermosa!

Pero también en la obra del hombre veía la mano de Dios. Por entonces, en las cocinas de los pisos de cierta categoría solíamos instalar un desagüe auxiliar con triturador de residuos. El señor Nebot me explicó una vez su funcionamiento, y luego dijo:

—¿No le parece increíble que Dios haya sido capaz de crear al ser humano, que es capaz de idear algo así?

Lo del triturador, por cierto, era cosa de Justo, dice Elvira Solé. Una de las empresas que representaba fabricaba accesorios y equipamientos para cocinas: fregaderos, extractores... Alguien que se dedicaba a vender esas cosas dependía para todo de los constructores, y el señor Nebot era en aquella época uno de los fuertes. Al principio, cuando les veía salir juntos de San Gregorio Taumaturgo, me parecía la cosa más normal del mundo. Daba por sentado que los dos pertenecían al mismo ambiente, el mismo barrio, la misma clase social, y no podía extrañarme que tuvieran también las mismas costumbres, como por ejemplo ir a la misma hora a la misma iglesia. La primera vez que hablé con él no varió la impresión que me había formado antes de conocerle. Supongo que fue por su comentario sobre el nombre de mi Gordini. Mientras se despedían, el señor Nebot tardó un poco en entrar en el coche, y no sé cómo fue pero la cuestión es que dijo algo sobre mi Hardy. Entonces Justo, pronunciándolo

a la francesa, preguntó:

—¿Hardy por Françoise Hardy?

—No —dije yo, avergonzada—, Hardy por Oliver Hardy, el gordo del Gordo y el Flaco.

Y me pareció que ese pequeño detalle indicaba lo distintos que eran nuestros mundos: el suyo, un mundo de tocadiscos nuevos, cantantes de moda y palabras francesas, y el mío, un mundo de diversiones ruidosas, cines de barrio y castañas asadas.

El señor Nebot tenía un hijo que era un tarambana, un bala perdida, dice Elvira Solé. Se llamaba Joaquín, como el padre, pero algunos le llamaban Quim, otros Quino, otros Quinito... Nadie le llamaba Joaquín, un nombre demasiado serio para alguien como él. Era como si hubiera nacido para ser un adolescente perpetuo y no llegar nunca a convertirse en adulto. Había empezado cuatro carreras y en ninguna había pasado de primero. Salía todas las noches y sus juergas eran legendarias. En la mili habían estado a punto de formarle consejo de guerra porque, en lugar de volver a su cuartel en Ceuta después de un permiso, decidió quedarse en Algeciras, en un puticlub o algo así... ¡A saber los hilos que tuvo que mover su padre para que no le acusaran de prófugo, o de desertor, o de lo que fuera! Eso sí, lo que no se podía negar es que era muy salao, y hasta los maridos se reían de los chistes que hacía sobre los culos gordos de sus mujeres. La verdad es que tenía gracia. Desde luego, no parecía hijo de su padre. Ni hermano de sus hermanos. ¡Con lo formales que eran todos en su familia, y él siempre de juerga y jijí-jajá y viva la Virgen! Se juntaba con gente de todo pelaje: actores, músicos, marineros, prostitutas, simples borrachos... A veces se metía en peleas y acababa con un ojo morado. Por aquella época hizo una trastada de las grandes. No sé qué pudo ser. Lo único que sé es que el señor Nebot tuvo que ir una mañana a sacarlo de comisaría. Y eso lo sé porque yo misma, a la salida de misa, lo llevé en mi Hardy. La policía debía de haberle avisado algunas horas

antes, pero el señor Nebot no parecía tener prisa.

—Aparque en esa esquina y espéreme —me dijo cuando llegamos a comisaría.

Al cabo de media hora los vi aparecer. Quim llevaba la camisa por fuera del pantalón, pero por lo demás no tenía mal aspecto. Anduvieron unos cuantos metros y el señor Nebot le hizo parar. Desde donde yo estaba no podía oírles, pero los gestos de uno y otro resultaban elocuentes: el padre señalándole con el índice, el hijo asintiendo avergonzado. Luego echaron a andar hacia mi Hardy. El señor Nebot se sentó, como siempre, en el asiento trasero y, cuando Quim se disponía a entrar en el coche para ponerse a su lado, el padre le detuvo con un gesto y le dijo:

—Tú delante.

Era su forma de decirle que a partir de ese momento le iba a tratar como a un empleado, y no como a un hijo. Al día siguiente empezó a trabajar en la empresa. El señor Nebot quería tenerlo bien amarrado y trató de imponerle sus propios horarios. Los primeros días iban juntos a la iglesia y luego yo los recogía para ir a la oficina. Pero eso duró poco, y al cabo de una semana Quim ya sólo aparecía cuando la misa estaba a punto de acabar. Se sentaba a mi lado en el morro de mi Hardy y, fumando el primer cigarrillo del día, esperábamos a su padre. Es verdad que me gustaba, no lo puedo negar. Pero es que Quim nos gustaba a todas las chicas de la oficina. Guapo, divertido, hijo del jefe, con fama de canalla: ¿cómo no nos iba a gustar? Que fuera un completo inútil no le restaba ni un ápice de encanto. No sabía manejar la calculadora, era incapaz de escribir a máquina, carecía de aptitudes para las ventas... Y, lo peor de todo, no tenía el menor interés en aprender. Ah, pero era el hijo del jefe, y hubo que ponerle un despachito donde pasara las horas. De la noche a la mañana, se había convertido en nuestro flamante jefe de compras. Pero eso y nada venían a ser lo mismo, porque de las compras, como de tantas otras cosas, se ocupaba personalmente el señor Nebot.

Llegaba Quim a su despacho, colgaba la americana en el perchero y se ponía a hablar por teléfono con unos y con otros. Él a eso lo llamaba hacer negocios; los demás lo llamábamos holgazanear. De vez en cuando recibía a algún amigo o conocido que no siempre tenía que ver con el trabajo. Justo empezó pronto a frecuentar el despachito, y desde mi mesa, que estaba en el otro extremo de la oficina, les oía reír y les veía fumar.

Para entonces ya me había dado cuenta de que Justo no pertenecía a la misma clase que los Nebot, dice Elvira Solé. Esas cosas se notan: un gesto inadecuado, una sonrisita servil, una pequeña vacilación... Durante un tiempo, viéndole hablar con el señor Nebot a la salida de la iglesia, me había parecido un joven extremadamente atento. Ahora comprendía que lo suyo no era atención. Lo suyo era un constante estar alerta, al acecho de la oportunidad. Como los perros cazadores. Y eso de ir todos los días a misa, a esa misa en particular, empezó a parecerme sospechoso... ¿De verdad era tan religioso como aparentaba? San Gregorio Taumaturgo no era una parroquia cualquiera. Al lado del campo de fútbol del Español, en uno de los mejores barrios de la ciudad, el barrio en el que vivían los funcionarios franquistas y los hombres de negocios...: si en aquella época algún trepa se hubiera propuesto frecuentar una iglesia sólo para codearse con los ricos y los poderosos, ¿cuál habría escogido que no fuera ésta? Se me ha escapado la palabra. He dicho trepa. Pero es que pronto empecé a ver a Justo como un simple trepa. Sus aproximaciones al señor Nebot no habían ido mucho más allá del mero intercambio de impresiones a la salida de misa. Que yo recuerde, había conseguido colocarle una partida de trituradores, otra de extractores para los garajes y creo que nada más: muy poca cosa para las molestias que se estaba tomando. Cuando Quim empezó a aparecer por la iglesia, Justo debió de ver el cielo abierto. Si el viejo Nebot era duro de pelar, el joven se le presentó enseguida como una presa fácil. Inexperto, atolondrado, manejable, hijo del dueño y, al menos en teoría, jefe de compras de la empresa. Ganarse su confianza no le

resultó complicado. Justo era de los primeros en salir de misa. Venía directamente hacia mi Hardy y, antes de que llegara el señor Nebot, le daba tiempo de sostener con Quim una breve conversación. ¡Qué astuto era! Parecía cualquier cosa menos un embaucador: hacía siempre comentarios simpáticos, se interesaba por los asuntos de los demás, fingía prestar la misma atención a lo que decía la secretaria que a lo que decía el hijo del jefe... Y, lo más importante, lograba que su humildad pareciera sincera cuando alguien le preguntaba por su vida o su trabajo. Ni siquiera le incomodaban las indirectas que yo le lanzaba de vez en cuando. Porque yo ya sabía de qué pie cojeaba: ¡al bueno de Quim se la podía dar con queso, pero a mí te aseguro que no! Sus visitas a la oficina comenzaron pocas semanas después. Aparecía con cualquier excusa (dejarle unas revistas, enseñarle unas fotos o unos catálogos) y pasaba directamente al despachito. Yo les veía darse un apretón de manos y encenderse los cigarrillos, y me sonreía para mis adentros porque estaba segura de que el tiro le iba a salir por la culata: los negocios con Quim difícilmente podían llegar a buen puerto. ¿Estaba celosa de Justo? Posiblemente. Pero no porque estuviera enamorada de Quim, sino porque Justo y yo pertenecíamos a la misma clase social y, mientras yo seguía siendo una simple empleada, él había conquistado sin mayores problemas la camaradería de uno de los Nebot. ¡Qué irritante me resultaba esa relación!

En aquella época no era como ahora, que hay tantos bares para la gente joven, dice Elvira Solé. Había, es verdad, muchos bares de barrio, pero bares para los que entonces teníamos veintipocos años había poquísimos. Y, claro, siempre estabas encontrándote con unos y con otros. Por esa zona, la zona bien de la ciudad, estaban el Sándor, que era más bien para señorones, y el Peppermint y el Tejada... Pero el que estaba más de moda era el Taita. Un local estrecho, oscuro, con un cuartito al fondo en el que se fumaba hachís... ¡Hachís! Aquello era todavía

novedoso en Barcelona, y no debía de haber muchos otros sitios en los que los hijos de la burguesía se reunieran para fumar drogas a escondidas. Yo, por supuesto, no fumaba: hasta para eso había que formar parte del cogollito. Pero saber que alguien estaba fumando ahí al lado bastaba para hacerme sentir más moderna, más europea... Muchos de los habituales del Taita se conocían de los veraneos en Cadaqués. Era casi una pequeña sociedad, un grupo cerrado que se veía diariamente, en Barcelona durante el año y en Cadaqués durante las vacaciones. El dueño del bar los conocía a todos por sus nombres y conocía a sus familias. Les fiaba las consumiciones porque sabía que siempre podría reclamárselo a sus padres, y los papeles con las cuentas que iban acumulando colgaban de unos hilos encima de la barra. A mí ese detalle me parecía bonito y original: esos papeles que se agitaban suavemente cuando alguien abría la puerta y entraba algo de corriente. Los que tenían derecho a un papel de éstos eran los escogidos, la gente del Taita. Yo, desde luego, jamás me habría atrevido a pedir nada a cuenta. ¿La razón? La misma por la que no se me habría ocurrido meterme en el cuartito del fondo y pedir una calada de hachís. Sencillamente, no formaba parte del club. Entonces salía todavía con mis amigas de siempre. Éramos amigas desde el colegio: Araceli, María Jesús, Cristina... Los padres de Araceli tenían un puesto de encurtidos en el mercado de la Concepción, el de María Jesús un taller de reparación de bicicletas, el de Cristina trabajaba de carpintero en la Monumental... Éramos del mismo barrio y de la misma clase social y, cuando íbamos a bares como aquéllos, estar juntas nos hacía sentir más seguras de nosotras mismas. De los del Taita solíamos decir que, aunque no lo parecieran, eran tan pijos como los del Peppermint o el Tejada. Si hablábamos de ellos, lo hacíamos con desdén, como si estuviéramos acostumbradas a tratar con gente así y no los encontraríamos ni interesantes ni atractivos. Pero luego, si alguno nos hacía un poco de caso, nos emocionábamos y nos poníamos coloradas. En el fondo, nada nos habría gustado más que formar parte de ese grupito de asiduos... ¿Por

qué, si no, seguíamos yendo casi todas las semanas? El que no tardó en convertirse en uno de ellos fue Justo. Supongo que la amistad con Quim pesaba mucho. Comenzó a dejarse ver por el Taita en la época de las visitas a la oficina, y al cabo de un mes parecía que llevaba toda la vida yendo. Yo pensaba: Sí, le hacen caso y hasta le ríen las gracias, pero todos se dan cuenta de que no es más que un advenedizo, un impostor... Sólo había que ver cómo iba vestido: unas chaquetas más bien ostentosas, unos pantalones y unos zapatos a los que nada más les faltaba la etiqueta con el precio. Al lado de los otros, que no daban la sensación de preocuparse demasiado por la ropa, saltaba a la vista que era un nuevo rico. Pero una tarde, mirando de reojo los papelitos con las cuentas, vi su nombre en uno de ellos: Justo Gil Tello. ¡Sí que iba rápido ese hombre, que ya hasta en el Taita le fiaban! La cuestión es que yo le prestaba una atención de la que él no podía ser consciente, y me fijaba en cada detalle, cada cambio, cada novedad. Me fijaba, por ejemplo, en su ropa. En muy poco tiempo dejó de llevar esos trajes suyos de nuevo rico y adoptó el estilo de Quim y los demás. María Jesús decía que iban disfrazados de existencialistas franceses: siempre de negro, con pantalones estrechos, con jerséis de cuello de cisne. Eran en general prendas baratas, compradas en cualquier sitio, porque allí todos se conocían y no tenían que demostrar nada a nadie. Pues bien, Justo empezó a vestir como ellos. Pero si ellos, vistiendo ropa de pobres, parecían ricos disfrazados de pobres, él, con esas ropas, parecía un pobre disfrazado de rico disfrazado de pobre. O sea, pobre sin más, no sé si me explico.

A mi amiga Araceli le gustaba Justo, dice Elvira Solé. Mejor dicho, le encantaba. Decía:

—No es muy alto, tampoco muy guapo, pero qué simpático parece...

Yo no sabía qué hacer para quitárselo de la cabeza. No podía decirle lo que pensaba de él porque seguramente habría sido peor. Y ellos intercambiaban sonrisas en el bar, y Araceli, nerviosa, me susurraba:

—Tú que lo conoces dile algo o preséntamelo o queda con él para más tarde, ¡haz algo!

No hizo falta que hiciera nada porque la propia Araceli espabiló y, poco después, cada vez que íbamos al Taita, pasaba más tiempo con Justo que con nosotras, sus amigas. Y la verdad es que no hacían mala pareja: ella con veintipocos años, él cerca de los treinta... Yo en esos momentos odiaba a Araceli, y ella, que me notaba rabiosa, me decía luego:

—¿Qué pasa?, ¿que te gusta Justo? Pues, si no te gusta, ¿por qué estás así? ¡Qué mal carácter se te está poniendo, Elvira!

Y en el fondo tenía razón, porque yo misma era incapaz de explicar los motivos de mi rechazo. ¡El que se pica, ajos come! La relación entre ellos no llegó a nada, al menos no entonces, pero bastó para que Araceli se hiciera un poco amiga de Quim y los otros. Y, claro, también María Jesús, Cristina y yo los tratamos en esa época un poco más. Recuerdo que una vez, mientras charlaba con alguien del grupo, me descubrí a mí misma ocultando mi origen social. Hablaba con una ambigüedad calculada, insinuaba una relación de amistad con los Nebot que, por supuesto, estaba lejos de existir... En un momento dado, miré a María Jesús y a Cristina, que me estaban escuchando, y me sentí ridícula. Ellas, tan arregladas, tan vulgares, eran mi mundo, y no Quim ni su padre ni sus amigos. Así era y así tenía que aceptarlo. Después de aquello estuve una temporada sin aparecer por el Taita. Araceli, en cambio, seguía yendo por su cuenta y se metía con el grupito en el cuarto del fondo. Un día, como quien revela un secreto importantísimo, me dijo:

—¿Sabes una cosa?, ¡me he enterado de que son comunistas!

Yo repliqué con sequedad:

—¡No seas ingenua!, ¡esos tienen de comunistas lo que yo de obispo!

Araceli, confundida, dijo:

—Si no son comunistas, anarquistas. No sé. Son... algo.

Entonces, lo de fumar hachís y hacerse comunista o anarquista (o,

como decía Araceli, algo) era un poco lo mismo. Como escuchar discos de grupos extraños o prestarnos los libros del marqués de Sade o ver películas polacas. La cuestión era estar en contra, hacer lo que nuestros padres no querían que hiciéramos.

A Justo y a Quim los seguía viendo en la oficina, dice Elvira Solé. Y seguía pensando que el trepa de Justo había ido a llamar a la puerta equivocada. ¿Conseguir cerrar algún trato gracias a Quim? ¡Ja! ¡Hasta ganándose la confianza del conserje tendría más posibilidades de lograr algo! Eso pensaba yo, pero me llevé una sorpresa. Una mañana, pasando por delante del despachito, me llegaron retazos de su conversación. Justo parecía tenso, o irritado. Decía:

—No me puedes hacer esto. Tú me dijiste que la cosa iba en serio y yo ya he formalizado el pedido. Si ahora me dices que no, me dejas con el culo al aire...

Y Quim, acobardado, replicaba:

—Pero ¿te fías de mí o no te fías de mí? Dime, Justo. ¿Te fías de mí o no?

Por las frases sueltas que padre e hijo intercambiaban algunas mañanas en mi Hardy fui enterándome de cuál era el asunto que Justo y Quim se traían entre manos. Una promoción de más de cien viviendas, una partida de campanas para hornos, unos precios que escapaban ligeramente al presupuesto pero unas calidades que según Quim no tenían competencia... Era sólo cuestión de atar cabos: Justo, campanas para hornos, Quim, dinero... Yo sabía que se trataba de una promoción más bien económica, en la que no estaba previsto ningún acabado de lujo, y me molestaba ver cómo el señor Nebot iba poco a poco cayendo en la trampa. El señor Nebot, con su fama de negociador astuto e irreductible, estaba sucumbiendo a los ardides de Justo sólo porque éste había acertado a atacarle por su flanco más vulnerable: su hijo. ¡Qué falso me parecía Quim con su repentino entusiasmo por las cosas de la empresa!

Pero nada podía halagar tanto al señor Nebot como los propósitos de enmienda de su hijo tarambana. Haremos tal cosa y tal otra, y la haremos así y asá, decía. Yo me encargaré de que todo salga bien, fíate de mí, papá, esta vez no te fallaré... Y el señor Nebot se aferraba a la ilusión de que el inconsciente de Quim aún podía convertirse en el hijo serio, trabajador y responsable por el que siempre había suspirado. Yo, al volante de mi Hardy, tenía que morderme la lengua para no decir: ¡No le haga caso, señor Nebot! ¡No se deje engañar! ¿No se da cuenta de que éste y su amigo sólo buscan sacarle dinero? A qué arreglo habían podido llegar ellos dos, yo ni lo sabía ni me interesaba. Y a lo mejor ni siquiera habían llegado a ningún arreglo. A lo mejor Quim estaba favoreciendo a Justo sólo porque lo consideraba su amigo, o porque le pagaba las copas en el Taita, o vete a saber. La cuestión es que con operaciones como aquélla todos parecían salir ganando: Justo porque se llenaba los bolsillos, el señor Nebot porque creía estar enderezando a su hijo, éste porque por fin podía dejar de comportarse como un gandul... ¡Había que ver qué humos gastaba Quim de repente! Viéndole, cualquiera pensaría que era el presidente de una multinacional o algo así: ¡Señorita, tráigame inmediatamente tal expediente!, ¡diga a no sé quién que estoy reunido!, ¿pero es que no me ha oído cuando le he dicho que quería ver esos albaranes? Y siempre era yo, yo, yo: ¡Yo he hecho tal cosa, yo he ordenado tal otra, yo he dicho...! Parecía haber descubierto el placer de tomar decisiones y dar instrucciones y comportarse como alguien seguro de su poder, y probablemente eso era lo que el señor Nebot quería. Por supuesto, vinieron más operaciones como la de las campanas para hornos, y el señor Nebot no sólo no desconfiaba de Justo sino que le trataba cada vez mejor. Estaba claro: lo veía como una influencia positiva para su hijo, el artífice de su transformación, y eso lo justificaba todo.

—O sea que nos harás un buen precio por esos ventiladores, o sea que los tendremos para primeros de mes... —le decía, palmeándole la espalda.

Yo cada vez tenía más rencor pero menos argumentos contra Justo y contra Quim, y de vez en cuando, viéndoles exhibir su imagen de prósperos hombres de negocios, murmuraba para mí: ¡Menudos comunistas estáis hechos! No volví por el Taita hasta poco antes de la redada. Para entonces ellos habían empezado ya a frecuentar Bocaccio, pero nosotras todavía no. Nosotras íbamos siempre un par de pasos por detrás, y el mundo de Bocaccio nos parecía inalcanzable. ¿Qué pintábamos allí unas chicas como nosotras, que no éramos modelos ni actrices ni escritoras y que no pertenecíamos a ninguna de las familias ilustres de la ciudad? Pero que Quim y su grupo frecuentaran Bocaccio no quiere decir que hubieran desertado del Taita. Seguían yendo más o menos como siempre, sólo que ahora nada más hablaban de las cosas que les pasaban en Bocaccio. Sus conversaciones estaban plagadas de sobreentendidos. Ni siquiera decían la palabra Bocaccio porque no hacía falta. Decían lo que habían visto u oído, y se daba por supuesto que lo habían visto u oído en Bocaccio. Y decían nombres pero no apellidos, y todos teníamos que saber quiénes eran ese Oriol o esa Serena o ese Joan que no necesitaban apellidos, o por lo menos teníamos que simular que lo sabíamos. Esos fingimientos hacían que mis amigas y yo nos sintiéramos expulsadas de sus conversaciones y de sus vidas. Araceli, María Jesús, Cristina, yo...: cuatro buenas chicas, cuatro chicas de barrio. Habíamos creído acercarnos al centro de algo, no sabíamos muy bien de qué, y de repente ese centro se había desplazado y volvíamos a estar en la periferia. Qué triste era ver que el centro nunca estaba donde nosotras estábamos... De todos modos, aún pasaban algunas cosas fuera de Bocaccio. Por ejemplo, la redada. Era un sábado. Yo no estaba aquella tarde en el Taita pero María Jesús y Araceli sí, y por lo que me contaron todo fue muy rápido. Entraron ocho o diez policías, fueron directamente al cuartito del fondo y se llevaron en un furgón a todos los que en ese momento estaban fumando hachís. Eran seis: Justo, Quim, dos hermanos que se llamaban Alberto y Miguel, y dos chicas francesas delgadísimas que parecían

modelos de Mary Quant. A las chicas las soltaron enseguida, y Araceli me dijo que salieron de comisaría temblorosas y asustadas, con el rímel corrido a causa de las lágrimas. Araceli, María Jesús y otros del bar habían ido a esperarles a la salida. Yo llegué algo más tarde, y las dos francesas, aún nerviosas, decían que los policías les habían preguntado por las personas que les vendían el hachís pero también por sus ideas políticas.

—¿No te dije que eran comunistas o algo? —me susurró Araceli al oído.

Enfrente de la comisaría había una cafetería que daba platos combinados. Alguien dijo que cenáramos algo mientras esperábamos, y me quedé. El simple hecho de estar allí, al lado de los habituales del Taita, me hacía sentir que también yo formaba parte del grupo. Que ésa era mi gente, aunque sabía muy bien que no lo era. Las francesas, convertidas en el centro de atención, repetían incansables su versión de los hechos, y un chico que estudiaba Derecho hacía conjeturas sobre el tiempo que podríamos pasarnos esperando a que les soltaran.

—¡Con la ley en la mano pueden tenerlos hasta setenta y dos horas detenidos antes de mandarlos al juez! —decía y, con ese extraño entusiasmo con que se dan las malas noticias, añadía—: ¡Pero como decidan pasarse la ley por el forro...!

Setenta y dos horas eran muchas horas, y ninguno de nosotros deseaba esperar tanto tiempo. Algunos pusieron cualquier pretexto y se marcharon. Yo misma no sabía por qué seguía esperando. Al cabo de un rato, cuando ya los camareros apilaban las sillas y pasaban la fregona, notamos movimiento a la salida de la comisaría. Vimos a Quim y a Alberto y a Miguel, y salimos para que nos vieran.

—¿Y Justo?, ¿por qué a Justo no le han soltado? —preguntó Araceli, que ya he dicho que estaba un poco enamorada de él.

Buscamos un bar abierto, y Quim dijo:

—Nos han tenido unas cuantas horas esperando y luego nos han

interrogado. En realidad, lo del hachís no les importa tanto. Más bien no les importa nada. Esta gente anda detrás de algo más grande.

Dijimos:

—¿Más grande? ¿Qué quieres decir? ¿Y por qué a vosotros os han soltado y a Justo no?

Quim había adoptado el aire furtivo de los conspiradores y utilizaba expresiones como resistencia antifranquista, revolución popular o lucha clandestina. ¿Qué estaba pasando? ¿Podía ser que me hubiera equivocado y que de verdad Quim y Justo y los demás fueran comunistas o anarquistas o algo? De repente pensé que los revolucionarios eran una especie de agentes secretos y que muchas de las cosas que hacían las hacían para no levantar sospechas: los negocios, por ejemplo. Miré a Quim y me pareció más atractivo que nunca, enaltecido por virtudes que nunca antes le habría atribuido: la firmeza de convicciones, la fe en una misión superior, el arrojo ante el peligro, la aptitud para el sacrificio. Y pensé en Justo, y su imagen empezaba ya a transformarse en mi interior. ¿Por qué a los demás los habían soltado y a él lo habían retenido? ¿Tal vez porque las mismas virtudes que los otros tenían en mayor o menor medida él las tenía en grado sumo? Quim seguía hablando de las preguntas sobre política que le habían hecho en el interrogatorio, y nada nos parecía más presente que la ausencia de Justo. Las especulaciones sobre sus antecedentes por actividades políticas se multiplicaban, y su prestigio crecía en la misma medida que nuestra preocupación.

—¡Ay, pobre Justo, qué le estarán haciendo! —suspiraba Araceli.

Le soltaron el domingo al mediodía. Yo no estaba entre los que le esperaban a la salida de la comisaría, pero sí estuve en el Taita cuando llegó por la tarde acompañado de Quim. De un día para otro se había convertido en un héroe del antifranquismo. El bar estaba lleno. Todos le abrazaban y felicitaban, todos querían hablar con él. El dueño del Taita invitó a una ronda en honor al recién llegado. Luego buscó su cuenta entre las que colgaban sobre la barra, la arrancó y la rompió, y todos

reímos y aplaudimos. Cuando al cabo de un rato pasó por mi lado, me decidí a abordarle.

—¡No sabes cómo me alegro de que estés bien! —le dije—, ¡tenía tanto miedo de que pudieran hacerte algo!

Desde que entré a trabajar en la peluquería hacía servicios a domicilio, dice Martín Tello. Los primeros años me arreglaba con mi suegro: uno se quedaba en la peluquería y el otro iba a las casas a cortar el pelo. Después las costumbres fueron cambiando y, cuando mi suegro se jubiló, sólo había diez o doce clientes que todavía llamaban para que fuera a cortarles el pelo. Lo lógico habría sido pedirles que fueran a la peluquería, pero ¿cómo decírselo a alguien que lleva más de veinte años así? Un buen cliente siempre es un buen cliente. Lo que hice fue intentar concentrarme todas las visitas los sábados por la tarde. Los comerciantes de mi calle decían: ¡Qué suerte poder cerrar!, ¡ojalá todos nos lo pudiéramos permitir! Ay, si supieran que no dedicaba esas tardes precisamente a echarme la siesta... A don Joaquín Nebot, el constructor, le cortaba el pelo el primer sábado de cada mes. A don Joaquín se lo corté en tres casas distintas. Llegué a cortárselo en la de Pau Claris, su primer piso, creo que heredado de unas tías suyas. Después en la de Diagonal con Villarroel, en la que vivió sólo un par de años, y al final en la de Ganduxer. ¡Aunque también es cierto que, en la época de la calle Ganduxer, a don Joaquín le quedaba ya muy poco pelo! Fíjese que incluso se lo corté cuando ya estaba muerto... Recuerdo que me llamó Federico, su segundo hijo, para decírmelo:

—Que vengas cuanto antes, Martín. Que papá ha muerto y mamá no quiere que le entierren con las patillas largas y sin afeitar.

Así que para allí que me fui con mis peines y mis navajas y mis tijeras. ¡Y bien guapo que le dejé, si puede decirse tal cosa de un hombre de ochenta años consumido por el cáncer! Pero no adelantemos acontecimientos. Al principio (estoy hablando del cincuenta y tantos)

también se lo cortaba a los dos chicos, Quim y Federico, y puedo decir que en la mayoría de los casos sabría reconocer si dos personas son familia sólo viéndoles el pelo: por los remolinos, por la fuerza del cabello, por el color y el brillo... El pelo no miente, y son tantas las cosas que uno acaba sabiendo de la persona sólo con mirarle la cabeza... Luego los chicos fueron creciendo y ya sólo se lo cortaba a don Joaquín. Eso sí, se lo cortaba todos los meses. Todos los meses durante casi treinta años. No voy a decir que acabé siendo como de la familia, pero casi. La cocinera, que se llamaba Rosaura, me contaba todos los chismes, y lo que no me contaba lo veía yo con mis propios ojos. Las depresiones de doña Mercedes, que ocultaba botellas de coñac por toda la casa y luego se atizaba sus buenos tragos a escondidas. Lo de Merceditas, que sólo se enamoraba de hombres casados y después no paraba de llorar. Lo de Quim, que pasó por no sé cuántos médicos hasta que por fin consiguieron curarle ese feo vicio suyo... El chico era lo que entonces se llamaba un invertido. Pero al principio no lo era. Al principio era normal. Fue de repente, por las malas compañías o por lo que fuera. Del colegio de los frailes le echaron porque le pillaron con otro en el vestuario, y yo no sé lo que habría sido del bueno de Quim si su padre no hubiera tenido dinero. Seguramente la enfermedad habría ido a más, y ahora vaya usted a saber... Pero don Joaquín era rico y no estaba dispuesto a aceptar esas cosas en su familia. Se enteró de cuál era el mejor psiquiatra de la ciudad y le llevó al chico a que lo curara. Pero el psiquiatra lo único que hizo fue atiborrarle a pastillas y, después de varios meses, parece que sólo consiguió que el chico estuviera todo el día tirado en el sofá como un alma en pena. Entonces don Joaquín se enteró de que había un psicólogo especializado en casos así, y mandó al psiquiatra a freír espárragos. El psicólogo ese curaba la homosexualidad por medio de la hipnosis. Rosaura no sabía muy bien en qué consistía el tratamiento pero, según me dijo, aquel hombre hipnotizaba a sus pacientes para convencerles de lo que estaba bien y lo que estaba mal: Con las chicas, lo que quieras; con

los chicos, nada. Pero ya digo que Rosaura tampoco sabía demasiado. El tratamiento duró casi dos años, y un sábado Rosaura me dijo que Quim (o Quinito, como ella le llamaba) estaba curado. Yo ya me daba cuenta de que los últimos meses don Joaquín estaba de mejor humor.

—¡Qué contento está el señor desde que Quinito se curó! —me decía Rosaura.

Luego el chico sufrió, cómo decirlo, una recaída, y vuelta a empezar. Entonces don Joaquín agarró a su hijo y lo ingresó en una clínica que estaba por la plaza de Lesseps. Era como un hotel de lujo, pero los enfermos no podían ni acercarse a la calle. Les encerraban en la habitación, les hacían dormir durante horas y horas, y unos días los tenían haciendo ejercicio en el gimnasio y otros días les daban electroshocks. El tratamiento debió de ser duro, pero esa vez sí, esa vez funcionó, y en un par de meses Quim se convirtió en un chico sano y normal. Había que ver el buen aspecto que tenía cuando salió de allí, y lo fuerte y viril que se había vuelto, tan distinto del chiquillo afeminado que había sido hasta entonces...

Cuando me encontré con Justo en casa de don Joaquín, todo eso era ya agua pasada, dice Martín Tello. Debía de ser finales de 1968 o más bien principios de 1969. A Justo lo había visto por última vez en el otoño de 1966 en el entierro de su madre, y desde entonces no había vuelto a tener ni la menor noticia de él. Sencillamente, había desaparecido, y de repente, un sábado, me lo encontré en la cocina de casa de don Joaquín. Qué sitio tan raro para encontrármelo, ¿no? Don Joaquín solía regalarme fruta y verdura que le traían de Lérida. Antes de irme, me acompañaba a la cocina y decía:

—O sea que, Rosaura, prepárale un par de kilos de esas manzanas tan buenas...

Y luego yo ya salía por la puerta de servicio. Esa tarde, Rosaura estaba terminando de hacer unas tortillas de patatas, y Quim y Justo

metían botellas en bolsas.

—¡Hombre, qué sorpresa! —dije, avanzando hacia Justo para abrazarle.

Justo, que estaba medio agachado delante de la nevera, levantó la vista y me hizo un gesto sutil, levísimo, pero un gesto que sólo quería decir: No se te ocurra tocarme. Me paré en seco, no me esperaba una reacción así.

—Soy..., soy yo —dije.

—Perdone, pero no le conozco.

—Pero ¿cómo no me vas a conocer...? —dije, y él me cortó:

—Si le digo que no le conozco, es que no le conozco.

Hablaba con seguridad, con calma, y por un segundo llegué a creer que me estaba confundiendo.

—¿No es usted Justo, Justo Gil Tello? —dije, tratándole ya de usted, por si acaso.

Menos mal que entonces don Joaquín dijo algo así como que la gente no se parece en nada a sí misma en cuanto se quita la ropa de trabajo...

—Claro, hombre —dijo Quim—, ¿dónde te cortas tú el pelo?

Justo asintió vagamente, como diciendo: Sí, ahora me acuerdo, el peluquero... A todos pareció hacerles gracia el equívoco. Luego don Joaquín me pagó y me dijo adiós, y Rosaura, mientras me elegía la fruta, comentaba no sé qué sobre la fiesta a la que los dos chicos iban a llevar las tortillas y las bebidas. Yo, azorado, no me atrevía a mirar a Justo. Cuando me fui con mis bolsas, él me abrió la puerta y se ofreció a llamarme el ascensor. Y allí, en el rellano, a solas los dos, me fijé en lo mucho que había cambiado: la ropa, el peinado, hasta los gestos eran distintos. Justo permaneció unos segundos esperando en silencio, y lo único que me dijo antes de cerrarme la puerta del ascensor fue:

—No vuelvas a hacerme esto.

Y yo no dije nada, pero después me preguntaba a mí mismo: ¿Qué es

eso tan grave que le he hecho?, ¿qué es lo que no puedo volver a hacerle?, ¿saludarle?, ¿decirle hola, soy yo? Aquel encuentro me puso de un humor de mil demonios, y ya nunca volví a sentir ningún cariño por Justo. ¡Con todo lo que yo había hecho por él y por su madre, no me esperaba que fuera a rechazarme como lo hizo! ¡Qué ingratitud, Dios mío! ¡Qué ingratitud! No volví a encontrármelo en mis siguientes visitas, pero a veces le sonsacaba algo a Rosaura, que me decía que era un joven muy listo, con mucho talento para los negocios, y que las cosas le iban muy bien. ¡Mejor para él!, pensaba yo, ¡con su pan se lo coma! Había sido él el que había acudido a mí para que le ayudara, y yo, como buen cristiano, le había ayudado: los había tenido en casa a él y a su madre, le había recomendado para sus primeros empleos, le había encontrado una vivienda... Ahora las cosas le iban muy bien y, por lo visto, estaba forrado de millones. Pero yo, desde luego, no pensaba pedirle nada. ¡Desde luego que no!

Algunas tardes, cuando bajábamos andando por Muntaner, mi abuelo me señalaba el lugar en el que había estado Bocaccio, dice Toni Coll. Yo era un crío y me daba la sensación de que mi abuelo me hablaba de la prehistoria, pero en realidad no hacía tanto tiempo que habían cerrado Bocaccio. Mi abuelo nació en enero de 1927, mi madre en enero de 1952 y yo en enero de 1977: veinticinco años justos de diferencia entre ellos dos, veinticinco entre mi madre y yo. Quiero decir que tampoco es que él fuera un anciano cuando pasábamos por delante de lo que había sido Bocaccio. ¿Cuántos años tendría? ¿Cincuenta y seis? ¿Cincuenta y siete? Para entonces gobernaban ya los socialistas, y mi abuelo había salido elegido senador y formaba parte de la comisión de cultura. Pero en el Senado debían de tener largas temporadas de inactividad, y yo aquellos años los recuerdo como si mi abuelo siempre estuviera en Barcelona y nunca en Madrid. Aunque también recuerdo que a veces mi madre y yo íbamos a despedirle o recibirle a la estación. Lo que más gracia me hacía

era que, por ser senador, tenía derecho a viajar gratis en tren, y en primera clase. Y me extrañaba que no estuviera todos los días cogiendo trenes de aquí para allá: ya se sabe que a los niños, en cuanto descubren el valor del dinero, les fascina todo lo que es gratis... Pero es curioso que no guarde recuerdos anteriores a mis cinco años. Al menos no de mi abuelo, que en mis primeros recuerdos aparece ya como senador. Mi madre y yo vivíamos con él desde el principio, porque mi abuelo era viudo y mi padre dejó a mi madre cuando estaba embarazada de mí. (¿Cómo se diría eso? ¿Nos dejó o la dejó? En fin, qué más da.) Para otros podíamos ser una familia extraña, pero para mí era lo normal. Mi familia: mi abuelo, mi madre y yo. Mi madre había comprado varios de esos álbumes con páginas de cartulina negra y láminas transparentes, y yo me encargaba de recortar las fotografías de los periódicos en las que se veía a mi abuelo. Los álbumes estaban llenos de fotos de mi abuelo con gente importante, gente que salía en los telediarios como Felipe González o el Rey, y para mí también eso era lo normal. No hace falta que diga que siempre fui su nieto favorito. Entonces no es que fuera su favorito. Entonces era su único nieto, porque mis primos Daniel y Erika (hijos de mi tío Antoni, que vivía en Francia) nacieron bastante después, ya en los noventa. Mi abuelo fue senador durante las dos primeras legislaturas de Felipe González, pero en ningún momento abandonó la pintura. A mí me gustaba servirle de modelo, y salgo en muchos de sus cuadros de esa época. Cuando, algo después de su muerte, montamos la retrospectiva del Palau de la Virreina, vi cómo en sus cuadros había querido dejar testimonio de las sucesivas fases de mi crecimiento: del niño ensimismado y feliz que había sido al principio, del chico inseguro y tristón que fui después, del arisco adolescente en el que me acabé convirtiendo. Era como si mi abuelo midiera el paso del tiempo a través de mí, de mis transformaciones, y sus trazos se hacían más borrosos e imprecisos a medida que pasaban los años y yo dejaba de ser ese nieto ideal que siempre había sido para él. Cuanto más me alejaba de ese nieto

ideal, más difícil resultaba reconocermme en sus retratos. A mi propio abuelo debía de costarle mucho reconocermme en el adolescente que yo era. Pero unos lazos tan fuertes como los que a nosotros nos unían son difíciles de romper, y entre él y yo hubo siempre, hasta en los peores momentos, una corriente de confianza mutua. De hecho, lo habría preferido como padre a cualquier otro hombre en el mundo. Lo prefería, desde luego, a mi propio padre, al que he visto cuatro o cinco veces en mi vida, y también a todos los que intentaron ocupar su lugar. En el 87 mi madre y yo nos fuimos a vivir a la calle Craywinckel. Ella decía que necesitaba un cambio de aires, pero lo único que cambió fue que ya no vivíamos con el abuelo sino con un fotógrafo de *El Mundo Deportivo*. Después de Ernest, el fotógrafo, pasaron por el apartamento de Craywinckel un profesor de Derecho Natural, un criador de perros policía, un pianista argentino que tocaba en el bar del Avenida Palace... Cada nuevo novio de mi madre era la negación del anterior. Rompía con uno porque, según ella, no le daba estabilidad, y se enamoraba de otro que era la estabilidad en persona. Pero al poco tiempo se quejaba de que de su vida habían desaparecido el riesgo y la aventura, y enseguida rompía para irse con alguien que le parecía la personificación misma del riesgo y la aventura, hasta que empezaba a echar de menos una pizca de creatividad o de talento y todo volvía a ponerse en marcha... El problema estaba en mi madre, que ha sido siempre una pura contradicción. El hombre que ella andaba buscando no ha existido jamás: un hombre que fuera a la vez tranquilo y nervioso, maduro y juvenil, rico y pobre... Yo, entre tanto, aprendí a no encariñarme de ninguno, porque sabía que todos iban a durarle más o menos lo mismo: tres o cuatro meses, medio año en el mejor de los casos. Lo único firme que había en mi vida era mi relación con mi abuelo. Eso nunca podría cambiar. Él siempre sería mi abuelo y yo siempre sería su nieto, y la verdad es que me alegraba cuando mi madre, con esa vocecita quebradiza que ponía cuando se sentía culpable, me preguntaba si no me importaría pasar el fin de semana con

el abuelo porque ella se iba de viaje con el fotógrafo o con el profesor o con el criador de perros. Muy al contrario. ¡Qué más quería yo que librarme por unos días de ella y de sus ronroneos y de los besitos que intercambiaba con el novio de turno cuando creía que no les miraba! Con el tiempo aquello acabó convirtiéndose en la norma, y prácticamente todos los fines de semana dormía en el piso de mi abuelo.

Lo de los informes policiales debió de ser hacia el 89, al final de su etapa como senador, dice Toni Coll. Llegué a su casa un viernes a la hora de cenar y le vi revisando una carpeta que parecía contener sobres con fotos y recortes. Por un momento pensé que me había estado esperando para que le ayudara a ordenarlos en los álbumes y estuve a punto de protestar: yo ya no era un crío y hacía tiempo que había dejado de jugar con las tijeritas... Pero aquello no tenía nada que ver con las noticias de periódico que a mi madre le gustaba coleccionar.

—Es increíble —le oí murmurar—, ¡es verdaderamente increíble!

Me senté a su lado, cogí varias de esas fotos y les eché un vistazo. No eran buenas fotografías. Movidas, borrosas, a menudo mal encuadradas, algunas habían salido demasiado oscuras y otras, por el efecto del flash, demasiado claras.

—¿Bocaccio? —pregunté.

—Ajá —asintió mi abuelo, meditabundo.

Toda mi vida oyendo hablar de Bocaccio y aquélla era la primera vez que podía verlo por dentro. Ver las paredes forradas en lo que acaso fuera terciopelo rojo, y el mobiliario de inspiración modernista, y las lámparas de estilo más o menos Liberty. Ver también a la gente que frecuentaba Bocaccio. Porque, además de la escasa calidad y de que estaban todas hechas en el mismo local, aquellas fotos tenían en común que eran siempre fotos de gente, fotos de hombres y mujeres en actitud festiva: riendo, abrazándose, fumando, bebiendo, brindando... Entre aquellas personas reconocí, con veinte años menos, a mi abuelo y a varios

de sus mejores amigos. Algunos habían cambiado tanto que sólo los identifiqué por los nombres que figuraban en el dorso. Quienquiera que hubiera hecho esas fotos se había tomado la molestia de señalar a cada una de aquellas personas con un numerito y de anotar luego sus nombres en la parte de atrás. Mi abuelo, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz, seguía examinando aquel material y hablaba como para sí:

—Tú has nacido ya en la democracia y no lo puedes entender... Entonces desconfiábamos de casi todo el mundo. Si alguien se presentaba como funcionario, funcionario a secas, tenía por fuerza que ser de la policía. Si no, se habría presentado como funcionario de Correos o de Agricultura o de lo que fuera. Pero, claro, esto no lo hizo un policía, sino un confidente, un chivato. Y chivato podía serlo cualquiera...

Le interrumpí:

—¿Me vas a decir de dónde ha salido todo esto?

—Qué importa ya, son cosas del pasado —dijo él, y comenzó a guardar aquellos papeles y aquellas fotos en un gran sobre con membrete del Ministerio del Interior.

Antes de que llegara a hacerlo, agarré un par de cuartillas. Tenían los bordes doblados y amarillentos y estaban escritas a mano, con una caligrafía pequeña y apretada, casi sin márgenes. Leí:

—«Miguel Pons (3 en foto 17), conocido como Miquel, periodista o escritor, comunistoide aunque no consta que milite en ninguna organización. Viajes frecuentes a Francia, de donde vuelve con libros de tema político que luego hace circular entre sus amistades. Soltero, mantiene relaciones con Margarita Hernández (2 en la misma foto), conocida como Marga, dueña de una boutique, según todos los testimonios casada aunque nunca se la ve con el marido, conocida por su promiscuidad y...»

Mi abuelo me arrancó aquellos papeles de la mano.

—Déjalo, ya te he dicho que son cosas del pasado —dijo, súbitamente irritado.

—¿Pero me vas a decir de dónde ha salido esto? —dije.

No me lo dijo entonces pero sí algo más tarde, dice Toni Coll. Un amigo suyo, creo que un socialista que ocupaba un alto cargo en Interior, había encontrado aquellas fotos y aquellas cuartillas mientras curioseaba en los archivos de la Brigada Político-Social y se las había dado a mi abuelo por si le podían interesar. No se trataba en realidad de fichas policiales (mi abuelo nunca había llegado a ser detenido) sino de informaciones diversas acerca de las cosas que hacía o decía y de la gente con la que entonces se relacionaba: fotografías de Bocaccio e informes sobre amigos o conocidos suyos, pero también transcripciones de conversaciones, relatos de fiestas y borracheras, breves testimonios de terceras personas... Algunas de esas notas eran lo suficientemente detalladas como para refrescar en mi abuelo el recuerdo de alguna noche lejana, y de vez en cuando me decía cosas como:

—He ido a ver a Jaime Gil. El pobre está bastante jodido, los médicos no saben muy bien qué hacer con él... Sólo por distraerle un poco, le he llevado algunos de estos papeles. Y qué raros son los mecanismos de la memoria...: ¿por qué uno se acuerda perfectamente de una conversación que el otro ha olvidado, y al revés? Curiosamente, de mi memoria se ha borrado lo que decíamos sobre arte y sobre pintores pero no lo que él, un poeta, comentaba sobre Rilke o Eliot o Saint-John Perse, es decir, sobre poesía. Y a él le ocurre lo contrario: que recuerda bien nuestras conversaciones sobre Kandinsky o Paul Klee... Pero todo está en estas cuartillas, así que sin duda hablábamos de las dos cosas: de poesía y de pintura. ¡Y de muchas otras cosas, naturalmente! ¿Sabes qué es lo que más le ha llamado la atención a Jaime? Que los nombres de esos pintores y esos poetas están siempre bien puestos. Que, cuando pone Kandinsky, pone Kandinsky. Si esto lo hubiera escrito un policía, vete a saber cómo lo habría puesto. Pero es que esto no lo escribió un policía sino un confidente. Jaime está intrigado. Me ha dicho que quiere saber

quién era y que intente averiguarlo. ¡Ah, también a mí me gustaría saberlo, pero ya me dirás cómo! Mi amigo del ministerio me ha dicho que no conservan ningún registro de los confidentes. Lo único que conocemos es su apodo: el Rata. Los policías le llamaban el Rata. ¡El Rata! Nosotros estábamos en la barra de Bocaccio, hablando, bebiendo, discutiendo, y por ahí estaba el Rata tomando buena nota de todo para informar al día siguiente a la Social... Tiene razón Jaime: ¿quién coño sería ese Rata? Podría ser cualquier amigo, cualquiera de éstos, cualquiera de los que salen en las fotos...

—No —dije—, seguro que no sale en ninguna de las fotos. Él era el que las hacía, ¿no? Y tampoco aparecerá en ninguno de los informes, ¿qué sentido tendría? En realidad, no puede ser tan difícil: sólo se trata de ir eliminando...

Mi abuelo se echó a reír.

—¿Pretendes que me acuerde de toda la gente con la que hablé en Bocaccio? —dijo, moviendo teatralmente las manos.

Mi abuelo siempre fingía restar importancia a las cosas que de verdad le importaban, dice Toni Coll. Y aquel asunto había empezado a importarle. No era una cuestión de nostalgia, de recuperar los viejos tiempos, la época en que él y sus amigos habían sido jóvenes y felices. Era más bien una cuestión de coherencia narrativa. Como si de golpe te abandona tu mujer y comprendes que llevaba varios meses preparando el momento, y todo lo que ha pasado entre ella y tú durante esos meses va poco a poco cobrando un significado distinto: los comentarios y los silencios, los cambios de planes, las ausencias... Digamos que buscaba reinterpretar aquella época a la luz de la nueva información. La certeza de la existencia de aquel chivato lo cambiaba todo retrospectivamente: nada de lo que entonces había ocurrido era tal como él creía que había sido. En primer lugar, ¿por qué vigilarles de una manera tan estrecha a él y a sus amigos, que, por muy antifranquistas que fueran, no podían ser

vistos por el régimen como elementos particularmente peligrosos? Y luego, ¿quién entre los habituales de Bocaccio habría sido capaz de colaborar en una vileza así? Seguramente no fuera más que un conocido, una de esas amistades ocasionales surgidas al calor de la noche y las copas, pero ¿quién le aseguraba que no había sido alguien con quien hubiera seguido relacionándose a lo largo del tiempo? ¿Y por qué no una persona más próxima? ¿Por qué no un amigo? Todos, todos sus amigos y conocidos de aquellos años quedaban expuestos al roce de la sospecha, que parecía capaz de contaminarlo todo: la gente, el sitio, la época misma. La curiosidad de mi abuelo acerca de aquel chivato desconocido acabó convirtiéndose en necesidad, casi diría en obsesión. Le dio entonces por recuperar amistades del pasado, y enseguida la conversación se orientaba hacia Bocaccio y sus asiduos, y mi abuelo llegaba por fin al punto que de verdad le interesaba: ¿quién podía ser ese Rata que por la noche les hacía fotos y tomaba notas de todo y que luego corría a informar a la policía? Yo le acompañé a bastantes de esas citas con viejos amigos: con el periodista Joan de Sagarra, con el director de cine Jaime Camino, con la fotógrafa Colita, con el escritor Enrique Vila-Matas, con algunos otros que ya ni recuerdo... Para mi abuelo, en algunos casos, era de verdad como volver al pasado, porque a varios de ellos no los había vuelto a ver en esos veinte años. Pero también para mí, adolescente perpetuamente enfurruñado, fue como retroceder en el tiempo, volver a la infancia, a la época en que él y yo paseábamos juntos casi todas las tardes. De hecho, aquélla fue la última temporada en que estuvimos verdaderamente unidos, porque mi madre y yo nos fuimos pronto a vivir a Madrid y, cuando, a finales del 96, volvimos a instalarnos en Barcelona, mi abuelo acababa de morir. En fin, la cosa es que entre unos y otros iban rescatando recuerdos que podrían ayudar a mi abuelo a identificar al Rata, y salían rostros a los que nadie acertaba a poner nombre y nombres a los que nadie sabía poner rostro, en general rostros y nombres olvidados que no tardaban en ser descartados. Una tarde alguien lanzaba una

hipótesis (¡eso seguro que sería alguno de los camareros!), y a la tarde siguiente otro la desbarataba: ¡Los camareros ni pensarlo!, ¡eran todos de confianza! Así pues, las pesquisas no llevaban a ningún sitio.

En diciembre del 89 murió Carlos Barral, el poeta y editor, uno de los intelectuales más activos de su generación, dice Toni Coll. Mi abuelo lo había tratado bastante en los años sesenta, y a mediados de los ochenta habían coincidido en la comisión de cultura del Senado. Yo mismo lo conocía de los veraneos de Calafell, de cuando jugaba al balón con el grupo que llamábamos de los mayores, entre los que estaba su nieto Malcolm. Fuimos al funeral en el coche de mi madre. Íbamos mi abuelo, mi madre, el pianista del Avenida Palace y yo. Mi madre y Juancho, el pianista, estaban a punto de romper, y no paraban de discutir. Lo de siempre: que si métete por esta calle para acortar, que si la que conduce soy yo, que si adelante, equivócate y ve por donde te apetezca... Mi madre no se equivocó al escoger la ruta para llegar al tanatorio de Les Corts. Al contrario: llegamos muy deprisa por el camino más directo y encontramos aparcamiento a la primera. Su único error fue confundir los tanatorios: el funeral no era en Les Corts sino en Sancho de Ávila, en el otro extremo de la ciudad.

—¡Pues sí!, ¡me he equivocado! —gritaba mientras corríamos de vuelta al coche—. ¡Pero también vosotros podíais haberos dado cuenta!

Y en el trayecto entre ambos tanatorios cogimos atascos, semáforos en rojo, calles cortadas por obras... Juancho no hacía ya ningún comentario, pero ahora hasta sus silencios ofendían a mi madre.

—¿Vas a dejar de mirarme así?, ¿eh?, ¿vas a dejar de mirarme así de una puta vez? —le decía, agarrándose con fuerza al volante, y Juancho volvía hacia mi abuelo y hacia mí una mirada de falsa perplejidad, como diciendo: Vosotros lo estáis viendo, sois testigos de que yo no he dicho ni mu y ella se ha puesto como una fiera...

El cadáver de Barral estaba siendo velado en el salón principal, que

se había quedado pequeño para tanta gente. Cuando llegamos, había todavía bastantes personas en la cola del pésame. Nos pusimos los cuatro en la fila y poco a poco fuimos avanzando hasta llegar ante la viuda y los hijos, a los que mi abuelo saludó afectuosamente uno por uno. Yo, cogido de su brazo, me limitaba a asentir seriamente con la cabeza. Luego se nos acercó alguien y nos ofreció asiento junto a las autoridades. Mi madre y Juancho, odiándose con los ojos, desaparecieron. Mi abuelo y yo nos sentamos. Estaban el alcalde, varios concejales, otros senadores y diputados... Permanecimos en silencio quince o veinte minutos, y luego nos levantamos y cedimos nuestro sitio a otros recién llegados. En el exterior se habían formado distintos corrillos. La gente se abrazaba con esa conmovida efusión que sólo se ve en los funerales. Mi abuelo saludaba a unos y a otros, y yo, a su lado, me preguntaba quiénes serían aquellas personas. Más tarde sí que vi algunas caras conocidas. Mi abuelo había acabado alejándose de los grupitos de los políticos y juntándose a los de la gente de la cultura. Se hablaba de quién estaba y quién no, y algunos comentaban la ausencia de Gil de Biedma, tan amigo de Barral. Cuando se mencionaba su nombre, se hacía en voz baja y ladeando levemente la cabeza, porque todos sabían que le quedaba muy poco tiempo de vida (murió al mes siguiente). Yo aproveché para salir en busca de Juancho y de mi madre. No los encontré por ningún lado, y tampoco el coche estaba donde lo habíamos dejado. Volví junto a mi abuelo. Alguien, no recuerdo quién, se ofreció a acercarnos a casa, pero mi abuelo prefirió coger un taxi. Prácticamente no habló durante todo el trayecto. Estaba como ausente, ensimismado. Yo opté por no decirle nada: todavía lo ignoraba todo sobre el mundo de los adultos, y pensaba que esa actitud debía de ser la normal cuando se sale del funeral de un amigo.

Tardé algún tiempo en descubrir que ese ensimismamiento respondía a otros motivos, dice Toni Coll. Porque fue sin duda entonces

cuando alguien le dio la pista que le llevó a averiguar quién había sido el chivato, un individuo sin embargo del que nadie supo decir el nombre... Y enseguida mi abuelo se obsesionó por recordar, por rescatar de su memoria algún gesto o facción peculiar que le ayudara a representarse a ese hombre. Lo hacía como él sabía: tratando de atrapar con el lápiz alguno de aquellos rasgos movedizos, cambiantes, persiguiendo sobre el papel el hilo finísimo del recuerdo. Aquel invierno dedicó mañanas y tardes a hacer dibujos del chivato, de ese chivato vislumbrado o entrevisto o simplemente imaginado, y el resultado fue una vasta serie de bosquejos en los que el retratado, sin parecerse nunca, era siempre el mismo. Los observabas uno por uno y te dabas cuenta de que en uno tenía los ojos juntos y en otro separados, aquí el pelo largo, los labios finos, los pómulos marcados, allí el pelo corto, la boca carnosa, la cara sin sombras... Los rasgos podían coincidir o no, y sin embargo saltaba a la vista que todos esos rostros eran siempre el mismo rostro, como en esos sueños en los que se te aparece un familiar o un amigo con un aspecto que no es el suyo: sabemos que es él aunque no sea él, aunque no se le parezca en absoluto. A lo mejor el arte del retrato consiste en eso: no en captar el alma de una persona a través de sus rasgos, sino a pesar de sus rasgos. Y, desde luego, lo de mi abuelo tenía poco que ver con esos retratos-robot que la policía suele publicar de los delincuentes más buscados... Él no buscaba tanto ilustrar como conocer, averiguar. O tal vez comprender. Comprender al enemigo, al traidor, a la persona que se había acercado a él y a los suyos para delatarles.

¿Cómo no íbamos a ser franquistas si fue Franco el que nos sacó de la calle y nos dio cama, comida, educación, trabajo...?, dice Mateo Moreno. Para los chavales de familia bien, para los que tenían padre y madre y casa propia, era muy fácil ser antifranquista. A nosotros, a los que nos criamos en los Hogares Mundet, ni se nos pasaba por la cabeza. Teníamos pocas cosas, pero lo poco que teníamos se lo debíamos al

régimen, y es de bien nacidos ser agradecidos. ¡Aunque es gracioso que yo, que crecí en un hospicio, me considere bien nacido! Me acuerdo de cuando era un crío y las monjas de la Casa de la Caridad nos decían que bien pronto nos mudaríamos todos a un sitio nuevo y bonito y limpio... Más limpio que aquél seguro que sería. Cucarachas, dirás tú. Cucarachas, desde luego que sí, ¡y hasta ratones teníamos en la Casa de la Caridad! Pero en realidad éramos felices en aquel edificio viejo y destartado y laberíntico, y nos daba pena pensar que tarde o temprano tendríamos que abandonarlo, aunque fuera para mudarnos a un sitio más moderno y mejor. El propio Franco vino a Barcelona a inaugurar los Hogares Mundet. Fue en 1957, y las monjas seleccionaron a unos cuantos críos, los más presentables, los mejor alimentados. Les pusieron ropa nueva y se los llevaron a la inauguración por si Franco quería fotografiarse con ellos. Los que no fuimos elegidos estábamos desolados. Tan desolados que ni nos apetecía aprovechar la ausencia de nuestros guardianes para escaparnos al mercado de la Boquería a robar fruta. Esperábamos con ansiedad y envidia que volvieran nuestros compañeros, y casi nos alegramos cuando supimos que Franco no se había acercado a hacerse la foto y que sólo le habían visto un instante y de lejos. A lo largo de los meses siguientes nos fueron instalando en los Hogares. ¡Qué lugar tan hermoso, con aquellos dormitorios tan amplios, aquellas aulas tan luminosas, aquel salón de actos, aquellos campos de fútbol! ¡Y qué gusto daba pensar que estábamos estrenándolo todo, que todo aquello lo habían hecho para nosotros! Sabíamos que podíamos considerarnos unos privilegiados, porque no nos faltaba de nada. Nos ponían películas, hacíamos teatro, nos enseñaban oficios, si te gustaba la música tocabas en la banda, practicábamos todo tipo de deportes... ¡No creo que hubiera en toda España unos festivales de gimnasia como los nuestros! Estaba por un lado el pabellón de los niños y por otro el de las niñas, y es verdad que vivíamos casi encerrados y que para salir los domingos necesitábamos una autorización especial que no siempre nos daban. Pero no teníamos la

sensación de vivir como prisioneros. Al revés: si salíamos de excursión, si algún día nos íbamos a conocer Montserrat o Tarragona o Poblet, era porque nos llevaban los salesianos de los Hogares Mundet, aquellos buenos hombres. ¿Cuántas veces me llevó de excursión mi madre, que aparecía de visita cada seis o siete meses e invariablemente me prometía que en el viaje siguiente me llevaría consigo y viviríamos juntos para siempre? Ninguna. Pero mejor así. Me pregunto qué habría hecho yo con una mujer que para mí siempre fue una desconocida, una extraña... Los que no teníamos casa fuera de los Hogares nos sentíamos un poco dueños de todo eso. Los demás tenían dos vidas: una dentro de los Hogares y otra fuera. Nosotros sólo teníamos esa vida, y los salesianos eran nuestra única familia, ¿me explico? Yo no era buen estudiante pero era buen chico, y la gente me quería. Jugaba en el mejor equipo de balonvolea hasta que me rompí un brazo en unas escaleras, hacía pequeños papeles en las funciones de teatro, ayudaba a misa... Lo que más me gustaba era subir al campanario de la iglesia, que era el punto más alto de la ciudad, y observarlo todo desde allí arriba: los campos en pendiente, las carreteras cercanas, las calles, el mar. Para mí, el día más feliz de todos fue el de la gran nevada del 62. Estábamos ya en las navidades, y casi todo el mundo se había ido de vacaciones: allí sólo quedábamos los que no teníamos dónde ir. Durante toda la Nochebuena no paró de nevar y, cuando nos despertamos por la mañana, había casi un metro de nieve por todas partes. Salimos al jardín e hicimos una guerra de bolas de nieve. Luego llamaron a misa y yo corrí a vestirme de monaguillo. Cuando todavía quedaban unos minutos, subí corriendo las escaleras del campanario y me asomé a ver Barcelona. Las calles, los coches, los tejados y hasta los barcos del puerto estaban sepultados bajo la nieve. Y de repente no sé qué sentí, pero me pareció que aquello era hermoso y que todo era posible y que la vida me tenía reservadas grandes cosas... Me sentí feliz, sencillamente. No podía dejar de mirar, y ni notaba el frío ni prestaba atención a nada más. La misa se estaba retrasando por mi culpa, pero yo

ni siquiera me daba cuenta. El hermano Tomás subió resollando en mi busca. Me agarró muy enfadado de un brazo y con la otra mano hizo el gesto de abofetearme. Pero entonces también él miró la ciudad y se quedó parado, y fue como si la nieve nos hubiera transportado a los dos a un mundo mejor. Ése fue para mí un momento de felicidad absoluta: yo allí, vestido de monaguillo, y el hermano Tomás a mi lado, echando por la boca nubes de vapor, los dos mirando en silencio aquella Barcelona tan blanca y tan hermosa...

He dicho que era buen chico pero casi da lo mismo, dice Mateo Moreno. Muchos buenos chicos de los Hogares Mundet acabaron luego metiéndose en líos. Y yo pude ser uno de ellos, pero en vez de eso me hice policía, que es otra manera de meterse en líos, ja ja. De mi madre hacía más de un año que no tenía noticias y, poco antes de mi graduación, el padre Monfort rebuscó entre los cajones de la sacristía hasta dar con una cartilla de ahorros de la Caja de Pensiones.

—De parte de tu madre —me dijo, entregándomela.

No me atreví a mirar el saldo hasta que estuve a solas. Era bastante dinero, el suficiente para afrontar con algunas garantías los comienzos de esa nueva etapa de mi vida. Pero sobre todo era la prueba de que mi madre, a su manera, me quería. Repasando la columna de los ingresos, comprobé que todas las imposiciones se habían hecho coincidiendo con las fechas de sus visitas a los Hogares. Unas veces las cantidades eran mayores, otras veces eran menores, pero no había habido ninguna visita suya en la que no se hubiera registrado ningún ingreso, y yo, conmovido, deduje que su trabajo (cualquiera que fuera, pues yo no quería saberlo) no le había permitido apartar demasiados ahorros para mí y que por eso, y sólo por eso, no había venido a verme más a menudo... Me tocó hacer la mili en Valladolid. Para mí el ejército fue como una continuación de los Hogares Mundet. Me acuerdo de que mis compañeros se pasaban las horas ideando argucias para conseguir destinos en oficinas, pases de

pernocta, permisos. Todos tenían una casa donde ir. Todos menos yo, pero eso no era nuevo para mí, y no me costó ningún esfuerzo adaptarme a la vida del cuartel. Me gustaba, además, ese tipo de vida: la autoridad, la disciplina, el ejercicio físico, la camaradería. Pensé incluso en la posibilidad de reengancharme, pero me imaginé a mí mismo con cuarenta o cincuenta años, convertido en un sargento chusquero que lo único que sabe es pegar gritos a los reclutas y emborracharse en la cantina, y eso me desanimó. Durante el año y medio del servicio militar no gasté ni un céntimo de la cartilla de mi madre. Con ese dinero me fui después a Madrid y me pagué la preparación para entrar en la policía. Vivía en una pensión y estudiaba en la academia Carrera del Castillo, que estaba en la calle Mayor. Para ingresar en la Escuela General de Policía era la mejor, todo el mundo utilizaba sus apuntes. La verdad es que me preparé a conciencia: cuando no estaba haciendo ejercicio, estaba estudiando los setenta y ocho temas del temario, que eran sobre todo de Derecho. La Escuela estaba en la calle Miguel Ángel. El examen estaba dividido en tres partes: pruebas físicas, escrito y oral. Pasé las tres con buenas calificaciones y, con veintiún añitos recién cumplidos, me convertí en lo que se llamaba un alumno en prácticas. Un aprendiz de policía, en definitiva. En la Escuela podías estar seis, siete, ocho meses, dependiendo de las necesidades del servicio. Los de mi promoción estuvimos sólo seis. En ese tiempo nos enseñaron un poco de todo: investigación criminal, investigación social, psicología, dactiloscopia, manejo de armas... Yo siempre había creído que no tenía acento catalán, pero allí desde el primer día me tomaron el pelo imitando mi manera de hablar y diciéndome *escolta, noi!* y *Barcelona és bona si la bossa sona*. De hecho, me llamaban el Catalán, cosa que a mí ni me gustaba ni me dejaba de gustar. Pero claro que era catalán, ¿qué iba a ser si no?, y cuando llegó la hora de elegir destino, yo, que era de los primeros de mi promoción (el número treinta y ocho de un total de trescientos y pico) y podía pedir cualquier ciudad, pedí Barcelona.

Nada más llegar fui a los Hogares Mundet a saludar a los míos, dice Mateo Moreno. Aquello seguía igual que como lo había dejado, pero ya no era mi casa. Sí, los frailes y los profesores eran todavía los mismos, pero los chicos que ahora estaban en el curso de los mayores eran tres años más jóvenes que yo, y yo casi ni me acordaba de ellos. Alquilé un apartamento en la avenida Mistral, muy cerca del canódromo. Era la primera vez que vivía por mi cuenta, la primera vez que tenía una casa que podía considerar mía y sólo mía, y la verdad es que echaba de menos el barullo de los dormitorios colectivos. Dejaba siempre las ventanas abiertas para oír los ladridos de los perros del canódromo, que hacían mucha compañía, ja ja. Pero en mi corazón los Hogares seguían siendo mi casa, y de vez en cuando me acercaba a ver a la gente y recoger las cartas que me escribía mi madre. En los Hogares había dicho que todavía no tenía un domicilio definitivo y que por eso prefería que me guardaran ellos la correspondencia, pero se trataba sólo de una excusa. En realidad no quería que mi madre conociera mis señas. No me imaginaba a mí mismo abriendo la puerta y encontrándomela en el rellano: Mateo, hijo mío, soy yo, tu madre... No quería romper definitivamente con ella, pero tampoco quería volverla a ver. ¿Qué tenía que hacer si se me presentaba en casa? ¿Cómo debía comportarme? ¿Tenía que darle las gracias por el dinero de la cartilla, a ella, que prácticamente se había desentendido de mí al poco de nacer? Sentía hacia mi madre un rencor muy intenso, pero un rencor mezclado con cariño, conmiseración, gratitud, culpa... En una de las cartas que me entregaron en los Hogares hablaba como de pasada de unos médicos y un tratamiento y una pequeña operación que tenían que hacerle en un pecho. Luego estuve unos meses sin aparecer por los Hogares y, la vez siguiente, el padre Monfort me entregó una nota de un hospital de Vigo en la que me informaban de su fallecimiento. Junto a la nota habían enviado una caja con sus escasas pertenencias. Yo cogí la caja sin decir nada y me despedí del padre Monfort con un abrazo. Vacíé

el contenido de la caja sobre la mesa de mi cocina. Unos cuantos carnes viejos, unos pendientes y unos collares sin valor, un reloj de pulsera... Eso era todo lo que había dentro de la caja. Eso y mis cartas: todas, absolutamente todas las cartas que yo le había escrito desde que tuve uso de razón. Me imaginé a mi madre agonizando en un lejano hospital gallego con la sola compañía de mis cartas y me eché a llorar, y ya no pude dejar de llorar en todo el día. Aquella tarde había hecho mi última visita a los Hogares Mundet. Después de aquello ya no tenía ningún sentido volver, ¿me explico?

Pero estoy hablando de algo que ocurrió más tarde, cuando ya conocía a Justo, dice Mateo Moreno. Aunque estaba adscrito a la Brigada Social, en esos primeros meses colaboraba a veces con los de la Criminal: cualquier cosa con tal de aprender. Quería ser un buen policía. Mis superiores me trataban con consideración: supongo que veían en mí a un apasionado de la profesión y no querían que me echara a perder. Durante varios meses, a mí y a otros como yo algunos inspectores veteranos nos enseñaron las técnicas de los interrogatorios sin violencia. Sí, esas cosas se aprenden. Uno no nace enseñado, y el sospechoso no te va a contar por tu cara bonita lo que sabe. Es como jugar al póquer, sólo que las reglas las pones tú. Tú dices cuándo empieza y cuándo termina la partida. Y, claro, la partida sólo termina cuando has conseguido lo que quieres. Pero no te olvides de la época. Estábamos en el año 69. Los altos mandos eran todavía de la vieja escuela: gente que había hecho la guerra, que había conocido las cárceles republicanas o había sobrevivido a una condena a muerte o había perdido algún hermano a manos de los rojos. Para ellos la violencia seguía estando justificada: si hasta entonces la habían empleado libremente contra los enemigos del régimen, ¿por qué iban a dejar de hacerlo ahora? Me explico, ¿no? Ésa era la mentalidad. ¿Para esto hemos ganado una guerra?, decían, ¿para que ahora nos cuelen el comunismo por la puerta de atrás? Al mismo tiempo, no se puede

negar que las cosas habían empezado a cambiar. Dentro del propio régimen, quiero decir. Franco era ya un anciano. Podía vivir cuatro, cinco, diez años más... ¿Y después? Después, los mismos a los que nosotros teníamos que interrogar podrían estar dándonos órdenes desde el ministerio. No digo yo que en esa época no se practicara la tortura, no. Lo que sí digo es que ya no se podía practicar impunemente, y cada cual era responsable de sus actos. Un año antes de que yo llegara a Vía Layetana habían enviado a los hermanos Creix al País Vasco. ¿Has oído hablar de ellos? Eran dos de los torturadores más famosos de la época. Pregunta, pregunta a cualquier viejo comunista y ya verás lo que te cuenta... Nadie que haya pasado por sus manos los habrá podido olvidar. Pero ya digo que en el 69 no estaban en Barcelona: los métodos que aquí ya no valían seguían valiendo en el País Vasco, por el terrorismo. En todo caso, la gente que traíamos para interrogar no sabía si estaban los Creix o no estaban los Creix o si los que estaban eran más blandos o más duros que los Creix: lo único que sabían era que Vía Layetana era un sinónimo de torturas, malos tratos, palizas... Llegaban todos acojonados, la verdad, y eso siempre facilitaba las cosas. ¡Si supieras la cantidad de figurones de la izquierda que lo cantaban todo antes de que hubiéramos llegado a preguntarles nada...! ¡Y luego los veías por ahí haciéndose los gallitos! En cambio, a otros que nosotros sabíamos que sabían cosas no había manera de hacerles hablar: ésos acababan ganándose nuestro respeto. Hacía falta tener temple para no soltar prenda. Hacía falta tenerlos bien puestos, ja ja. Nosotros ya no le tocábamos un pelo a nadie, pero tampoco nos interesaba que se supiera: ya te he dicho que el miedo facilita las cosas. Para un buen interrogatorio es importante escoger el lugar y el momento. El lugar era inmejorable, y no sólo por la fama que Vía Layetana arrastraba desde hacía treinta años, también por cómo era aquella comisaría por dentro. Por la escenografía, digamos: los pasillos oscuros, las ventanas cegadas, los muebles incómodos, las paredes manchadas de humo de tabaco, las escaleras estrechas, el olor a zotal...

¿Pero quién dice que las comisarías tengan que salir en las revistas de decoración? ¿Cómo crees que eran las comisarías americanas o las francesas? Y tan importante o más que el lugar es el momento. Déjame que te diga que un buen interrogatorio es sólo cuestión de tiempo. Cuando vas a interrogar a alguien, el tiempo empieza a correr desde que entra en la comisaría. En la entrada se les retenían sus pertenencias y a cambio se les daba una ficha. ¿Por qué crees que se hacía? ¿Para evitar que pudieran atacarnos con las llaves o con el bolígrafo o con el monedero? No. Para que supieran que desde ese preciso instante estaban en nuestras manos. A partir de ese momento teníamos setenta y dos horas, y todo era cuestión de administrarlas bien. Lo primero era hacerles esperar. Nosotros no teníamos ninguna prisa; ellos sí. Los teníamos un buen rato esperando, y ya sabíamos que se pondrían a darle vueltas a todo y a especular sobre lo que queríamos de ellos y a inventar coartadas y a pensar en los errores propios o ajenos que los habían llevado hasta allí... Eso, eso: que pensarán. Hasta las voluntades más firmes acaban por quebrarse, sólo pensando. Pasado un par de horas, llegaban las primeras preguntas. Podía ser el interrogatorio definitivo o no. Como las mujeres cuando abren el horno y pinchan el bizcocho con una aguja de tejer. Ese primer contacto nos servía para saber si el bizcocho estaba hecho o no. ¿Que necesitaba un rato más? Pues un rato más. Mirábamos el reloj, decíamos que había llegado la hora del almuerzo o de la merienda o de la cena, y llamábamos a alguien para que acompañara al sospechoso a comunicados. Si quería más tiempo para pensar, allí abajo tendría todo el tiempo del mundo. Pero lo más gracioso era que, cuando bajabas con uno por la escalera que llevaba a las celdas de comunicados, siempre te hacía la misma pregunta. ¿Pero estoy detenido?, decían con cara de susto. ¡Ay, ingenuos, qué más daba si estaban detenidos o no! Lo importante era el tiempo, ¡el tiempo!

Los del grupo de Justo eran pan comido, dice Mateo Moreno.

Estaban en comisaría por un asunto de poca monta, algo sobre un pequeño alijo de droga que había aparecido en la Costa Brava. El inspector Peribáñez, de la Criminal, los hizo esperar un rato y luego los fue llamando uno a uno. Estábamos en uno de los despachos grandes, con tres o cuatro mesas de oficina, unos radiadores viejos y una pared repleta de archivadores metálicos. En las mesas del fondo, Campos y yo fingíamos examinar unos papeles pero no podíamos perdernos detalle. Campos y yo éramos subinspectores de segunda (es decir, novatos), y los inspectores nos obligaban a asistir en silencio a decenas de interrogatorios antes de permitirnos intervenir en uno. En eso consistían las prácticas. Primero veíamos actuar a los veteranos y luego nos hacían preguntas: ¿por qué tanta insistencia en esta o aquella pregunta?, ¿dónde estaba el punto débil de la declaración?, ¿en qué momento nos había parecido que mentía?, ¿cuándo había incurrido en una contradicción? Lo que primero se aprende es a distinguir si alguien está tratando de ocultarte algo o no. En aquel grupo nadie tenía el valor suficiente para ocultarle nada al inspector, desde luego no las dos francesitas, que, si Peribáñez hubiera querido, hasta le habrían dicho cuándo perdieron el virgo, ja ja. De los otros me acuerdo a medias, pero de Justo claro que me acuerdo, ¿cómo no me voy a acordar, con todo lo que ocurrió después? Habían ido pasando uno por uno, y Peribáñez los había acojonado un poco con las condenas que podían caerles por consumo de drogas y todo eso. Luego les hizo esperar un rato más mientras buscábamos sus nombres en los ficheros, les hizo firmar las copias de la declaración y los dejó marchar. A todos no. A Justo no. A Justo me hizo acompañarlo a incommunicados y, claro, cuando terminó de bajar las escaleras y vio esas celdas con los barrotes y el ventanuco y el asiento de cemento, me dijo lo que todos:

—¿Pero es que estoy detenido?

Yo me encogí de hombros. Volví después al despacho, y Peribáñez, que estaba pelándose una manzana de forma que la piel cayera en una

sola tira dentro de la papelera, dijo:

—A ése no le vendrá mal una nohecita ahí abajo...

Justo no lo sabía pero había sido acusado de estafa, y estaba en busca y captura por desobediencia. Eso quiere decir que su caso estaba en fase de instrucción y que habían intentado localizarle para tomarle declaración pero no le habían encontrado. Cuando Peribáñez se lo dijo por la mañana, Justo casi dio la sensación de sentirse aliviado. Debía de haberse pasado toda la noche preguntándose: ¿Por qué a ellos los han soltado y a mí no?, ¿qué tiene esta gente contra mí? Ahora, al menos, sabía el motivo. Pero después del alivio inicial vino la preocupación: ¿estafa?, ¿busca y captura?, ¿qué significaba todo eso...? Su ignorancia parecía sincera, pero el inspector no tenía por qué darle demasiadas explicaciones. Le dijo:

—¿Ve este papel? Es la orden que ha dictado el juez. Anóteme aquí su nueva dirección y procure estar localizable. Vaya a la salida, recoja sus cosas y espere. Dos inspectores le acompañarán para asegurarse de que es su verdadero domicilio.

Le acompañamos Campos y yo. Vivía en la calle Berlínés, casi tocando con General Mitre. En la zona alta, por tanto, pero la casa era bastante modesta y el piso mucho más. Un pisito interior, de unos sesenta metros, con unas paredes que no se habían pintado desde antes de la guerra. El salón pretendía ser un despacho, pero más bien parecía un trastero, con cajas a medio abrir y decenas de catálogos amontonados.

—Disculpen que esté todo un poco desordenado... —dijo él.

¿Un poco? ¡Aquello era un tótum revolútum! Comprobé que el teléfono funcionaba y que el número coincidía con el que nos había dado. Me asomé luego al cuarto de baño y me detuve en el pasillo ante una tosca balda en la que había varios números de las *Selecciones del Reader's Digest* y algún que otro libro del tipo *Cómo ganar amigos* de Dale Carnegie. En esa misma balda había también una vieja foto de una mujer vestida de negro y un niño que sin duda era el propio Justo.

Campos estaba en el rellano fumándose un cigarrillo, y la puerta había quedado abierta.

—Dígale a su compañero que pase —dijo Justo con timidez.

Yo no dije nada: si le inquietaba que algún vecino chismoso pudiera vernos en su casa, peor para él. Fui hasta el final del pasillo, abrí la última puerta, miré.

—¿Aquí duerme? —pregunté.

Pero no lo pregunté con el tono de ¿esto es el dormitorio? sino con el de ¿es posible que duerma alguien aquí? Porque, más que un dormitorio, aquello era una leonera, con un colchón viejo puesto directamente sobre el suelo, un rebujo de sábanas apelotonadas, ropa sucia tirada por todas partes, ceniceros llenos de colillas, platos con restos de comida... Entré en la habitación y abrí la ventana para ventilarla. Tampoco es que oliera especialmente mal, pero no estaba dispuesto a dejar escapar ninguna posibilidad de incomodarle. La luz de la calle daba de lleno sobre una pared en la que había un perchero con dos trajes colgados de sendas perchas y otra fotografía enmarcada de la mujer del pasillo. Me entretuve un instante observándola.

—Es mi madre —dijo Justo—. La foto original era muy pequeña y tuve que hacer que la ampliaran.

Volví al pasillo y desde allí hice una seña a Campos: todo en orden. Luego dirigí a Justo una mirada neutra.

—Ya sabe que no puede cambiar de domicilio sin comunicárnoslo —dije.

—No se preocupe —dijo.

Cuatro o cinco días después supe que Justo había vuelto por jefatura y había pedido hablar con el inspector Peribáñez. Lo supe porque el propio inspector no paraba de contarlo.

—¡Hay que ver la de chalados que hay por el mundo! —decía Peribáñez—. ¡Pretendía que traspapeláramos lo suyo para librarle de ir a juicio! ¡Como si nosotros pudiéramos hacer una cosa así!

Me acuerdo de Peribáñez contándolo a voz en grito por los pasillos y de Campos sacudiendo la cabeza y riendo. Decía Peribáñez:

—Lo más gracioso es que el tipo intentaba negociar. Que si la vida está hecha de intercambios, que si ustedes tienen algo que me puede interesar y yo tengo algo que les puede interesar... ¿Pero tú qué coño tienes?, le digo, y el muy cabrón va y me dice que tiene información. Que me puede informar sobre gente que consume y trafica con drogas, sobre comunistoides que frecuentan lugares de moda... Si de verdad sabes algo sobre delincuentes y enemigos del régimen tienes que decírmelo, pero porque es tu deber, no porque yo te vaya a dar nada a cambio, le digo. ¡Y si no me lo vas a decir, lárgate antes de que me arrepienta, porque por bastante menos que eso he empapelado a muchos!, le digo. ¡Y no veas qué prisa se dio en marcharse el pobre diablo...!

Campos volvió a sacudir la cabeza y a reír, y yo también reí. Después el inspector nos señaló con el índice y dijo:

—A ese pájaro no me lo perdáis de vista. Ése es de los que cuando menos te lo esperas levantan el vuelo. Y luego échales un galgo.

En casos así, lo normal era llamar alguna vez por teléfono para asegurarnos de que seguía localizable, dice Mateo Moreno. Yo dejé pasar un par de días, y una tarde, a eso de las siete, me presenté en su casa. Me abrió la puerta con el traje puesto y la corbata a medio anudar.

—Una visita rutinaria, sólo para comprobar —dije.

—Pues ya lo ha comprobado —dijo con sequedad.

Después de un escarmiento como el que le había dado Peribáñez todos se ponían un poco farrucos. Yo no me moví del descansillo.

—Si tiene que entrar, entre, pero rapidito, que me tengo que ir —añadió, haciéndose a un lado.

Su tono estaba empezando a joderme. Entré y di una vuelta por el piso, que seguía como la vez anterior. En el pasillo me detuve de nuevo ante su fotografía con su madre.

—¿Ya se ha buscado un buen abogado? —pregunté.

—¿A qué ha venido?, ¿a burlarse de mí?

—Bonita foto.

Él ni se inmutó. Me parecía un tipo despreciable, con ese peinado medio moderno y esa americana ceñida y esa sonrisa tirante del que está a la defensiva.

—Pues si todavía no tiene abogado... —dije, encogiéndome de hombros y yendo hacia el despacho.

—Dígale a su jefe que no se preocupe por mí —dijo, y yo le hice un gesto de impaciencia:

—Mi jefe ni siquiera sabe que estoy aquí.

En un rincón, en el suelo, había un hornillo de cámping-gas con una cafetera encima. La miré como esperando que se decidiera a ofrecerme un café, pero él terminó de hacerse el nudo de la corbata e ignoró mi gesto.

—Muy bien —dije, encaminándome hacia la escalera.

Ya en el rellano, justo antes de que él cerrara la puerta, me volví y dije:

—Por cierto, la próxima vez que vaya a ofrecer una información, asegúrese de que ha elegido al interlocutor adecuado...

—¿Qué le han contado? —dijo.

—Buenas tardes —dije, bajando el primer escalón.

—¡Espere un momento!

Lluís y yo nos hicimos novios unos pocos meses antes de que Justo empezara a salir con Elena Castellnou, dice Elvira Solé. Lluís me gustaba porque tenía la voz grave y las manos fuertes y, cuando me agarraba por la cintura y me decía cosas al oído, me daba la sensación de que el mundo era más sencillo y a su lado nunca podría ocurrirme nada malo. Lluís trabajaba en el Ayuntamiento, tramitando multas y cosas así, pero lo que de verdad le gustaba era leer. La primera vez que me llevó a su casa y vi

todas aquellas pilas de libros, pregunté la típica idiotez:

—¿Te los has leído todos?

Él podría haberme tratado como a una tonta pero, en vez de eso, se echó a reír y me abrazó por detrás y me besó. Estábamos muy enamorados. Él decía que le gustaba todo de mí. Eso significaba que le gustaban hasta mis carencias y mis defectos. Por ejemplo, en vez de reprochármelo, le hacía gracia que no fuera tan leída ni tan culta como él. ¡Dios mío, cuánto sabía! Le podías hablar de ciencia, de lingüística, de historia, de filosofía, de lo que fuera, y Lluís siempre tenía cosas interesantes que decir. A su lado no parabas de aprender, y yo me sentía una privilegiada por ser su novia. Gracias a él empecé a tener opiniones. Daba lo mismo que mis opiniones fueran menos originales o menos audaces o menos elaboradas que las de Lluís. Eran mis opiniones, que era de lo que se trataba, y para expresarlas no me importaba tener que recurrir a un vocabulario que no era mío en absoluto. Utilizaba expresiones como solipsismo, autocomplacencia, torre de marfil, alienación... Que mis opiniones de ahora no coincidan con las que tenía entonces importa poco. Lo que importa es que empecé a tener mis propias opiniones. Al principio eran sólo opiniones sobre lo que Lluís decía, pero de ahí pasé enseguida a tener opiniones sobre todo lo demás. Sobre la religión, sobre la política, sobre la familia, sobre el matrimonio...: sobre la vida. Eso me fue distanciando de la gente que hasta entonces había sido mi gente, personas todas ellas a las que podía seguir queriendo pero con las que difícilmente podía ya mantener una conversación. Mientras ellos continuaban viviendo en el mundo de los lugares comunes y los saberes recibidos, yo había conseguido hacerme un hueco en el de la gente con opinión propia, y entre esos dos mundos sólo cabía el enfrentamiento. ¡Qué horrible, qué asfixiante era aquella España llena de pequeños Francos que disfrutaban imponiendo a todas horas su autoridad! Iba yo, una chica joven con un Gordini y media docena de opiniones recién estrenadas, y me encontraba con que la gente sólo sabía

replicarme dándome órdenes. ¡Y lo peor es que siempre lo hacían por mi bien! Habré oído esa frase un millón de veces: Te lo digo por tu bien, te lo digo por tu bien... Mi pobre madre, mi padre, que por entonces tenía ya el enfisema, mi hermano mayor, Arturo, que trabajaba en la Seat, mi otro hermano, Andrés, que acababa de abrir la carnicería con Conchita, su mujer: todos me daban órdenes y todos decían siempre que lo hacían por mi bien. Y también mis amigas, también Araceli, María Jesús y Cristina, cuando me decían que hiciera tal cosa o no hiciera tal otra, me lo decían por mi bien.

Ya nunca salíamos juntas y, para no perder su amistad, me acercaba los domingos a la cafetería en la que tomaban el aperitivo después de la misa de doce, dice Elvira Solé. Yo había dejado de ir a misa al conocer a Lluís; ellas seguían yendo. A la misma iglesia, a la misma hora, para seguramente sentarse siempre juntas en el mismo banco... Mientras sus vidas parecían no cambiar en absoluto, en la mía no paraban de ocurrir cosas, y esas cosas me estaban convirtiendo en una persona distinta. ¿Puede ser que en esos encuentros las tratara con algo de superioridad o de condescendencia? Puede ser, pero en todo caso yo no era consciente. Sí tenía la sensación de que me miraban de otra forma, como estudiándome, y de que luego, cuando me iba, hacían comentarios acerca de mi ropa o mi peinado o simplemente mi actitud. Sin duda había quedado excluida de la complicidad que nos había unido desde niñas (y que ahora sólo las unía a ellas) pero, mientras estábamos juntas, las cuatro nos esforzábamos por simular que todo seguía más o menos como siempre. Por ejemplo, nos lo contábamos todo sobre novios y novietes y, por supuesto, sobre sexo. Pero incluso en eso me distinguía de ellas. Teníamos veintitrés años y yo era la única de las cuatro que mantenía relaciones sexuales regulares y completas. Cristina, la menos agraciada, corpulenta, un poco hombruna, sólo tomaba la palabra para lamentarse de sus escasísimos avances con un compañero de trabajo que le gustaba

desde hacía años. María Jesús, que tenía novio desde los dieciocho, se había jurado llegar virgen al matrimonio y, aunque se había acostado varias veces con su chico y habían hecho casi de todo, nunca le había autorizado a penetrarla. Araceli, coqueta, enamoradiza y bastante más avezada que las otras en los placeres de la carne, vivía con mucha intensidad sus noviazgos, invariablemente breves y decepcionantes... En definitiva, las tres seguían a la espera del amor verdadero, a la espera del héroe o el príncipe que viniera a rescatarlas de sus tristes vidas sentimentales, y frente a ellas yo era como ellas se imaginaban a sí mismas una vez rescatadas: la mujer realizada, la enamorada que había acertado a encontrar el amor. Nuestras conversaciones, salpicadas de sobreentendidos y de suspiros de excitación y de risitas nerviosas, adquirirían un matiz especial cuando yo hablaba de mi intimidad con Lluís. En la atención que entonces me prestaban percibía algo parecido a la admiración, algo que me hacía sentirme más segura de mí misma y más enamorada. Pero también podría ser que no fuera admiración sino envidia. O rencor, no sé muy bien. La que menos razones tenía era la que parecía más resentida conmigo. Hablo de Araceli, que al fin y al cabo había tenido bastantes ocasiones de encontrar el amor y nunca había sabido aprovecharlas. Era Araceli la que con cierta frecuencia me dedicaba comentarios sarcásticos del tipo: ¿Y cuándo nos presentarás a tu tortolito?, ¿tienes miedo de que te lo quitemos?, ¡o a lo mejor es que no es tan maravilloso como quieres hacernos creer! Yo me tenía que morder la lengua para no contestar.

Uno de esos breves y decepcionantes noviazgos de Araceli había sido con Justo, dice Elvira Solé. Sí, después de esos coqueteos de los que todas habíamos sido testigos, consiguió salir con él cuando yo ya no frecuentaba el Taita ni ninguno de aquellos sitios. Lo curioso es que para entonces Araceli había perdido toda esperanza con respecto a Justo. Seguía yendo por la zona del Taita y a veces se dejaba ver por Bocaccio,

pero no se hacía ya demasiadas ilusiones. ¿Cómo conseguir siquiera que le prestara atención alguien como Justo, a quien el episodio de la comisaría había otorgado un prestigio fulminante? Bien relacionado, próspero, heroicamente antifranquista...: lo tenía todo para triunfar en esos círculos, y Araceli sabía que para una chica como ella Justo se había vuelto inalcanzable. Pudiendo elegir a cualquiera de las que iban por allí, ¿por qué iba a fijarse en ella? Bueno, la cuestión es que una tarde Justo la abordó y le dijo:

—Tú y yo tenemos que hablar.

Se lo dijo con expresión grave, como si hubiera ocurrido algo irreparable. Araceli se encogió de hombros.

—¿De qué?

—¡Ya sabes tú de qué! —dijo el otro, y por señas le ordenó que le siguiera a un rincón discreto.

Araceli obedeció, algo aturdida. Luego Justo acercó mucho su cara a la de ella y dijo:

—Sólo te voy a decir una cosa, y te la voy a decir sólo una vez. Si vas a por él, ten mucho cuidado. Podrías hacerle daño...

Araceli negaba con la cabeza y trataba de sonreír:

—¿Pero de qué me estás hablando?, ¿de quién me estás hablando?

—No te hagas la tonta, lo sabes muy bien —dijo Justo, y se dio la vuelta.

Araceli, que tenía bastante temperamento, le agarró por el brazo.

—A mí, las cosas claras y el chocolate espeso —le dijo—. ¿Me vas a explicar de qué va todo esto?

Justo bajó la voz:

—No me negarás que estás todo el rato lanzándole miradas y sonrisitas...

Araceli habló también en susurros, ¿pero de quién demonios le estaba hablando?, y él hizo con la cabeza un gesto en dirección a la barra, donde estaba Quim con unos amigos. Araceli tardó todavía unos instantes

en comprender a quién se refería, y se puso a la defensiva:

—¿Yo?, ¿con Quim?, ¡te juro que...!

—No hace falta que jures —dijo Justo—. Sólo te digo que es una persona especial y que, si de verdad te gusta, tienes que tratarle con delicadeza...

Entonces ella no pudo contenerse y se echó a reír.

—¡Pero si no me gusta! —dijo—. ¡De verdad que no me gusta!, ¡no me gusta nada!

Eso era cierto: Araceli a Quim siempre lo había encontrado ostentoso, afeminado, estrafulario...

—No te creo —dijo Justo.

—Pues créeme.

—¿Por qué tendría que creerte?

—Porque a mí me gustas tú...

Más o menos así fue la conversación, y al cabo de un rato estaban los dos dándose besos en un portal cercano. Durante las tres o cuatro semanas siguientes, Araceli y Justo vivieron lo que parecía ser una apasionada historia de amor. Él la recogía en un taxi, la llevaba primero a cenar y luego a Bocaccio, la presentaba a todos como su novia. Después se iban a un apartamento cercano, destartalado y lleno de cajas, que no se usaba como vivienda sino como pequeño almacén o como *meublé* improvisado, y allí se quedaban hasta el amanecer. Araceli estaba exultante, y más guapa que nunca. Al igual que Cristina y María Jesús (y que yo misma hasta poco antes), solía recortar fotos y patrones de las revistas extranjeras y hacerse su propia ropa, que luego no se atrevía a ponerse porque le parecía demasiado moderna, demasiado llamativa.

—¿Cómo me voy a poner esto para vender pepinillos en el mercado? —decía, porque entonces ayudaba a sus padres en el puesto de encurtidos en vinagre.

Pues bien, mientras duró su relación con Justo, siempre que salía a la calle lo hacía llevando unos vestidos y unas minifaldas que a lo mejor

no habrían llamado la atención en París o en Londres pero sí en la España de Franco. Era como si se hubiera convertido en otra persona, en una modelo de alta costura, en una mujer seductora y mundana, habituada a los casinos de la Costa Azul y a los descapotables y a los yates. Desde luego, alguien así no podía desentonar en una sala de fiestas como Bocaccio. Yo, que la conocía y la quería como a una hermana, trataba a veces de prevenirla contra ese mundo de juergas nocturnas y apellidos ilustres, y ella, medio en broma, medio en serio, pero más en serio que en broma, me decía:

—No estarás celosa, ¿verdad? ¡A ti Justo siempre te ha gustado! ¿No te basta con tu Lluís?

Araceli había encontrado la felicidad y no podía tolerar que nadie viniera a ensombrecerla. Lo malo es que esa felicidad le duró bastante poco. Recuerdo muy bien el domingo en que, en la cafetería, nos contó entre sollozos y juramentos de venganza cómo había terminado todo. La noche anterior, Justo había quedado como de costumbre en pasar a recogerla y sencillamente no se presentó. Ella supuso que habría tenido algún contratiempo y algo más tarde fue a buscarle a Bocaccio. Le encontró en la barra, en el centro de un pequeño grupo. En cuanto la vio acercarse, Justo se encaró con ella y le dijo:

—¿Me quieres dejar en paz?, ¿por qué tienes que andar siempre detrás de mí como un perrito?, ¿no comprendes que lo nuestro se acabó?

Araceli, guapísima, elegantísima, no pudo aguantar el ultraje y se marchó de allí llorando. Fue un golpe muy duro: ¡ni habían discutido ni habían hablado de que lo suyo fuera mal o de que Justo se hubiera cansado de ella o se hubiera enamorado de otra! Nosotras tratábamos de consolarla, pero ella aspiraba sobre todo a entender lo ocurrido.

—¡Ha sido un paripé! —decía—. ¡Todo! ¡Desde el primer momento!

Araceli estaba convencida de que Justo se había limitado a jugar con ella, como un gato con un ratón. Sabiéndola presa fácil, la había seducido

con una burda comedieta, la había exhibido como un trofeo y, al final, cuando ya no la necesitaba, la había abandonado. Así, como si nada, sin dar explicaciones, como quien tira un trasto viejo o una piel de plátano a la basura. ¡Y todo para pavonearse delante de esa pija, todo para atrapar en sus redes a la zorra esa de la Nita! Algo de razón debía de tener Araceli, porque lo siguiente que supimos de Justo fue que estaba saliendo con Elena Castellnou, y parecía que lo suyo iba en serio. Elena, Elenita, Nita, la guapa y caprichosa Nita Castellnou, hija de un industrial que se había hecho de oro con unas contratas de suministros para la red de hospitales públicos...

—¡Qué hijo de puta! —bramaba Araceli, despechada—, ¡lo que le gusta de esa chica es la fortuna de su padre! ¡Porque en todo lo demás soy mil veces más mujer que ella!

Para mí era lo de siempre. Nosotras seguíamos siendo unas buenas chicas, unas chicas de barrio, y él, que siempre había ido un par de pasos por delante, se había situado ahora a una distancia sencillamente inalcanzable. Vivíamos en mundos distintos y no valía la pena darle más vueltas, pero yo me cuidaba mucho de decírselo a Araceli, que conmigo estaba siempre muy susceptible.

—Ahórrate tus consejos y tus opiniones —me decía—, ¡prefiero equivocarme sola!

Lo de que vivíamos en mundos distintos se hizo más patente cuando mi empresa se trasladó a un edificio nuevo de la calle Santaló, dice Elvira Solé. Allí ya no estábamos todos en el mismo piso sino que los despachos de los jefes ocupaban una planta, la quinta, y la oficina de los empleados otra, la cuarta. Si Justo seguía viniendo o no a hacer negocios con Quim, yo no podía saberlo, porque ya no hacía falta pasar por la oficina para llegar al despacho del jefe de compras, que por supuesto estaba en el piso superior. Aquel cambio lo interpreté entonces como una metáfora de la vida y de la sociedad. Unos estaban arriba y otros abajo, y a mí me había

tocado estar abajo. Ahora, además, la empresa estaba muy cerca de la casa del señor Nebot, por lo que no tenía que recogerle en mi Hardy a la salida de misa. La relativa familiaridad que había llegado a tener con él y con su hijo se esfumó de golpe, y lo normal era que ya sólo de vez en cuando coincidiéramos en el ascensor. Entonces Quim me dedicaba alguno de sus saludos guasones (¡qué guapa estás, Elvirita!, ¡debes de tener montones de novios!), y el señor Nebot balanceaba mansamente la cabeza como esos perrillos de los coches y decía:

—O sea que la familia bien, ¿no?

—Todos bien, gracias, señor Nebot —contestaba yo.

La única vez que coincidí con Justo, yo estaba ya en el ascensor en el momento en que entró y, medio tapada por otras personas, creo que él, que estaba hojeando unos papeles, no me vio. El ascensor se detuvo en el cuarto y yo, al salir, procuré no mirarle. Luego las puertas se cerraron a mi espalda y el ascensor siguió hasta el quinto piso.

Para nosotros era el Rata, simplemente el Rata, dice Mateo Moreno. No sé de dónde le venía el apodo pero la verdad es que le pegaba, quién sabe si por esa mirada inquieta que tenía o por el pelo algo encrespado o por su manera de moverse, cautelosa, solapada. Vete a saber. De todas formas, con la gente como él siempre usábamos apodos, y cuando digo la gente como él me refiero a los colaboradores, es decir, a los confidentes, a los chivatos, a los membrillos. Para nosotros era el Rata, y yo mismo tardé bastante tiempo en empezar a llamarle por su nombre. Justo no era un confidente de la Brigada Social; Justo era mi confidente. Las cosas funcionaban así. Cada cual se las arreglaba como podía para obtener información y, si uno conseguía captar a un confidente valioso, los compañeros se lo respetaban, ¿me explico? Pero Justo ni siquiera era un confidente valioso, no al principio. Él creía que sabía muchas cosas pero no sabía casi nada, y lo poco que sabía no valía una perra gorda. ¡Qué difícil resultaba trabajar con gente así! Yo siempre le decía que era un

peliculero. Como no quería que fuera por su casa y tampoco que le vieran entrando en jefatura, me citaba en los sitios más disparatados. En el teleférico de Montjuïc, en los porches del parque Güell, en el mirador de Colón, en el Pasaje de la Luz, que era una galería comercial que estaba debajo de la plaza de Cataluña... ¡Menos mal que todavía no existían ni el Museo de Cera ni el de Automatas, porque seguro que también me habría citado allí, ja ja! Me harté el día en que me hizo ir al espectáculo de los delfines del Zoo. Los delfines daban saltos y aletazos y no paraban de salpicarnos, y yo, escurriéndome las mangas de la chaqueta, le dije:

—¡Ya está bien, Rata!, ¡no aguanto más!

Él se excusó diciendo que había escogido ese sitio por motivos de seguridad, porque allí sólo había niños y turistas, y yo seguí increpándole:

—¿Por motivos de seguridad? ¿Pero cuántas películas has visto tú? ¡Peliculero, que eres un peliculero!

En realidad, de lo que estaba harto era de su información, que era muy pobre. Nos fuimos de allí y nos metimos en un bar de la calle Marina. Yo seguía frotándome las manchas de humedad de la chaqueta sólo para recordarle su torpeza, y él recitaba nombres y más nombres y me decía quiénes eran unos y otros y qué le había oído decir a éste y qué a aquél. En aquella época me informaba así, de viva voz, y las pocas veces que soltaba algo interesante yo sacaba mi agenda y lo anotaba. Aquella tarde no estaba de humor para nada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó en un momento dado—, ¿por qué no tomas notas?

—Mira, Rata —le dije—. Todo lo que me estás contando es una mierda. ¡Qué me importa a mí que unos niños de papá se fumen unos porros y se pongan a decir que si Franco esto o si Franco lo otro! ¡La risa que me dan a mí esos comunistas de salón que se reúnen a emborracharse en Bocaccio! Esos rojillos de familia bien no quieren líos. ¡Mucho de boquilla y nada más! ¡Que te lo digo yo!

Y sin añadir nada me levanté de la silla y me marché del bar. Hay que entenderlo. Yo era entonces un joven policía deseoso de hacer méritos ante mis superiores, y no podía permitirme perder tiempo y energías siguiendo pistas que no conducían a nada. Justo, además, no me inspiraba ninguna simpatía. Esa tarde, al salir del bar de la calle Marina, creía haberme librado de él para siempre, pero cinco o seis días después volví a recibir una llamada suya.

—¿Dónde quedamos? —me dijo—, ¿donde la última vez?

—¡Ah, no, Rata, los delfines otra vez no! —exploté, y él se apresuró a aclarar:

—No me refiero al Zoo, me refiero al bar...

Aunque tanto a él como a mí nos cogía un poco a desmano, a partir de entonces nos veíamos siempre en ese sitio, el bar de la calle Marina, dice Mateo Moreno. Olía a tabaco barato y a pulpo a la gallega pero, fuera de las horas de las comidas, en las que se llenaba de trabajadores de las fábricas y talleres de Pueblo Nuevo, podíamos hablar con tranquilidad. Ese día llegó con una cartera. La abrió, sacó unas cuartillas y me las entregó.

—¿Qué es?

—Fichas de gente, fichas que te pueden servir.

Les eché un vistazo. No parecían muy interesantes, pero tampoco podía negarse que el hombre se había esmerado: había filiaciones políticas, datos sobre reuniones y viajes al extranjero, breves transcripciones de conversaciones, fechas, números de teléfono, domicilios... Justo me observaba con ansiedad, esperando mi aprobación.

—He pensado que te voy a traer también fotos, ya sé más o menos cómo me las arreglaré... —añadió.

—Bueno, bueno —dije, guardándome aquellos papeles, y él me agarró del brazo y dijo:

—Te ocuparás de lo mío, ¿verdad? Hablarás con el juez o con quien

haga falta...

Hice un gesto de asentimiento y me levanté. Justo sonrió, y la verdad es que por un instante sentí lástima por él. Dije:

—¿Para dónde vas?

—Para Arco de Triunfo.

Desde entonces quedábamos cada diez o doce días, siempre en ese bar, siempre a media tarde. Él me entregaba una nueva serie de fichas y yo le decía cuáles de aquellos personajes podían llegar a interesarnos (los menos) y cuáles no (la mayoría), y luego cruzábamos juntos el parque de la Ciudadela y nos separábamos ante la boca de metro de Arco de Triunfo. Durante esos breves trayectos por el parque hablábamos de cosas que no tenían que ver con el trabajo, y gracias a eso llegué a conocerle un poco más. En realidad, hablaba sobre todo él, y como desahogándose. Era como si no tuviera nadie más a quien contarle su vida, y me hablaba de su infancia en el pueblo con su madre, la mejor mujer del mundo, y de cómo la había traído a Barcelona cuando ella estaba ya gravemente enferma y de cómo había luchado por pagarle los mejores médicos...

—¿Tú por tu madre no estarías dispuesto a robar y a estafar y a lo que hiciera falta? —me preguntó en una ocasión, y yo, que nunca le hablé de mi madre, dije nada más:

—¡Qué sabrás tú de mi madre!

Otro día me dijo que incluso había confiado en una curandera y que unos desaprensivos se habían aprovechado de su buena fe para sacarle todo su dinero...

—¿Estás intentando justificarte, Rata? ¿Me estás diciendo que, como a ti te estafaron, también tú puedes ir por ahí estafando a la gente? —le interrumpí con aspereza.

Para mí, Justo seguía siendo un gilipollas, pero no podía dejar de admitir que nuestras historias con nuestras respectivas madres eran al mismo tiempo tan distintas y tan parecidas... Y la cosa es que, por muy gilipollas que Justo me pareciera, estaba empezando a tenerle cierta

confianza. No tanta como para hablarle de mi madre pero sí, por ejemplo, para hablarle de mujeres. Yo entonces tenía veintiún años y, claro, iba más salido que un chimpancé, ja ja. El problema era que las chicas eran muy estrechas y que para divertirme un poco tenía que ir de putas. Ser policía tenía sus ventajas. Me conocían en casi todos los puticlubs, y en casi todos se negaban a cobrarme. Yo, a cambio, tenía algunos detalles con las chicas: un día les llevaba unos bombones, otro un ramo de flores, otro un frasquito de perfume... En aquella época había poco género de importación. Quiero decir que las putas eran casi todas nacionales, ja ja. Hubo algunas que se encariñaron de mí. Por ejemplo, la Vicky, que era de Castellón y trabajaba en un burdel muy finolis de la calle Mariano Cubí. Me decía la Vicky: A ver cuándo me retiras, Mateo, a ver cuándo pillas un buen montón de pasta y me sacas de aquí... Yo habré sido muchas cosas, pero ladrón no, ladrón nunca, y además tampoco quería liarme con una prostituta: al principio muy bien pero luego, en cuanto te dabas la vuelta, te ponían unos cuernos que ni el casco de un vikingo. Lo que yo buscaba era una chica sencilla y decente, alguien con quien formar eso que yo jamás había tenido: una familia. Las que me gustaban eran secretarias, telefonistas, dependientas... Lo bueno de mi trabajo era que me metía en todas partes y conocía a mucha gente. Antes de conocer a Carmela, que en paz descanse, tuve varias novias. La que más me gustaba se llamaba Neus, o sea, Nieves, y trabajaba en una floristería al lado del mercado de la Concepción. ¡Me volvía loco aquella chica! Me tenía tan enamorado que no podía dejar de pensar en ella y, claro, a las primeras de cambio me ponía a hablar de los ojos tan bonitos que tenía y de cómo me gustaba su sonrisa y de las ganas que tenía de volverla a ver. De aquellos paseos con Justo por el parque de la Ciudadela recuerdo sobre todo las conversaciones sobre nuestros problemas con las mujeres. Yo le hablaba de Neus y él me hablaba de la chica con la que salía, que se llamaba Nita. Justo me decía que no la entendía: un día parecía tan enamorada de él y al día siguiente ni siquiera le cogía el teléfono. Daba la

sensación de que en sus anteriores noviazgos siempre había llevado las riendas de la relación y de que con esa chica había encontrado la horma de su zapato. No estaba acostumbrado a que las chicas jugaran con él, y parecía que la tal Nita no sabía hacer otra cosa.

—¿Qué es lo máximo que estarías dispuesto a perdonarle a Neus? —me preguntaba Justo.

—¿Lo máximo? —decía yo.

—Lo máximo.

—¿Quieres saber si estaría dispuesto a perdonarle a Neus que se acostara con otro, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—¡Pues no, claro que no!, ¿cómo le voy a perdonar que se acueste con otro si ni siquiera se acuesta conmigo? —decía yo, y Justo replicaba:

—¡A ti lo que te pasa es que no la quieres, que no la quieres lo suficiente!

Yo, que para entonces había empezado ya a llamarle Justo en vez de Rata, me enfadaba con él:

—Mira, Justo, que a ti no te importe que tu novia te la esté pegando con otros no significa que yo no quiera a la mía. ¿Sabes lo que te ocurre? ¡Que estás encoñado, Justo! ¡En-co-ña-do!

Él negaba con la cabeza y en tono lastimero decía que Nita en el fondo sólo le quería a él y que un día se daría cuenta y le pediría perdón y que sentaría la cabeza, etcétera.

—Sí, sí —le decía yo con una sonrisita maligna, y con la mano le hacía el signo del cornudo.

Por supuesto, las cosas nunca son tan sencillas como parecen a primera vista, dice Mateo Moreno. Yo seguía viendo a Neus. A veces iba a recogerla a la floristería y, si al acabar su horario tenía que llevar un ramo a una parturienta o una corona de flores a un funeral, la acompañaba. Poco a poco pasamos de las sonrisas a los abrazos y de los

abrazos a los besos, y un día le dije que quería ver dónde vivía y me llevó al piso que compartía con dos tías suyas en Menéndez Pelayo. Sus tías estaban de viaje, y en cuanto cerramos la puerta empecé a desnudarla. Cuando ya sólo llevaba puesta la ropa interior, se echó a llorar.

—¿Pero qué te pasa? —le dije.

—No quiero engañarte, quiero que lo sepas todo — me dijo, y luego, entre lágrimas, me contó que estaba liada con un hombre casado y que había intentado varias veces romper con él pero nunca había llegado a hacerlo.

—¡Corazón, corazón mío! —exclamé, más caliente que un brasero.

La estreché con fuerza entre mis brazos y la dejé que llorara un poco más antes de desnudarla del todo y llevarla a la cama. Unas semanas después la situación era la siguiente: Neus y yo éramos novios, y Neus seguía acostándose con su amante casado, con el que seguía teniendo intención de cortar pero... Una situación no tan distinta de la de Justo. Yo estaba fuera de mí:

—¡No me puedes hacer esto!, ¡tienes que mandarlo a tomar por culo!, ¿quieres que me ocupe yo?, ¡dime dónde vive y yo me encargo!

Neus lloraba y lloraba y me rogaba que, por respeto al amor que había sentido hacia ese hombre, le diera tiempo y le permitiera solucionarlo a su manera. Pero el caso es que nunca terminaba de romper con él, y yo estaba cada vez más desesperado y más confuso. ¿Qué debía hacer?, ¿olvidarme de ella para siempre?, ¿decirle que no quería volverla a ver mientras las cosas siguieran como estaban? Lo comenté una tarde con Justo, y el muy borde, como si me la hubiera estado guardando, se limitó a soltar una risita y a hacerme cuernos con la mano.

—¡Coño, Justo, no te cachondees, que esto es muy serio! —le dije, dolido, aunque en el fondo sabía que no le faltaban razones para burlarse de mí.

Estaba pasando una mala temporada, y poco después ocurrió lo de la muerte de mi madre. A Justo nunca le había hablado de ella, y tampoco

iba a hacerlo ahora, así que todo el dolor y toda la rabia me los tuve que comer yo solo. Justo seguía hablándome de sus problemas con Nita, que todas las semanas le engañaba con alguien y todas las semanas renovaba sus promesas de rectificación, y yo le respondía con aspereza.

—¡A mí qué me cuentas, Rata! —le decía, porque en esos momentos Justo volvía a ser el Rata para mí—. ¡Si no fuera por el dinero de su padre, ya te habrías librado de esa zorrilla!

Porque podía ser o no que Justo estuviera tan locamente enamorado como decía, pero lo que no admitía réplica era que el padre de la chica estaba forrado y que Justo aspiraba a hacer negocios con él. Sobre eso no me ocultaba nada. Me decía que ya se había hartado de ir trampeando con pequeños negocios aquí y allá y que estaba a punto de poner en marcha una operación de las grandes. Me decía:

—No me pidas que te lo cuente, porque no te lo puedo contar.

Pero luego, sin que yo le insistiera, me lo contaba igual, y era verdad que con aquello parecía que podía ganar fácilmente un porrón de dinero. Era un asunto con la Diputación, que tenía previsto dotar de gimnasios a las escuelas rurales de la provincia. Justo había negociado con fabricantes y proveedores para asegurarse un buen margen de beneficio, y sólo le faltaba que la contrata de no sé qué aparatos le fuera adjudicada. ¿Y de quién dependía esa adjudicación? Del padre de Nita, un hombre que durante la guerra había salido de Cataluña para unirse a los requetés, un empresario que no necesitaba ocupar ningún cargo oficial porque era él el que nombraba y destituía, un oscuro personaje de cuyas influencias se decía que llegaban hasta el mismísimo palacio de El Pardo...

—¡No te puedes ni imaginar qué despacho tiene, con esas alfombras, esos tapices! —decía, y yo le hacía callar:

—¡Basta, Rata! ¡Ya sé por dónde vas! ¡Pero no pretendas hacerme creer que lo tuyo por esa chica es amor!

Él se hacía el ofendido:

—¡Claro que es amor! ¿Por qué, si no, te piensas que deseo

prosperar? ¡Porque la quiero, porque quiero a Nita y quiero estar a la altura que ella merece...!

Puede ser que el muy idiota hablara en serio, pero para mí las cosas estaban claras: cuando hay mucho dinero de por medio, los cuernos no resultan tan molestos, ja ja.

Cuando Justo me preguntaba si había habido noticias del juez, yo le decía que estaba todo controlado, dice Mateo Moreno.

—Comprenderás que es muy importante para mí... —insistía, y yo sacudía la cabeza:

—Que sí, hombre, que sí...

En primavera salió la sentencia, y Justo me esperaba en el bar de siempre con cara de pocos amigos.

—Eres un cabrón —me dijo.

—No te pongas así, Rata. Nosotros nunca te prometimos nada. Tú te lo decías todo.

—Eres un cabrón —volvió a decir.

—De acuerdo, Rata, soy un cabrón y lo que tú quieras. Ahora, a ver. ¿Qué me has traído hoy?

Justo se levantó y se marchó. Yo dejé unas monedas sobre la mesa y salí detrás de él. Por supuesto, ni yo ni el inspector jefe ni el comisario nos habíamos molestado en hablar de Justo con ningún juez. Esas cosas se decían pero no se hacían. Hacía falta ser muy cándido para creer que colaborando con nosotros podía alguien librarse de una condena judicial. Y Justo era precisamente eso, un cándido. Se las daba de listo pero en el fondo era un ingenuo. O un loco, vete a saber. Confiaba tanto en mi intercesión que había encomendado su defensa a un abogado de oficio. Me lo imaginaba plantándose delante de un abogadito inexperto y mal pagado y diciéndole: No se moleste en estudiarse mucho el caso, ya verá como las cosas saldrán bien. Y me imaginaba también su desolación al enterarse de que las cosas no habían salido bien. Cuando le alcancé en el

parque, estaba ya a la altura del estanque.

—Para, hombre, para... —le dije, pero él siguió andando.

—¡Déjame!, ¡no quiero saber nada de ti! —gritó.

—¡Que pares, te digo!

Justo se paró por fin y me señaló con el dedo índice:

—No has hecho nada por mí. No me has ayudado. No te debo nada.

Justo me acusaba directamente a mí, pero yo preferí utilizar el nosotros:

—No ha sido porque no hayamos querido sino porque no hemos podido.

—¡A otro perro con ese hueso! —dijo, y echó otra vez a andar.

Avancé a su lado. Dije:

—¿Qué te ha caído? ¿Un par de años? Como no tienes antecedentes, no tienes que cumplirlos...

—¿Y el dinero qué? ¿De dónde saco el dinero para pagar a esa gente?

Me encogí de hombros y sonreí, tratando de quitarle importancia:

—Te declaras insolvente, y solucionado.

Justo, furioso, volvió a gritar:

—¡Insolvente, dices! ¿Y qué tipo de negocios se supone que hacen los insolventes? ¿Y cómo crees que me van a dar la contrata de la Diputación, siendo insolvente? Y en cuanto a Nita, ¿qué piensas que va a pasar? ¿No lo entiendes? ¡Estoy acabado! ¡A-ca-ba-do!

Le agarré con fuerza por los hombros e intenté tranquilizarle:

—¡No seas crío! ¿Quién te dice a ti que esto va a llegar a oídos de tu novia o de su padre? Te lo digo yo, Justo: ¡nadie, nadie se tiene que enterar! ¡Si supieras la cantidad de insolventes que hay por ahí sin que ni tú ni yo lo sepamos y que no paran de hacer negocios millonarios...!

Empezó a llover suavemente, y Justo se pasó una mano por el pelo húmedo. Le cogí del brazo y le acompañé hasta la boca del metro:

—Ven, hombre, no te vayas a mojar.

Le dije que en realidad tenía que estar contento porque había salido bastante bien parado:

—Imagínate que hubieras tenido que ingresar en prisión. Eso sí que habría sido duro...

Cuando nos despedimos me pareció que estaba más calmado. Me dijo:

—¿De verdad crees que no se van a enterar?

—¡Por supuesto que no se van a enterar!

Le di un par de palmadas en la espalda y me apresuré a cruzar la calle.

Que se enteraran era sólo cuestión de tiempo, dice Mateo Moreno. Estaba claro que todo le iba a ir mal, pobre diablo. Que se le iban a cerrar todas las puertas, que se iba a quedar sin amigos, que le iba a dejar la novia, que el padre de ésta jamás haría ningún negocio con él... Estaba más claro que el agua, y yo aún me preguntaba cómo me había resultado tan fácil convencerle de lo contrario. ¡Ah, amigo, la gente desesperada sólo ve lo que quiere ver! ¡Son capaces de aferrarse a cualquier cosa! La realidad era que era un vulgar estafador y que lo que tenía se lo había ganado a pulso. ¿Que el juez le había condenado? ¡Sólo faltaría! ¿Que su vida se estaba yendo a pique? ¿Y a mí qué? Pero, qué quieres que te diga, le tenía lástima. Cualquiera en mi lugar se habría desentendido de él y de sus problemas. Yo, en cambio, previendo lo que estaba a punto de ocurrir, escogí algunas de las fichas preparadas por Justo y se las enseñé al comisario Revuelta.

—Creo que de aquí puede salir algo interesante —dije.

El comisario miró aquellos papeles con desprecio:

—¿Esto quién lo ha hecho?, ¿algún sobrinito tuyo?

—Ahí hay gente contraria al régimen, gente bien relacionada, y tengo a un pájaro que nos puede mantener informados —dije.

Cogió una de las cuartillas y leyó:

—«Pedro Portabella, miembro de una adinerada familia de industriales, alardea en público de su participación en numerosas reuniones clandestinas...»

Dejó caer la cuartilla sobre la mesa y repitió el apellido como si le sonara ridículo o inverosímil:

—Por-ta-be-lla...

—Ha producido películas raras, subversivas... A la gente así hay que vigilarla.

—¡Ya sé quién es Portabella! ¡Un comunista! ¿Quién es el otro? ¿Quién es el pájaro? —dijo, y le hablé del Rata:

—Nunca se le olvida un nombre ni una cara, estoy seguro de que nos puede valer.

—No será que te has vuelto maricón, ¿eh?

—No, señor comisario —dije, y directamente le pedí una asignación económica para mi confidente.

Revuelta se lo pensó unos instantes.

—¿De verdad crees que esta basura tiene algún valor? ¡Con todos los drogadictos que hay en esos ambientes, podrías conseguir lo que quisieras por mucho menos! Unos bofetones para intimidar, un par de noches en incomunicados y luego unos gramos de lo que sea para que se vayan contentos...

El caso es que conseguí convencer al comisario y que me autorizó a disponer de algo de dinero para pagar a Justo. A pesar de todo, Revuelta me seguía mirando con desconfianza.

—Seguro que no te has vuelto maricón, ¿eh? —volvió a decir cuando ya me iba del despacho.

En aquella época, el sueldo de un subinspector como yo estaba alrededor de las once mil pesetas. A los confidentes se les solía pagar cuatro mil. No era mucho, pero al menos daba para vivir, y en todo caso era lo máximo a lo que yo podía aspirar para Justo. No mucho después de eso, quizás al mes siguiente, acudí a uno de nuestros encuentros y me

bastó con verle la cara para saber que ya había ocurrido lo que tenía que ocurrir. Curiosamente, Justo no parecía resentido ni furioso, sólo deprimido.

—Lo saben —dijo—. Lo saben todo. Se ha corrido la voz...

—¿La chica también?

—Hace días que no hablo con ella. Pero, si lo sabe el padre, lo sabrá la hija.

Emitió un hondo suspiro. Dijo:

—Por supuesto, el padre no me ha dicho que lo supiera. Pero lo sabe. Me ha llamado por teléfono y ¿sabes lo que me ha dicho? Que de la gente como yo no se podía fiar. Con vuestras fiestas, vuestras drogas, vuestras ideas izquierdistas, ¿quién me garantiza a mí que luego no vas a repartir la empresa entre los empleados...? Ha fingido que me echaba del negocio por ser drogadicto y comunista como los amigos de Nita, pero en realidad me estaba echando por estafador.

Estuvimos un rato en silencio. Luego Justo dijo, como hablando para sí:

—En el fondo, casi mejor. Esa gente siempre me ha despreciado. Esa gente sólo hace negocios con los de su clase...

En su voz no había reproche, al menos no hacia mí. Traté de bromear:

—¡A ver si va a ser verdad que eres comunista!

Justo ni me escuchó.

—Pero saldré de ésta, ya lo verás —dijo, y se levantó para marcharse.

—¿No tienes nada para mí? —dije, levantándome también.

—¿Estás de broma?

—¿Esta vez no hay fichas ni fotos ni nada?

—¡Que no te burles!

—Toma —dije, y le tendí el sobre.

Él lo abrió y observó con curiosidad los cuatro billetes de mil. Le

agarré del hombro.

—Somos amigos, ¿no? —dije—. Yo no soy como esa gente. Yo no te voy a dejar tirado. Pero a partir de ahora me vas a pasar mejor información. No más detallada sino mejor. Información que nos conduzca a detenciones, ¿me explico? Yo te orientaré, te daré instrucciones sobre lo que hay que investigar y lo que no.

Justo se guardó el dinero en el bolsillo interior de la americana.

—¿Ves como te podías fiar de mí? —dije, y le di un golpe amistoso en la nuca—. ¡Te trato demasiado bien...!

Mi prima Lali logró matarse al tercer intento, dice Carme Román. La primera vez lo había probado con el cuchillo de cocina, y la segunda tomándose un bote de somníferos. La tercera vez subió directamente a la azotea de la calle Tallers y se tiró. Pero los intentos no eran seguidos. Entre el primero y el segundo pasaron dos años y medio, y entre el segundo y el tercero un año más, y en esos períodos parecía que mejoraba y que recuperaba las ganas de vivir. Y luego, cuando menos nos lo esperábamos, volvía a hacerlo. Esa mañana les tocaba a ella y a Irene abrir la papelería. Normalmente nos lo repartíamos así: un día abríamos Enriqueta y yo y otro día Lali e Irene, y más tarde llegaban la tía Josefa o el tío Agustí o los dos. Yo, después del fracaso de *El Catálogo Sorpresa*, había renunciado al sueño de establecerme por mi cuenta, y seguía viviendo en casa de mis tíos y ayudándoles en la tienda. Lo que más tarde supimos por Irene fue que, como a esas horas no había clientes, estuvieron un rato limpiando y charlando como si tal cosa, y que luego Lali fue a buscar la correspondencia al buzón del portal contiguo y ya nunca se la volvió a ver con vida. Lo siguiente fue el estruendo del golpe contra el techo de un coche aparcado y los gritos de los transeúntes y el pitido insistente del silbato de un guardia y... ¿Qué ocurrió en la cabeza de Lali? ¿Qué es lo que hace que, en sólo un momento, una persona pase de estar alegre y normal a matarse lanzándose al vacío? La tienda tenía una puertecita que comunicaba con el portal de al lado, donde teníamos el buzón, y cada vez que yo iba a buscar la correspondencia me acordaba de ella y me hacía esas preguntas. Me veía a mí misma con el buzón abierto y el llavero colgando de la cerradura y las cartas aún dentro (así estaban cuando se suicidó), y la mirada se me iba hacia las escaleras por las que mi prima había subido aquella mañana. Lali había renunciado a recoger el correo y empezado a subir los escalones, y había subido a un piso y

luego a otro y a otro sin encontrarse con ninguno de los vecinos de ninguno de los seis pisos, y había llegado hasta la azotea (cuya puerta solía quedarse abierta cuando alguien había acudido a tender) y se había agachado para cruzar las tres líneas de sábanas tendidas, y se había encaramado a la barandilla y se había tirado. ¿Qué había pasado por su cabeza para que la pequeña operación de meter la llave en la cerradura del buzón la hubiera empujado a acabar con todo? ¿Y cómo era posible que esa decisión suya de acabar con todo hubiera resistido a todas las pequeñas operaciones siguientes e incluso se hubiera fortalecido con ellas? Seis pisos son muchos pisos y entre ellos hay muchos escalones, muchas ocasiones para reconsiderar o rectificar... Cuando Irene oyó el golpe y los gritos y los pitidos, salió a la calle y vio el cuerpo desmadejado de Lali, que había quedado medio atrapado entre el bordillo y las ruedas del 850 Coupé sobre el que había rebotado. En medio de un ataque de histeria llamó a casa para dar la noticia. El tío Agustí había salido para hacer gestiones, así que cuando llegó no sabía nada y nosotras llevábamos ya un rato allí. Recuerdo como si fuera ahora el momento en que le vimos aparecer por la esquina de la calle Gravina. Venía fumando, como siempre, y al ver el coche de policía y el corro de curiosos tiró el cigarrillo e hizo un gesto de perplejidad. Pero luego nos vio a nosotras, y para comprenderlo todo no tuvo necesidad de ver el cadáver de su hija, que estaba ya cubierto con una manta. Entonces se paró en seco y se apoyó en la pared y fue poco a poco resbalándose hasta quedar acurrucado en el suelo, y la tía Josefa echó a correr hacia él llorando y gritando:

—¡Lali, nuestra niña, nuestra pequeña Lali...!

Habían pasado cuatro años desde la muerte de Germán, su novio, y puede que ya ni siquiera tuviera que ver con eso, dice Carme Román. Sencillamente, Lali se había matado porque se había matado, como se matan casi todos los suicidas. Sólo porque había algo dentro de ella que

no funcionaba, porque llevaba todo ese tiempo desequilibrada, enferma. Para encontrar algún consuelo teníamos que aceptar su muerte como se aceptan las catástrofes naturales, algo que escapa a nuestro control y no podemos ni predecir ni evitar. Yo de eso sabía mucho, porque así era como había aceptado la muerte de mis padres y mi hermano en las inundaciones. Pero cada uno es como es, y el tío Agustí no parecía dispuesto a admitir que el destino de su familia se hubiera torcido así como así. Primero había sido lo de mi familia (en realidad, las hermanas eran mi madre y mi tía), después lo de Germán, más tarde mi fracaso con la venta por correo, ahora esto... Una cadena de desgracias que no nos daban descanso, una maldición que había que atajar de algún modo. El tío Agustí necesitaba encontrar una causa, un culpable sobre el que descargar todo el peso de su rabia y su dolor, y de una manera irracional y yo diría que desesperada creyó hallarlo en la figura de Justo, el oscuro socio de mi desdichada aventura empresarial. Hay que decir que, desde su desaparición en el otoño del 66, no habíamos parado de recibir en la tienda reclamaciones de compradores que se sentían burlados o insatisfechos y de proveedores que no habían cobrado. En mi ingenuidad, había aceptado en su momento que Justo pusiera como razón social la papelería de mis tíos, y de la documentación se deducía que yo (¡qué incauta fui!) había contraído algún tipo de responsabilidad civil. Así pues, todas las reclamaciones llegaban a la papelería y todas estaban dirigidas a mí, una chica entonces de veinte años, una menor por tanto, sujeta a la tutela de mi tío Agustí. Éste, al principio, intentó parar los golpes negociando con unos y con otros, comprometiéndose a saldar deudas si se nos concedían aplazamientos o facilidades de pago. Pero no tardamos en descubrir que el volumen de impagados era desorbitado, desde luego muy superior a lo que cualquiera habría podido imaginar, y cada vez que nos llegaba un nuevo requerimiento mi tío, sin pronunciar palabra, me lanzaba una larga mirada de reprobación. Yo estaba desolada. Me acordaba de mis encuentros con Justo en el Céntrico, de los libros de

contabilidad con las columnas de ingresos repletas de anotaciones, de las previsiones de Justo acerca de posibles repartos de beneficios, del candor con que me había apresurado a renunciar a mi sueldo (con el fin, según él, de capitalizar la empresa) o a poner mis ahorros a su disposición... ¡Una simple y vulgar estafa! ¡Qué idiota había sido dejándome engañar!

El tío Agustí tenía un amigo abogado que no le cobraba las consultas, dice Carme Román. El despacho estaba en un principal de la calle Balmes. Nosotros esperábamos en una salita pequeña y, aunque fingíamos no darnos cuenta, la secretaria tenía órdenes de hacer pasar antes a los clientes que habían llegado más tarde. El abogado era un hombrecito arrugado con cara de pájaro que se apellidaba Ros. Trataba a mi tío con condescendencia. Le decía:

—*A veure*, Agustí, a ver en qué lío me quieres meter ahora...

En cada visita nos pedía papeles y más papeles y, cuando se los llevábamos, sacudía la cabeza y decía:

—Qué mala pinta tiene esto, Agustí, qué mala pinta...

Para mí esos ratos pasados en el despacho del abogado eran muy amargos, pero supongo que formaban parte de mi penitencia, y mi tío no quería ahorrármelos. El señor Ros llegaba siempre a la misma conclusión:

—*A veure*, Agustí, yo si quieres te llevo el caso. Y seguramente lo ganaríamos. Pero no creo que a ese pillo puedas sacarle un duro. Así que no te merece la pena meterte en pleitos. Yo tendría que cobrarte mi trabajo, y no sabes tú cómo son las normas colegiales. Te lo digo como amigo, Agustí: te va a salir más barato pagar...

En su manera de tratar a mi tío había siempre algo humillante, ofensivo, y no resultaba difícil imaginárselo haciendo a su secretaria algún comentario desdeñoso del tipo: ¡Ya está aquí el pelmazo ese! Y es probable que mi tío fuera particularmente terco e insistente. Durante los meses siguientes a la espantada de Justo fuimos a ese despacho al menos

media docena de veces, y el tío Agustí salía siempre de allí resignado y vencido. Todo cambió de golpe tras la muerte de Lali. Llegó a la papelería una nueva reclamación, la enésima, y el tío me ordenó que me pusiera el impermeable y le siguiera. Nos presentamos en el despacho del abogado. En esa ocasión ni había llamado para anunciar nuestra visita ni toleró que otros clientes se nos colaran.

—Dígale al señor Ros que es urgente —dijo a la secretaria.

Algo había cambiado en el corazón de mi tío. Tenía ahora una autoridad que yo nunca había percibido en él, no al menos en aquel despacho. La secretaria nos hizo pasar. El tío Agustí tomó asiento sin esperar a que nadie se lo ofreciera y dijo:

—Estoy decidido. Vamos a por ese sinvergüenza, cueste lo que cueste.

Yo todavía no había tenido tiempo ni de sentarme, y vi al abogado mirar a mi tío con curiosidad y, por primera vez, con respeto. Y eso me gustó. El tío Agustí, que sólo conocía a Justo de sus esporádicos tratos comerciales, le había hecho responsable de todos nuestros males. El proceso podía salirle carísimo y acabar siendo improductivo, y sin embargo no parecía importarle. Lo que él buscaba era, sí, una victoria judicial, pero sobre todo un resarcimiento moral. Algo así como que el universo hiciera una declaración formal del tipo: Ya está, Agustí, quedas liberado de toda responsabilidad, no tienes la culpa de ninguna de tus desdichas... De ahí que aquélla fuera la última vez que me ordenó que le acompañara al abogado. A partir de ese momento, todas las visitas que hizo al despacho del señor Ros (fueran pocas o muchas, pero muy probablemente fueron muchas) las hizo él solo. Aquello ya no era un asunto que tuviera que ver conmigo ni con *El Catálogo Sorpresa*. Aquello era un litigio entre él y el destino. Para él, derrotar a Justo en un juzgado tenía algo de misión suprema. Como suele decirse, se había jurado hundirle aunque fuera la última cosa que hiciera en su vida. Y tal vez él creyera de verdad que iba a ser la última cosa, porque por esas fechas ya

había empezado a tener problemas con las coronarias. Nadie en casa lo sabía, ni siquiera la tía Josefa, a la que ocultaba sus visitas al cardiólogo. Seguía durmiendo poco y fumando mucho y llevando la misma vida de siempre, y a veces, como cuando había que cargar pesos o subir escaleras, alardeaba de una buena salud que no tenía. Lo de sus coronarias no lo descubrimos hasta bastante después, y lo descubrimos porque a alguna de nosotras se le ocurrió echar un vistazo al prospecto de sus pastillas (Natirose), que no prevenían la acidez de estómago (como él decía) sino las anginas de pecho. Pero ya digo que eso lo supimos más tarde, en el 69 o el 70, en todo caso unos meses antes del juicio. El tío Agustí tendría entonces unos sesenta años. Achacoso como estaba, debía de notar la proximidad de la muerte, y seguramente se había propuesto irse de este mundo dejando sus cosas en orden y el asunto de Justo arreglado. No descarto que ese asunto le diera vida y energías al mismo tiempo que se las exigía. De hecho, su primera crisis cardíaca no le sobrevendría hasta después de la sentencia, como si su débil organismo, que tan bien había aguantado una tensión prolongada, hubiera relajado de golpe sus defensas y se hubiera venido abajo. Entre tanto, yo había permanecido completamente ajena al proceso. El tío Agustí nunca hablaba de sus visitas al abogado ni de la preparación del caso ni de las diligencias en curso, y todo aquello me había comenzado a parecer lejano, como si hubieran pasado muchos años desde la desaparición de Justo y tuvieran que pasar muchos más para la resolución judicial. Tras el suicidio de Lali, la tía Josefa dedicaba poco tiempo a la tienda, así que ahora sólo estábamos Irene, Enriqueta y yo para atender a los clientes. No me quedaban demasiados ratos libres, y las pocas tardes que podía salir entre semana quedaba con Clara para mirar los escaparates de la Puerta del Ángel y merendar en alguna granja de la calle Petritxol. Clara había terminado la carrera con buenas calificaciones y empezado a dar clases en un colegio, y tenía un novio aparejador al que reservaba los paseos del fin de semana. A veces, por divertirnos, nos hacíamos fotos juntas en un

fotomatón que había en el metro de Atarazanas. Entonces los fotomatonos eran todavía una novedad, y la gente se paraba a mirar y hacía comentarios cuando las fotos aparecían, todavía húmedas, por el dispensador. Para todos esos desconocidos, las vidas de esas dos jovencitas risueñas y gesticulantes que salían en las fotografías no debían de ser muy distintas. Pero lo eran. Clara estaba viviendo la vida que le tocaba vivir y yo no. Yo estaba viviendo una vida que no era la mía, y sabía que lo más parecido a lo que habría podido ser mi otra vida, la auténtica, era la vida de Clara. Como Clara, yo tendría que tener un título universitario y dar clases en un colegio de monjas, y tendría que vivir todavía en casa de mis padres en Tarrasa y coger todos los días el tren para ir al trabajo, y tendría que tener un novio al que reservarle los fines de semana... Cuando estaba con Clara me reprochaba a mí misma no haber tenido la disciplina ni la paciencia necesarias para ir sacándome por libre la licenciatura, y al mismo tiempo me lo disculpaba: ¿cómo podía ser tan egoísta como para pensar sólo en mí, en mi propia conveniencia, en mi porvenir, con todos los problemas por los que habíamos pasado en casa de mis tíos?

Una tarde cogí el tren en la plaza de Cataluña y me planté en Tarrasa, dice Carme Román. Aquel lugar sólo me traía recuerdos tristes. Hacía tres o cuatro años que no iba por allí, pero esa tarde me apetecía volver. Quién sabe si lo que de verdad me apetecía era estar triste. Di un paseo por la Rambla y, como no tenía que hacer nada en particular, me acerqué al que había sido mi barrio. De mi casa y de las otras casas y de la catástrofe que lo había arrasado todo no quedaba ni rastro, y lejos del cauce del río estaban levantando nuevos bloques de viviendas. ¿Qué me ligaba a esa ciudad? Muy poca cosa: sólo los recuerdos y las tumbas de los míos. Casi sin proponérmelo, acabé encaminándome hacia el cementerio. De los días posteriores a la tragedia conservaba unos recuerdos desvaídos. Mis tíos me habían ahorrado los trámites más

dolorosos, como la identificación de los cadáveres, y en mi memoria prácticamente había un vacío entre mi llegada a Barcelona y mi regreso a Tarrasa para el funeral, casi una semana después. Y también el funeral y el entierro los recordaba confusamente. Los tres féretros iguales delante del altar, el cura pronunciando un sermón que me conmovió e hizo llorar, mi tía Josefa llevándome de la mano por las calles del cementerio, mis compañeras de colegio abrazándome llorosas... Curiosamente, siempre he guardado un recuerdo muy vivo de la ropa que llevaba puesta: los zapatos eran de Enriqueta (la única de mis primas que calzaba el treinta y ocho), la falda gris y la blusa de Lali, la chaqueta de Irene. Ropa prestada, ropa no mía, como también era prestada y tampoco era mía la vida que estaba empezando a vivir... Siete años después del entierro, era la primera vez que visitaba el cementerio, y volvían a mí sensaciones que creía olvidadas: un olor como a flores rancias y tierra mojada, un escalofrío recorriéndome la espalda, un rastro de sequedad en la garganta... Todo eso, que había sentido el día del entierro, volvía a sentirlo entonces, mientras me acercaba al muro en el que estaban los nichos de mis padres y mi hermano. Me detuve y leí en voz baja sus nombres completos y sus fechas de nacimiento y defunción. Luego sacudí con el pañuelo el polvo de los nichos y lamenté no haber comprado unas tristes flores para adornarlos. Y me hice a mí misma una promesa. Me prometí ser la persona que habría debido ser, o al menos intentarlo.

Un día, el tío Agustí apareció exultante porque el abogado acababa de decirle que Justo había sido localizado por la policía, dice Carme Román.

—Ese sinvergüenza no se irá de rositas —decía mi tío, frotándose las palmas de las manos.

Yo ni siquiera sabía que Justo no se había presentado a prestar declaración y que el juez había ordenado su búsqueda. Ni lo sabía ni en el fondo me importaba demasiado, tan ajena me sentía ya a todo aquel

embrollo. La noticia de la localización de Justo tuvo un efecto inmediato: de repente fui consciente de que el reloj seguía en marcha, de que la cuenta atrás nunca se había detenido y cada vez faltaba menos para la celebración del juicio. Y durante el juicio mi antiguo socio y yo volveríamos a estar frente a frente. La perspectiva del reencuentro me inquietaba. Si por un lado quería que se le ajustaran las cuentas a ese hombre, por otro habría preferido olvidarme de todo. De no haber sido por mi tío, seguro que lo habría dejado correr, y al menos me habría ahorrado el mal trago de tener que verle nuevamente la cara. Por aquellas fechas, la maquinaria judicial, tan lenta durante tantos meses, se había puesto definitivamente en movimiento, y cada pocos días el tío Agustí llegaba con alguna novedad. Unas veces anunciaba que ya se había realizado esta o aquella diligencia, otra vez que ya teníamos fecha para la vista oral, otra que el abogado quería hablar conmigo... Al despacho del señor Ros acudí con la secreta esperanza de que me dijera: He pensado, señorita, que no hace falta que usted asista al juicio. Pero no fue así. Al contrario: si me había convocado había sido para darme instrucciones, para decirme lo que tenía que contestar cuando él me preguntara y lo que de ningún modo debía decir en caso de que el abogado contrario se dirigiera a mí.

La vista se celebró en marzo, muy pocos días después de mi vigésimo tercer cumpleaños, dice Carme Román. Tenía elegido el vestuario desde hacía semanas: traje de chaqueta negro, blusa estampada, medias oscuras, zapatos de tacón alto. Se trataba sobre todo de causar buena impresión al juez, pero además deseaba sentirme guapa y elegante, no sólo porque aquélla era una ocasión muy especial sino también porque no quería correr el riesgo de perder el aplomo y la confianza. Con el abogado habíamos quedado a la entrada del edificio. Subimos escaleras, recorrimos pasillos, nos sentamos a esperar. Era un lugar desangelado. Si no fuera porque había policías, habría podido parecer el área de espera de

las urgencias de cualquier hospital. La gente mataba el rato yendo de la pared a la ventana y fumando. Busqué a Justo con la mirada pero no le vi, y por unos momentos quise creer que no se presentaría. Un funcionario aparecía de vez en cuando y recitaba con voz aguda algunos nombres, y la gente se apresuraba a ocupar las sillas que acababan de quedar libres. Cuando por fin fuimos llamados, Justo apareció de algún sitio y nos encontramos cara a cara ante el policía que custodiaba el acceso a la sala. Intercambiamos un vistazo fugaz. Su aspecto ahora era nuevo, distinto. Parecía uno de esos franceses que salían en las fotos de las revistas manifestándose por las calles de París. Pero también mi aspecto debió de parecerle nuevo a él, o al menos eso pensé durante el brevísimo instante en que permanecemos parados ante el policía y su mirada me recorrió de arriba abajo, deteniéndose primero en mi peinado y mis ojos y luego en mi traje de chaqueta y mis zapatos de tacón. En sus ojos no había arrepentimiento, culpabilidad, desazón, recelo, desafío, rencor... En sus ojos, sorprendentemente, había asombro y homenaje, y por un momento me pregunté si la verdadera razón por la que me había arreglado como me había arreglado no sería una absurda coquetería: ¿me había llegado a sentir atraída por Justo en la desdichada época en que fuimos socios? Entramos. Justo se sentó en el banquillo. Detrás de él, mi tío y yo sólo podíamos verle el perfil cuando se volvía para atender al fiscal, y en alguna ocasión (pero puede que me equivoque) me pareció que me miraba con el rabillo del ojo... El juicio fue feo y aburrido. Yo ya sabía que los juicios no eran como en las películas, con revelaciones inesperadas y momentos de encendido dramatismo, pero tampoco me esperaba algo tan anodino y tan soso como aquello: una sala casi vacía, un funcionario leyendo papeles con entonación notarial, los abogados citando leyes y artículos, el juez cabeceando adormilado... A pesar de todo, no se me escapaba lo bien que el señor Ros, enjuto y desdeñoso y con cara de pájaro, estaba haciendo su trabajo. La documentación que aportó acreditaba sobradamente los reiterados impagos de Justo, las

deudas que había contraído, sus falsedades contables... Cada nuevo papel era una prueba más contra Justo, que seguía el juicio con expresión serena y casi diría aburrida, como si todo aquello no fuera más que un enojoso trámite que había que superar. Su abogado además no parecía haberse molestado demasiado en preparar la defensa, y prácticamente se limitó a negar la validez de algunos documentos argumentando que la firma de su cliente era falsa. Ros, como si hubiera estado esperando esa réplica, mostró al juez una prueba pericial caligráfica que descartaba tal posibilidad. Yo volví a mirar a Justo, que tampoco entonces hizo ningún gesto ni manifestó la menor inquietud. El momento mejor vino cuando su abogado le llamó a declarar. Justo contestaba a sus preguntas como con desgana, y el abogado, tratando de extraerle alguna respuesta convincente, volvía a formulárselas de distintos modos. Al final, el juez le cortó diciendo:

—No insista el letrado. Si su defendido no tiene nada más que añadir, por algo será...

Eso quería decir que el caso estaba ganado. Ros nos hizo discretamente con la mano el signo de la victoria, y el tío Agustí, tan tenso durante toda la mañana, se relajó por fin e inspiró aire con fuerza. Y fue entonces cuando Justo se volvió para mirarnos, primero a mí, luego a mi tío, y tras dos o tres segundos de sostenerle la mirada acabó humillando la cabeza. Aquél fue el gran momento del tío Agustí. Todavía no había concluido la vista oral y faltaban semanas para que se dictara sentencia. Podía ser que impusieran a Justo una condena mínima, casi simbólica. Podía ser que ni siquiera fuera a la cárcel. Podía incluso ocurrir que no devolviera nada de lo que había estafado. Pero a mi tío ese triunfo ya no se lo quitaba nadie. Esos pocos segundos bastaron para hacerle sentir que todo el tiempo perdido y todo el dinero y el esfuerzo invertidos habían valido la pena.

Cruzábamos la frontera con pasaportes falsos, dice Eliseu Ruiz. Yo

llevaba dos, uno francés a nombre de Jean Leblanc y otro español a nombre de Juan García Esteban. Las falsificaciones eran perfectas y podría haber empleado cualquiera de los dos, pero estábamos en verano y lo más fácil era hacerse pasar por turistas franceses, así que ese día tuve tres identidades distintas: la mía auténtica mientras estaba en Francia (porque allí tenía los papeles en regla), la francesa durante los pocos minutos que nos retuvieron en la aduana, y finalmente la otra, Juan García, que fue la que utilicé desde ese día hasta que me detuvieron y volví a ser Eliseu Ruiz. Viajábamos en un Renault 10. Un chico y una chica, hijos de exiliados, se turnaban para conducir. En la Meridiana buscamos un sitio para aparcar y un bar donde despedirnos tomando un vaso de vino y un pincho de tortilla. Luego ellos se fueron de vuelta a Francia y yo me metí en una boca de metro. Era una estación de la línea 1, y mi contacto en Barcelona debía esperarme en unas escaleras de la estación de Hostafrancs, también de la línea 1. Por si acaso me seguía alguien, en la plaza de Cataluña simulé un transbordo y volví al andén confundido entre la gente que venía de la línea 3. En Hostafrancs localicé enseguida a mi contacto, un joven con una bolsa de Almacenes Capitol. Eran la hora y el sitio exactos, y no detecté ninguna presencia sospechosa, así que me acerqué a él y dije la contraseña, que era una pregunta sobre cómo llegar a la plaza de toros de Las Arenas.

—¿Conoce la calle Numancia? —contestó él, tal como estaba previsto, y yo me relajé por fin y le seguí.

Ahora tantas precauciones parecerán ridículas, pero lo cierto es que no podías fiarte de nada ni de nadie. En momentos así podían haber ocurrido muchas cosas sin que tú lo supieras. Si, por ejemplo, había caído uno de los nuestros y le habían hecho cantar, la cadena de detenciones no había manera de pararla. A veces no hacía falta ni que el camarada cantara. Encontraban una agenda o unas cartas o lo que fuera, se enteraban de las citas que tenía pendientes y lo utilizaban como cebo para pillar a más gente. En esos casos, el camarada, sabiendo que la policía

estaba al acecho, lo único que podía hacer era intentar advertirte con algún detalle casi imperceptible. O no llevaba el objeto que se había acordado que debía llevar o te esperaba en un sitio que no era exactamente el sitio o aparecía por una esquina distinta de la habitual...: cualquier cosa que sirviera para hacerte sospechar que algo no iba bien. Lo importante eran los detalles. Teníamos que estar muy atentos a todos los detalles, porque cualquiera de ellos podía ser una señal de alarma.

El camarada que me esperaba en Hostafrancs me llevó a un local que tenía un altillo con un colchón, un par de sillas y un pequeño aseo, dice Eliseu Ruiz. El local iba a ser reformado y nadie me molestaría hasta que empezaran las obras, una semana después. Ése era, pues, el tiempo del que disponía para encontrar acomodo en una casa de huéspedes o un piso compartido. El asunto de la vivienda solía solucionarse así. Los camaradas no debían conocer mi domicilio y, cuanto menos supiera yo sobre los suyos, mejor para todos. Buscaba por la mañana en la sección de anuncios por palabras, llamaba después desde un teléfono público para informarme y, si las condiciones me parecían aceptables, me acercaba a ver la habitación. La comodidad era lo de menos. Lo importante era averiguar cómo eran y a qué se dedicaban las otras personas que vivían en el piso o la pensión: ¡sólo faltaría que acabara compartiendo vivienda con un policía de la Social o, yo qué sé, con un veterano de la División Azul! Después de dar vueltas por todos los barrios de la ciudad, acabé instalándome muy cerca de donde estaba, porque el cuarto que finalmente alquilé, en un principal de la calle Portugaleta, se encontraba a sólo tres manzanas de la estación de metro de Hostafrancs. La propietaria, viuda de un carnicero, vivía con una hermana soltera en el piso superior, y el principal (que hasta la muerte del carnicero había sido la vivienda de la hermana soltera) lo compartían un estudiante de Medicina de Castellón y dos chicos de un pueblo de Córdoba que eran medio primos, uno empleado en un taller de reparación de bicicletas y el otro camarero en la

estación de Sants. No me decidí a alquilar el cuarto hasta que los hube conocido a todos, que me parecieron gente discreta, entregada a sus quehaceres y poco dada a entrometerse en las vidas ajenas. Por ser el último en llegar, el dormitorio que me correspondió era el más oscuro y peor ventilado, pero yo tampoco necesitaba mucho más y la mensualidad era razonable. En el precio estaba incluida la colada, que las dos mujeres realizaban en el piso de arriba, y lo que más gracia me hacía de la organización doméstica era que la ropa se subía y bajaba por el patio interior en un cesto que colgaba de una rudimentaria polea. Junto a la cuerda de la ropa había un cordón atado al tirador de una campanilla y, cada vez que ésta sonaba, alguien en el piso de arriba o en el de abajo se asomaba para recoger el cesto de ropa sucia o limpia. El sistema, por lo visto, se había adoptado cuando todavía una hermana vivía en un piso y la otra en el otro, y los cambios habidos en la familia no lo habían alterado. Para los vecinos cuyas casas daban a ese patio debía de ser curioso ese trasiego de cestos que subían y bajaban. Cuando el que oía la campanilla era yo, las dos hermanas, con sus ojos saltones y sus caras de gnomos, me saludaban alborozadas desde el piso de arriba.

—¿Qué tal está hoy *el reusenc*? —me decían, porque en mi pasaporte ponía que había nacido en Reus y ellas me llamaban así, *el reusenc*.

—*Millor que mai* —contestaba yo, alargando los brazos para agarrar el cesto, y las dos hermanas agitaban sus manitas pequeñas.

Eran unas mujeres juguetonas y dicharacheras, una especie de niñas viejas. Viéndolas tan compenetradas, me daba la sensación de que el matrimonio de la mayor no había sido sino una etapa transitoria, un accidente, y de que sólo tras la muerte del carnicero las vidas de esas dos mujeres habían alcanzado un estado de perfección que arrancaba de muy atrás: las dos juntas y felices para siempre, como tantas veces habrían soñado en sus juegos infantiles. Mi comunicación con ellas estaba por lo general limitada a esas breves conversaciones a la hora del cesto. Vivían

las dos hermanas medio encerradas en su casa y hacían pocas preguntas, lo que para mí era un alivio. Delante de ellas (y también de mis compañeros de piso), yo era un reusense que asistía en la Universidad Central a unos indeterminados cursos de doctorado de la especialidad de Románicas. No habían hecho falta más explicaciones y, si alguna vez salía demasiado pronto o volvía demasiado tarde, me bastaba con aludir vagamente a los amplios horarios de la biblioteca universitaria.

El Comité me había enviado a Barcelona para reemplazar a un camarada que se ocupaba del aparato de propaganda y que acababa de ser detenido, dice Eliseu Ruiz. El camarada había sido enviado un par de años atrás para sustituir a otro camarada caído, y éste, a su vez, había sustituido a otro, y éste a otro... La cadena de detenciones y sustituciones se remontaba hasta el final mismo de la Guerra Civil y, sabiendo lo que les había ocurrido a mis predecesores, no resultaba difícil prever el destino que me aguardaba: en uno o dos años también yo acabaría en los calabozos de Vía Layetana, y el Comité mandaría rápidamente a alguien para sustituirme... Pero llevábamos tanto tiempo anunciando la inminente caída del régimen que nos lo habíamos acabado creyendo, y ¿por qué no podía ser que se desmoronara justo ese año, 1970, y no tuviera que venir nadie a reemplazarme? Las fuerzas antifranquistas estaban cada vez mejor coordinadas, la gente del partido había logrado infiltrarse en los sindicatos verticales, la contestación universitaria era más activa que nunca... El régimen parecía estar resquebrajándose por momentos y, si entonces me hubieran dicho que duraría aún cinco años más y que sólo se extinguiría con la muerte del dictador, no me lo habría creído, tan intensa era mi fe en las optimistas consignas de nuestra propaganda. Pero, entre tanto, la presión no podía ceder, y para eso estaba yo en Barcelona. Cada vez que se producía una cadena de detenciones había que empezar de nuevo. Con la caída del anterior aparato se había destruido buena parte de nuestra red de distribución de octavillas y publicaciones clandestinas, y

mi primera misión era recomponerla. Eso me obligaba a establecer contacto con la gente de Comisiones Obreras que operaba en la industria, con las células formadas en la universidad, con las asociaciones de antiguos presos políticos... Además, debía buscar locales más seguros para nuestros ciclostiles y acudir a los encuentros regulares con los camaradas que llegaban de Francia con instrucciones, material y dinero. La actividad no me daba reposo. Mientras mis caseras me creían plácidamente instalado en la biblioteca universitaria, mantenía citas con unos y con otros en muchos de los barrios de la ciudad y bastantes de las poblaciones del cinturón. Por las noches llegaba tan cansado al piso que lo único que me apetecía era meterme en la cama, y los dos medio primos cordobeses, que sospechaban que andaba metido en algún lío de faldas, comentaban con retintín:

—¡Qué mala cara!, ¡deben de ser agotadores los cursos esos!

Otra de las razones que me animaron a decidirme por aquel piso fue lo lejos que estaba del barrio de Teresa, dice Eliseu Ruiz. Tal vez tendría que haber empezado mi historia por ahí. Tal vez tendría que haber empezado diciendo que, al volver a Barcelona, volvía a la ciudad en la que vivía la mujer a la que más he querido en mi vida. A Teresa la conocí en el otoño de 1963, a las pocas semanas de instalarme en Barcelona. Hasta entonces yo casi no había salido de mi pueblo, El Vendrell, donde mis padres regentaban un pequeño hostel de carretera. En mi infancia sólo pasaban por allí camioneros y viajantes de comercio. Luego empezaron a aparecer turistas durante los meses de verano, y los chicos del pueblo me pedían que les presentara a las alemanas y las francesas que se alojaban en el hostel. Recuerdo la primera chica a la que vi desnuda. Yo pasaba por el pasillo del segundo piso. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta y la luz encendida. Entré un momento con la intención de apagarla y me encontré a una de esas extranjeras peinándose ante el espejo completamente desnuda. ¡Completamente desnuda! Para

mi sorpresa, la chica no se avergonzó ni trató de taparse, sino que me sonrió y me mandó un saludo a través del espejo... Aquellos veranos fueron gloriosos. En cuanto aparecía un grupito de extranjeras, me ofrecía a enseñarles el pueblo y las playas, y casi todas las noches acababa abrazado a alguna de ellas en algún ribazo. Pero enamorarme, lo que se dice enamorarme, sólo me enamoré de una. Se llamaba Carola y, aunque no lo parecía, era alemana. Delgadita, morena, con la nariz en punta y los ojos castaños. ¡Me volví verdaderamente loco por ella! Y la verdad es que yo le gustaba mucho y parecía que por mí estaba dispuesta a quedarse en el pueblo... Pero llegaron las lluvias de finales de agosto y, un domingo, Carola me buscó para decirme que regresaba a Bremen, su ciudad.

—¿Irte?, ¿cómo puedes pensar en irte? —dije, desolado.

Le recordé las palabras de amor que me había susurrado la noche anterior. Le dije que, cuando dos personas se querían tanto como nos queríamos nosotros, no podían vivir alejadas la una de la otra. Entre nosotros nos entendíamos en un francés chapurreado, y no sé qué curso tomó la conversación que al cabo de un rato tenía ya la maleta preparada para irme con Carola a Alemania. Corrí a decir adiós a mis padres pero estaban en misa, y me limité a dejarles una nota de despedida junto al teléfono de recepción. Mi hermana Anna, que estaba arreglando las habitaciones, me advirtió:

—*El pare no et perdonarà mai que te'n vagis així.*

Me encogí de hombros y seguí a Carola a la parada del autobús. Al cabo de un par de horas estábamos en Barcelona, en la estación de Francia. Debíamos coger un tren que salía a las cinco para la frontera, donde yo confiaba en hacerme el pasaporte. Estuvimos un rato dándonos besos en un rincón discreto. Cuando faltaba sólo media hora para que el tren saliera, Carola se echó a llorar. Intenté consolarla. Ella ahora sólo hablaba en alemán. Intuí lo que quería decirme cuando sacó de la cartera una foto suya con un joven alto y rubio en un parque de atracciones.

Luego, con los ojos aún húmedos, me dio un beso en la frente y se encaminó hacia el andén. Estaba claro que no podía seguirla. El tren se marchó y ella ni siquiera se asomó para decirme adiós. Pensé en volver a mi pueblo, pero me pareció que ya nunca soportaría estar sin Carola en los mismos sitios en los que habíamos estado juntos. Además no me apetecía tener que dar explicaciones a mis padres.

En Barcelona había estado sólo dos veces antes, la última de ellas para asistir a la boda de mi primo Eloi, dice Eliseu Ruiz. Busqué su nombre en el listín de teléfonos y le pedí que me dejara pasar un par de días en su casa. Eloi vivía en la Barceloneta y trabajaba en La Maquinista Terrestre y Marítima. Si me hice del partido fue por él. Y si conocí a Teresa fue también por él. Mi primo me consiguió trabajo en una de las cuadrillas que se ocupaban de la limpieza de la fábrica. Solíamos entrar al tajo cuando concluía el último turno, y algunas noches, además de los útiles de trabajo, llevábamos en la furgoneta paquetes con ejemplares de *Mundo Obrero* y *Treball* que los camaradas de La Maquinista distribuirían después entre sus compañeros. Pero a mí la policía no me cogió por repartir periódicos clandestinos. A mí me cogieron haciendo una pintada en un muro de la Zona Franca. Me llevaron a jefatura y me tuvieron un buen rato esposado a la pata de una mesa. Luego me hicieron pasar a un cuartucho y me hicieron el corro, que consistía en que varios hombres se abalanzaban sobre ti y, sin cesar nunca de insultarte y de amenazarte, te daban golpes y patadas en todas las partes del cuerpo. El que llevaba la voz cantante era el inspector Revuelta. Me gritaba:

—¿Quiénes son tus jefes, marxista de mierda?, ¿quién te dice lo que tienes que escribir y dónde?

Después me hicieron hacer la gallina: tenía que mantenerme en cuclillas con las manos esposadas debajo de las nalgas y, si me caía o buscaba un punto de apoyo, volvían a golpearme.

—¡Conque no quieres hablar! —me decía el cabrón de Revuelta—.

¡Al final cantarás como cantan todos los que pasan por aquí! ¡No seas idiota! ¿Qué crees que vas a conseguir sacrificándote?

Yo decía que no conocía a nadie que fuera comunista y casi era verdad, porque el único al que conocía con nombre y apellidos era mi primo, y a él no pensaba delatarle aunque me arrancaran la piel a tiras. Al final, debieron de convencerse de que yo no era más que un pelagatos que iba por libre. Me tuvieron un día más en un calabozo y luego dos policías me llevaron a mi casa, es decir, a la casa de mi primo. Ni él ni Maruja, su mujer, estaban cuando llegué. Yo ya suponía que se habrían escondido y que habrían hecho desaparecer libros y papeles. Pero es que se habían llevado también la ropa y las fotografías, y hasta habían arrancado la tarjeta del buzón.

—¿Quién más vive aquí? —me preguntó uno de los policías.

—Nadie —dije.

Los policías lo registraron todo a conciencia. Uno de ellos se asomó a la galería y señaló unas bragas olvidadas en el tendedero.

—¿Y eso?

—Una amiga.

—¡A saber qué amigas tendrás tú...! —dijo el otro.

Pero no siguieron indagando, y por fin estuve seguro de que ni a Eloi ni a Maruja les iba a pasar nada por mi culpa. Y tampoco es que me sintiera particularmente orgulloso de mí mismo. Sólo dolorido. Tenía hematomas por todo el cuerpo y me dolía el pecho al respirar. En cuanto los policías se marcharon, me tumbé en el sofá y me quedé dormido. No me desperté hasta que noté que alguien me desabotonaba la camisa. Era una mujer joven, pecosa. Su sonrisa descubría una dentadura muy blanca con las palas ligeramente separadas.

—Te presento a Teresa, trabaja de enfermera en el hospital Sant Pau —dijo mi primo desde algún lugar de la habitación, y añadió—: ¡Esos cabrones te han dejado hecho un cristo!

Tenía la fiebre alta y varias costillas rotas, y lo único que me

apetecía era seguir durmiendo. El enamoramiento no fue instantáneo. Teresa se pasaba todos los días para ver cómo evolucionaban mis lesiones. Al principio casi no hablábamos. Luego fuimos cogiendo confianza y, cuando le dije que no sabía cómo pagarle lo que estaba haciendo por mí, me dijo que para saldar una deuda como aquella tendría que llevarla muchas veces a bailar. Me lo tomé al pie de la letra, y un sábado le pregunté si quería venir conmigo a La Paloma. Aquella noche, la orquesta tocó algunas versiones de éxitos de Edith Piaf, que había muerto un par de semanas antes, y Teresa apoyó la cabeza en mi hombro y canturreó con tristeza:

—*Non, rien de rien, non, je ne regrette rien...*

Como no había delatado a nadie, en el partido me consideraban un tipo duro, y empezaron a encomendarme misiones más comprometidas, dice Eliseu Ruiz. A veces tenía que ir con la furgoneta hasta algún pueblo próximo a la frontera, cargar unas cajas y llevarlas a una casita del barrio de Gracia en la que por entonces teníamos la imprenta. En las cajas iban los clichés de nuestras publicaciones. Si me hubieran atrapado con ellas, me habrían caído unos cuantos años de cárcel. Las cajas me las entregaba un tipo que se hacía llamar Búfalo, y yo se las daba a otro al que sólo conocía como Alcalá. A mí comenzaron a llamarme Casals, como el músico, que había nacido en mi pueblo. Por entonces vivía todavía en el piso de mi primo, pero cada vez pasaba más noches en el apartamento que Teresa tenía alquilado en la calle Escorial. Aquéllos fueron los meses más felices de mi vida. Las horas de trabajo y de actividad clandestina no me pesaban, porque sabía que al final de la jornada recibiría la recompensa del amor de Teresa, que me hacía sentir libre, fuerte, poderoso. Alcalá desaprobaba mi relación con Teresa porque no era del partido, y yo me reía de él:

—¿Me vas a decir tú con qué chica puedo salir y con cuál no?

Pero tenía razón en que por prudencia no había que mezclar las

cosas, y Teresa, aunque conocía mi militancia comunista, sabía poco de mis actividades para el partido y nada de la existencia de Casals. Para ella yo era Eliseu o Eli, el enamorado que la llevaba a pasear por las Ramblas o a ver los barcos del puerto y que se lanzaba a besarla y abrazarla en cuanto estábamos a solas. El año 1964 fue el que Franco bautizó como el de los veinticinco años de paz. No habían sido años de paz sino de injusticia y represión, y nosotros teníamos que aguarle la fiesta al régimen. Antes del 1 de abril, que iba a ser el día de las grandes conmemoraciones, debíamos llenar la ciudad de pintadas y octavillas que denunciaran la situación. Sin justicia y sin libertad no podía hablarse de paz: aquello no era una celebración de la paz sino de la victoria, de su victoria. Pero estaba claro que la policía tampoco se iba a quedar de brazos cruzados. Reforzaron la vigilancia en las fábricas, y poco a poco fueron cayendo algunos de los camaradas más valiosos. Cuando en La Maquinista me dijeron que habían detenido a Eloi, comprendí que había llegado el momento de esconderme. Ese día tenía que ir a recoger un envío en un pueblo de Gerona. Fui pero Búfalo no tenía nada para entregarme. Sus instrucciones eran comprarme ropa de abrigo y llevarme a una gasolinera de Puigcerdá.

—¿Y la furgoneta? —pregunté.

—Se queda aquí —dijo Búfalo.

—¿Y mis cosas?

—¿Pero tantas tienes, Casals?

Lo que de verdad me preocupaba era no poder decir ni siquiera adiós a Teresa. Me había ido de mi pueblo sin despedirme de mis padres, y ahora me iba de España sin despedirme de Teresa. En la gasolinera de Puigcerdá me recogió un joven del que nunca supe el nombre y, tras una noche de recorrer caminos a temperaturas bajo cero, llegamos a una masía de unos camaradas franceses que nos dieron caldo caliente y un bocadillo de queso. Dos días después estaba en París. Me presenté en el CISE, el Centro de Información y Solidaridad con España, que tenía un

espacioso local en la rue Saint Jacques, cerca de la Sorbona. Allí me buscaron un sitio donde dormir, me dieron algo de dinero y me ayudaron a regularizar mis papeles ante la gendarmería. Yo, a cambio, colaboraba en la elaboración de unos boletines en los que denunciábamos los procesos contra camaradas del partido y pedíamos apoyo económico para sus familias. En cuanto estuve medianamente instalado, escribí una larga carta a Teresa explicándole los motivos y circunstancias de mi espantada y diciéndole cuánto la echaba de menos. Uno del CISE me dijo que lo más prudente sería hacérsela llegar a través de uno de los correos del partido, y se la di. Ni esa carta ni las otras cuatro que envié a Teresa por el mismo conducto obtuvieron nunca respuesta y, aunque ahora parece evidente, entonces tardé en comprender que mi correspondencia con ella era sistemáticamente interceptada. Decidí saltarme las medidas de seguridad del partido y enviarle una carta poniendo como remitente la dirección de una cafetería que no solía ser frecuentada por refugiados políticos. Al cabo de un par de semanas me llegó una larga respuesta en la que Teresa aseguraba no guardarme ningún rencor. Me decía: «Hubo un momento en el que tuviste que elegir y elegiste, y no puedo recriminártelo...» En la carta no se aludía expresamente a la ruptura, pero se daba a entender. Contesté de inmediato, renovando mis antiguas promesas de amor y asegurándole que nuestra separación no tenía por qué prolongarse demasiado, y tres o cuatro veces por semana me acercaba inútilmente a la cafetería para preguntar si tenían correo para mí. Durante todo el año siguiente le escribí al menos una carta al mes, siempre con el mismo resultado. A finales del 65 recibí una felicitación navideña en la que Teresa, escuetamente, me informaba de que estaba embarazada y pensaba casarse con el padre de la criatura, un compañero de trabajo. En la misma tarjeta me decía que mi primo Eloi estaba cumpliendo condena en la cárcel de Zaragoza, cosa que yo ya sabía por el CISE. El resto del tiempo que pasé en Francia lo dediqué sobre todo a tratar de olvidarla, y creí haberlo logrado hasta que el Comité Central me envió a Barcelona y

los recuerdos de nuestros meses de felicidad volvieron a perseguirme con una obstinación inesperada.

En el otoño de 1970 empezamos a calentar el ambiente con vistas al proceso de Burgos, que tenía que celebrarse en diciembre, dice Eliseu Ruiz. Ninguno de los dieciséis encausados era del partido, pero la ocasión se presentaba propicia, entre otras cosas porque dos de esos jóvenes eran sacerdotes y hasta la Iglesia, o al menos un importante sector de la Iglesia, había decidido plantar cara al régimen. Yo debía encargarme de coordinar a intelectuales y artistas que, sin ser de los nuestros, estuvieran dispuestos a firmar manifiestos y participar en acciones de protesta. La idea era cederles el protagonismo: no debía parecer que los comunistas estábamos detrás de todo. Hice que me presentaran a gente de influencia y prestigio, y conseguí sacar adelante la propuesta de organizar un encierro multitudinario en la abadía de Montserrat, durante el cual se haría público un manifiesto reclamando libertades democráticas. En las reuniones con esa gente, que se celebraban casi siempre en viviendas particulares, me exponía a veces más de lo aconsejable, porque no siempre resultaba sencillo controlar quién iba a asistir y quién no. Traté entonces a muchas figuras de la literatura, la filosofía, el cine, la arquitectura o la universidad que después se han hecho muy célebres o han ocupado cargos importantes. De otros, en cambio, no se ha vuelto a saber... Como ese chico, Justo Gil. Digo chico aunque ya no lo era. Andaría por los treinta o treinta y un años, dos o tres más que yo, pero, como era bajito y tenía cara de niño, a mí me parecía un jovencillo, uno de los muchos jovencillos ansiosos de contribuir como fuera a la caída del régimen. Justo, que había pasado por los calabozos de Vía Layetana, conocía de antes a varias de esas personas, y era habitual que me lo encontrara en esas reuniones clandestinas. La tercera o cuarta vez que coincidimos ya casi nos tratábamos como amigos. En algunas ocasiones recurrí discretamente a él para averiguar quiénes eran unos u otros, qué

habían hecho, si eran célebres o no, y Justo, que parecía muy bien informado, me ponía al corriente de todo. La sensación que me daba era la de un tipo eficiente, disciplinado, despierto, carente por completo de sentido del humor, rabiosamente antifranquista: una de esas personas, en fin, que solían resultar muy útiles en situaciones así. Yo siempre llegaba el último a esas reuniones y me iba antes que los demás. Y siempre solo, por supuesto. Una noche, a la salida de una de ellas, me apresuré a coger el metro en Lesseps. Cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, apareció él en el andén y se metió de un salto en el vagón. Ya he dicho que nos tratábamos casi como amigos. Si entre toda aquella gente que acababa de conocer hubiera tenido que elegir a una persona que me mereciera total confianza, casi seguro que le habría elegido a él. A pesar de todo, no podía relajar las medidas de seguridad. Después de charlar unos instantes sobre cualquier cosa, le pregunté en qué estación bajaba.

—Voy al centro, ¿y tú? —dijo Justo.

Yo hice un gesto vago y no respondí. Luego, no recuerdo por qué motivo, mencionó mi libreta, un pequeño bloc en el que hacía algunas anotaciones que sólo yo debía ser capaz de interpretar.

—¿Qué libreta? —dije, poniéndome en guardia.

Justo debió de notar lo y casi se disculpó:

—No, te lo digo sólo por si necesitas más datos, para que no dudes en preguntarme...

—Bajas aquí, ¿no? —dije, porque estábamos llegando ya a plaza de Cataluña.

Nos despedimos con un movimiento de cabeza, y desde el vagón en marcha le vi dirigirse hacia los pasillos. Tendría que haber desconfiado entonces de él, pero no desconfié.

Y una de esas tardes la vi, dice Eliseu Ruiz. Una tarde vi a Teresa delante de un colegio de la calle San Antonio María Claret. Era la hora de la salida y había bastantes madres esperando. Si la vi, fue probablemente

porque de una forma inconsciente la andaba buscando. ¿Cómo explicar, si no, el que cada vez que me cruzaba con una mujer de su estatura y su aspecto me detuviera a observarla con la secreta esperanza de que fuera ella, Teresa? Los niños empezaron a salir en medio de una gran algarabía. Yo, ahora que la había encontrado, no podía alejarme de allí. Necesitaba seguir viéndola, necesitaba ver en qué había cambiado, casi siete años después de la última vez, y cómo abrazaba a su hijo y cómo se comportaba cuando creía que nadie la estaba mirando. Yo estaba en la esquina, semiescondido detrás de un buzón, y al ver que Teresa y su hijo venían en mi dirección me subí el cuello del abrigo y me volví hacia el otro lado. Teresa pasó a menos de dos metros de distancia, y yo inspiré con fuerza para captar su olor. Aunque en aquella ocasión supe contenerme, algo se había desatado en mi interior. Cuando no pensaba en nada, pensaba en Teresa. Podía ser que nunca más volviera a estar con ella y, a pesar de todo, necesitaba perentoriamente saber de su vida. Averigüé que ya no vivía en la calle Escorial pero seguía teniendo el mismo puesto de trabajo. Que se había sacado el carnet de conducir y tenía un Seat 600 gris. Que su marido se llamaba Ramiro y su hijo David... Me los imaginaba como una familia alegre y feliz, y esa alegría y esa felicidad me imponían tanto o más respeto que las normas de seguridad del partido. ¿Quién era yo para inmiscuirme en sus vidas?

Pero, ay, sabía en qué lugar podía encontrarla cinco tardes a la semana, y esa tentación era demasiado fuerte para mí, dice Eliseu Ruiz. Varias veces me acerqué al colegio para ver sin ser visto. Al menos ésa creía yo que era mi intención. En el fondo, seguramente, aspiraba a ser descubierto. Un día me pareció que sus ojos se detenían un instante en mí. La tarde siguiente no falté, y Teresa apareció de repente a mi lado, agitada y temblorosa.

—¿Qué haces aquí, Eli?, ¿por qué te crees con derecho a entrar y salir de mi vida cuando te conviene?

—Algún día tendremos que aclarar las cosas —dije.

—¡No hay nada que aclarar! —exclamó, y algunas de las madres nos miraron desde la otra acera. Repitió en voz más baja—: No hay nada que aclarar...

—Necesito hablar contigo, sólo un momento...

Ella negó con la cabeza y se volvió hacia la puerta del colegio, de la que empezaba ya a salir el griterío de los niños.

—Toma, te apunto mi dirección, ven el sábado por la tarde... —dije.

Ella cogió el papel y lo arrugó en la palma de la mano. Pensé que iba a tirarlo al suelo pero se lo guardó en un bolsillo. Luego localizó a su hijo junto a otro niño, ensayó una sonrisa forzada y sin añadir una palabra cruzó en dirección al colegio. La mañana del sábado la pasé ansioso, tan pronto convencido de que vendría como de que no. Cuando por fin llegó, eran más de las seis y yo casi había perdido ya toda esperanza.

—No te habrá seguido nadie... —murmuré, y ella, negándose a quitarse la gabardina, dijo:

—Tengo poco rato, he dejado a David con mis suegros.

Nos encerramos en mi habitación, me senté en la cama y le hice un gesto para que viniera a mi lado. Ella negó con la cabeza y se sentó en la silla.

—No sabes cuánto lloré cuando me abandonaste... —empezó a decir.

—¡No te abandoné!, ¡el partido me ordenó marcharme!

Teresa alzó la voz:

—¡El partido! ¿Qué me importa a mí tu partido?, ¡una pandilla de visionarios que sueñan con salvar el mundo! ¡A vosotros os preocupa el futuro de gente a la que no conocéis pero no la felicidad de los que os quieren!

Le pedí perdón y traté de abrazarla.

—¡No me toques!, ¡no se te ocurra tocarme! —gritó, pero un rato después quiso saber qué había sido de mi vida durante esos años, tanto tiempo fuera de España, y fue ella la que intentó consolarme.

Aquella misma tarde nos hicimos amantes. No podía ser de otra manera. Estábamos hechos para querernos, y sólo las circunstancias nos habían separado. Yo no ignoraba que estaba infringiendo las medidas de seguridad y corriendo demasiados riesgos, pero me sabía incapaz de resistirme, tan intenso era el deseo que Teresa despertaba en mí. Nos veíamos siempre en mi casa, aprovechando las frecuentes ausencias de mis compañeros de piso y los ratos libres que le permitía su trabajo en el hospital. Si en lugar de citarnos allí lo hubiéramos hecho en un hotel, el riesgo habría sido incluso mayor, y lo único que temía era que la Social se hubiera enterado de mi presencia en Barcelona y tuvieran vigilada a Teresa. Ella misma, por su condición de mujer casada, era la primera interesada en que lo nuestro no se descubriera. Esa clandestinidad compartida aunque distinta nos unía aún más, y las precauciones se iban imponiendo de forma natural. Antes de entrar en el portal, se aseguraba de que nadie la seguía y, si en algún momento notaba algo extraño o se encontraba con algún rostro familiar, ya sabía que debía pasar de largo. Ella se ocultaba de su marido; yo, de la policía franquista pero también de mis camaradas, que a la primera sospecha me habrían denunciado ante el Comité.

Pero la relación con Teresa no interfería en mis actividades, dice Eliseu Ruiz. ¿Qué mejor prueba que el éxito de la *tancada*, el encierro en Montserrat? Yo, por obvias razones de seguridad, no pude participar, pero estuve en todo momento al tanto de todo y, cuando vi que la cosa estaba encarrilada, hablé con los camaradas de París para que siguieran con los pasos previstos. Lo importante era la repercusión internacional: demostrar que no estábamos solos sino que la opinión pública europea nos apoyaba. Todo salió a pedir de boca, y la policía no se olió nada hasta que la noticia apareció en *Le Monde*. ¡Con tanta gente como intervino en aquello y tanto follón como estábamos armando, los de la Social tuvieron que enterarse por un periódico francés...! Nos habíamos reído de ellos en

sus mismísimas narices: ¡los habíamos dejado en ridículo! La *tancada* duró dos días. Un par de semanas después, ya a finales de año, llegó la sentencia contra los de Burgos: nueve condenas a muerte. Pero el estrépito que habíamos montado no había sido inútil. Los gerifaltes del régimen, viendo lo que se les venía encima, no tardaron ni dos días en conmutar las condenas. Habíamos vencido. Habíamos demostrado que éramos lo bastante fuertes como para obligarles a rectificar. Esto ocurría el 30 de diciembre. Teresa me había dicho que, por culpa de las vacaciones escolares, no podríamos volver a vernos hasta después de Reyes. Pero yo necesitaba estar con ella, necesitaba compartir el triunfo. Como conocía sus horarios de trabajo, acudí a recogerla al hospital. Cuando llegué, ya había salido, así que fui a su casa, en la calle Padilla, y estuve un buen rato merodeando por las proximidades. Tardó casi una hora en aparecer por la esquina. Iba cargada con varias bolsas. Corrí hacia ella.

—¿Te has vuelto loco? —me dijo, lanzando un mirada furtiva hacia el portal de su casa.

—Has salido de compras, nadie va a sospechar nada porque tardes media hora más —dije.

Nos alejamos de allí. Teresa no se relajó hasta que entramos en un café ruidoso y mal iluminado. Por si acaso, evitamos tocarnos. La compañía de Teresa me resultaba tan estimulante que a su lado todo, hasta el éxito de nuestra campaña por los procesados, quedaba oscurecido. El poco rato que permanecemos allí hablamos de la Nochevieja que habíamos pasado juntos siete años antes. Entonces habíamos acudido al piso de Eloí a tomarnos las uvas escuchando por la radio las campanadas de la Puerta del Sol.

—¿Cuál fue tu deseo? —pregunté.

—¿Qué deseo?

—El deseo que formulaste aquella noche después de las uvas... —dije, y ella rió:

—Supongo que el mismo que todos vosotros, ¿no? Que no tuviéramos que aguantar a Franco un año más.

—No, yo pedí que nada ni nadie pudiera separarnos jamás.

—¡Pues ya lo has visto! —volvió a reír.

—Y mañana volveré a pedirlo —añadí.

Ella me envió un beso:

—Vámonos ya.

Dije:

—¿Seguro que podrás aguantar sin verme hasta después de Reyes?

—Seguro —dijo, recogiendo sus bolsas.

Aquella Nochevieja la pasé solo, dice Eliseu Ruiz. El estudiante de Medicina se había ido a Castellón a pasar las vacaciones, y los dos medio primos de Córdoba, para sacarse un sobresueldo, estaban trabajando en un cotillón. Me tomé las uvas mirando el televisor en blanco y negro y luego me fui a dormir. Como los enfermos que no aguantan seguir en la cama, sólo deseaba que el tiempo pasara deprisa. Que las vacaciones terminaran cuanto antes. El primer día laborable era el lunes 4. Me levanté temprano y puse en orden mi habitación. Después me vestí y puse en el cesto la ropa sucia de los últimos días. Justo en ese momento sonó un timbrazo. Fue un timbrazo largo, muy largo. Yo siempre había imaginado que algún día la policía llamaría a mi puerta con un timbrazo así. En ese momento sólo estaba en el piso uno de los cordobeses, que se llamaba Santos. Sonó un nuevo timbrazo, tan largo como el anterior. Desde la cocina pregunté a Santos si podía abrir. Le vi pasar en camiseta y calzoncillos. Luego oí la cerradura y una voz masculina que preguntaba por Juan García Esteban. Me llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde siempre guardaba mi libreta. Tenía que hacerla desaparecer. Por el corto pasillo se aproximaba con rapidez el ruido de voces y de pasos. Tuve apenas dos segundos para meter la libreta entre la ropa sucia, sacar el cesto al patio interior y tirar del cordón de la

campanilla. Luego salí al pasillo. Eran dos policías. Uno de ellos, grande, calvo, con bigote, miró un papel que llevaba grapada una fotografía y dijo:

—Con que Juan García Esteban, ¿eh?

El otro me apuntó con una pistola:

—¡No te muevas o te abraso!

Mientras uno me ponía las esposas, el otro ordenaba a Santos que se encerrara en su habitación y se estuviera calladito.

—¡Ya te tenemos, hijo de puta!, ¿creías que te ibas a escapar? —me gritó el policía calvo, y el otro, después de registrarme, me empujó violentamente contra la pared.

—¿Te acuerdas del inspector Revuelta? Pues ahora es comisario. Pero ya sabemos que también tú has ascendido, ¿verdad, Eliseo? —dijo, y al sonreír enseñó un diente de oro.

El calvo iba de aquí para allá abriendo puertas, vaciando cajones, derribando sillas y lámparas. Yo, sobre todo, estaba furioso. Furioso conmigo mismo por haber corrido tantos riesgos. ¡Qué idiota había sido! ¡Qué imprudente! ¿Cómo no me iban a pillar esos cabrones, si no había hecho otra cosa que tentar la suerte? Me pregunté si habrían detenido también a Teresa y, en ese caso, de qué podrían acusarla... Ni siquiera cuando el calvo, dándome bofetadas, me preguntó por mi libreta, sospeché que habían llegado hasta mí por una vía bien distinta.

—¡Esa libreta, Eliseo!, ¿dónde has metido la puta libreta?, ¡no nos hagas perder el tiempo y dinos dónde está! —me gritaba, y yo negaba con la cabeza sin reparar en que Teresa jamás había tenido noticia de la existencia de la libreta.

Entonces ocurrió una cosa prodigiosa. Los policías me tenían agarrado por el cuello, con la nuca pegada a la pared del pasillo, y por encima de sus cabezas y a través de la cocina podía ver la galería. En el momento en que más me insistían en lo de la libreta, el cesto de la ropa sucia iniciaba, a sus espaldas, un lento y silencioso ascenso por el patio

interior, alejándose de ellos y de mí, alejándose de todo y llevándose consigo mi libreta. En ese instante pensé dos cosas a la vez. Por un lado pensé que gracias a ese cesto los camaradas podrían salvarse. Por otro, que tardaría mucho, muchísimo tiempo en volver a besar a Teresa.

A veces ni nosotros mismos entendíamos lo que decíamos, dice Marc Jordana. Utilizábamos expresiones como discurso promocional del hipertexto, performatividad y aleatoriedad de la creación, comunidad cooperativa de expresión... No teníamos muy claro lo que todo eso quería decir, pero sí sabíamos que era urgente transformar la sociedad. Nosotros no lo llamábamos así porque habría resultado zafio, vulgar. Nosotros lo llamábamos alterar la organización del poder, abolir las estructuras jerárquicas, etcétera, y nos parecía que el teatro era una herramienta tan eficaz como la que más. Digo el teatro igual que podría haber dicho la novela o la música. La cuestión era reaccionar contra los modos tradicionales de entender la creación, porque consagraban el autoritarismo que queríamos combatir. En vez de la novela de siempre, la antinovela, y en vez de la música, el silencio y el ruido del caos. ¡Qué extraño suena todo ahora y qué claro lo teníamos entonces! A mí y a mis amigos lo que nos interesaba era el teatro. Teatro tal como entonces lo entendíamos: descartando el texto en favor de la improvisación, renunciando a representar en espacios convencionales, atacando la complacencia y la pasividad del público, convirtiendo a actores y espectadores en coautores del drama, optando por la vida en comunas para que el yo-individuo y el yo-creador no permanecieran escindidos... Luego se ha dicho que lo único que hacíamos era copiar a los del Living Theatre. ¡Pues claro que les copiábamos! Pero es que entonces, en España, bastante mérito tenía estar al tanto de las cosas más novedosas que se estaban haciendo lejos de nuestras fronteras...

A Montserrat subí en el Citroën de Chantal, dice Marc Jordana.

Chantal y yo, como ya era habitual en esa época, nos habíamos pasado la mañana discutiendo. Ella quería ir y yo también, pero ella decía que ella no y que yo sí y, sólo cuando dije que yo tampoco, dijo ella que sí: ponernos de acuerdo incluso en lo que estábamos de acuerdo exigía unas negociaciones laboriosísimas. Cuando llegamos había ya sesenta o setenta personas, y un par de horas después éramos cerca de trescientas. La gente, excitada, se saludaba como si se conociera de antes, y de algún sitio se sacaban sillas para que los recién llegados pudieran asistir a los debates.

—¿No tendremos que dormir en una silla? —murmuró Chantal.

Algunas celebridades, como Miró o Tàpies o Vargas Llosa, estuvieron un rato y luego se marcharon. La asamblea avanzaba con intervenciones contra la pena de muerte y lecturas de comunicados. En el fondo, estábamos todos un poco desilusionados porque ni la policía armada ni la guardia civil habían aparecido para disolver la reunión. ¿Qué sentido tenía que organizáramos aquello si el régimen ni siquiera se daba por enterado? Ya de noche, se anunció que Radio Montecarlo acababa de dar la noticia. Eso quería decir que la policía podía llegar en cualquier momento. Mientras tanto, formamos varios grupos para discutir el borrador del manifiesto que debía hacerse llegar a la prensa extranjera. En mi grupo, además de Chantal, estaban tres chicos que se dedicaban o querían dedicarse al cine. Enseguida supe lo que ocurriría. Chantal, muy erguida sobre la silla de forma que se marcaran bien sus bonitas caderas y sus tetas, empezó a coquetear con el más guapo de los tres. Se le arrimaba poco a poco, le enviaba sonrisas, le acariciaba la espalda en un gesto pretendidamente casual. Era el mismo numerito de siempre. Cada vez que íbamos a una fiesta o una reunión con desconocidos elegía al más guapo de los presentes y trataba de ligárselo. En un momento dado, el chico le cogió la mano y se la besó, y yo me levanté en busca de un cuarto de baño. A la vuelta no me incorporé a ese grupo sino a otro, lo más lejos posible. Ahí fue donde conocí a Justo. En

ese grupo nadie se tomaba muy en serio lo de discutir el manifiesto. Decían que, propusiéramos lo que propusiéramos, los comunistas acabarían imponiendo su borrador. En Montserrat eran bastantes los que no simpatizaban con los comunistas y temían ser manipulados. Justo tomaba muchas notas pero no intervenía en la discusión. Cuando empezaron a pasar para recoger sugerencias, todos nos volvimos a mirarle. Él se encogió de hombros y se guardó los papeles en un bolsillo.

—¿Entonces qué escribías? —dijimos.

—Cosas mías —dijo, esquivando nuestras miradas.

—¿Y la policía sigue sin venir?, ¿es que nadie ahí fuera tiene radio? —preguntó alguien.

Eso era lo que de verdad nos preocupaba: que tanto encierro y tanto debate y tanto manifiesto no sirvieran para nada.

Por la mesa de los organizadores seguía pasando gente que se acercaba al micrófono para soltar su discurso, dice Marc Jordana. Algunos se habían internado en las dependencias de la abadía buscando un sitio donde dormir, pero la mayoría, como no teníamos nada mejor que hacer, escuchábamos a los oradores y participábamos en las votaciones. De Chantal y sus escaramuzas me había desentendido por completo, y no me alegró verla venir con su sonrisa de falsa inocencia, como diciendo: Ya estoy aquí. Me besó en los labios y se sentó a mis pies, cruzando las piernas.

—Hola, soy Chantal —se presentó a los otros, y para irritarla la llamé por su verdadero nombre, Loreto.

—¿Chantal o Loreto? —preguntó Justo.

—Loreto, y aunque se haga llamar Chantal y tenga un Citroën no es francesa sino de Salamanca —me apresuré a decir.

Chantal me miró con odio y se inclinó hacia Justo:

—¿Tú crees que alguien que se llame Loreto puede vivir una sexualidad libre de ataduras e inhibiciones?

Estaba dicho. No hacía falta conocerla demasiado para adivinar quién iba a ser su próxima presa. Justo era un hombre ni guapo ni feo, tirando a bajito, de facciones corrientes, con unos ojos pequeños que habían empezado ya a recorrer el cuerpo de Chantal.

—¿Pero vosotros sois pareja o no? —preguntó, cauteloso, y ella le cogió una mano y comentó con un tono entre irónico y maternal:

—¡Cuánto te queda por aprender...!

Estaba claro que esa vez el numerito sería distinto. En lugar de las tiernas miradas, ahora tocaba el discurso sobre la nueva afectividad para una nueva sociedad, la guerra a muerte contra instituciones como la familia, el reivindicamos la naturaleza subversiva del sexo... Sí, yo estaba a favor de todo eso, pero no me consideraba apóstol de nada. Además, tenía sueño. Cuando me levanté, Chantal, que había empezado a masajearle el cuello y los hombros a Justo, interrumpió un instante su monólogo para gritarme:

—¿Dónde vas? ¡Vuelve! ¡Que vuelvas, te digo!

Encontré sin problemas la zona de la hospedería. Fui probando dormitorio por dormitorio, pero todas las puertas estaban cerradas por dentro. Lo de dar con una cama en condiciones no iba a ser tarea fácil. Al menos, el pasillo era silencioso y se estaba caliente. Me acomodé como pude en un sillón y traté de conciliar el sueño. Al cabo de un rato se abrió la puerta de una habitación y vi alejarse a dos personas. La puerta había quedado entornada. Perfecto. De momento tenía un sitio donde reposar. Si alguien me reclamaba algo, me levantaría y solucionado. Me quedé dormido al instante. No sé cuánto tiempo habría pasado cuando noté unos golpecitos en la puerta. Me levanté a abrir y me encontré a Chantal y a Justo, cogidos de la cintura.

—Qué bien —dijo ella.

—¿Cómo que qué bien? —dije.

—Hay dos camas, digo yo que con una tendrás bastante.

—¡Que te lo has creído! —dije, y volví a cerrar, esta vez echando el

pestillo.

Me metí de nuevo en la cama y me tapé la cara con la almohada. Pero, por supuesto, la cosa no iba a ser tan sencilla. Chantal golpeaba ahora la puerta con todas sus fuerzas y gritaba desde el pasillo:

—¡Abre, Marc!, ¿me estás oyendo?, ¡o abres o no paro de gritar en toda la noche!

La conocía muy bien y sabía que era capaz. Al final, hartado, me levanté, agarré como pude el colchón y empecé a arrastrarlo hacia el pasillo. Abrí la puerta. Como no había mucho espacio entre ésta y una de las camas, me quedé atascado, con el colchón medio aplastándome y las sábanas enredándose en mis brazos y mis piernas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Chantal.

—¡Cállate y déjame pasar! —dije, como si fuera ella la que me estaba impidiendo salir.

Me señaló con el dedo. Dijo:

—¿Qué ocurre?, ¿que no aguantas que nadie folle a tu lado? ¿Lo ves ahora?, ¿ves como no has conseguido liberarte de los viejos convencionalismos pequeñoburgueses? ¡Sigues siendo un celoso y un posesivo, igual que lo fueron tu padre y tu abuelo, igual que lo fueron los neandertales! En el fondo crees que te pertenezco, ¿verdad? ¡Sí, es eso!, ¡es eso...!

Yo, que seguía forcejeando con el colchón, acabé tropezando y cayendo.

—¡Terminemos ya con este vodevil! —grité desde el suelo, sintiéndome ridículo, y de un empujón conseguí por fin sacar el colchón al pasillo.

Ella se abrazó a Justo y exclamó:

—¡Reconócelo, Marc!, ¡estás celoso!

—¡Estoy cansado!

—¡Estás celoso!

El griterío resultaba audible en toda la hospedería, y de algunos

dormitorios se asomaba gente a curiosear. Yo seguía arrastrando el colchón, y delante de mí, desde el extremo del pasillo, vi venir a dos benedictinos jovencitos con expresión de apuro. Chantal pisó con fuerza el colchón para obligarme a parar.

—¡A mí no me engañas!, ¡eres un carca! —dijo.

—¿Por qué?, ¿porque quiero dormir soy un carca? —dije.

—¡Porque la única parte de tu cerebro que funciona es el paleocórtex!

—¿Paleocórtex? ¡si hasta hace una semana ni sabías lo que significaba esa palabra!, ¡tú, la pijita de Salamanca que iba a misa todos los días...!

Dijo:

—¡Esa fase está superada y no tienes derecho a recordármela!

Los dos monjes habían llegado hasta nosotros y pedían calma con las manos, pero a mí ya no había quien me parara.

—¡En cambio tú sí que tienes derecho a despertarme para follar con otro! —grité.

Dijo:

—¿Lo ves?, ¿lo ves como eres el típico paleocortical?, ¡a ver cuándo superas tus contradicciones, Marc!, ¡la pareja es una estructura de poder!

—¡Pero es que tú y yo no somos pareja!, ¡vivimos en una comuna y allí nos acostamos todos con todos!

Uno de los monjes, escandalizado, se llevó las manos a los oídos. Seguí:

—¡Y no me hables de celos! ¡Si estás todo el rato queriendo ponerme celoso, será porque eres tú la que cree en los celos! ¡Yo lo que quiero es dormir!, ¿hace falta que me quede a miraros para demostrarte que no estoy celoso? ¡Porque, si hace falta, me quedo! ¡Venga, sí, a follar pero rapidito, y ustedes, hermanos, entren también a mirar...!

Los dos benedictinos ya no sabían dónde meterse, y los de los otros dormitorios habían formado un corrillo a una distancia prudencial y no se

perdían detalle. El único que no daba señales de vida era Justo, que seguía en la habitación. Chantal me miró con desprecio.

—¿Ésta es la revolución sexual que tanto predicas? ¿A qué le tienes miedo? ¿A mi cuerpo? ¿A mi sexo? —preguntó.

Sin pensárselo dos veces, se soltó la cremallera lateral de la falda y la dejó caer a sus pies. Luego, con un contoneo procaz, se apresuró a desabotonarse la blusa, hasta quedar prácticamente en ropa interior. La cosa había ido demasiado lejos. Eso era más de lo que los dos religiosos estaban dispuestos a aguantar y, mientras uno se apresuraba a tapar nuevamente a Chantal, el otro me agarraba con fuerza del brazo y me sacaba de allí. Aún me dio tiempo de oír a mi espalda cómo ella me llamaba retrógrado y no sé cuántas cosas más.

Por lo menos, el resto de la noche pude descansar a gusto en el dormitorio en el que aquel monje me metió, dice Marc Jordana. Desde luego, lo nuestro (si es que había algo que podía llamarse así) estaba acabado, y mi intención era no reaparecer por la comuna mientras Chantal formara parte de ella. Pero en Montserrat, al menos de momento, había cosas más importantes en las que pensar. El domingo, algo después del mediodía, unas camionetas de la guardia civil bloquearon los accesos al monasterio. Entre unos y otros contamos hasta trece camionetas. Eso quería decir que las autoridades empezaban a tomarnos en serio. Entre nosotros crecía la excitación. Nos sentíamos, por fin, protagonistas de algo, y ese algo se volvía más importante a cada minuto que pasaba. Pronto supimos que *L'Osservatore Romano* había recogido nuestro manifiesto, y por la tarde corrió la noticia de que también había aparecido publicado en *Le Monde*, en aquella época periódico vespertino. Eso era, en definitiva, lo que se pretendía. El encierro había sido un éxito, y sólo faltaba saber si llegaría a producirse la intervención policial y cuándo. Cada cierto tiempo nos asomábamos al exterior para ver si había movimientos, pero los agentes permanecían en sus sitios, a la espera de

instrucciones. Si, como se decía, el abad había hablado en varias ocasiones con altos cargos del ministerio de la Gobernación, bien poco sabíamos del contenido de esas conversaciones. La tensión y la incertidumbre hacían que el tiempo pasara más deprisa. Comí unos espaguetis que me ofreció un desconocido. Cuando empezaba ya a vencerme el sueño y buscaba un rincón donde tumbarme, caí en la cuenta de que en todo el día no me había encontrado ni una sola vez con Chantal. ¿Se habría marchado? ¡Ojalá! Aquella segunda noche, pese a las incomodidades, dormí de un tirón. Al día siguiente, lunes, debíamos elegir entre prolongar el encierro o abandonarlo a la hora prevista. Para mí las cosas estaban claras. Habíamos dado el testimonio que pretendíamos dar y captado la atención de la prensa internacional: nadie podía reclamarnos más. Por otro lado, tampoco podíamos complicar la vida a la comunidad de religiosos, con los que se había pactado que el encierro duraría cuarenta y ocho horas, y ni una más. El debate se inició al mediodía, y enseguida se vio que podía alargarse durante horas. La gente iba exponiendo sus razones. En realidad los argumentos estaban claros, y todo resultaba bastante reiterativo. Los que defendían la opción de seguir encerrados clamaban con solemnidad de héroes antiguos: ¡No hemos llegado hasta aquí para rendirnos! Pero daba la sensación de que lo hacían sólo por exhibirse y, por mucho que insistieran, difícilmente convertirían aquella victoria en una rendición. La cosa se alargaba tanto que yo mismo tomé la palabra para reclamar una votación. Dije que ya estábamos cansados de discusiones bizantinas y alegatos que no llevaban a ningún lado, y desde una de las filas del fondo se alzó una voz que gritó:

—¿A ningún lado? ¡Lo que no nos va a llevar a ningún lado es esa actitud vuestra de cobarde colaboracionismo! ¡Sí, he dicho cobarde, porque eso es lo que sois quienes queréis abandonar la batalla como ratas asustadas...!

Era Chantal, claro, siempre dispuesta a llevarme la contraria... Su

intervención provocó una airada ola de protestas. Yo, por estar en el uso de la palabra, me apresuré a replicar:

—¡Sal, asómate y dinos qué es lo que ves! ¡Las fuerzas represivas nos tienen cercados, a nosotros, todos desarmados, y tú te atreves a tacharnos de cobardes y colaboracionistas! ¿Qué pretendes? ¿Que el monasterio acabe negándonos su hospitalidad y el régimen dictatorial tenga un pretexto para atacar? ¡Eso tiene un nombre: hacerles el juego, hacer el juego a la tiranía! ¡Me gustaría saber, en el fondo, de qué lado estáis quienes pretendéis alargar el encierro!

Mis palabras, pronunciadas con una elocuencia que a mí mismo me sorprendió, fueron acogidas con aplausos y murmullos de aprobación. Chantal, picada, hizo un amplio gesto que abarcaba a todos los presentes y acabó señalándome con el dedo:

—¡Cobardía es no saber estar a la altura del momento histórico!, ¡cobardía es encontrar las palabras engañosas que encubren las auténticas responsabilidades...!

Oh, Dios mío, le estaba saliendo la mala actriz que llevaba dentro... ¿Quién se creía que era? ¿Margarita Xirgu haciendo de Medea? Para disgusto mío, la gente la escuchaba con atención, y ella, envalentonada, alzaba las manos y seguía con su perorata:

—¡Cobardía es no ser capaz de encarar con entereza el propio destino...!

No, por favor, que no siguiera diciendo estupideces. Había que hacer algo para terminar con ese numerito.

—¡Ya está bien! —grité, y por lo menos conseguí hacerla callar—. ¡Ya está bien, Chantal!, ¡te sientas en tu silla y te estás calladita!, ¿tienes que estar siempre dando la nota?

Eso era justo lo que no tenía que haber dicho. Ahora todos me miraban con gesto de reproche. Que si la compañera tenía derecho a expresarse, que quién era yo para censurarla, que si bastante censura teníamos con la de Franco, que si estaba recurriendo a los viejos clichés

del autoritarismo machista para imponer mi opinión... Con lo bien que había estado mi primera intervención, qué fácilmente lo había echado todo a perder. Chantal renunció a proseguir con su actuación, y yo me limité a enviarle una mirada de odio y a dejarme caer en mi silla. El debate, entre tanto, seguía por otros derroteros, y lo más sensato era esperar a que las cosas se arreglaran por sí mismas. Primero había que dilucidar si la votación era realmente el método idóneo de decisión, cosa que sólo podía esclarecerse mediante otra votación, y luego si la votación debía ser vinculante o no, para lo cual hacía falta otra votación previa que determinara si debía ser vinculante o no la votación acerca de si la votación debía ser vinculante o no... Cuando, por fin, se sometió el asunto central a votación, sólo cincuenta y dos manos se alzaron a favor de prolongar el encierro. Supuse que Chantal estaba entre esas cincuenta y dos personas, pero tampoco me molesté en comprobarlo. Qué importaba ya. A esas alturas, cansado y sucio y hambriento, lo único que yo quería era que todo acabara cuanto antes.

La salida debía producirse a las siete de la tarde, exactamente cuarenta y ocho horas después del comienzo del encierro, dice Marc Jordana. Uno de los potentes reflectores que iluminaban la totalidad de la plaza nos enfocaba directamente mientras formábamos algo parecido a una fila y nos disponíamos a salir. Era una luz cegadora, como las de los patios de las cárceles en las películas americanas. Te daba la impresión de que, si te echabas a correr, te perseguirían los perros y alguien te dispararía por la espalda. Pero nadie pensaba en echarse a correr. Delante de la puerta, tres agentes iban tomando nota de nuestros nombres y domicilios. Una vez mostrado el carnet de identidad, nos metíamos en el hotel que había al otro lado de la plaza y pedíamos cigarrillos, café, algo de comer. El bar del hotel se llenaba por momentos, y al cabo de un rato no había quien pudiera dar un paso. El bullicio era tremendo. Aunque la presencia de los guardias en el exterior nos seguía intimidando, teníamos

una inequívoca sensación de triunfo. Cantábamos canciones prohibidas, brindábamos con lo que tuviéramos a mano, nos abrazábamos unos a otros. Luego la gente empezó a distribuirse por los coches, y unos a los que acababa de conocer me dijeron que en el suyo tenían sitio para mí. Mientras seguía al grupito hacia el aparcamiento vi a Chantal de pie junto al Citroën. Estaba sola, y en su desvalimiento había algo enternecedor. De Justo no se había vuelto a saber nada desde el sábado por la noche. Me despedí del grupo y fui hacia ella, que al verme bajó la vista y sonrió con timidez. Estaba guapa, la verdad, con ese aspecto suyo de chica decente de provincias.

—¿Esperas a alguien?, ¿dónde se ha metido tu amiguito?, ¿no se habrá perdido? —pregunté.

Chantal primero se encogió de hombros y luego bajó la mirada. Se había cansado de hacer de niña mala y sabía que, como siempre, tenía asegurado mi perdón.

—Ese tipo no era nadie, un idiota, un paleta... —dijo.

Permanecimos callados unos cuantos segundos más, y al final señalé la puerta del coche.

—Vamos, vamos, que hace frío, ve encendiendo el motor... —dije.

Ahora Justo me pasaba información muy buena, buenísima, dice Mateo Moreno. Lo del encierro de Montserrat, del que siempre se ha dicho que lo supimos por *Le Monde*, lo avisé con tres días de antelación. Otra cosa es que Revuelta, que siempre intentaba desacreditar a mi confidente, no quisiera darse por enterado. Cuando empezaron a llegar noticias y vi que todo se estaba desarrollando tal como Justo había anunciado, me puse a dar saltos de alegría. Aquello fue para mí un triunfo. Un gran triunfo: ya nadie en jefatura discutiría mi instinto para elegir a mis colaboradores, y el comisario tendría que tragarse sus chistecitos de ¿no te habrás vuelto maricón?, ¿no será que ése y tú...? Para valorar la importancia de mi información hay que tener en cuenta la

época. En aquel momento no dábamos abasto: encierros aquí y allá, manifestaciones violentas, movilizaciones en fábricas y universidades, un cónsul alemán secuestrado, etcétera. Hacía falta un éxito policial y lo de Montserrat podía haberlo sido, pero, por la inoperancia de los mandos o por la cerrazón de Revuelta o por lo que fuera, no lo fue. Cuando el comisario me felicitó, lo que equivalía a reconocer su error, yo me quité méritos, y en mi fuero interno pensaba: Este cabrón no me lo perdonará jamás... Intuía que mi acierto, lejos de facilitarme las cosas, me las iba a complicar. No me equivocaba. Pero, para cobrarse la deuda, Revuelta necesitaba encontrar mi punto débil. Y lo encontró. O, mejor dicho, se lo inventó. Un par de meses antes había tenido lugar un suceso lamentable. La cosa fue tal como la voy a contar. A principios de octubre, Nixon viajó a Madrid, y ya sabíamos que habría lío delante del consulado. Lo de siempre: que si Vietnam, que si la CIA, que si las bases... La policía armada estaba preparada para lo que pudiera ocurrir, y algunos de la Brigada nos acercamos a husmear un poco. Nos acercamos quiere decir que nos metimos en el bar de siempre, el de al lado de jefatura, porque de jefatura al consulado no había ni doscientos metros. Yo estaba con varios compañeros, tomándome un carajillo. Luego empezó el barullo: carreras, gritos, ruido de sirenas... Campos y yo salimos del bar, y un tío canijo que corría mirando hacia atrás chocó contra nosotros y cayó literalmente a nuestros pies. Y al caer se le desparramaron todas las octavillas que llevaba escondidas dentro de la chaqueta. Conque sí, ¿eh? Lo cogimos, lo metimos en jefatura y lo esposamos a un radiador. Ni siquiera hablamos con él. Ni siquiera supimos si era español o francés o griego... Lo dejamos esposado al radiador, y ahí seguía cuando volvimos después del follón. Por la tarde fuimos tomando declaración a los detenidos. De él sólo nos acordamos al final, cuando ya era de noche. Fue Campos a buscarle, y volvió enseguida.

—¿Qué pasa?, ¿por qué esa cara? —dije.

—¡Hostiaaaa! —dijo.

El tipo estaba muerto. Tal como le habíamos dejado, pero muerto. Y nadie le había tocado un pelo. El susto, o la emoción, un infarto, una bajada de azúcar, yo qué sé... Le registramos por todas partes y no encontramos nada. Ni documentación ni una puta carta ni una medalla con unas iniciales...: nada, ¿me explico? Ni siquiera sabíamos si era español o extranjero. ¿Qué teníamos que hacer con él? Vinieron varios superiores, Revuelta entre ellos, y alguien dijo:

—A ver cómo os las arregláis, porque aquí no se va a quedar...

Por suerte, lo habíamos encerrado en un despacho y ninguno de los otros detenidos lo había visto. Aprovechando que se estaban haciendo obras en uno de los patios, lo metimos en un saco, que luego rellenamos con escombros y cargamos en un coche celular. Salimos a la carretera y cogimos las curvas del Garraf. En cuanto llegamos arriba, lo sacamos del coche, lo arrastramos hasta un acantilado y lo tiramos al mar. Si el cuerpo apareció o no, yo no lo sé, pero lo cierto es que nunca volvimos a saber nada. Eso ocurrió a principios de octubre, dos meses y medio antes de lo de Montserrat, y en todo ese tiempo nadie mencionó el asunto. Y cuando digo nadie incluyo también al comisario Revuelta. Después de lo de Montserrat empezó con las indirectas.

—¿Qué sabemos de aquel tipo, el que se te murió en el despacho? Supongo que te habrás ocupado de averiguar si ha aparecido el cadáver... —me decía.

Atención a sus palabras: el que se te murió, te habrás ocupado... ¡Qué cabrón! Como si ese muerto fuera mío o como si yo hubiera hecho algo para que se muriera... ¡A eso es a lo que se le llama cargarle el muerto a alguien! Yo me callaba como un putas, confiando en que la cosa no tuviera consecuencias. Revuelta dejaba pasar un par de días y volvía a la carga. Ponía su cara más inocente y decía:

—Tendremos que investigarlo, tendremos que mirar si se ha denunciado alguna desaparición que coincida. Es nuestra obligación como policías, ¿no te parece, Moreno...?

¡Qué cabrón y qué hijo de puta! ¡Me estaba jodiendo bien jodido y encima fingía que lo hacía por cumplir con su deber! Las cosas siguieron así durante dos o tres semanas, hasta bien entradas las navidades. Me llamaba a su despacho y me decía:

—De la que te estás librando, Moreno...

Pero lo que de verdad quería decir era:

—De la que te estoy librando, Moreno...

Estaba claro que buscaba un intercambio, un trueque: yo te tapo lo tuyo, tú me das algo a cambio. Y era secundario que, por lo que pudiera ocurrir, tampoco a él le conviniera remover demasiado lo del muerto. La cuestión era tenerme bien cogido por las pelotas y, al mismo tiempo, presentarse delante de mí como mi protector. ¿Pero qué era exactamente lo que quería de mí? Si pretendía quedarse con mi confidente, me hacía una putada. ¡Con lo que me había costado formar a Justo, no estaba dispuesto a desprenderme de él cuando por fin su trabajo empezaba a dar fruto! Comprendí que tenía que entregarle algo a Revuelta. Le dije:

—Comisario, sé cómo localizar al que montó lo de Montserrat. Se llama o se hace llamar Juan García Esteban. Si lo quiere, es suyo.

—¿Juan García Esteban? —preguntó—, ¿no será un mindundi?

Quedamos en enseñar a Justo algunas fotos. Puse como condición que el encuentro debía celebrarse lejos de Vía Layetana. Ahora era yo el que no quería que a Justo se le viera entrar y salir de jefatura. Revuelta asintió con un bufido, y esa misma tarde él y otros dos inspectores aparecieron por el bar de la calle Marina. Yo a Justo lo tenía ya aleccionado:

—Te mostrarán unas fotos. Si ves la de García Esteban, lo dices. Si reconoces a algún otro, te callas.

Justo fue pasando las fotos una por una sin decir nada. Cuando llegó a la última, volvió atrás y sacó una.

—Éste es —dijo.

—¿Estás seguro, Rata? —dijo Revuelta.

—Estoy seguro.

Revuelta agarró la foto y frunció los labios como si fuera a escupir.

—El Eliseo, no te jode... —dijo luego, sonriendo.

Los comunistas estaban obsesionados con los chivatos, dice Mateo Moreno. Sospechaban de todo el mundo, en todas partes veían infiltrados... De Justo, en cambio, se fiaban bastante. Su paso por los calabozos de Vía Layetana era una especie de salvoconducto, y él, por su parte, había demostrado la habilidad suficiente para ganarse la confianza de unos y otros. Un buen confidente valía su peso en oro, mientras que uno malo sólo servía para provocar errores calamitosos. Mi misión, que primero había consistido en orientarle, ahora consistía en protegerle. Por eso me negué a que el encuentro se celebrara en jefatura, y por eso le dije que de todas aquellas fotos identificara sólo la de García Esteban. Lo que yo no quería era sacrificarle, sacrificar mi fuente de información, cosa que con toda seguridad ocurriría si de la noche a la mañana fueran detenidos varios de sus contactos. Yo al comisario le entregaba una pieza, y Justo no corría demasiados riesgos si el comisario, por su cuenta, hacía bien su trabajo y podía cobrarse unas cuantas piezas más. Pero Revuelta desperdició esa oportunidad. Por lo que luego supe, el tal Eliseu o Eliseo ya había pasado alguna vez por las manos del comisario cuando éste todavía era inspector. Eran viejos conocidos y, como él mismo decía, le tenía ganas. La detención se produjo una fría mañana de invierno. Campos y yo, en una esquina, tapábamos posibles vías de escape. En otra esquina estaban otros dos hombres y delante del portal el coche de Revuelta. La operación fue limpia porque la información era buena. En sólo diez minutos los dos inspectores estaban de nuevo en la calle con el detenido, que sangraba por una oreja. Revuelta, sonriente, salió del coche y le dio unos cachetes de bienvenida.

—Eliseo, cuánto tiempo, no me digas que no te alegras de verme —le dijo.

El tal Eliseo tenía fama de duro y, por lo que sé, no soltó prenda en los interrogatorios. Y aunque teníamos noticias de que solía tomar notas de sus citas con la gente, no se le encontró ningún papel, ningún cuaderno, ninguna agenda que pudiera conducir a otras detenciones, así que el éxito de Revuelta lo fue sólo a medias y, encima, no era de Revuelta sino mío y sólo mío, porque el único pájaro que llevaba en el zurrón se lo había cazado yo...

Estábamos a comienzos de 1971, dice Mateo Moreno. Hasta octubre de 1973, concretamente hasta el 28 de octubre, que fue cuando pillamos a los miembros de la Asamblea de Cataluña en la parroquia de María Medianera, en la calle Entenza, fueron muchos los activistas clandestinos que fuimos deteniendo gracias a los soplos de Justo. Algunos más importantes que otros, algunos más peligrosos que otros, pero en todo caso muchos, quizás más de cuarenta. Y todos pasaban por ser mérito exclusivo de Revuelta, que se llevaba las felicitaciones y las medallas... Al menos, eso mejoró mi posición dentro de jefatura. Por supuesto, el comisario ya no se permitía con respecto a mí ninguna de sus habituales insidias. Cada cierto tiempo me decía:

—Llama al Rata y dile que quiero hablar con él, vamos a ver si tiene algo interesante para mí...

Y yo hablaba con Justo y le poníamos en bandeja alguna detención, y lo que ahora me jodía era su manera de llamarle Rata. Sí, ya sé que entre nosotros era más prudente no usar su verdadero nombre, pero me parecía que en su manera de decir Rata había una repugnancia y un desprecio que el bueno de Justo no se merecía. Al fin y al cabo, muchos de sus éxitos se los debía a él, a Justo. El mayor de esos éxitos fue el de la Asamblea de Cataluña. Llevábamos más de dos años detrás de ellos, y al final los cogimos. Ciento trece, nada menos. Ciento trece dirigentes de la oposición al régimen en Cataluña. Allí había de todo: cristianos de base, independentistas catalanes, socialistas, comunistas... Y si la cosa

salió bien fue gracias a Justo, que se había hecho medio amigo del organizador, un tipo del PSUC al que llamaban el Fantasma. De hecho, salió todo tan bien que no tuvimos ni que pegar un tiro, aunque íbamos preparados para lo que hiciera falta. Justo me había anunciado punto por punto cómo iban a ser las cosas. A la hora de la misa entrarían mezclándose con los feligreses, después se reunirían en uno de los locales parroquiales, a la entrada del local habría dos chicos haciendo de semáforo que sostendrían bajo el brazo un libro forrado de blanco para indicar que no había moros en la costa... Todo se cumplió tal como Justo me había dicho. Conocíamos hasta la contraseña. Tenían que decir: Venimos a celebrar el décimo aniversario de *Paz en la Tierra*. O de *Pacem in Terris*, ya no me acuerdo si lo decían en latín o en castellano o en catalán... Los muy cándidos creían que no los teníamos controlados porque habían conseguido pinchar nuestra onda de radio. Pero Justo ya nos lo había advertido y nosotros habíamos cambiado de frecuencia. ¡Ya lo creo que los teníamos controlados! Los dejamos entrar y luego, ¡paf!, los cazamos como a ratones. Sería a eso de las diez y media cuando recibimos la orden. Los de la policía armada llevaban metralletas, nosotros íbamos con pistolas. Uno de los que estaban en la mesa nos vio y, como si estuvieran esperándonos, gritó:

—*Ja són aquí!*

Pero no nos estaban esperando: no tenían ni la más remota idea de que los teníamos pillados. Y menudo follón se armó. Les apuntamos con las armas y les ordenamos que se echaran al suelo. Unos tiraron los papeles que tenían en las manos, otros se los metieron en la boca e intentaron tragárselos, otros trataron de escapar por la iglesia o por los patios interiores... No se nos escapó ninguno porque teníamos toda la manzana vigilada. Los fuimos metiendo en las furgonetas y los llevamos a interrogar a Vía Layetana. Todos decían más o menos lo mismo: que se habían reunido para hablar de la encíclica, que no habían tenido tiempo de tratar ningún otro tema... ¡Qué iban a decir! Fueron todos procesados y

multados, y el gobernador civil llamó personalmente para felicitar al comisario, al que poco después condecoraron. ¡Un nuevo éxito de Revuelta, y otra vez gracias a Justo o, como él seguía llamándole, gracias al Rata!

Lo más contradictorio es que el gran éxito de Justo fue también el comienzo de su fracaso, dice Mateo Moreno. Después de aquello, ¿qué sindicalista o qué político seguiría fiándose de él? Que le desenmascararan era cuestión de tiempo. Justo empezaba ya a no tener ningún valor como confidente. Estaba quemado, ¿me explico?, y tarde o temprano tendría que abandonar la colaboración con nosotros. Pero eso yo se lo había avisado mucho tiempo antes, porque no soy de los que dejan tirados a los suyos cuando ya no les sirven. Se lo había avisado, y además me había preocupado por buscarle alguna salida. Desde que empezamos a tenernos cierta confianza le decía que lo que debía hacer era estudiar.

—¿Estudiar?, ¿a estas alturas?, ¿no te parece que soy un poco mayor para ponerme a estudiar? —protestaba él, pero estaba claro que la idea no le disgustaba.

Yo me armaba de paciencia y le decía:

—Te sacas el bachiller para adultos, y luego vas a la universidad y te matriculas en lo que te apetezca...

Él se reía:

—¡Sí, hombre!, ¡y al año siguiente catedrático, no me jodas!

Se reía pero en realidad sabía que yo tenía razón. Sabía que algún día dejaría de sernos útil y que con las cuatro letras que había aprendido en el pueblo nunca encontraría un trabajo decente. Yo fingía enfadarme:

—¿No viniste a esta ciudad en busca de una vida mejor? ¡Pues eso es lo que te estoy diciendo!, ¡que, si estudias algo, tu vida acabará mejorando!

Justo negaba con la cabeza pero, en el fondo, su forma de negar se

parecía mucho a un asentimiento. Los dos estábamos de acuerdo, aunque nunca lo declaráramos explícitamente, en que aquélla podía ser su última oportunidad de enderezar su vida, de convertirse en una persona digna, en alguien que no se odiara a sí mismo. En 1971, después de la detención de Eliseo, empezamos con el papeleo: la matriculación, las convalidaciones, todo eso. Primero tenía que aprobar un examen, y yo a veces me quedaba hasta las tantas con él para repasar las materias: ¿Quién escribió *La Regenta*?, ¿cuál es el símbolo del sodio?, ¿quién era el cardenal Cisneros...? Justo resultó ser bastante más avisado de lo que yo mismo pensaba. Sentía una curiosidad natural hacia todas las cosas, y no abandonaba una lección hasta estar seguro de haberla comprendido por completo.

—¿Tú tienes alguna idea de lo que es eso de la fenomenología? —me dijo una vez, y casi me cabreé.

—¿Cómo cojones quieres que lo sepa? —le dije—, ¡soy un policía, coño!, ¡no un premio Nobel de física!

Por aquella época empezó a aficionarse a la lectura, y yo, siempre que le veía con libros que no eran del temario, le tomaba un poco el pelo. Se los cogía y hacía como que los lanzaba lejos. Le decía:

—¿Qué libro es éste? *Colección particular*, de Jaime Gil de Biedma... ¡Ah, ahora al señorito le ha dado por leer poesías! ¿Y este tipo con cara de maricón es el Gil de Biedma ese? ¡A ver ese otro! *Les dones i els dies*, Gabriel Ferrater. ¡Pero si está en catalán...!

Justo se defendía:

—¿No te acuerdas? Te he pasado información sobre ellos un montón de veces. Me apetecía saber algo más sobre esa gente...

—¿Y por eso te los lees? ¡No hace falta que seas tan perfeccionista, hombre! ¡No pierdas el tiempo en estas cosas...!

Justo sentía curiosidad por la gente a la que investigaba pero es que, además, le gustaba leer. Yo le decía que, si tanto le gustaba, por qué no estudiaba Filosofía y Letras o Magisterio, y él se echaba a reír:

—¿Magisterio?, ¿tú me ves a mí de maestro?, ¿me imaginas rodeado de niños leyendo en voz alta *Platero y yo*?

Pasó el examen con buena nota. Para obtener el título de bachiller tenía que estudiar dos cursos, así que, si todo iba bien, podría entrar en la universidad dos años después, cuando tuviera treinta y cuatro. Estoy hablando de septiembre de 1973. Aunque las calificaciones no eran brillantes, consiguió aprobar todas las asignaturas, y tras muchas vacilaciones se matriculó en Derecho. Un mes después dimos el golpe a la Asamblea de Cataluña. Si no me importó correr el riesgo de sacrificarle, de sacrificar a mi confidente, fue porque lo tenía todo perfectamente organizado. Justo, apartado de la circulación, podría dedicarse a estudiar, y jefatura le seguiría pasando su asignación mensual a cambio de que nos tuviera al corriente de lo que ocurría en la facultad, en la que nadie le conocía. Tómalo como una beca, le decía yo cada vez que le entregaba el sobre con las cuatro mil pesetas, y así pretendía darle a entender que no hacía falta que se esmerara demasiado: algún que otro chivatazo menor para cubrir el expediente, y basta. No es que Justo fuera un gran tipo, ni mucho menos, pero había acabado cogiéndole afecto y deseaba que algún día pudiera vivir como las personas normales, fuera de las cloacas en las que la vida le había metido. La información que ahora me pasaba valía muy poco: publicaciones universitarias de escasa circulación, líderes estudiantiles a los que ya teníamos fichados, profesores que aprovechaban la seguridad de las aulas para soltar mítines, asambleas en las que se había dicho esto o aquello... Era información de segundo orden, la clásica información que casi nunca conducía a nada: deteníamos de vez en cuando a alguno, que cantaba lo poco que sabía, pasaba la noche en el calabozo y por la mañana se iba a su casa tan contento. Pero estaba bien así. Yo no le pedía más, y los réditos del golpe a la Asamblea habían sido lo bastante importantes para que, al menos de momento, ni Revuelta ni los otros comisarios le exigieran nada.

Un día interrogamos a una loquita, una chalada (eso sí, muy guapa), que ni siquiera estudiaba Derecho, dice Mateo Moreno. Que no tuviera nada que ver con la facultad tal vez tendría que haberme escamado, pero no lo hizo. Según la información que Justo me había pasado, formaba parte de una de las células universitarias más activas y a través de ella podíamos llegar a algún pez gordo. Sin embargo, cuando le hice las primeras preguntas tuve la certidumbre de que no sabía ni lo que era una célula. Por supuesto, lo normal era que negaran toda actividad política. También lo era que dijeran no conocer a ninguna de las personas con las que se les relacionaba. Pero por lo general lo decían porque creían que debían decirlo, y no porque fuera cierto. Aquella chica decía no saber nada de nada ni de nadie, y Campos y yo teníamos la impresión de que estaba siendo totalmente sincera. O era una gran actriz interpretando el mejor papel de su vida o realmente es que estaba limpia. Pero algo, por poco que fuera, tenía que haber: si no, Justo no nos habría puesto sobre su pista. Campos echó un nuevo vistazo a su ficha, se la enseñó de lejos y dijo:

—A ver, Loreto...

Cuando Campos llamaba al detenido por su nombre de pila quería decir que no lo consideraba ni peligroso ni importante. Dijo Campos:

—A ver, Loreto, ahora no me vengas con que tampoco estuviste en el encierro de Montserrat...

La chica nos miró a los ojos y contestó sin dudar:

—Ahí sí que estuve. Fui con mi novio. Bueno, con mi novio de entonces...

—¿Y a qué fuiste?

La chica se encogió de hombros y no contestó, y Campos dijo:

—Tu alias es Chantal, ¿no?

Ella se llevó la mano a la boca, como conteniendo una carcajada.

—¿Mi alias? —dijo.

—¿A qué fuiste a Montserrat? —volví a preguntar, algo impaciente

—. ¡Y no me digas que estabas haciendo turismo, Loreto o Chantal o como te llames...!

La chica suspiró y con un gesto pidió permiso para fumar. Campos asintió con la cabeza. Ella echó la primera bocanada de humo y dijo:

—A nada especial, a pasar el fin de semana, a conocer gente...

La suya no era la actitud entre medrosa y desafiante de quien tiene cosas que esconder.

—¿Qué gente? —dije.

—Gente —dijo.

—¿Con cuál de esa gente has seguido teniendo contacto? —dije, y ella volvió a encogerse de hombros:

—Con nadie. Ni siquiera con mi novio, porque rompimos poco después...

Dije:

—¿Seguro?

Dijo:

—Bueno, sí, hubo uno. Un palurdo. Me lié con él el primer día, el sábado, y el domingo se largó, no sé muy bien cómo, porque la guardia civil lo tenía ya todo rodeado. Pensé que no lo volvería a ver pero después no paraba de llamarme. Hay muchos así...

Campos soltó dos breves bufidos por la nariz y se puso sarcástico:

—¿Se acuestan una vez contigo y ya se creen con derecho a acostarse siempre?

Luego me miró como diciendo: Estamos perdiendo el tiempo, ya se puede ir, ¿no? Pero fue precisamente en ese instante cuando tuve la intuición.

—¿Quién es el tipo? —dije, y ella, apagando el cigarrillo, dijo:

—Un palurdo, ya le he dicho.

—Sí, un palurdo, pero ¿cómo se llama?

—Ya casi ni me acuerdo de él...

—Justo, se llama Justo, ¿verdad?

La chica receló por primera vez:

—¿Y usted cómo...?

Su actitud cambió de golpe. Ahora sí parecía tener cosas que ocultar, y sus respuestas eran esquivas e incompletas. Yo, tenso, trataba de atar cabos, y una y otra vez repetía las mismas preguntas: qué habían hecho en Montserrat, cuántas veces se habían visto después, cuándo fue la última vez que se vieron, si follaban o no siempre que se veían... Ella añadía algún que otro detalle a su versión inicial: Justo la había llamado unas cuantas veces, cuatro o cinco, y al final ella se había hartado de él y se lo había quitado de encima, lo había despachado... Pero yo necesitaba saber más, y mi insistencia podía parecer anómala, perversa: ¿Cómo lo despachaste?, ¿dónde estabais?, ¿estabais solos, estabais en la cama, había más gente...? La chica, de repente, se quedó en silencio. Hice una pregunta más, no recuerdo cuál, y ella me dedicó una mueca de desprecio.

—¿Así es como disfrutas? ¿Detienes a las mujeres para que te cuenten cómo follan? ¿Qué más quieres saber?, ¿si le comí la polla o me dio por el culo? —dijo, y yo perdí el control de mí mismo y le di una bofetada.

—¡Cállate, zorra! —grité, y Campos se apresuró a interponerse entre los dos.

La chica, asustada, soltaba unos gemidos que recordaban los maullidos de un gato. Campos la acompañó al cuarto de baño para que se arreglara un poco y luego la dejó marchar. Volvió al despacho y cerró dando un portazo.

—¿Qué te pasa? —me gritó—, ¿estás mal de la cabeza?

Después del pisito en la calle Berlinés esquina con General Mitre, Justo había vivido en dos sitios más, dice Mateo Moreno. Durante unos meses había vivido en un apartamento en Roger de Flor, y luego, durante casi un año, en un entresuelo del pasaje de San Antonio, cerca del

mercado. La gente como él acaba acostumbrándose a cambiar constantemente de guarida y a borrar siempre las huellas. Ahora, desde hacía unas semanas, vivía en Santa Coloma, en unos bloques que habían construido junto al psiquiátrico. Localicé la casa, subí y llamé al timbre.

—¿Quién es? —preguntó él desde dentro.

—¡Abre! —grité.

En cuanto me vio se dio cuenta de lo rabioso que estaba.

—Qué sorpresa —dijo, e hizo un gesto algo paródico hacia el interior del apartamento, como invitándome a valorar el mobiliario vulgar y las reproducciones baratas de Dalí y Van Gogh.

—¿Qué te ha hecho esa chica?

—Pasa y siéntate, hombre —dijo.

Me senté en el sofá de escay y volví a decir:

—¿Qué te ha hecho esa chica?

—¿Quién? —dijo él, sentándose también.

—No te hagas el tonto, sabes muy bien de quién te estoy hablando.

—¿Desde cuándo te preocupas por esa gente? —dijo, y yo insistí:

—¿Qué te ha hecho para que quieras vengarte de ella?

Justo adoptó un tono sarcástico:

—¿Tú qué eres?, ¿un caballero andante que va rescatando damiselas? ¿O es que te la has follado y ahora estáis enamorados?

Yo guardé silencio y él me guiñó un ojo.

—Es buena en la cama, ¿a que sí? —dijo, y sentí unos deseos incontenibles de partirle la cara.

—¡Cállate, Rata! —grité.

Oírme llamarle otra vez así al cabo de tanto tiempo le convenció de que la cosa iba en serio. Saqué un sobre que llevaba doblado en el bolsillo de la gabardina y se lo lancé. Justo, sin mirarlo, lo dejó sobre la mesita, junto a un par de libros, algunas revistas y restos de comida.

—Ábrelo.

Después del interrogatorio a la chica esa, me había pasado un buen

rato revisando los chivatazos de Justo. La mayoría de las veces, sus informaciones nos habían permitido detener buenas piezas, pero entre ellas había de vez en cuando alguna que no conducía a nada. Eran siempre informaciones poco concretas, y se espaciaban en el tiempo de forma que no parecían estar relacionadas. Pero lo estaban. Justo, indolente, abrió el sobre y echó un vistazo a su contenido. Eran fichas que él mismo había redactado, con esa caligrafía suya, apretada, mezquina. Señalé la primera de las fichas. Dije:

—Esa tal Elena, Elena Castellnou, es Nita, ¿no? La Nita esa de la que tanto me hablabas. La Nita de la que estabas tan enamorado. La que tenía un padre influyente con el que querías hacer negocios, la que te ponía los cuernos con todo quisque. Y esos otros ¿quiénes son? ¿Los que se la tiraban? ¿Los que te ponían los cuernos con ella?

Señalé luego otra de las fichas. Dije:

—Aunque supongo que no todos se la follaban. Ese de ahí seguro que no. Quim Nebot, el mariquita más conocido de la ciudad. ¿Qué ha podido hacerte un tipo como él para que nunca le hayas perdonado...?

Él, risueño, casi altanero, dijo:

—No te pongas así, Mateo. Ya has visto qué clase de gente es. Zánganos, drogadictos, maricas, degenerados...: parásitos. Gente a la que tú y yo siempre hemos despreciado, ¿no, Mateo? No me digas que ahora te preocupas por gente así. Además, tampoco les ha pasado nada. Los habéis tenido unas cuantas horas encerrados, los habéis interrogado y luego los habéis soltado. ¿Tan grave es? Merecían un pequeño susto y se lo han llevado. Eso es todo. Créeme, Mateo...

Sacudí la cabeza. A él no podía decírselo, pero con algunos de esos tipos, creyendo que se resistían a colaborar, habíamos sido más persuasivos de lo habitual: algún toquecito con la porra, algún tirón de pelo, algún bofetón. Noté que mi silencio le incomodaba. Volvió a hablar:

—En cuanto a esa chica, Loreto, es verdad que nos vimos algunas

veces y que al final discutimos. Pero eso es lo de menos. Si pensé que podía serte útil fue porque se ha follado a medio PSUC y no me pareció difícil que, tirándole de la lengua...

—Eres un cabrón, Rata —dije.

Dijo:

—Ya sé que soy un cabrón, Mateo.

Dije:

—Eres un cabrón.

Dijo:

—Si no lo fuera, no trabajaría contigo.

Dije:

—Tú no eres como los otros confidentes. Eres peor. Tú esto no lo haces por dinero o por desesperación. Lo haces por venganza. ¿De quién te estás vengando? ¿De tus antiguos amigos y tus antiguas novias, que te volvieron la espalda cuando las cosas empezaron a irte mal? ¿De la gente que te humilló? ¿De la gente que simplemente ha tenido mejor suerte que tú? No se lo perdonas, ¿verdad? No les perdonas que ellos sigan tan ricamente, con sus juergas, con sus drogas, mientras tú tienes que revolverte en la mierda y vives de la limosna que te da un puto policía como yo. Eres un cabrón, Rata. Me has estado utilizando, me has estado engañando...

Justo bajó la cabeza.

—¿Falta alguno? ¿Hay más gente a la que hayamos interrogado sin motivo?

Eché un nuevo vistazo a las fichas.

—No, no hay más, están todos —dijo, y después de un largo silencio añadió—: Perdóname, Mateo.

—Ya no puedo fiarme de ti. ¿Cómo voy a fiarme de ti después de esto?

Justo, afligido, negó varias veces con la cabeza, y luego me tendió la mano con timidez. No hice ningún ademán de ir a estrechársela.

—Por favor, no me hagas esto, estoy solo, eres mi único amigo... —suplicó, sosteniendo la mano en el aire.

Al final acabé estrechándosela. Me agarró la mano con fuerza.

—Está bien, olvidémoslo todo —dije.

Él me dedicó una sonrisa de agradecimiento y yo sonreí también, pero lo cierto es que el daño estaba hecho y que aquel día Justo me pareció tan despreciable como cuando lo conocí.

En septiembre del 70 decidí cumplir la promesa que me había hecho a mí misma en el cementerio de Tarrasa, dice Carme Román. Matricularme de nuevo en Filosofía y Letras fue mi manera de recuperar esa vida posible que creía que me correspondía. Reconozco que no era el momento más oportuno. El tío Agustí acababa de tener la angina de pecho, y nunca como entonces había sido tan necesaria mi ayuda en la papelería y la casa. Cuando anuncié mi decisión, se apresuraron todos a felicitarme y darme ánimos, pero yo igualmente me sentí culpable. En lugar de descargar de preocupaciones a mi tía y mis primas, escurría el bulto y pensaba nada más en mi propia conveniencia. ¿Ésa era mi manera de agradecer todo lo que esa familia había hecho por mí? Pero es que, a mis veinticuatro años, tenía la sensación de que el tiempo empezaba a correr muy deprisa y de que la vida (la Vida, así, con mayúscula) pasaba por mi lado sin ofrecerme nunca posibilidades de elegir. Para una oportunidad que se me había presentado, había resultado ser una estafa. ¿De verdad no tenía derecho a una segunda oportunidad? Visto ahora, tanto tiempo después, está claro que veinticuatro son muy pocos años, poquísimos, pero eso díselo a alguien que empieza una carrera universitaria cuando ya los de su edad hace un par de años que se licenciaron... Como por la tarde era cuando más trabajo había en la papelería, empecé el curso asistiendo a las clases de diurno, en las que casi todos mis compañeros eran siete años más jóvenes que yo. ¡Qué vieja me sentía! Menos mal que todavía estaba a tiempo de pasarme a

nocturno. Lo comenté con Irene y Enriqueta, y no pusieron ninguna pega: por la mañana me ocuparía de la tienda y por la tarde iría a la facultad. Entre los compañeros de nocturno había gente de muy diversas edades, y no me resultó difícil adaptarme. Casi todos ellos trabajaban en algo que no les gustaba, y la tardía vocación docente ocultaba apenas sus ansias de cambio. Me imagino que lo que me hacía sentirlos cercanos era ese vago descontento. Eso y la impresión de que sus inquietudes, sólo por ser distintas de las de las personas a las que yo frecuentaba, se parecían más a las mías.

En realidad no era así, pero qué importaba, dice Carme Román. Yo nunca había sido una gran lectora y el teatro me había interesado más bien poco, y sin embargo los libros y el teatro formaban ahora parte de mis conversaciones con mis compañeros. Creo que para mí no se trataba tanto de abandonar mi pequeño mundo heredado como de poder elegir. Por primera vez podía elegir a mi gente. O, lo que es más importante, por primera vez podía elegirme a mí misma: quién quería ser, en quién quería convertirme. Enseguida se formó un grupo de amigos que nos guardábamos sitio en las aulas, nos juntábamos en la cafetería de la facultad y quedábamos para salir los fines de semana. Si alguna vez mis primas se interesaban por mis nuevas amistades o se ofrecían a acompañarme a alguna de mis citas, yo me las arreglaba para cambiar de conversación. Tenían que ser dos mundos diferenciados: el de mi familia y el verdaderamente mío. Yo pertenecía al primero, pero el segundo me pertenecía a mí. Las citas de los sábados no tardaron en convertirse en una costumbre. Al principio no teníamos un sitio fijo. Después acabamos haciéndonos asiduos del bar Velódromo, en la calle Muntaner, que era donde Emili, uno del grupo, solía jugar al billar. El Velódromo no era todavía el café antiguo que acabaría siendo quince o veinte años después. Entonces era sólo un bar viejo. Un bar viejo y grande y destartalado en el que los ancianos se reunían para jugar al dominó y los jóvenes para

intercambiar apuntes. Las mesas de billar francés, con los tapetes verdes destacando en la oscuridad del fondo, daban al local un aire de casino de pueblo que a mí me encantaba, y desde el piso de arriba, en el que nosotros nos poníamos, se oía el pausado entrechocar de las bolas. Hablábamos de novelas y de teatro. O, mejor dicho, hablaban, porque a mí todo me sonaba a chino. Nunca en mi vida había oído mencionar ninguno de esos nombres que ellos manejaban con tanta soltura (Heinrich Böll, Marguerite Duras, Alain Robbe-Grillet, Cesare Pavese...), y una vez hablaron de Beckett y, tonta de mí, yo entendí Bécquer y exclamé:

—¡Ah, me encanta la poesía esa de las golondrinas!

Aunque nadie me lo tuvo en cuenta, después de aquello quedé tan avergonzada que me obligué a frecuentar la biblioteca y a leer a esos autores que tanto les gustaban. Poco a poco fui poniéndome a la altura de los demás. Algunas veces alguien llevaba un libro y nos leía el párrafo o el fragmento que más le había impresionado. Con el tiempo, eso dio paso a lecturas completas de breves textos dramáticos, y éstas a algo que podríamos llamar ensayos... Así fue como, sin habérselo propuesto, nació nuestra modesta compañía de aficionados, a la que pusimos el nombre de La Legua.

Actriz de teatro, ¿por qué no?, dice Carme Román. Que jamás me lo hubiera planteado no quería decir que no estuviera dotada para serlo. Para mí el futuro era una pizarra en la que no había nada escrito, y ahora escribía en ella la palabra actriz del mismo modo que habría podido escribir cualquier otra. Actriz, por qué no... Después de largas discusiones en el Velódromo, nos decidimos por *La lección*, de Ionesco, que habíamos leído en la edición argentina de Losada y cuya puesta en escena no podía ser más sencilla: una mesa, unas sillas y muy poco más. Ensayábamos en una pequeña sala cedida por el decanato. El papel de la alumna se lo quedó Alicia, una chica que ya había actuado alguna vez, y a mí me tocó el de la criada. Estaba claro que, al lado de la alumna y del

profesor, que experimentaban una violenta transformación a lo largo de la función, el mío era un personaje auxiliar, más bien pobretón y carente de brillo. Me acuerdo de la larga discusión en la que el profesor preguntaba a la alumna: Si usted tiene dos orejas y me como una de ellas, ¿cuántas le quedan? Dos, decía la alumna. Una, decía el profesor. Dos, volvía a decir ella. Una, volvía a decir él, y luego se pegaban un rato largo diciendo solamente: ¡Dos!, ¡una!, ¡dos!, ¡una!, ¡dos...! Nos reíamos tanto que en más de una ocasión tuvimos que interrumpir el ensayo, y en esos momentos sí que me habría gustado ser la alumna y que la gente se partiera de risa cada vez que yo, con una entonación diferente, dijera: ¡Dos!, ¡dos!, ¡dos...! Emili era el director pero allí opinábamos todos, y lo pasábamos muy bien dando ideas y sugiriendo cambios. Con Emili, por cierto, tuve una relación que duró algunos meses. En aquella época me dio por recuperar el tiempo perdido y liarme con hombres. Los elegía siempre mayores que yo. Parecía uno de esos personajes que inventan los novelistas mediocres: la chica que busca en los hombres al padre que perdió antes de tiempo. Pero es que yo no quería novios sino amantes, y con esas relaciones desiguales corría pocos riesgos de acabar atrapada en una pareja estable. Con quien más tiempo duré fue precisamente con Emili, que tenía diez años más que yo y estaba casado desde los veinte. Al bueno de Emili, un izquierdista católico (pero mucho más católico que izquierdista), aquella situación le atormentaba. Nos veíamos después de los ensayos en el apartamento de un amigo suyo que pasaba todos los fines de semana fuera, y siempre acababa soltándome la misma letanía: que si esto no puede seguir así, que si yo te quiero a ti, que si mi mujer pertenece al pasado y mañana mismo hablaré con ella... Yo sabía que nunca hablaría con su mujer, y por eso estaba tranquila: si de verdad algún día llegara a dejarla, Emili se convertiría en una amenaza para mí. Cuando nos despedíamos en el ascensor, volvía a la carga.

—Esta vez sí, hablo con ella y la dejo —decía.

—Ni se te ocurra —decía yo.

—Dices eso pero en el fondo deseas lo contrario —decía él.

—Digo lo que digo porque es lo que deseo —decía yo.

—¿Por qué deseas lo que no dices y no dices lo que deseas? —decía él.

Ay, lo nuestro sí que era teatro del absurdo, y no lo de Ionesco...

La idea era representar la obra en mayo, antes de los exámenes finales, dice Carme Román. Para entonces lo mío con Emili ya había terminado, y él, después de varias sesiones de lágrimas y reproches, había vuelto a ser un marido ejemplar. Alicia, Emili y yo nos recorrimos todos los colegios universitarios y las cajas de ahorros en busca de un sitio en el que estrenar. Al final conseguimos que el Instituto de Estudios Norteamericanos, en la Vía Augusta, nos cediera el salón de actos para una única función. Perfecto. Con eso nos bastaba. Llenamos la facultad de carteles: los tabloneros de anuncios, las columnas del patio, las puertas del bar. Cuando llegó el día, estábamos nerviosísimos. Habíamos ensayado mucho pero siempre sin público, y podía ocurrir cualquier cosa. Por la mañana montamos el escenario, probamos las luces e hicimos algo parecido a un ensayo general, que nos dejó bastante descontentos. Luego pasé por casa para comer algo y relajarme un poco (no conseguí ni lo uno ni lo otro). Mis tíos y mis primas tenían ya preparada su mejor ropa, y estaban tan excitados que parecía que fueran a asistir a un estreno de alto copete en el Liceo en vez de a una modesta representación *amateur*. Lo que más me sorprendió fue comprobar que nadie se iba a quedar a cargo de la tienda.

—Esta tarde no abrimos, la ocasión lo merece —dijo mi tío, guiñándome un ojo mientras se probaba una corbata ante el espejo.

A eso de las cinco volví al Instituto, donde Emili, con la ayuda de otras personas, trasladaba la mesa en la que iban a venderse las entradas. Emili me presentó a la chica morena que estaba a su lado.

—Berta, Carme... —dijo, algo apurado.

La chica, de una belleza exótica que recordaba a Ali MacGraw, la actriz de *Love Story*, me miró con suspicacia, y yo adiviné que era su mujer.

—Encantada —dije.

¿Había sido tan ingenuo como para hablarle de mí? Bueno, qué importaba ya... En cuanto se abrieron las puertas, se formó una pequeña cola para las entradas. A la cabeza de la cola estaban mis tíos y mis primas, que me saludaron con timidez.

—Acordaos de que tenéis invitaciones a vuestro nombre —dije, y mi tía negó con la cabeza y se golpeó la palma de una mano con los nudillos de la otra, como diciendo: Queremos pagar.

Sonreí. Sabía que ésa era su manera de decirme que me querían y que estaban orgullosos de mí. Pero quedaba ya muy poco rato y teníamos que seguir con los preparativos. Entré en la habitación que utilizábamos como camerino y me puse mi ropa de criada: unas sayas oscuras, un delantal, un pañuelo para la cabeza. Alicia, Emili y los demás estaban tan nerviosos como yo misma. Alguien se asomó al patio de butacas y dijo que había casi doscientas personas: mucho más de lo que habíamos esperado. Sin embargo, faltó muy poco para que todo se fuera al traste. Cuando ya estábamos listos para salir al escenario, apareció una de las secretarias del Instituto con expresión de alarma.

—Está la policía, dicen que la representación no ha sido autorizada... —dijo.

Al cabo de un par de minutos llegaron dos policías de paisano. Lo que más me molestó de ellos fue su chulería.

—¿Es que ustedes no leen los periódicos?, ¿no han oído hablar del estado de excepción? —nos decían, tocándolo todo, revolviéndolo todo, despreciándolo todo.

Era verdad que, desde diciembre del año anterior, con motivo del proceso de Burgos, regía el estado de excepción y que, entre muchas otras cosas, eso quería decir que todo espectáculo estaba obligado a pasar

censura previa. ¿Pero cómo pensar que nos lo fueran a exigir para una función tan humilde como la nuestra y para una obra, además, que otras compañías habían representado antes que nosotros? Emili y los policías se retiraron a parlamentar, y la representación obtuvo finalmente permiso para comenzar, con la condición de que sería interrumpida si, desde el público o desde el escenario, se pronunciaba alguna frase que pudiera considerarse subversiva. Entre tanto, la gente, inquieta por el retraso, debió de olerse lo que estaba ocurriendo y, cuando los dos policías, con los brazos cruzados, se situaron a ambos lados de la entrada, se volvió hacia ellos y empezó a gritar: ¡Fuera, fuera! Me asomé discretamente al patio de butacas y me gustó ver que también mi familia participaba en los abucheos, cada uno a su manera: mis primas gritando con todas sus fuerzas, la tía Josefa negando con la cabeza, el tío Agustí alzando los brazos con sagrada indignación... Para que la cosa no llegara más lejos, Emili mandó apagar las luces. Se hizo el silencio y mi voz surgió entre los bastidores pronunciando las primeras palabras de la obra: ¡Sí, un momento! De los policías no volvimos a tener noticias, y la función transcurrió sin incidentes. Aislada del resto del mundo, que era sólo una mancha oscura más allá de los focos, me sentí plena, feliz, ilimitada... Mi personaje era bien poca cosa, sí, y mis intervenciones no permitían grandes lucimientos, pero ¡qué placer experimentaba actuando, transformándome en alguien que nada tenía que ver conmigo! alguna vez he oído comentar que muchos grandes actores eran unos tímidos enfermizos que, mientras daban vida a sus personajes, conseguían liberarse momentáneamente del lastre de la timidez. Yo jamás llegué a ser una gran actriz, pero es cierto que en el escenario me sabía libre de culpas e inhibiciones, sin otra responsabilidad que la de vivir por un tiempo una vida que no era mía. La representación fue buena, muy buena, y el público nos premió con un largo aplauso. Al final salimos todos a dar las gracias y, con un sonido de olas, como un vaivén, la ovación arreciaba cuando decían el nombre de cada uno de los miembros de la compañía. Y

justo en el instante en que sonó mi nombre e hice con la cabeza un gesto de agradecimiento fue cuando creí distinguir su rostro al fondo de todo, en una de las últimas filas, cerca ya del pasillo izquierdo. ¿Era él o no era él? ¿Era Justo, Justo Gil Tello, mi antiguo socio, mi desgracia? Tratando de salir de dudas, lo busqué con la mirada y no lo volví a ver. No, me dije, seguro que no era él. Imposible. No podía ser que precisamente en ese momento lo peor de mi pasado reapareciera para perseguirme... Miré entonces a mi familia. Estaban en una de las filas de delante, aplaudiendo con entusiasmo, y al ver que les miraba asintieron los cuatro con la cabeza y sonrieron.

Estábamos obsesionados con la propaganda, dice Mateo Moreno. Pillar una multcopista o un ciclostil portátil o aunque sólo fuera una vietnamita tenía tanto valor como pillar a un dirigente, y además siempre que caía una multcopista o un ciclostil caía también algún dirigente. Ellos creían que teníamos una unidad especializada en controlar el papel que salía de las fábricas, la tinta que se vendía en grandes cantidades, las resmas que se guillotinaban sin un objetivo preciso... Nada de nada. alguna vez, en el pasado, se había intentado llevar un control de las imprentas, pero eso, que era complicadísimo, nunca había dado resultados. ¿Que necesitaban papel para sus boletines y sus octavillas? ¡Pues sólo tenían que comprarlo en pequeñas cantidades en diferentes tiendas y así no dejaban ningún rastro ni levantaban la menor sospecha! No, por ahí no era fácil cogerles. Casi siempre que cazábamos una imprenta clandestina se debía a un soplo, y no necesariamente a un soplo de alguno de nuestros confidentes sino de ellos mismos: entre ellos había con frecuencia rivalidades y ajustes de cuentas, por personalismos, por cuestiones de doctrina, por escisiones de la misma organización, por lo que fuera... Pero eso no quiere decir que de vez en cuando no nos presentáramos en una imprenta e hiciéramos el paripé. Lo hacíamos sobre todo para no ponérselo demasiado fácil a los aparatos de propaganda, que así seguían creyendo que lo teníamos todo vigilado. Además, ya sabíamos que lo más importante venía de fuera. Me refiero por ejemplo a *Mundo Obrero* y a *Treball*, que se imprimían aquí pero con clichés traídos de Francia. Sabías dónde se hacía un periódico por su calidad. Si la calidad era buena, es que los clichés estaban hechos en Francia, donde por supuesto se beneficiaban de la legalidad. Si era un periódico pobretón y chapucero, es que lo habían hecho enteramente aquí, y vaya usted a saber en qué condiciones. En jefatura los teníamos todos:

Mundo Obrero y *Treball* pero también *Universitat*, que existía desde principios de los años sesenta, o *Luchas Obreras*, que era el boletín de Comisiones Obreras de Cataluña y a veces llegaba a tener hasta dieciocho páginas, o *Lluita Obrera*, que se llamaba así, en catalán, pero estaba escrito en castellano... Me acuerdo del logotipo de *Lluita Obrera*: un martillo despachurrando sobre un yunque la palabra CAPITAL. Cuando un inspector investigaba una imprenta, lo hacía por propia iniciativa, no porque algún comisario hubiera planificado ninguna operación especial. Yo me tomaba de vez en cuando esa molestia, sólo por ver si por casualidad caía algo. Visitaba imprentas, husmeaba un poco en los libros de contabilidad, hacía un par de preguntas al buen tuntún, miraba a ver quién se ponía nervioso y quién no... Entre otras imprentas visité una de la calle Tallers. Era más una papelería que una imprenta, y la chica que me atendió se mostró en todo momento inquieta y recelosa. Digo chica pero tendría veintiocho o veintinueve años, dos o tres más que yo. Era delgadita, de rasgos finos, con los ojos castaños claros y el pelo largo y liso como lo llevaban entonces las *hippies*, bastante guapa pero demasiado moderna para mi gusto. Pregunté por el propietario y me dijo que era su tío y que había sufrido una angina de pecho. Eché un vistazo a mi alrededor y luego señalé la trastienda.

—¿Puedo ver la imprenta?

—Desde que mi tío tuvo la angina de pecho, la usamos muy poco —dijo ella, remisa.

Busqué a tientas el interruptor y entré. Tenían una minerva a motor de unos quince o veinte años. Pasé los dedos por las cajas de los tipos y me pareció que la tinta no estaba del todo seca. Por el suelo había recortes de papel, y del cubo de los desperdicios asomaban arrugadas pruebas de imprenta.

—¿No le importa? —dije, agachándome, y ella negó con la cabeza.

Pero no, ni en el suelo ni en el cubo parecía haber nada que indicara que en aquella imprenta se hubieran tirado octavillas o pasquines

ilegales.

—¿De qué es esto? —dije, mostrando un folio con unos versos.

—De un colegio, creo —dijo.

—¿De qué colegio?

—De Escolapios. En la ronda de San Pablo. A veces nos hacen algún encargo...

—Muy bien, ahora enséñeme los cuadernos de contabilidad —dije, devolviendo el papel al cubo y encaminándome hacia la papelería.

Ella se apresuró a apagar la luz de la trastienda y dijo:

—Para eso tendrá que hablar con mi tío. Ya le he dicho que tuvo una angina de pecho y, aunque está medio retirado...

Era la tercera vez que mencionaba la angina de pecho. La interrumpí:

—Pues, si está tan mal, mejor que no le molestemos, ¿no? Ande, sea buena y enséñeme esos cuadernos...

Era muy remota la probabilidad de que un simple vistazo a las cuentas de un negocio revelara algo, pero el grado de colaboración de la gente indicaba muchas cosas, y aquella chica no parecía tener ningunas ganas de colaborar. Abrió un armarito y luego otro y otro más, sacó algunos cuadernos y algunas carpetas con albaranes y lo fue amontonando todo sobre el mostrador. Esperé a que terminara y dije:

—Es suficiente, dígle a su tío que he venido.

Estoy hablando de la primavera de 1974, dice Mateo Moreno. Por entonces Justo todavía no había abandonado Derecho, pero mostraba ya muy poco interés por la carrera. Me hablaba de algunos profesores y compañeros particularmente significados, me alertaba sobre convocatorias de encierros o asambleas, me informaba sobre las organizaciones estudiantiles más activas... De lo que nunca hablaba era de si le gustaba esta o aquella asignatura o de si encontraba o no alguna satisfacción en el estudio. Llegué a pensar que me había equivocado con

respecto a él. Llegué a pensar que lo de matricularse en la universidad se lo había tomado no como la última oportunidad de rehacer su vida sino como un nuevo encargo, una misión concreta que le hubiera sido encomendada por Mateo Moreno el policía y no por Mateo Moreno el amigo. Aunque la información que me pasaba no solía ser muy valiosa, es verdad que se desenvolvía con esa rara profesionalidad suya, sin entretenerse en consideraciones de ningún tipo, como un practicante poniendo vacunas en un colegio. Pero yo siempre tenía la sensación de que sabía bastantes más cosas de las que aparentaba saber. Si alguna vez le preguntaba por algo o por alguien, nunca le cogía de nuevas, y lo que no sabía se las arreglaba para averiguarlo enseguida. Un día le dije:

—Quiero datos sobre una chica.

—¿Sobre quién?

—Se llama Carmen Román o Carme Román, estudia cuarto de Filosofía y Letras, mira a ver qué se comenta sobre ella por la universidad.

Justo no dijo nada ni hizo ningún gesto.

—¿Te acordarás? Carme Román, cuarto de Filosofía... —dije, y él asintió con la cabeza.

—¿En qué está metida?

—Creo que tiene que ver con la API —dije—, pero no estoy seguro...

—La API, la Agencia Popular Informativa.

—Correcto.

A nuestro siguiente encuentro acudí habiendo hecho mis propias averiguaciones. Para entonces sabía muchas cosas. Sabía que la imprenta de la calle Tallers había comprado recientemente unas cantidades inusuales de papel y que, aun descontando el utilizado en el boletín de Escolapios, las entradas superaban en mucho a las salidas. Sabía también que, aunque no nos constaban antecedentes de Carme Román por actividades políticas o sindicales, se relacionaba con gente de la

oposición al régimen. Y sobre todo sabía que había sido ella la que, siete años atrás, había denunciado a Justo por estafa...

Ahora Justo y yo quedábamos en un bar de la calle Londres que se llamaba Sapporo, como la ciudad japonesa de los juegos olímpicos de invierno, dice Mateo Moreno. Era una de esas cafeterías modernas, con lámparas naranja y camareros con chalecos milrayas y pajaritas burdeos. Tenía los taburetes atornillados al suelo y una barra alargada en la que los clientes rebañaban silenciosos sus platos combinados. Esperé a Justo al final de la barra, hojeando un periódico en el que hablaban de Patricia Hearst. Él se sentó a mi lado y yo, sin saludarle, señalé la foto del periódico:

—La gente está loca. Una chica de una familia buenísima, una rica heredera. La secuestran unos chalados, y ella va y se pone de su lado. ¡Lo tienen todo en la vida! ¿Y de qué les sirve? Mírala aquí, con una metralleta, asaltando un banco, ¿qué te parece?

Justo hizo una seña al camarero y dijo:

—Un café.

Le entregué su sobre con el dinero. Él hizo lo de siempre: echar un vistazo rápido al contenido y guardárselo en el bolsillo.

—Los precios suben, algún día habría que... —empezó a decir.

—No te quejes. Los precios suben pero tus servicios cada vez valen menos. Lo mejor que te puede ocurrir es que en jefatura nadie se acuerde mucho de ti.

Justo se tomó el café en silencio. Luego empecé con las preguntas habituales: qué se estaba cociendo en el mundillo universitario, qué podía decirme de éste o aquél... Omití deliberadamente el nombre de Carme Román porque sabía que sería él quien acabaría mencionándola. Y en efecto, cuando yo había hecho ya el gesto de pedir la cuenta, dijo:

—Por cierto, la chica esa de la que me hablaste...

—¿Quién? —dije, haciéndome el despistado.

—Carme Román, la estudiante de cuarto de Filosofía. He hecho algunas indagaciones y he comprobado que está limpia.

—¿Limpia? —dije en el tono más neutro posible.

—Limpia —dijo—, olvídala, no pierdas el tiempo con ella.

Lo primero que pensé fue que ya nunca podría fiarme de él. Qué cabrón. ¿Sería capaz de ocultarme que si su vida se había ido al carajo había sido precisamente por culpa de la denuncia de esa chica? Pero no era sólo que me estuviera ocultando algo importante. Había algo más. Los indicios que yo tenía sobre Carme Román hablaban de una relación más que probable con gente de la API. ¿Por qué, entonces, intentaba Justo protegerla? Las piezas no encajaban, no tratándose de Justo. De alguien como él habría podido esperarme que aprovechara las circunstancias para vengarse de Carme Román, del mismo modo que se había vengado de otros que en el pasado le habían hecho daño o humillado o, simplemente, no le habían ayudado a realizar sus sueños de prosperidad. Aquella Loreto que se hacía llamar Chantal, su querida Elenita Castellnou, el mariquita de Quim Nebot... Sobre todos éstos (y seguramente sobre unos cuantos más) había falseado información. ¿Por qué en este caso que existían pistas reales se esforzaba por borrarlas? Podía ser que para ella, que al fin y al cabo era la que había precipitado su ruina, tuviera previsto otro tipo de venganza, una venganza que no consistiera en hacerla pasar por los calabozos de jefatura... Pero no parecía probable. Lo más lógico era al mismo tiempo lo más inquietante: lo más lógico era pensar que Justo estaba haciendo un doble juego. Esas cosas ocurrían. Los confidentes tendían siempre a sobrevalorar su información y creían que, si había alguien que quería pagar por algo, seguro que habría otro dispuesto a pagar más. Eran chantajistas, eso eran. Chantajistas que a veces no se cobraban sus servicios en dinero sino, no sé, en protección, o en información... Si ellos te han prometido que no te va a pasar nada, yo también te lo prometo. O yo te paso este dato y tú se lo pasas a ellos, y tú a cambio entérate de tal cosa y me lo dices... ¿Arriesgado? ¡Cuando

alguien vive metido en ese mundo, todo es arriesgado! En 1974 Justo llevaba ya cinco años pasándome información, y cinco años son muchos cuando te ganas la vida como confidente. Era un veterano. Estaba, ¿cómo se dice?, encallecido. Sí, estaba encallecido. Encallecido y quemado, ja ja.

Pero una cosa es que tu confidente esté quemado y otra muy distinta que trabaje para el enemigo, dice Mateo Moreno. Si me esmeré tanto investigando a Carme Román fue sobre todo porque necesitaba saber de qué pie cojeaba ahora Justo. Cuantas más cosas supiera sobre ella, más sabría también sobre él. Averigüé que había nacido en Tarrasa en 1946, que su familia había muerto en las inundaciones famosas del 62, que desde entonces vivía con sus tíos, que formaba parte de una compañía de teatro aficionado... Averigüé asimismo que su relación con la API le venía a través de una amiga de infancia llamada Clara Olivé o, mejor dicho, a través del marido de la tal Clara Olivé, un aparejador con antecedentes por reunión ilegal y pertenencia al Sindicato Democrático de Estudiantes. Eso y muy poco más era lo que sabía de Carme Román, y ninguno de esos datos me abría ninguna puerta ni me indicaba ningún camino. Indagué un poco sobre el marido de Clara Olivé y sobre otra gente de la API que teníamos fichada, y enseguida comprobé que no existía la menor relación entre ninguno de ellos y Justo. Mis sospechas acerca de una posible traición se sostenían únicamente en su actitud hacia Carme Román. ¿La estaba encubriendo o no? Y si la estaba encubriendo, ¿por qué lo hacía? Opté por estrechar el cerco en torno a ella. Vigilaba discretamente la papelería, anotaba sus entradas y salidas, la seguía durante sus trayectos a la facultad, me fijaba en la gente con la que se relacionaba... Pero nunca percibía nada anormal. ¿Podía ser que se supiera vigilada y que esa normalidad fuera sólo simulada? En verano cambiaron sus horarios y recorridos, y hacia la segunda quincena de julio empezó a frecuentar por las tardes un localito anexo a la iglesia de San

Agustín, muy cerca del teatro Romea. A la misma hora que ella, entraban en el local unos jóvenes bastante desarrapados. Por el tablón de anuncios supe que se reunían para seguir un cursillo de algo llamado expresión corporal. ¿Qué coño sería eso? Pensé que podía ser una tapadera y que tal vez había dado con la pista buena y, cuando no tenía nada más importante que hacer, me dejaba caer para ver si entre los que entraban o salían identificaba a algún político o sindicalista destacado. Pero siempre veía llegar e irse a los mismos, a los desarrapados. Una tarde, mientras hacía tiempo en un banco de la plaza, me fijé en un chico que sostenía en las manos una caja de zapatos agujereada. Era un tipo extraño, con cara de viejo y un hombro más alto que otro, y su aspecto me sonaba. Claro que sí: lo había visto rondando la papelería de la calle Tallers. Me acerqué y le pedí la documentación. Se llamaba Hilario Lazcano y había nacido en Baracaldo, Vizcaya.

—Enséñame lo que llevas ahí —dije, señalando la caja y agarrándolo de un brazo.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Hizo amago de resistirse y le quité la caja. Levanté la tapa. En su interior había una tortuga, una de esas tortugas asquerosas con la cara arrugada y las patas medio escondidas dentro del caparazón. Volví a agarrar al chico del brazo. Dije:

—¿Por qué no querías enseñármela? ¿Eh? ¿Por qué? Ahora tendrás que acompañarme a jefatura.

—Justo Gil...

—¿Qué?

—Justo Gil —repitió—, soy amigo de Justo Gil...

—Esto tenemos que aclararlo. ¡Andando!

A Hilario Lazcano, el de la tortuga, lo encerré en un despacho de jefatura, dice Mateo Moreno. Luego localicé a Justo por teléfono.

—¿Quién es el crío ese que dice ser amigo tuyo? —dije.

—Suéltalo y te explico.

—Primero me explicas y luego veré si lo suelto o no.

Quedamos en el Sapporo. Cuando llegué, Justo estaba ya esperándome en el lugar de siempre, al final de la barra.

—Bueno, ¿qué? —dije, sin entretenerme en saludar.

—Es inofensivo, no haría daño a una mosca.

—¿Por qué no deja ni a sol ni a sombra a la chica de la imprenta?

—Trabaja para mí —dijo muy serio, y yo me reí:

—¿Trabaja para ti? ¿Qué tontería es ésa? ¿Te has montado una empresa? ¿Soplos y Chivatazos Sociedad Anónima?

Eché un vistazo al teléfono de la pared, que era de los que funcionaban con fichas. Pedí una al camarero y la sostuve entre el pulgar y el índice. Dije:

—Tienes un minuto. Dentro de un minuto llamaré para decir que suelten a tu socio o lo bajen a incomunicados. De ti depende.

Justo puso las manos en posición de oración y asintió con la cabeza.

—A Carme Román no puedo vigilarla personalmente porque me conoce... —empezó a decir, y yo exploté:

—¡Ya sé que te conoce! ¡Ella fue la que te llevó a juicio! ¿Te creías que no me iba a enterar? Y ahora ¿me vas a contar algo que yo no sepa?

—¿Qué quieres saber?

—¡Todo!

—Está bien... —dijo, y por fin se decidió a hablar—: Estás siguiendo pistas equivocadas. El cursillo ese de no sé qué no es la tapadera de nada. Y la papelería de Carme Román nunca ha suministrado papel a la API. ¿Me crees?

—No —dije.

—Pues es cierto —dijo.

—¿Qué más?

—También es cierto que colabora con ellos desde el principio.

—Ahora sí que te empiezo a creer...

Al parecer, el boletín de la API se distribuía principalmente por correo. Para que los envíos no levantaran sospechas se utilizaban sobres de distintos tamaños, formas y colores, y se hacían siempre en pequeñas cantidades y echándolos a buzones desperdigados, de modo que fuera imposible rastrear su origen. De esas tareas menores se encargaban unos cuantos voluntarios, que nada tenían que ver con la redacción del boletín, y entre esos voluntarios estaba Carme. ¿Valía la pena que un inspector perdiera el tiempo con alguien tan poco relevante? Dije:

—No vale la pena, tienes razón.

Dijo:

—Claro que no.

Dije:

—Así que dame nombres.

Dijo:

—¿Qué?

Dije:

—Que me des nombres. Nombres de gente relevante, como tú dices.

Justo permaneció en silencio. Hice girar la ficha entre los dedos.

Dije:

—Voy a llamar. Seguro que tu socio tiene cosas que contarme...

—Prueba mejor con la tortuga. ¿No te has dado cuenta de que Hilario no es más que un tarado?

Me eché a reír porque la cosa había tenido gracia, y Justo se rió también. Bromeé:

—¿No será que estás encoñado? ¡A ver si va a ser que te la has tirado unas cuantas veces y te has acabado encoñando, ja ja!

Volvimos a reír.

—¿Pero te la follas o no? —dije—. Y si no te la follas tú, ¿quién? ¿El de la tortuga? ¿Se la folla el tarado de la tortuga y luego te lo cuenta? ¿O se la folla la tortuga y luego os lo cuenta a los dos?

Estábamos así, bromeando, riéndonos sin más, y de repente lo entendí todo. Fue una intuición súbita, un fogonazo de lucidez, como cuando te viene a la cabeza un nombre o un número de teléfono que no lograbas recordar, y ni siquiera tuve tiempo de sorprenderme. Dije:

—Quieres que los deje en paz, ¿verdad?, quieres que deje en paz a esa chica y a sus amigos. Y todo porque sabes que si cae alguno de sus amigos acabará también cayendo ella... Los proteges a todos para protegerla a ella. Eres un canelo. Un canelo y un cabrón. ¿Me lo vas a decir o te lo tengo que decir yo?

Justo se había puesto a la defensiva. Dijo:

—Siento que todavía estoy en deuda con ella y no me gustaría que...

—¡En deuda, ja ja! Eres un canelo y un cabrón, pero más un canelo que un cabrón. ¿Qué coño de deuda? ¿Te parece poca deuda la que estás pagando? Mírate. Eres un mierda. Los mierdas como tú no estáis en deuda con nadie, ja ja.

Sin poder dejar de reír, metí la ficha y marqué el número de jefatura. Di la orden de que pusieran en la calle a Hilario Lazcano y colgué, y luego me volví hacia Justo.

—¡Estarás contento! ¿Eh, cabrón? ¡Estarás contento! —dije.

En la garita del aparcamiento siempre tenía un calendario con el día 29 de junio marcado en rojo, dice Hilario Lazcano. El concurso nacional lo gané el 29 de junio del 66; el concurso de mi diócesis lo había ganado justo un año antes, el 29 de junio del 65. He pasado mucho tiempo dándoles vueltas a esos números, sumándolos, multiplicándolos, combinándolos. Porque todo tiene un significado oculto, ¿no cree? Seguro que esos números también lo tienen, pero yo nunca he llegado a encontrárselo... Vivíamos en Baracaldo, pero mis padres eran de Albelda, un pueblo cerca de Logroño. Estudié en el colegio de La Salle. Me dijeron que me aprendiera el catecismo y me lo aprendí. Pregúnteme lo que quiera, pregunte... ¿Qué cosa es gloria? El conjunto de todos los

bienes sin mezcla de mal alguno. ¿Qué cosa es infierno? El conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno... Nos preguntaban a unos cuantos chavales, y yo siempre contestaba alto y claro. Y luego nos llevaban a otro sitio, y yo volvía a contestar. ¿Qué cosas nos dañan? Costumbres y ocasiones malas, poca devoción y sobrada confianza. ¿Qué cosa es avaricia? Apetito desordenado de hacienda. ¿Qué cosa es envidia? Tristeza del bien ajeno... Así gané los dos concursos. El de la diócesis no fue gran cosa, pero el otro... Me llevaron en coche a Valencia. Conducía el hermano Arizmendi. Yo no sabía que los frailes pudieran conducir. En lo de Valencia había chavales de toda España, y todos aspiraban a ser reyes, virreyes, príncipes del catecismo... El teatro estaba lleno de gente y aplaudían mucho, pero para mí todo fue tan sencillo como en los primeros concursos, los que hacíamos en el colegio: alguien me preguntaba y yo contestaba alto y claro. Me dieron un diploma en el que me nombraban Rey del Catecismo y la Liturgia. Me dieron también una cámara de fotos y un balón de reglamento. Y al día siguiente hasta salí en un periódico. El hermano Arizmendi me dio el recorte y todavía lo guardo. ¿Pero quiere saber qué era lo que más ilusión me hacía de todo eso? Que el cura del pueblo me mencionara en sus sermones. Cuando digo el pueblo, me refiero a Albelda, el pueblo de mis padres. En verano me mandaban al pueblo con los abuelos, y en los sermones el cura decía a los mayores que tomaran ejemplo de mí. Y hablaba de Jesús, que, siendo niño, se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres, y cuando lo encontraron estaba en el templo con los letrados, y éstos le hacían preguntas y sus respuestas estaban llenas de sabiduría... Bonita historia, ¿no cree? A mí me gustaba porque en los concursos yo era como Jesús, y los mayores me hacían preguntas y todos se quedaban maravillados con mis respuestas.

Lo mejor del verano eran las excursiones al río Iregua, dice Hilario Lazcano. Íbamos casi todos los chavales del pueblo y cogíamos

cangrejos, que eran cangrejos de verdad, no como los de ahora. Pero es que en aquella época todo era más de verdad que ahora. Los árboles, los olores, la ropa de la gente, las cosas que se decían...: todo. En una de esas excursiones al Iregua levanté una piedra para buscar cangrejos y vi varias culebras retorciéndose. Era un 29 de julio, ¿se da cuenta? ¡De julio, no de junio! ¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué ese cambio de letra? ¡No me dirá que tampoco eso quiere decir nada! Desde aquel día sé que debajo de todas las cosas hay siempre unas culebras escondidas. También fue por entonces cuando empecé a oír voces, voces dentro de mi cabeza, alguien que me decía verdades de las que no se podía dudar. No eran cosas buenas ni malas. Simplemente eran cosas, y siempre eran verdad. Así, por ejemplo, aprendí a conducir. Las voces me decían: Pisa ese pedal, ahora ese otro, luego cambia de marcha... Lo malo era cuando las voces se callaban y quedaba un murmullo como el de las viejas bisbiseando en la iglesia. Entonces sentía angustia, mucha angustia. A veces soñaba que avanzaba por un túnel que se estrechaba y se estrechaba hasta que ya no podía dar un paso y no cabía y me quedaba atrapado... Le conté el sueño a los médicos pero no supieron interpretarlo, y lo único que hicieron fue recetarme unas pastillas que me hacían dormir quince o dieciséis horas al día. Acabé abandonando esas pastillas, y entonces me llevaron a otros médicos, en Bilbao. Los médicos de Bilbao no me comprendieron cuando les dije que, para mí, todo, absolutamente todo, todo en la vida, todo en el mundo, se puede explicar con cuatro palabras, ni una más ni una menos. Muchas veces he tenido esa certeza y muchas veces he estado a punto de encontrar esas cuatro palabras. Pero luego, cuando las he anotado en un papel, la cosa ya no estaba tan clara. ¿Me he confundido de palabras?, ¿las he puesto en un orden equivocado?, ¿o simplemente es que las ideas se han despegado de las palabras en el momento de anotarlas? Pero ellos eran los médicos. Ellos eran los que habían estudiado. Ellos tenían que saber cuáles eran las cuatro palabras, y no lo sabían. Me di cuenta de que no me entendían o no me creían. Desde entonces desconfío de los

psiquiatras. En realidad ellos están más enfermos que sus enfermos, y estoy seguro de que me daban una medicación que podía provocarme un infarto cerebral... No digo que lo hagan con todo el mundo, pero conmigo lo hacían. Lo notaba aquí, en las sienes, en el pulso. Lo notaba, sí. Por eso no quiero saber nada de médicos ni de psiquiatras. Un día, de vuelta de Bilbao, pasé por una tienda de animales, vi la tortuga y la compré. La compré porque me di cuenta de que, si la miraba muy fijamente a la cara, se me iba la angustia. La tortuga era mucho más que mi mascota. La tortuga era yo. O yo era ella. O yo quería ser como ella. Quería ser recio, resistente, duradero. Mis padres no querían tener la tortuga en casa. Me decían:

—¿Y qué hacemos con ese bicho si te meten en el hospital?

Yo les decía:

—Si los médicos se me llevan será sólo para matarme, o sea que no lo permitáis.

Mis padres no me creían y yo les leía los prospectos de los medicamentos y les explicaba cómo querían matarme los médicos: con unos coágulos en la sangre que algún día me llegarían al corazón. Pero mis padres seguían sin creermme. Se ponían tan cerriles que un día tuve que amenazarles con un cuchillo. No tenía intención de hacerles daño. Sólo quería que se callaran un momento y me escucharan. Pero no se callaban. Mi madre lloraba en la galería y mi padre se defendía con una de las sillas de la cocina y no paraba de gritar. Tiré el cuchillo al fregadero. Luego llené una bolsa de ropa, cogí dinero y metí la tortuga en el coche, un Morris 1100. Me fui a Barcelona porque allí no me conocía nadie. Dormía dentro del Morris en un descampado del Guinardó y me alimentaba a base de latas de alubias y garbanzos sin calentar. Cuando se me estaba acabando el dinero me enteré de que en un aparcamiento cerca de la Sagrada Familia necesitaban un vigilante nocturno.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntaron.

—Dieciocho —mentí.

Me tuvieron una tarde a prueba, metiendo y sacando coches, y al final me dieron el puesto. Como ahora podía permitírmelo, alquilé una habitación en casa de una viuda de un guardia civil, en Badalona. A la viuda le dije que mis padres habían muerto en un accidente de circulación, y en realidad era como si fuera verdad. A esas alturas me había olvidado ya de ellos, y seguramente ellos también de mí. La viuda me trataba como una verdadera madre: me lavaba y planchaba la ropa, me guardaba la fruta pocha para la tortuga, cuando volvía del aparcamiento tenía siempre un plato de comida en la cocina. Yo pagaba con puntualidad y, si tenía un rato libre, le barnizaba puertas y ventanas.

Todo iba bien, dice Hilario Lazcano. Un día, cuando llevaba unos seis meses en Barcelona, salí a pasear con la caja de la tortuga. En aquella época había entre Badalona y Santa Coloma una zona que era todo desmontes y parcelas en construcción. Debido a la crisis económica algunas obras habían quedado a medias, y a mí me gustaba pasear entre esas casas que eran sólo esqueletos de casas, estructuras de hierro y hormigón por las que el viento pasaba haciendo un ruido suave y agradable, como el del río Iregua en agosto, cuando bajaba casi sin agua. Ese día me quedé dormido en una zanja, y al despertarme la caja estaba volcada y la tortuga no aparecía por ningún lado. La busqué por los alrededores pero no la encontré. Seguí dando vueltas hasta que se hizo de noche y tuve que irme a trabajar. Esa misma noche, dormitando en la garita, volví a oír voces y a soñar con túneles que se estrechaban, y la tortuga no estaba a mi lado para calmar mi angustia. Regresé al día siguiente y seguí buscando. Me acerqué a las primeras casas habitadas y pregunté. Hablé con mucha, muchísima gente. Y qué raro me pareció que las caras fueran todas tan distintas, ¿no lo ha pensado nunca? Si todos tenemos dos ojos, una nariz, una boca, ¿por qué hay tantas caras distintas? En definitiva, ¿por qué no nos parecemos más? A Justo me lo encontré no sé si entrando o saliendo de un portal. Le pregunté si había

visto una tortuga suelta por el barrio y me fijé en sus ojos, su nariz, su boca. ¿Por qué tampoco él se parecía a nadie? Estuvimos un rato hablando, no recuerdo de qué, y luego me dijo que le acompañara. Fuimos a una tienda de animales que había en la calle Mayor, cerca del ayuntamiento. Señaló desde la puerta las peceras y las jaulas.

—¿No querías una tortuga? Aquí encontrarás de todo, tortugas, peces, pájaros —dijo, y se marchó.

—¡Pero yo quiero mi tortuga! —le grité.

Justo ni siquiera se volvió a mirarme. Entré en la tienda, me acerqué a la sección de reptiles y enseguida vi que una de las tortugas era la mía. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Y cómo sabía Justo que estaba allí? Sin pensármelo dos veces, la agarré y me fui. La tarde siguiente cogí el Morris y aparqué delante de su casa. Cuando le vi llegar, me acerqué a él con la caja de la tortuga.

—Tenías razón, estaba en la tienda —le dije, y él me miró unos instantes sin reconocermme—. ¡La tortuga! —insistí, abriendo la caja—, ¡la habían encontrado los de la tienda!

Él hizo un gesto raro con la cabeza y se metió en el portal. Llegué a la puerta cuando ya se había cerrado y golpeé el cristal con los nudillos. Justo abrió, bloqueando la entrada con el cuerpo.

—¿Qué cojones quieres? —dijo.

—Sólo darte las gracias —dije.

—Pues ya me las has dado —dijo, y volvió a cerrar.

Pero a mí me parecía que ésa no era la manera de expresar agradecimiento, dice Hilario Lazcano. Así que volví por la mañana y, en cuanto le vi salir, hice sonar el claxon y fui hacia él.

—¡Te he traído un regalo! —dije, enseñándoselo.

—¿Una piedra?

—Una piedra de la suerte.

Era una piedra blanca y redonda, muy pulida, que había encontrado

donde las obras. Yo sabía que esas piedras daban suerte. Justo la cogió, le echó un vistazo y la lanzó a un solar que se usaba como vertedero.

—¿Por qué la tiras? —protesté—, ¡es una piedra de la suerte!

Se detuvo junto al Morris y dijo:

—¿Este trasto funciona?

—¡Claro que funciona!

—Me vas a hacer un favor.

Montó en el Morris y me indicó por dónde teníamos que ir. Luego miró el asiento trasero y las alfombrillas, y dijo:

—Esto está lleno de mierda...

—La tortuga.

—Mierda de tortuga pero mierda.

Fuimos a dar una vuelta por la Zona Franca. Estaba buscando una casa de la que ni él mismo conocía la dirección exacta. Dimos varias vueltas a la misma manzana, y cada vez que pasábamos por delante de una puerta me decía que redujera la velocidad. No debió de encontrar lo que buscaba, porque luego volvimos bastantes tardes por allí, y unas veces me pedía que redujera la velocidad delante de una casa y otras me lo pedía delante de otra. Le llevé también a otros lugares, no sólo de Barcelona, también de los alrededores, y lo normal era que me hiciera esperarle en el Morris hasta que volvía. Un día me dijo que me fijara en las personas que entraban o salían de cierto portal, en el aspecto que tenían, en si llevaban cajas o bolsas o algo así. Cuando volvió, le conté todo lo que había visto, y él dijo:

—Buen chico.

Yo no sabía muy bien lo que buscábamos, pero sí sabía que lo que buscábamos era importante. Importante y secreto. En el fondo tampoco me preocupaba demasiado porque me gustaba colaborar con él, cualquiera que fuera el asunto que se traía entre manos. Con Justo me pasaba como con la tortuga. Si estaba a su lado, no oía voces ni me acordaba de sueños extraños ni sentía angustia. Por eso me gustaba estar

a su lado. Por eso me gustaba Justo. Él tenía una misión y yo, simplemente, le ayudaba.

Unos meses después, a finales de octubre, apareció por el aparcamiento y me dijo que pasara a recogerle por la mañana, dice Hilario Lazcano. Así lo hice. Recorrimos toda la calle Aragón hasta llegar a Entenza, que estaba cortada a la altura de la Cárcel Modelo. Unos guardias me obligaron a desviarme por Rosellón. Justo me hizo parar en un chaflán.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Pasaron varias furgonetas de la policía. Un hombre que bajaba por Rocafort comentó que en una iglesia cercana estaban deteniendo a un montón de gente. Justo tardó casi una hora en volver.

—Puto comisario... —refunfuñó, nada más entrar.

Pero se le veía contento.

—Te invito a comer —dijo—. ¿Cuál es el sitio más caro de la ciudad?

Fuimos al restaurante del Majestic. Si no era el más caro, poco le faltaba. ¡Qué sitio tan elegante, con aquellos techos tan altos y aquellos cuadros antiguos y aquellos fruteros hermosísimos! Nos dieron una mesa algo esquinada, y un camarero muy estirado quiso llevarse la tortuga. Yo agarré la caja con los brazos y negué con la cabeza.

—Tráigame la carta de vinos —le ordenó Justo.

¡Qué bien comimos! No me acuerdo de los nombres de los platos pero sí de los sabores. Eran sabores que yo no había probado nunca, todos buenísimos. De las cosas que más me gustaban apartaba un cachito y lo echaba a la caja de la tortuga: menudo festín se estaba dando el animal. Justo me miraba comer y me decía:

—¿Te gusta?, ¿quieres repetir?

Acabé tan lleno que tuve que eructar. El camarero estirado puso cara de espanto, y Justo se echó a reír y dijo:

—¡Tráiganos los puros!

A la hora de pagar, sacó un sobre que llevaba en el bolsillo interior y fue poniendo un billete tras otro ante la atenta mirada del camarero. El último billete, que era de propina, lo dejó caer con suavidad, y el camarero nos hizo una pequeña reverencia con la cabeza. De nuevo en el Morris, le pregunté de dónde había sacado tanto dinero, y Justo dijo:

—El buen trabajo hay que pagarlo bien, ¿no?

Luego, como hablando para sí, añadió:

—Puto comisario...

Ésos eran los negocios de Justo, dice Hilario Lazcano. Él vigilaba a gente para la policía, y yo vigilaba a gente para él. Después vino cuando tuve que vigilarla a Ella. No es que no supiéramos su nombre. Es que la llamábamos así. Justo decía Ella y yo decía Ella, y los dos sabíamos que Ella sólo podía ser Ella. La primera vez que la vi fue en una obra de teatro a la que me llevó Justo. Aquello era un disparate, o al menos yo no entendí nada. De repente los tres personajes se ponían a cantar canciones, canciones viejas, como de película en blanco y negro, y luego seguían hablando como si tal cosa, pero las respuestas pocas veces tenían que ver con las preguntas. Yo le daba un codazo a Justo y le decía:

—¿Por qué cantan? ¿Por qué cantan en vez de hablar? ¿Y por qué dicen cosas tan raras? ¿Qué quiere decir eso de que hay cosas que se recuerdan aunque no hayan ocurrido y que sólo porque se recuerdan ya han ocurrido...?

Justo casi nunca me contestaba y, si lo hacía, era para decirme que me callara, y me llamaba idiota. Luego, mientras le llevaba en el Morris, se esforzaba por explicarme el sentido de la historia:

—Lo que pasa es que en el fondo no se conocen. Ni el marido conoce a la mujer, ni la mujer conoce a la amiga... Es una fábula sobre la incomunicación. ¿Lo entiendes ahora?

—Ah, es eso.

—Sí, es eso.

—Así que es una fábula sobre la incomunicación.

—Sí.

—Una historia con un mensaje oculto —dije.

—Efectivamente —dijo.

—Una fábula con un mensaje oculto sobre la incomunicación... —
volví a decir.

La obra se representaba los viernes y sábados por la noche y los domingos por la tarde. Justo iba a todas las sesiones, yo sólo a la de los domingos. Nos sentábamos siempre al fondo de todo. El tercer domingo, mientras le llevaba en coche, le dije:

—Ya he entendido el mensaje.

—Conduce y calla —me dijo, pero yo insistí:

—Ya lo he entendido. La mujer se queja de que hablan de ella como si estuviera muerta, ¿te acuerdas? Pues eso es lo que ocurre. Que están muertos. Muertos los tres. Por eso a veces mienten y a veces dicen la verdad. Porque qué más da lo que digas si tienes toda la eternidad para seguir hablando. ¿Cómo te imaginas tú el más allá, Justo? Para mí que es un poco como esto, con semáforos y escaparates y casas con gente, pero la gente está siempre seria y dice cosas que no hace falta que se entiendan. ¿Tú también lo imaginas así? ¿Eh? ¿También tú te imaginas así el más allá?

Justo soltó un suspiro y miró por la ventanilla.

—Anda, déjame aquí mismo, que vas a llegar tarde al trabajo —dijo.

Yo entonces todavía no sabía que Ella era Ella. Lo supe uno o dos meses después, cuando Justo me dijo que teníamos que asegurarnos de que no le pasara nada malo. Me llevó una tarde a la plaza de Castilla y me dijo que me asomara a una papelería de la calle Tallers. Lo hice. Cuando volví, me dijo:

—La has visto, ¿no? Es Ella. Y tú tienes que ser su ángel de la guarda. Tienes que vigilarla sin que se dé cuenta.

—Muy bien —dije.

A partir de entonces la seguía a todas partes y luego quedaba con Justo y le decía dónde y con quién había estado. Una tarde tuve un incidente con uno de la secreta que me pidió la documentación. Di el nombre de Justo. Estuve rápido, ¿no cree? Le dije que hablara con Justo, y gracias a eso me libré de volver a Baracaldo, porque seguro que había alguna denuncia por mi desaparición o por el robo del coche o vaya usted a saber. Pasé varias horas encerrado en un despacho, hasta que me soltaron sin decirme nada.

Después de aquel día seguí vigilando a gente, pero ya no a Ella, dice Hilario Lazcano. Una tarde tenía el Morris aparcado en un chaflán y, cuando fui a buscarlo, me lo encontré bloqueado por un taxi que estaba en doble fila. No paré de dar bocinazos hasta que apareció el taxista. Me dijo no sé qué. Le contesté. Me agarró de la camisa. Le amenacé con los puños. Mientras se marchaba, tomé nota de su matrícula, que acababa en 296. ¡29 del 6, 29 de junio! ¡Estaba clarísimo! Eso quería decir que ese taxi no estaba ahí por casualidad. Estaba ahí para avisarme. ¿Pero avisarme de qué? Le estuve dando vueltas y más vueltas, y me di cuenta de que los taxistas me seguían, me vigilaban, controlaban mis movimientos... Cuando arrancaba el Morris, un taxi arrancaba detrás de mí. Cuando me paraba, siempre había uno o dos taxis que se paraban por ahí...Y, si aceleraba para alejarme, enseguida me salía otro taxi desde una bocacalle. Estaban organizados. Estaban perfectamente organizados. ¿Qué querían? ¿Qué demonios querían de mí? Venganza, naturalmente. Y no les bastaba con darme un susto. Querían eliminarme, acabar conmigo. Estaban esperando la ocasión propicia: una calle solitaria, sin testigos, tal vez una carretera como la Rabassada, una curva, un precipicio... Pero yo iba a demostrarles que era más listo que todos ellos. Tomaba precauciones. Evitaba los sitios peligrosos. Si veía varios taxis juntos, me las arreglaba para darles esquinazo... ¡A mí no me iban a pillar así como

así! Justo no me acababa de creer cuando se lo contaba.

—¿Todos los taxistas se han aliado contra ti? —decía.

—Bueno, no sé si todos, pero desde luego muchos, casi todos.

—¿Qué interés podrían tener en hacerte nada?, ¿por qué iban a perder el tiempo en eso?

Entonces yo me enfadaba:

—¡Por venganza, ya lo sabes! ¡Siempre lo hacen! ¡No aguantan que alguien haya puesto en su sitio a uno de los suyos!

Justo seguía sin creermelo. Pasaba dos dedos por el salpicadero como para quitarle el polvo y dulcificaba un poco la voz:

—Pero, Hilario, ¿no te das cuenta de que es una locura?

Yo me echaba a reír:

—¿Y tú no estás loco? ¿No estás loco tú, que lo quieres saber todo sobre Ella? ¿No es una locura lo tuyo, ir a todas las sesiones de su función, estar siempre hablando de Ella, estar siempre repitiendo que es una actriz desaprovechada a la que las compañías grandes o el cine o la tele tendrían que contratar? ¿Eso no es una locura?

Un día, en mitad de una de esas discusiones, vi que un taxi hacía unas maniobras sospechosas, pegándose mucho a mí, poniéndose a mi velocidad.

—¿Has visto a ése? —dije—. ¿Lo has visto? ¡Se ha puesto a mi altura, se me ha quedado mirando y luego ha seguido! ¡Quería saber si era yo, quién iba en mi coche...! ¡Ahora estará contándoselo a los demás por el radiotaxi! ¿Me crees ahora o no? ¿Me crees?

Una vez estuvieron de verdad a punto de conseguir su objetivo. Fue en la Vía Augusta, más o menos en el cruce con Balmes. Me paré en un semáforo sin darme cuenta de que el coche que tenía delante era un taxi. Luego se paró un taxi a mi derecha y otro a mi izquierda y otro detrás... ¡Estaba encerrado! Era un tarde fría y oscura, y había poca gente por la calle. Tenía que llamar la atención de los transeúntes, tenía que hacer que los vecinos se asomaran... Toqué el claxon con todas mis fuerzas, y seguí

tocándolo y tocándolo... ¡Era la única manera de impedir que los taxistas pudieran hacerme algo! La verdad es que no recuerdo lo que pasó después. Me desperté en un cuarto de hospital, y a mi lado estaba el policía amigo de Justo, el de la secreta. No tengo ni idea de cómo llegó allí.

—¿Ya estás despierto? —dijo.

—¿Dónde está la tortuga? —dije.

Señaló la caja, dijo vamos y me llevó a casa de Justo.

—Aquí tienes a tu amigo —dijo cuando Justo abrió la puerta.

Fue la única vez que estuve en su casa. Tenía un sofá viejo con unos muelles duros que se te clavaban en la espalda. El de la secreta y Justo estuvieron un rato discutiendo en la cocina. Yo, con la tortuga sobre la tripa, los oía desde el sofá pero no distinguía sus palabras. Supongo que el de la secreta le estaba poniendo al corriente de mi situación: era menor de edad y me había escapado de mi casa, conducía sin carnet, el coche no era mío sino de mi padre... Cuando se fue el de la secreta, Justo me dijo:

—No estás bien, Hilario, vas a tener que ir al médico...

—¡Ja! —dije, incorporándome—, ¡no me he salvado de unos para que tú me entregues a otros que son peores!

Justo sacudió la cabeza, como si ya supiera que le iba a contestar algo así.

Las cosas siguieron más o menos como siempre, dice Hilario Lazcano. Por las noches trabajaba en el aparcamiento y durante el día hacía lo que Justo me ordenaba. Luego todo cambió. Una tarde, Justo me preguntó si tenía ahorros. Yo, sin contarle, le di todo lo que tenía ahorrado, que llevaba siempre conmigo.

—Es bastante —dijo.

—Es que no gasto.

—¿Conoces un pueblo que se llama Vallirana?

Fuimos en el Morris hasta Molins de Rei y cogimos después la

carreterita que llevaba a Vallirana. Pasado el pueblo, había que meterse por un camino que cruzaba una acequia por un puente de cemento y piedras. Llegamos a un terreno sin cultivar, escarpado, con un letrero que decía SE VENDE. Justo arrancó el cartel y lo lanzó lo más lejos que pudo. Desde donde estábamos se veían a un lado unas montañas no muy altas y al otro algunas casas desperdigadas, la más cercana a unos cien metros. Vallirana era entonces un pueblo pequeño y disperso.

—¿Te gusta? —dijo.

No dije nada.

—Es nuestro —dijo—. Tuyo y mío. ¿Te gusta o no?

Miré a mi alrededor: un terreno pedregoso y descuidado, unos bancales algo dispares, unos almendros viejos que a esas alturas del año ya tenían que haber florecido.

—Me gusta —dije.

Justo señaló la parte con los bancales más bajos.

—Allí irá la casa.

Fuimos a un almacén de material para la construcción y compramos dos picos, dos palas y una carretilla que a duras penas conseguimos meter en el Morris. Volvimos a Vallirana al día siguiente.

—Lo primero es rebajar el terreno —dijo Justo.

—¿Pero seguro que entiendes de estas cosas? —pregunté, y me enseñó un libro titulado *Cómo se construye una casa: guía práctica del albañil contratista*.

—Aquí está todo lo que hace falta saber —dijo, pasando unas cuantas páginas hasta detenerse en una con ilustraciones.

Nos pusimos a la obra. Antes de la puesta de sol aún nos dio tiempo de arrancar media docena de almendros y sacar ocho o nueve carretillas de tierra y piedras. Ni él ni yo estábamos acostumbrados a ese tipo de trabajo. Nos hacíamos heridas en las manos, nos dolían los brazos y la espalda. Y a pesar de todo estábamos de buen humor.

—¿No sabes ninguna canción? —dijo Justo—. Los obreros siempre

cantan mientras trabajan. ¡Venga, hombre, canta algo! ¡Seguro que alguna canción sabes!

Me aclaré la voz y empecé:

—¡Una espiga dorada por el soool, el racimo que corta el viñadoodor, se convierten ahora en pan y vino de amoor, en el cuerpo y la sangre del Señor...!

Justo me interrumpió:

—¿No sabes otra?

Reflexioné un poco y volví a cantar:

—¡Qué alegría cuando me dijeeeron: Vamos a la casa del Señoor!
¡Ya están pisando nuestros pieees tus umbrales, Jerusalén...!

Justo me interrumpió otra vez:

—Está bien. Déjalo. ¡Menudos obreros estamos hechos...!

En realidad, esa parte fue la más dura. También la más fea, por lo deslucido de los resultados: el terreno, aunque cada día más igualado y más llano, seguía teniendo la misma apariencia desolada del primer día. Construíamos sin planos de ningún tipo. Justo parecía tener en la cabeza la imagen de la casa. Clavó una estaca en un extremo y echó a andar contando los pasos en voz alta.

—¡Veintiocho, veintinueve y treinta! —gritó—, ¡aquí clavamos otra!

Unimos las dos estacas con una manguera transparente, que luego fuimos llenando con agua de la acequia. Cuando el agua alcanzó una altura determinada, Justo soltó un silbido y yo hice una marca en la madera.

—Estamos nivelando el terreno —explicó.

Repetimos la operación con otra estaca y luego con otra, hasta completar un rectángulo de unos veinte metros por quince. Después tendimos un cordel entre las cuatro estacas cuidando de que coincidiera exactamente con las marcas y, durante un par de días, apisonamos la tierra para igualarla a la altura del cordel. Con otras cuatro estacas

trazamos un nuevo rectángulo, más pequeño que el anterior. En el margen que quedaba entre uno y otro teníamos que hacer las zanjas para los cimientos. Había que hacerlas deprisa, antes de que la lluvia o el viento lo mandara todo al carajo. A medida que cavábamos, rellenábamos con piedras. Un día llegó un camión con sacos de cemento y grava. Justo consultaba una y otra vez el libro, que estaba ya arrugado y lleno de pegotes, y con voz firme me daba instrucciones para hacer la mezcla en un cajón. El hormigón lo echábamos despacio y procurando que llegara hasta el fondo, y después alisábamos la superficie con maderos y escobas. Cuando por fin terminamos los cimientos, Justo se lavó las manos en el cubo y comentó:

—Esto ya empieza a parecer una casa, ¿no?

Pero a mí aquello sólo me parecía una pista de tenis, una pista algo más achatada que las que salen por la tele, dice Hilario Lazcano. Trabajábamos dos o tres días a la semana, así que las obras avanzaban despacio. A mediados del verano nos llegó el primer cargamento de ladrillos, y entonces sí que empecé a tener la sensación de estar construyendo algo. Cada jornada de trabajo significaba ocho o diez metros cuadrados de pared. Aquello iba poco a poco creciendo, y cualquiera que pasara por allí se daría cuenta de que lo que estábamos haciendo era una casa. No un almacén ni una caseta de labranza ni una paridera para las ovejas: una casa. Eso sí, una casa extraña, de una sola planta pero bastante más alta que las casas normales, con un vano desproporcionadamente grande para la puerta, con varios huecos para ventanas en una parte y ninguno en la otra. Un chico de unos doce años venía con la bicicleta, se sentaba a la sombra y nos miraba trabajar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Noel —contestó.

—¿Noé, como el del arca?

—No, Noel como el de las navidades.

—Qué nombre tan raro.

—Vivo allí —dijo, señalando la casa más cercana.

Al principio le mandábamos por agua a la acequia y le dábamos unas pesetas de propina. Luego, sin que nosotros se lo pidiéramos, se acostumbró a llevar y traer la carretilla. A finales de verano era ya como uno más de la cuadrilla, y cada vez que llegábamos en el Morris nos lo encontrábamos esperándonos al lado de su bici. Trabajábamos los tres juntos, con el torso descubierto y un pañuelo o una gorra sobre la cabeza.

—¿A qué se dedica tu padre? —le dije un día.

—Hace palíndromos.

—¿Qué es eso? —dijimos, y nos lo explicó: frases que se pueden leer igual empezando por el principio y por el final.

Justo se frotó el cuello.

—¿Y de eso se puede vivir? —dijo, y Noel, señalando mi tortuga, que andaba por ahí cerca, dijo:

—¿Se puede vivir de tener una tortuga?

Nos echamos todos a reír. Fue el chico el que dijo que, mirando la casa desde un lado, podía parecer una iglesia, una de esas iglesias de ladrillo visto de los barrios pobres. A partir de septiembre, con el comienzo del curso, ya sólo venía a ayudarnos si trabajábamos en sábado o en domingo. Para entonces el exterior estaba muy adelantado, y habíamos empezado a levantar los tabiques y las paredes maestras. Justo seguía teniendo los planos en la cabeza, e iba de un lado para otro contando los pasos e indicando las cosas como si las estuviera viendo. Decía:

—Aquí irá un pasillo, y aquí una puerta, y allí otra...

Distribuíamos el espacio poniendo sólo las primeras filas de ladrillos. Cuando Justo dio por concluida esa fase, aquello parecía uno de esos yacimientos arqueológicos en los que sólo ves cimientos y trozos de suelo y de muro y a partir de ahí tienes que imaginar cómo era esa construcción romana o íbera o lo que fuera. Me situé en el centro exacto

de la casa y miré a mi alrededor.

—En este lado hay ventanas y en éste no, en este lado hay varias habitaciones y en éste sólo una —dije.

—Tiene que ser así —dijo.

—¿Pero no es un poco raro?

—Cuida con la tortuga, que se está escapando otra vez —dijo—.

¿Por qué no la encierras en el coche y te olvidas de ella?

Una noche, mientras dormitaba en la garita, soñé que la casa estaba terminada, dice Hilario Lazcano. Vi el edificio tal como seguramente llevaba meses viéndolo Justo: una puerta grande por la que se accedía a un recibidor apenas amueblado, un pasillo a la izquierda que llevaba a las habitaciones, un cortinón rojizo a la derecha... En el sueño me detenía un instante a observar algunos detalles: el ajedrezado en blanco y rojo del suelo, el papel de la pared, que me recordó al del restaurante del Majestic, los apliques, antiguos y elegantes... Luego buscaba la abertura de la cortina y, cuando por fin daba con ella, me encontraba en mitad de un teatro, un teatro normal, un patio de butacas con un pasillo en rampa que desembocaba al pie del escenario... Me desperté sobresaltado. Era eso. De golpe comprendí que Justo no estaba construyendo una casa sino un teatro. Un teatro pequeño. Un teatro para Ella. Un lugar en el que Ella sería feliz ensayando sus obras extrañas e incomprensibles... Aquello tendría que haberme molestado, ¿no cree? Descubrir que la casa que estábamos construyendo, esa casa que iba a ser suya y mía, en realidad no estaba pensada ni para él ni para mí... Y sin embargo no me molestó. Al contrario. Me di cuenta de que lo que estábamos haciendo era mucho más que construir una simple casa. Estábamos erigiendo un monumento en honor a Ella, estábamos levantando una catedral consagrada al amor por Ella. Me pareció un propósito tan noble y elevado que decidí no volver a masturbarme hasta que las obras estuvieran acabadas. Era lo mínimo que podía hacer. Yo en aquella época me masturbaba hasta cinco o seis veces

al día. Me masturbaba dos o tres veces en el aparcamiento, y después otra vez en la ducha, y luego una o dos más cuando me echaba la siesta. Me masturbaba siempre pensando en mujeres grandes de tez oscura que en el momento del éxtasis me agarraban por el cuello y me hacían hundir la cara en sus enormes pechos hasta casi cortarme la respiración. Pero aquello era sucio y pecaminoso, y no quería que mi suciedad y mis pecados impregnaran de ningún modo nada que tuviera que ver con Ella o con el sublime amor que Justo sentía por Ella. ¿Hay algo más noble que el más noble de los amores? ¿Y algo más noble que la castidad? Por un motivo como ése podía aguantar sin masturbarme todo el tiempo que hiciera falta. Y, entiéndame, no se trataba de un sacrificio, que es algo que quitas y por tanto es feo, sino de una ofrenda, que es algo que das y por tanto hermoso. Una ofrenda o un voto o una promesa de pureza...: como quiera usted llamarlo.

Viví en Buenos Aires durante el último gobierno de Perón, dice Marc Jordana. Llegué en septiembre del 73, muy poco antes de que ganara sus últimas elecciones, y volví a Barcelona en julio del año siguiente, sólo unos días después de su muerte. Recuerdo el cortejo fúnebre recorriendo la avenida de Mayo entre cientos de miles de personas que se abrazaban unas a otras sin poder contener el llanto... Fue una época convulsa y, a su manera, apasionante. Las cosas cambiaban de un día para otro, y nadie era capaz de predecir cómo estaría el país una semana o un mes después. Bueno, en realidad sí que se podía predecir: allí todos estaban de acuerdo en que las cosas estaban muy mal pero sólo podían ir a peor... Pero yo no había ido a Buenos Aires atraído por su inestabilidad política. Yo había ido hasta allá lejos para ponerme al día de las cosas que pasaban. Mientras en nuestra provinciana España nos costaba Dios y ayuda estar al corriente de las novedades que llegaban de París, Londres o Nueva York, los argentinos parecían tener línea directa con los principales focos de cultura del mundo. Aquí, por ejemplo, aún no

se había oído hablar de expresión corporal, y allí era ya una disciplina perfectamente asentada. Gracias a mis contactos con la gente del teatro logré meterme en ese mundillo, y en poco tiempo me convertí en todo un experto. ¿En qué consiste la expresión corporal? Muy sencillo. Nuestra comunicación con los demás no es exclusivamente verbal. A través de los gestos nuestro cuerpo habla por nosotros, exterioriza mucho de lo que hay en nuestro interior, y esa comunicación empieza a ser rica y significativa en el momento en que somos conscientes de que existe un lenguaje del cuerpo que cualquiera es capaz de desarrollar y perfeccionar. Un lenguaje hecho también de frases y de palabras, pero de frases y palabras corporales o, como se dice en el argot, psicofísicas. A partir de ahí, todo es sencillo. Si las palabras y las frases sirven igual para comprar unas sardinas que para componer un poema memorable, estas otras palabras y estas otras frases, las psicofísicas, permiten también transmitir los mensajes más irrelevantes y los más sublimes: permiten crear arte. Está claro, ¿no?

De Buenos Aires volví con la idea de enseñar a los barceloneses a crear arte con sus cuerpos, dice Marc Jordana. Tenía su lógica: quienes se dedicaban a las *performances* o al *body art* debían de estar suspirando por que alguien como yo les iniciara en las técnicas de la expresión corporal. Mi idea era montar una academia y vivir de impartir mis conocimientos. Sólo había un problema: que aquí, en aquella época, nadie había oído hablar de *performances* o de *body art*. Tardé muy poco en renunciar a esas aspiraciones. Mi situación financiera era además bastante apurada y, aunque ese mismo verano llegué a organizar unos cuantos cursillos para actores aficionados, enseguida comprendí que sólo podría ganarme la vida trabajando en algún colegio. En aquellos años finales del franquismo había ya bastantes de esas escuelas progresistas que intentaban adoptar los métodos pedagógicos más vanguardistas, y un par de asociaciones de padres me contrataron para impartir cursillos a sus hijos. Convencer a los

padres no fue difícil. Les hablaba de la necesidad de integrar los planos físico, afectivo, social y cognitivo de la persona, o de liberar energías orientándolas hacia la expresión del ser, o de dar salida a la espontaneidad creadora del individuo... Lo difícil no era eso sino impedir que los padres asistieran a las sesiones. Por muy modernos y progresistas que fueran, no estaba seguro de que supieran apreciar en sus justos términos el espectáculo: sus hijos moviéndose como locos por un gimnasio, chocando una y otra vez contra las paredes, dando más vueltas que un derviche giróvago, fingiendo que se lanzaban pelotas imaginarias, meneándose sin gracia ni compás, revolcándose por el suelo al son de una música estridente... Cada vez que un adulto se asomaba para ver en qué consistía eso de la expresión corporal, había un alumno que ya nunca reaparecía por el curso. Pero entonces eran muchos los padres deseosos de fomentar en sus hijos eso que a ellos les había estado vetado, la creatividad, y durante algunos años logré conservar unos grupos que al menos me permitieron ganarme la vida. Podía ser que lo mío tuviera mucho de engañabobos o de charlatán de feria, pero yo no lo sentía así. Creía en lo que hacía. Creía en un futuro en el que los ciudadanos serían mejores que nosotros, más cultos y más libres que los que habíamos nacido y crecido en el franquismo. De ahí que me tomara tan en serio mi trabajo y que no escatimara el menor esfuerzo. Para mantenerme al día en los avances de mi disciplina estaba Manel, un dependiente de la librería Catalònia que me informaba de las novedades publicadas en Francia y, si me interesaban, me las hacía traer de extranjis.

Fue en la Catalònia donde me volví a encontrar a Justo, dice Marc Jordana. Me lo encontré dos veces. La primera vez fue hacia el otoño de 1974. Yo estaba despidiéndome de Manel cuando le vi pasar en dirección a la caja. En ese momento su cara me resultó familiar, pero no acertaba a recordar cuándo nos habíamos conocido. Fui también yo a la caja y eché un vistazo a los libros que se disponía a pagar. Eran dos, los dos de la

colección Austral: *Camino de perfección* de Santa Teresa de Jesús y las *Obras escogidas* de San Juan de la Cruz. Un aficionado a la literatura mística, pensé. Tal vez un profesor de literatura o un poeta anticuado y tristón. ¿Dónde lo había visto antes? Le vi pagar con un billete de cien y recoger el cambio y, cuando la señorita de la caja le dio las gracias, él contestó diciendo buenas tardes. ¿Dónde había oído yo esa voz? Le seguí con la mirada y una frase resonó en mi interior: ¿Pero vosotros sois pareja o no...? Claro. Ya lo tenía. Dejé mis libros junto a la caja y salí detrás de él. Le alcancé en el semáforo de El Corte Inglés. Le tendí la mano y le dije:

—Tú y yo nos conocemos, ¿verdad?, ¿tú no eres el que se folló a mi novia en Montserrat?

Ahora puede sonar ofensivo y brusco, pero hay que pensar que en aquella época el sexo era algo subversivo, un acto de resistencia política contra la dictadura, y entre la gente de mi entorno una pregunta así no debía entenderse como una provocación sino como una invitación a la complicidad. Pero está claro que esa complicidad no existió entre él y yo. Justo me miró en silencio, negando levemente con la cabeza, y yo retiré la mano y me sentí obligado a decir:

—No te preocupes. Chantal ya no es mi novia. Hace mucho que rompimos. Y en realidad tampoco me importó demasiado...

—¿Qué ha sido de ella? —me preguntó, mientras la gente pasaba como en estampida en dirección al paseo de Gracia y la plaza de Cataluña.

—Creo que volvió a su ciudad, a Salamanca, y que se casó con su primer novio y vuelve a llamarse Loreto.

Él seguía a la defensiva y yo, por decir algo, hice un gesto hacia sus libros.

—Te gusta leer a los clásicos... —dije, y entonces él dijo una frase que se me quedó grabada:

—Me gustan los escritores que saben purificarnos con las palabras.

Era una frase extraña. Extraña en aquel contexto, y sobre todo extraña para alguien como yo, que desde jovencito me había dedicado a combatir la gastada y mugrienta retórica de los curas. ¿Me encontraba ante un fanático religioso? Si así era, ¿qué demonios pintaba aquel hombre en un acto de protesta contra ese régimen de tragasantos y meapilas? Lo que estaba claro era que aquel tipo y yo no teníamos nada en común. Hice un gesto de despedida y dije que debía recoger unos encargos. Mientras entraba en la librería, me volví para mirarle pero había desaparecido entre el gentío.

Mi relación con Chantal se había roto definitivamente a las pocas semanas de lo de Montserrat, dice Marc Jordana. Después, durante algún tiempo, nos seguimos llamando por teléfono, y así fui sabiendo de su vida: primero de su extraña detención y luego de su regreso a su ciudad y a su verdadera identidad, de sus planes de boda... De golpe y porrazo, la loquita de Chantal había decidido volver a ser la sensata y formal Loreto, y sin duda con esa transformación había tenido mucho que ver su paso por la comisaría de Vía Layetana. Aquello debió de ser un auténtico trauma para ella. La señorita de provincias, la chica de familia bien, acostumbrada a la deferencia y el servilismo, no podía ni imaginar que unos policías pudieran ultrajarla como lo hicieron. Al parecer, esos matones la trataron como a una puta, la forzaron a contar todo tipo de intimidades y, al final, hasta la golpearon. De las lesiones que le provocaron no puedo dar fe porque no llegué a verla, pero sí puedo decir que el día que me llamó estaba histérica y fuera de sí.

—¡Me han pegado, Marc! —gritaba por el teléfono—, ¡esos perversos me han interrogado sobre mi vida sexual y luego me han abofeteado! ¡Si me vieras ahora, ni me reconocerías! ¡Tengo la cara amoratada y deforme y no me atrevo ni a salir de casa! ¡Tengo miedo, Marc, mucho miedo...!

Yo intentaba consolarla y calmarla, pero en el fondo no estaba

seguro de que no estuviera exagerándolo todo: ¿qué interés podía tener la policía en una descerebrada como ella? Chantal, mientras tanto, seguía gritando:

—¡Si me vieras, Marc, si vieras cómo me han dejado...!

Eso debió de ser en la primavera del 71. Luego, en verano, se fue de viaje por Italia con sus padres y me mandó desde Florencia una postal que venía ya firmada por Loreto. Siguió aún unos meses más viviendo en Barcelona, pero siempre que me llamaba me hablaba de Salamanca y de su familia y de sus amigos de toda la vida. Después nuestra comunicación se fue espaciando, y lo último que recuerdo fue que, al poco de llegar a Buenos Aires, le envié una postal con un retrato de Gardel. Cuando regresé de Argentina y empecé con los cursos de expresión corporal, Chantal pertenecía ya a un pasado que me parecía lejanísimo. Por eso me extrañó tanto que, una tarde de enero de 1976, el conserje de uno de los colegios en los que trabajaba me dejara una nota con su nombre (Loreto, claro) y un número de teléfono de su ciudad. ¿Cómo se las habría arreglado para localizarme? Dando por sentado que se trataba de algo importante, la llamé esa misma noche. Me hizo esperar unos segundos mientras se cambiaba a un supletorio desde el que hablar con tranquilidad y luego, sin entretenerse en prolegómenos y como si no hubieran pasado cinco años desde nuestra última conversación, dijo:

—¿Te acuerdas de Justo, aquel tipo, el de Montserrat? ¡Fue él!, ¡fue él el que me denunció a la policía e hizo que me torturaran! ¡Estoy segura!

Le pregunté qué motivos tenía para creer eso y dijo:

—Lo sé, Marc. Simplemente lo sé. Llevo todo este tiempo dándole vueltas y sé que sólo pudo ser él. ¡Algunas noches aún sueño que estoy en ese despacho siniestro y que varios policías me están amenazando, y siempre los policías tienen su cara! ¡Siempre!

Yo me limité a decir:

—Me alegra ver que no has cambiado nada y sigues siendo la misma

de siempre...

Ella no percibió en mi voz el menor rastro de ironía y, antes de colgar, me insistió una y otra vez en que tuviera cuidado con ese hombre si por casualidad le volvía a ver.

—Claro que sí —le dije, despidiéndome, pero en realidad no concedí demasiada importancia a su revelación (ésa es la palabra), y ni siquiera se me ocurrió comentarle que en una ocasión me había encontrado al tal Justo y había hablado con él.

¿He dicho ya que estábamos a comienzos del 76?, dice Marc Jordana. Es decir, unos pocos meses después de la muerte de Franco: una época de incertidumbre pero sobre todo de esperanza, porque, al contrario de lo que había notado en Argentina poco antes, aquí las cosas sólo podían mejorar. Todos los días había manifestaciones, huelgas, asambleas, y los muros amanecían repletos de pintadas y pasquines con todo tipo de denuncias y reivindicaciones. Un día del mes de marzo (o abril, o mayo, ¿cómo saberlo con precisión?), bajando por Balmes, vi en los muros del seminario unos pequeños carteles con la foto de Justo. Eran los típicos carteles hechos a ciclostil, chapuceros, borrosos, pero se le reconocía perfectamente. Imitaban los de los bandidos de las películas de vaqueros: encima de la foto ponía SE BUSCA y debajo, precedido de su nombre y su apellido, CHIVATO DE LA SOCIAL. Me detuve a observarlo y pensé en Chantal: ¿cómo podía ser que ella, que estaba tan lejos y tan desconectada y que sin duda desconocía la existencia de esos carteles, lo supiera todo desde hacía meses? A los locos se les atribuyen a veces extraños poderes adivinatorios, y Chantal estaba un poco loca, lo que quizá quería decir que también era un poco adivina... No puse en duda la acusación del cartel. Lo poco que sabía acerca de Justo encajaba con la idea que cualquiera podría tener de un confidente policial: su presencia en Montserrat, su costumbre de tomar notas de todo lo que se decía, su actitud esquivia, propia de quien tiene mucho que ocultar... Me

acordé de los libros que le había visto comprar, pero ¿dónde está escrito que un chivato no pueda sentir debilidad por Santa Teresa y San Juan de la Cruz? Me acordé también de aquella frase suya sobre la purificación a través de la palabra: una afirmación llamativa en alguien como él, que usaba el poder de la palabra para ensuciar y no para limpiar, para hacer daño y no para curar.

Pero, como ya he dicho, a Justo aún me lo encontré una vez más, también en la librería, dice Marc Jordana. Habrían pasado unos dos meses desde lo de los carteles, y en esa ocasión no hablamos. Yo entraba y él salía, y nos topamos casi de frente. Me aparté para dejarle pasar, y mientras tanto le lancé una mirada de reprobación y de asco. ¿Me vio? ¿No me vio? Y si me vio, ¿me reconoció? Aunque lo raro fue que yo lo reconociera al instante, porque estaba muy cambiado. Estaba envejecido, estropeado. Caminaba despacio, cojeando de forma ostensible, y llegué a tenerlo tan cerca que distinguí claramente la cicatriz en forma de hache minúscula que le cruzaba la mejilla. ¿Qué le habría pasado? Llevaba un pequeño paquete en la mano. Me acerqué a Manel, que estaba en la caja, y le pregunté qué libros había comprado.

—Vintila Horia —dijo.

—¿Vintila Horia? —repetí.

—El escritor rumano.

—Ah, sí, uno con fama de fascista.

—Ése —dijo, y pensé que tenía cierta lógica que un tipo que colaboraba con la policía política franquista leyera libros de un fascista.

—Qué hijo de puta —dije.

Manel me miró como preguntándome si me refería a Vintila Horia o al hombre que acababa de salir.

En septiembre u octubre del 74 empecé a salir con Carmela, mi querida Carmela, dice Mateo Moreno. Carmela trabajaba en la comisaría

de plaza de España, en la sección de pasaportes. Al principio, cuando me la encontraba, yo no le hacía demasiado caso, pero ella me sonreía y me daba conversación, y algunos días nos escapábamos a tomar café y era siempre tan atenta conmigo y me decía cosas tan agradables que llegó un momento en que no pude quitármela de la cabeza. Acabé enamorándome locamente. ¡Es tan difícil resistirse a ser querido! Lo curioso es que la misma chica que al principio ni siquiera me había atraído luego me parecía sencillamente una diosa. ¡Qué sonrisa, qué ojos, qué voz! O a lo mejor era sólo que ahora sentía que esa sonrisa era para mí y que esos ojos me miraban a mí y que esa voz me hablaba a mí... Me habían gustado otras mujeres, me había enamorado otras veces, pero nunca antes había sentido que la atención de una mujer me convirtiera en una persona distinta, superior. Si yo era bueno, lo era por ella. Si había en mí algo hermoso, era sólo porque Carmela sabía sacarlo a la luz. Estando a su lado me ocurría que quería parecerme a la imagen que ella me devolvía de mí mismo. Si Carmela me quería comprensivo o delicado, haría cuanto estuviera en mi mano con tal de serlo. Si me prefería firme y protector, también. Por Carmela estaba dispuesto a ser lo que ella quisiera que fuera, y ella sabía que a cambio sólo pedía una cosa: su amor. ¡Ah, cuánto nos quisimos en aquella época! ¡Y cuánto, aunque de distinta forma, hasta que la enfermedad se la llevó de mi lado hace tres años! Carmela vivía con sus padres y cuatro de sus siete hermanos en San Andrés, y desde el comienzo me aceptaron como uno más de la familia. Familia, qué palabra tan rara si uno se para a pensarla... Quienes jamás tuvimos nada que pudiera llamarse así ¿cuántas veces tendríamos que pronunciarla para que empezara a tener algún sentido? Los domingos se juntaban todos, los que vivían en casa y los que no, y preparaban unas paellas gigantescas y hablaban todos a gritos y a la vez y alguno de los chicos acababa tocando la guitarra. Luego, si hacía buen tiempo, se iban a pasar la tarde a unos jardines que había junto a la plaza del Congreso Eucarístico, y allí, quien más, quien menos, todos terminaban echándose

la siesta para hacer la digestión, ja ja. A mí me fascinaba que los hijos hubieran heredado la forma de hablar y de reír y de comportarse de sus padres, que a su vez la habrían heredado de sus padres y sus abuelos andaluces. Veía en ello una continuidad de algo que, bueno o malo, resistía el paso del tiempo y los cambios de lugar. Algo sólido, por tanto. Un punto de partida al que, en el peor de los casos, siempre podías volver. Como en el juego de la oca. A lo mejor la familia era sólo eso: saber que siempre había una casilla desde la que volver a empezar. Yo, en cambio, como nunca había tenido algo así, tampoco tenía esa posibilidad... En cuanto Carmela y yo nos hicimos novios, su familia pasó a ser también la mía. Tenía veintiséis años y por primera vez pude intuir lo que era tener padres o hermanos. Y era bonito, ¿me explico?, y ni siquiera reprochaba al destino que durante tantos años me hubiera privado de algo que todo el mundo tenía... ¡Ay, Carmela, cómo la echo de menos y cómo echo de menos toda la felicidad que ella me dio!

Por entonces Justo también estaba enamorado, pero yo todavía no lo sabía, dice Mateo Moreno. O no me lo tomaba en serio. ¿Cómo iba a tomarme en serio un amor así, el amor de alguien que no podía o no quería o no se atrevía a acercarse a su chica? Los enamorados creen que la única forma posible de amor es la suya. O, mejor dicho, creen que el suyo es el único amor posible. Como si en todo el universo no hubiera sitio para más amores y estar enamorado te hiciera dueño de todas las reservas de amor del mundo. Como si al lado del tuyo no pudiera existir ningún otro amor, ninguno que se le igualara. Lo mío por Carmela era amor. Lo de Justo por Carme Román me parecía, no sé, algo enfermizo, una insensatez, una excrecencia del amor. ¿Cómo imaginar que alguien como él pudiera albergar un sentimiento tan hermoso y elevado como el que yo experimentaba por Carmela? A esas alturas, Justo se había convertido en un tipo degradado, nauseabundo. Un hombre que vivía de traicionar a los demás, de hacer daño a la gente que tenía cerca, un

hombre acostumbrado a vivir sin afectos. Yo, desde luego, desdeñaba esa supuesta pasión suya por Carme Román. Por eso sus exigencias me parecían sencillamente disparatadas. Justo pretendía que Carme quedara al margen de toda investigación. Ni yo ni ningún otro inspector de la Social debía molestarla, y eso quería decir que tampoco había que molestar a su amiga Clara ni al marido de su amiga Clara, pero tampoco a los amigos del marido de Clara, que eran los que habían fundado la Agencia Popular Informativa...

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —le decía en la barra del Sapporo—. Y si te hubieras enamorado de la Pasionaria, ¿qué? ¿Me pedirías entonces que no le tocáramos un pelo a ningún comunista? Mira, Justo, o me entregas a gente de la API o hago lo que tengo que hacer y agarro a alguien por mi cuenta. Ya sabes que ahora lo tengo fácil...

Justo comprendió que le estaba amenazando con interrogar a la chica y dio un respingo. Me puse serio:

—¿Te imaginas lo que diría el comisario si se enterara? Que estés enamorado o encoñado o lo que sea, me trae sin cuidado. ¡Por mí como si te enamoras de un hámster! Ese problema es tuyo, no mío. Y la cuestión es: ¿qué saco yo de todo esto?

Justo, sombrío, agachó la cabeza.

—Dame tiempo, dame un par de semanas y te consigo algo a cambio —dijo, y yo le agarré del cogote y traté de bromear:

—¿Y qué?, ¿te la meneas mucho pensando en ella? ¡Ese culito, esas tetas que no vas a catar...!

Él me apartó de un manotazo, pero yo le volví a agarrar, ahora con fuerza. Dije:

—Déjame que te diga una cosa. Tíratela. Arréglatelas como sea, pero tírate de una vez a esa chica y olvídala. Te irá mejor así, Justo. Hazme caso.

La verdad es que cumplió su palabra, dice Mateo Moreno. No habían

pasado ni dos semanas, y Justo me llevó a la Zona Franca y señaló desde lejos unas casitas de muros despintados.

—¿Ves aquel local, el que tiene bajada la persiana metálica? —dijo.

—¿Donde dice Filaturas Vila?

—El siguiente —dijo, y yo solté un bufido de asentimiento.

—Allí está la imprenta de *Universitat*.

—¿Estás seguro?

—Suelen empezar a primera hora, cuando vienen todos los de las fábricas. Siguen el mismo horario que el taller de al lado. Por el ruido.

Monté un pequeño dispositivo de vigilancia para comprobar la información, y al cabo de cuatro o cinco días intervinimos. Cogimos a tres chicos empaquetando ejemplares del último número, y después de interrogarlos cogimos a seis más. Con *Universitat* ocurría siempre lo mismo. Los pillábamos, los mandábamos al Tribunal de Orden Público, nos incautábamos de la imprenta, desmantelábamos la red de distribución, y en muy poco tiempo, cuando creíamos que la revista era ya cosa del pasado, volvía a aparecer como si nada. Era como chafar un globo: si aprietas por un lado, se hincha por otro. Pero, aun así, la operación había sido un éxito, un éxito personal mío, y recibí las felicitaciones de mis superiores. Cuando nos veíamos en el Sapporo, el cabrón de Justo no paraba de tocarme los cojones: que si ya tenía el ascenso en la mano, que si la condecoración no habría quien me la quitara, que si a ver si me estiraba un poco y le hacía un buen regalo... Me hacían tan poca gracia sus chistecitos que acabé poniéndome borde. Le dije:

—Mira, Justo, no te creas que con esto estamos en paz. Por entregarme a la gente de esta revista los de la otra no se van a ir de rositas. Mi deber es pillar a unos y a otros. Está claro, ¿no?

Ahí acabaron las bromitas de Justo, y ahí empezó una etapa que recuerda un poco eso de las *Mil y una noches*, lo de la chica que para salvar su vida tiene que contar cada noche un nuevo cuento. Sólo que aquí

era Justo el encargado de salvar a la chica, y los cuentos tenían que ser historias de verdad, historias reales, muy reales...

Pero las cosas eran bastante más complejas de lo que ahora puede parecer, dice Mateo Moreno. Franco había estado a punto de morir ese mismo verano, y todo el mundo sabía que no duraría mucho. ¿Y qué ocurriría cuando Franco no estuviera? En jefatura, lo que más preocupaba a unos y a otros era poner el culo a salvo. Por lo que pudiera pasar o, como se decía entonces, por si se daba la vuelta a la tortilla. Esa expresión se utilizaba mucho, y nadie quería significarse demasiado, por si de verdad acababa dándose la vuelta a la tortilla. ¿Quién te aseguraba que los mismos tipos a los que enviábamos a incomunicados no fueran a ser nombrados el día de mañana directores generales o ministros? No digo que no cumpliéramos con nuestro deber de perseguir a los enemigos del régimen. Lo cumplíamos, claro que sí. Pero nadie quería patatas calientes. Sólo algunos de los comisarios más veteranos, los que habían hecho la guerra, los que estaban ahí por viejos méritos y viejas fidelidades. A éstos ya no había quien los cambiara y, si el régimen se hundía, ellos se hundirían con él. Lo que yo veía era que Revuelta y la gente como Revuelta se habían acostumbrado a nadar y guardar la ropa. Si pillaban a un pez gordo, le trataban con unos miramientos que daba pena verlos. Parecía que le estuvieran diciendo: Acuérdesse de mí si algún día llega a tener un cargo, acuérdesse de que ni le he gritado ni le he puesto la mano encima, dese cuenta de que en el fondo soy un demócrata como usted... Por otro lado, los tiempos estaban más revueltos que nunca, y ante el gobernador civil había que aparentar que aplicábamos a nuestra labor la misma energía de siempre. Irrumpíamos en asambleas y reuniones clandestinas, reprimíamos con contundencia las manifestaciones, deteníamos a los cabecillas... O sea, lo de siempre. Lo de siempre con los mismos de siempre porque, se diga lo que se diga, antifranquistas activos eran pocos, y los conocíamos a casi todos. Unos

cuantos estudiantes, unos cuantos trabajadores, un par de profesionales, algún artista excéntrico, y para de contar. El resto de la gente estaba a verlas venir: pobres o ricos, viejos o jóvenes, catalanes o no... Si al cabo de un tiempo convenía seguir siendo franquistas, lo seguirían siendo y, si había que hacerse demócratas, pues se harían demócratas, y punto. Luego, tras la muerte de Franco, parecía que todo el mundo era demócrata de toda la vida. Salían demócratas de debajo de las piedras... ¿De verdad crees que, si hubiera habido tanto demócrata y tanto antifranquista, el régimen habría acabado como acabó, con Franco muriendo de viejo y en la cama? No me hagas reír, hombre.

Yo mismo, al igual que mis compañeros, empecé a moverme con cierta prudencia, dice Mateo Moreno. Lo importante era que nadie te colgara ningún muerto. Si en ese momento me llegan a decir que tengo a Felipe González tomando café en el bar de abajo de mi casa, a lo mejor hago como que no lo he oído... ¿A quién le apetece pasar a la historia como el tipo que detuvo a un futuro presidente del gobierno? Por eso, mucha de la información que me pasaba Justo prefería quedármela para mí y no transmitírsela a Revuelta, que podía obligarme a hacer quién sabía qué cosas. Y la información de Justo volvía a ser buena. Cómo y de dónde la sacaba, lo ignoro, porque la verdad es que a esas alturas no debía de resultarle sencillo. Pero Barcelona es una ciudad grande, y entre las organizaciones clandestinas había muy poca comunicación, de forma que los rumores sobre sus chivatazos podían llegarles o no, y alguien habilidoso como él ya sabía a quién podía arrimarse y a quién no... Si hiciera ahora la lista de todos los antifranquistas que ese año me entregó, sus nombres llenarían unas cuantas cuartillas. Y casi ninguno de ellos era un pringado: había gente que formaba parte de comités ejecutivos, y gente que después ha estado en el Congreso y en la Generalitat, y gente que ha dirigido periódicos y cadenas de radio, y sindicalistas que luego he visto en los telediarios... La importancia de algunos de esos nombres

tal vez tendría que haberme hecho recapacitar sobre la seriedad del amor de Justo por Carme Román. ¡Porque todo aquello lo estaba haciendo sólo por ella! ¡Se estaba comprometiendo, se estaba arriesgando de ese modo sólo por preservarla a ella, por evitar que pasara por Vía Layetana, y la categoría de sus presas era proporcional a la intensidad de su pasión! Pero yo estaba ciego, y la frialdad y la saña con que Justo se aplicaba a delatar a opositores sólo me parecían una manifestación más de su aversión al mundo. Para mí era como si su resentimiento, que en otra época se había concentrado en las personas que le habían dejado en la estacada, se hubiera extendido a toda la humanidad. A toda sin excepciones, o a toda con la única excepción de Carme. Ni siquiera este último detalle me hacía reflexionar.

Las cosas no habían cambiado, no para mí, dice Mateo Moreno. Cuando nos veíamos en el Sapporo, acababa haciéndole las bromas de siempre:

—¿Te la has tirado ya?, ¿eh, Justo?, ¿te la has tirado? ¡No es tan difícil, hombre! ¡A ver si te vas a pensar que a las mujeres no les gusta chingar! A todas les gusta. A ésa también, ¡ya te digo yo que sí...!

Entre tanto, a Carme Román nadie le tocaba un pelo. Ni a ella ni a sus amigos de la API. Pero no porque eso formara parte de ningún trato, sino simplemente porque teníamos cosas más urgentes en que pensar. Unos chicos que tenían dinero suficiente para enviar sus boletines por correo no podían preocuparnos demasiado... ¡Qué paradoja!, ¿no? ¡Qué paradoja y qué disparate a la vez! Por un lado, Justo delatando a gente y más gente y creyendo que así protegía a Carme; por otro, yo aceptando todas esas delaciones tuyas y luego tirándolas a la papelera... Cuantos más opositores me entregaba Justo, menos podía yo hacer con ellos. Durante toda esa temporada, apenas cuatro o cinco de sus soplos me fueron verdaderamente útiles. Lo más sonado fue la detención del Cifu en un paso fronterizo, en el del Coll del Portillon, por el Valle de Arán. El

Cifu era Andrés Sánchez Cifuentes, un viejo comunista que había hecho la guerra y había pasado por varias cárceles en los años cincuenta. ¿Cómo demonios se enteraría Justo de la hora y el sitio por el que tenían previsto meterle en España? Para nosotros era importante dar un buen golpe al aparato de fronteras: que no se creyeran que podían estar entrando y saliendo cuando quisieran. Además, el hecho de que fuera comunista nos ponía las cosas más fáciles. En aquella época pensábamos que las cosas podían cambiar, pero no tanto como para que los comunistas llegaran a ser legalizados, y mucho menos para que llegaran a ocupar algún cargo importante o gobernar algún ayuntamiento. Estábamos ya en febrero del 75. Justo me había dicho que al Cifu lo traerían por la mañana en un Renault 10 granate. Salimos para allá a medianoche. Íbamos en dos coches, y hacía un frío de mil demonios. Entre las curvas y las placas de hielo de la carretera no pasábamos de los veinte por hora. Para colmo, cuando llegamos empezó a nevar. Dejamos los coches donde pudimos y nos metimos todos en la caseta del puesto fronterizo, que al menos tenía una estufa de butano.

—¿Cómo van a venir con este tiempo? —decían los agentes que me acompañaban.

La nieve no paraba de caer, y yo me empezaba a temer que hubiéramos hecho el viaje en balde. Pero amaneció un día hermoso y soleado. Algunos de los agentes no habían visto nunca la nieve y se entretenían tirándose bolas unos a otros. Yo me acordaba de la gran nevada del 62 y de cómo había visto toda Barcelona blanca desde lo alto del campanario. A media mañana la carretera volvió a estar transitable, y ordené a todos que volvieran a la caseta. Pasó un coche, y luego una furgoneta de reparto, y después cuatro o cinco coches más, todos con esquís en el techo. Y unos minutos antes del mediodía vimos llegar el Renault granate, también con esquís, para disimular. Dos chicos ocupaban los asientos delanteros, el Cifu el de atrás. La operación no podía ser más sencilla. Yo iba de paisano, mis hombres de uniforme.

Llevábamos todos el arma reglamentaria en la mano. Rodeamos el coche y les hicimos salir.

—A esquiar, ¿verdad? —preguntamos.

Del Cifu me ocupé yo. Le pedí el pasaporte, que por supuesto era una falsificación.

—Acompáñeme, tengo que hacer unas comprobaciones —dije, y él me siguió mansamente hacia la caseta.

Antes de que llegáramos a entrar, oí a mi espalda unos gritos, seguidos instantes después por el sonido de una detonación. Uno de los chicos del Renault había echado a correr hacia la parte francesa, y el agente encargado de su custodia, tras el disparo de advertencia, se disponía ahora a afinar la puntería.

—¡Para! —le grité—, ¿estás loco?

Corrí hacia él, y le bajé el brazo de un manotazo.

—¡Pero es que se escapa! —dijo, moviendo la cabeza en dirección al fugitivo, que estaba ya a punto de alcanzar el lado francés.

Le agarré por las solapas y le miré con rabia a los ojos. Era el más bisoño del grupo.

—¿Te acaban de dar el arma y ya quieres matar? —le grité—, ¿te crees que esto es un juego?

Le ordené que fuera hacia los coches. Volví después a la caseta, donde el Cifu me esperaba en silencio.

—Si fuera por ése... —empezó a decir, sacudiendo la cabeza.

Por un momento me sentí mucho más cerca de aquel viejo comunista que de mis policías, todos más o menos franquistas como yo, todos de mi edad o algo más jóvenes.

Entre los ahorros de Carmela y los míos nos llegaba para pagar la entrada de un piso, dice Mateo Moreno. Proponerle que me acompañara a mirar pisos en venta fue mi manera de pedirla en matrimonio.

—¿Por qué zona? —preguntó ella, y yo contesté que por la

Meridiana, lo que quería decir que por la zona de su familia.

—Te acompaño —dijo, sonriendo, y eso para mí equivalía a un sí, quiero.

Nos dimos un beso y fuimos a ver los bloques que se estaban construyendo en el barrio. Lo que más nos gustó fue una promoción de pisos que estaban haciendo en la calle Escocia. Pero las obras iban despacio, y no nos entregarían las llaves hasta un año después.

—¡Un año! —exclamé—, ¡no sé si podremos esperar tanto!

No hizo falta que hiciéramos más planes: nos casaríamos en cuantouviéramos el piso. Entre tanto nos dedicaríamos a querernos y a ser felices. En verano viajamos a Andalucía y conocí a su familia, que por parte de padre era de Espejo y por parte de madre de Rute. Y en septiembre, como todavía nos quedaban algunos días de vacaciones, fuimos a pasar una semana a las Canarias. Fue la primera vez que viajé en avión, y no se crea que desde entonces he volado mucho más. ¿Me habló Justo en esa época de la casa que se estaba construyendo en el campo? Supongo que sí, pero no lo recuerdo. O no me pareció importante o estaba demasiado absorbido por Carmela, o las dos cosas a la vez. Además, con las protestas por las últimas ejecuciones de Franco, en Vía Layetana no dábamos abasto. Fuera por lo que fuese, en aquella época la vida de Justo me importaba bien poco: la casa esa, su supuesto amor por Carme Román... Que ese amor era profundo y sincero lo descubrí muy poco después, cuando lo del accidente. Voy a contar cómo ocurrió. Esa tarde llegué a jefatura y me dijeron que habían llamado varias veces preguntando por mí.

—¿Quién? —dije.

—Un nombre extraño. Como Samuel, pero no era Samuel.

Al cabo de un rato me pasaron una llamada. Al otro lado de la línea telefónica habló una voz que al principio creí de mujer.

—Me han dicho que pregunte por Mateo Moreno —oí.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Noel. Soy amigo de Justo. Me han dicho que le llame y le diga que ha tenido un accidente...

—¿Quién le ha dicho que me llame?

—Hilario, el que va siempre con Justo. Él era el que conducía.

Por las explicaciones que el chico me dio entendí que primero los habían llevado a un dispensario de la Cruz Roja en Molins de Rei y después, como Justo había perdido mucha sangre, al hospital de San Pablo.

—¿Está mal? —dije.

—Creemos que sí —dijo Noel.

Acudí de inmediato al hospital. Me indicaron una salita en la que estaban esperando el chico, su padre e Hilario, que tenía un brazo en cabestrillo y algún corte en la cara pero por lo demás parecía en buen estado. Me acerqué a Hilario y le pregunté qué había ocurrido.

—No ha sido culpa mía, ha sido culpa de ella... —dijo con voz débil.

Al principio no entendí a quién se refería. Luego vi que en una silla tenía la caja de la tortuga. La abrí y vi el animal, inmóvil, tripa arriba, con una hendidura profunda, como si le hubieran dado un martillazo.

—Ha sido culpa de ella... —volvió a decir Hilario.

El padre del chico me explicó que los médicos se habían llevado a Justo dos o tres horas antes y que no habían vuelto a saber de él.

—¿Tan grave está?

—Tiene varios huesos rotos. Ha perdido mucha sangre. Le han tenido que hacer varias transfusiones. Las cosas podrían complicarse...

—¿Cómo ha sido?

—Se han salido en una curva y han volcado. Nosotros estábamos en casa y hemos oído los bocinazos. Éste, Hilario, estaba atrapado dentro del coche, tocando el claxon. El otro, inconsciente, ha salido despedido a unos diez metros. Mi hijo me ha dicho que los conocía y hemos llamado a la Cruz Roja. Eso es todo lo que le puedo decir...

Miré al chico: flaco, rubio, con flequillo, de unos doce años. Al ver

que le miraba, se sintió obligado a intervenir:

—A veces les ayudo a construir su casa...

Asentí con la cabeza como si supiera perfectamente de qué casa me estaba hablando. Me volví hacia Hilario y repetí la pregunta:

—¿Cómo ha sido?

Hilario, acobardado, se encogió de hombros. Insistí:

—Sí, ya sé que ha sido culpa de ella, pero ¿cómo ha sido?

El chico dijo:

—Llevaba la tortuga suelta por el coche, casi siempre la lleva, y cuando ha ido a frenar...

—¡Menudo idiota! —le interrumpí.

Hilario volvió la cara como un niño que va a ser abofeteado. La cosa estaba clara: la tortuga se había metido entre los pedales, y en el momento más inoportuno había bloqueado el freno con su cuerpo.

—¡Reza para que los médicos hagan bien su trabajo! —le dije, amenazándole con el dedo—. ¡Como algo falle, vas derecho a la cárcel!

Me encendí un cigarrillo y me fui a las escaleras a fumar. Luego hablé un poco con el chico y su padre. Les dije:

—La noche puede ser muy larga. Si quieren, pueden marcharse. Ya me encargo yo...

Fue el chico el que dijo que se quedarían hasta saber cómo estaba Justo.

—Es mi amigo —dijo, casi con orgullo, y pensé en lo triste y solitaria que era la vida de Justo, sin más amigos que el tarado aquel de la tortuga y un chavalín de doce años.

A lo largo de la noche tuve aún que salir unas cuantas veces más a fumar a la escalera. Conseguí después hablar con uno de los médicos, que me explicó lo que era un neumotórax y me dijo que Justo había respondido bien al drenaje pleural: lo tendrían unas horas en observación y luego lo pasarían a planta. Me asomé a uno de los jardines interiores: estaba ya amaneciendo. Volví a la salita. El chico se había quedado

dormido. Le dije a su padre que parecía que todo iba bien y que se fueran a casa.

—¿Y yo? —dijo Hilario.

—Tú te esperas —dije.

El chico y su padre se marcharon. Llamé a jefatura y di instrucciones para que acudieran a buscar a Hilario y lo mandaran a Baracaldo con su familia. El agente que me cogió el teléfono dijo:

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí —dije.

Me preguntó si no me había enterado.

—¿De qué?

—Por la radio han dicho que Franco acaba de morir.

Cuando me avisaron de que Justo estaba ya en la habitación, hacía un rato que se habían llevado a Hilario, dice Mateo Moreno. Tenía Justo un aspecto verdaderamente lamentable: una pierna escayolada y sostenida por una polea, un enorme apósito cubriéndole una mejilla, el pecho forrado de vendas hasta el cuello. La enfermera, antes de irse, terminó de graduar la inclinación de la cama y dijo:

—Lo que ahora necesita es reposo; procure que no hable demasiado.

Las otras tres camas de la habitación estaban ocupadas por enfermos que parecían dormir. Me acerqué una silla a la cabecera de Justo. Le hablé en susurros:

—Estás jodido, ¿eh?

Fue entonces cuando descubrí que su amor por Carme Román, tan distinto del mío por Carmela, no era menos intenso. Justo me miró como si no me conociera y dijo:

—Podría haber muerto pero no he muerto, ¿y sabes por qué...?

—Descansa, hombre, estás aún bajo los efectos de la anestesia...

Él no daba muestras de estar escuchándome. Dijo:

—¿Quieres saber por qué no he muerto? Por ella. Porque quiero

seguir pensando que ella está bien, que nadie le va a hacer daño...

Supuse que le habrían anestesiado con algo parecido al pentotal, el famoso suero de la verdad. Yo nunca había asistido a ningún interrogatorio con suero y no sabía de nadie en la Brigada que lo utilizara (¡a ver si alguien se va a creer que éramos como los de la Alemania comunista, con sus micrófonos y sus métodos científicos!). Pero me imaginaba que el pentotal hacía hablar a la gente tal como lo estaba haciendo Justo: con una sinceridad enloquecida, febril, como si les fuera a faltar tiempo para decir todo lo que tenían que decir. Soltó Justo un largo monólogo:

—¿Quién se ocuparía de ella si yo no estuviera? ¿Quién la cuidaría? Tú me dijiste que estaba encoñado, y ahora pensarás vete a saber qué: que estoy enamorado. En realidad, es algo más que eso. Es al mismo tiempo mucho más y mucho menos que eso. Ella es lo único limpio y puro que ha habido en mi vida. ¿Entiendes lo que eso significa? ¡No, no puedes entenderlo! Para mí es como una rosa, pero una rosa que nunca va a marchitarse. ¡Sólo pensar que pudiera ocurrirle algo o que alguien pudiera hacerle daño...! Por eso no he muerto. Por eso no he querido morir. Prométeme que, mientras yo esté aquí, la protegerás como si fueras yo. O, mejor dicho, como si ella fuera tu novia...

Hablaba Justo con tal excitación que se aturullaba y las palabras le salían entrecortadas. Los otros enfermos de la habitación se removían entre las sábanas, y la enfermera entró a pedirme que les dejara descansar. Me levanté y dije que volvería más tarde. Seguí oyendo la voz de Justo mientras me alejaba por el pasillo.

—¿Me prometes que la cuidarás?, ¡di que me lo prometes...! —decía.

Qué raros somos los seres humanos, dice Mateo Moreno. No quiero ponerme filosófico, pero es verdad que somos raros. Me acuerdo de un compañero de los Hogares Mundet que se apellidaba Ginés. Era el clásico

chulo. Si había una bronca, ahí estaba él, que casi siempre era el que las iniciaba. Te robaba el bocadillo, o te insultaba, o te escupía, o directamente te pegaba. El clásico chulo, ya digo: todo el mundo le tenía miedo. Pues bien, de repente al tal Ginés le dio por llorar. No lloraba delante de los demás, claro. Lloraba por la noche, en la cama, cuando creía que todos estábamos dormidos. Lloraba como esos perrillos que esperan atados a un árbol mientras la dueña entra en una tienda a comprar: ¡Guú, guú, guuuú...! Luego supimos que se había enamorado de una chica algo mayor que salía con un taxista. Hasta le escribía poesías, unas poesías muy cursis llenas de atardeceres y hojas secas... ¿Quién podía pensar que en el corazón de ese bruto había un hueco para el amor y la poesía? Con Justo me había ocurrido algo similar. ¿Cómo imaginar que un tipo así podía llegar a enamorarse como se enamoró de Carme Román? Desde luego, el suyo no era un amor normal, como los de las parejas de novios, o como el mío por Carmela. ¿Pero qué amor es normal? En esa época podía yo hablar largo y tendido sobre el amor, la pasión y todo eso, ja ja. La única diferencia entre lo mío y lo suyo consistía en que mi Carmela era una mujer auténtica, de carne y hueso, mientras Carme Román no era más que una fantasía suya. Justo se había construido una imagen ideal de ella, una imagen a la medida de sus necesidades. Seguramente la seguía viendo tal como era nueve o diez años antes, cuando la estafó: una jovencita alegre e ingenua, una huérfana desvalida y necesitada de protección... ¿Y cómo corregir esa imagen de ella si en todo ese tiempo prácticamente no la había vuelto a ver? Después de aquella mañana en el hospital no volví a hacer bromas sobre los sentimientos de Justo ni sobre Carme Román. De hecho, prácticamente no volvimos a hablar de ella. Lo más probable es que el propio Justo hubiera olvidado todas las confidencias que me había hecho entre los delirios de la anestesia, aunque quién sabe. Las cosas, de todos modos, siguieron complicándose...

En marzo de 1974 el tío Agustí sufrió la segunda angina de pecho, dice Carme Román. Por primera vez se planteó en casa la posibilidad de traspasar el negocio. Irene, casada con un empleado de la Olivetti y embarazada de su primer hijo, dedicaba cada vez menos tiempo a la papelería, y Enriqueta, que ya tenía novio pero aún no planes de boda, había anunciado su decisión de no continuar ella sola con el negocio familiar. Yo sobre eso no me había formado una opinión. ¿Me veía a mí misma vendiendo carpetas y plumieres el resto de mi vida? No, desde luego que no, pero tampoco me veía dando clases en un colegio, a pesar de que en casa se daba por sentado que al año siguiente, en cuanto terminara la carrera, empezaría a trabajar como profesora. Ante esa perspectiva, y aunque no hubiera motivos para precipitar las cosas, ¿cómo no empezar a plantearse lo del traspaso? Mi tío, el más reacio a los cambios, formulaba sentencias dignas de una sibila.

—Todo ocurrirá cuando tenga que ocurrir si realmente tiene que ocurrir —decía, y las demás interpretábamos que, enfermo o no, quería reservarse la última palabra.

El tío Agustí se recuperó con rapidez, y en cuanto el médico se lo autorizó volvió a trabajar en la tienda. Era como si nada hubiera pasado, pero había pasado algo, y era que el futuro (un futuro que de momento quedaba aplazado hasta que yo acabara mis estudios y Enriqueta decidiera qué hacer con su vida) se había instalado en nuestras mentes. Y en ese futuro no estaba ya la papelería, que en alguna medida había dejado de ser nuestra, como si por el simple hecho de imaginarla ajena hubiera empezado a serlo de verdad. Todo en la tienda adoptó un aire de provisionalidad que poco a poco acabó siendo de abandono: la interrupción temporal de los trabajos de imprenta se convirtió en definitiva, los desperfectos del mobiliario quedaban sin reparar, no hacíamos ya pedidos a largo plazo, en las estanterías destacaban los huecos de los artículos caros o de difícil salida que no parecía razonable reponer, cada vez respetábamos menos los horarios de apertura y cierre...

La imprenta-papelería de mis tíos, que tanto me había fascinado, pasó en pocos meses a convertirse en una tienducha pobretona, sin personalidad ni encanto.

Sería un error atribuirlo todo a los problemas de salud del tío Agustí, dice Carme Román. A mis primas y a mí nos había llegado, ahora sí, el momento de vivir nuestras propias vidas, y la papelería era el residuo de algo hermoso pero anterior a nosotras y que en el fondo no nos incumbía. Irene tuvo su primer hijo y pocos meses después del parto volvería a quedarse embarazada. Enriqueta pasaba más tiempo en casa de su novio que en la de mis tíos, y tenían ya decidido mudarse a Mallorca y abrir un restaurante. En cuanto a mí, fue justo por esa época cuando, tras el inesperado éxito obtenido con *Viejos tiempos* de Harold Pinter, llegué a pensar seriamente en la posibilidad de dedicarme al teatro y profesionalizarme. Todas las grandes actrices habían empezado más o menos así, subiéndose a un escenario por el mero placer de actuar, y en algún momento se habían atrevido a dar el salto y consagrar su vida al teatro. ¿Por qué no iba a ser ése mi caso? Veía abrirse ante mí un futuro al mismo tiempo incierto y apasionante, y mi fantasía me sugería prometedoras imágenes de popularidad y prestigio. ¿Por qué será que en esos momentos te ves a ti misma desde la hipotética cumbre de tu carrera: recogiendo premios, cosechando aplausos...? ¿Por qué me resultaba tan fácil identificarme con las actrices que habían triunfado e ignorar a las muchas, muchísimas que habían quedado por el camino? Supongo que eso mismo les ocurre a todas las chicas que quieren ser actrices. Y seguramente está bien que así sea: sin esas fantasías de éxito, ¿cómo vas a tener fuerzas para recorrer el largo y difícil camino que tienes por delante? Sí, de esas fantasías se alimentan las vocaciones. El problema es que no sé si lo mío era auténtica vocación. Puede ser que sólo necesitara un cambio de vida, un cambio radical, definitivo, y que me aferrara al teatro porque era lo que tenía más a mano... Me daba la

sensación de haber vivido siempre como un personaje secundario en las historias de los demás y de que entonces, por fin, podía empezar a protagonizar mi propia historia. La primera vez que había intentado vivir mi vida había sido cuando lo de *El Catálogo Sorpresa*, y había fracasado. Esta segunda vez no podía permitirme el fracaso. Cuando todavía estábamos representando *Viejos tiempos* asistí a un cursillo de técnicas para la relajación y el control de la respiración, y en julio a otro de expresión corporal, que entonces era lo más avanzado que había. Después, junto a dos amigas, frecuenté durante un par de meses a un actor retirado que enseñaba dicción y recitado de clásicos. Y mientras hacía quinto de carrera, aprovechando que la facultad estaba medio paralizada por huelgas y asambleas, intenté incluso aprender algunos rudimentos de canto y danza, algo para lo que no me sentía en absoluto dotada... La cuestión era aprender, prepararme. Al mismo tiempo, me mantenía atenta a los estrenos de la cartelera y trataba de no perderme ninguno. Con la gente de la compañía iba a ver las obras más vanguardistas y profundas: las de Bertolt Brecht, Edward Albee o Max Frisch. Con mis tíos veía las comedias, la mayoría mediocres, que entonces estaban de moda: las de Alfonso Paso, Álvaro de Laiglesia o Joaquín Calvo Sotelo. A ver el teatro clásico, el de Lope, el de Shakespeare, el de Molière, iba casi siempre sola, pero no porque a mis amigos o a mis tíos no les gustara, sino porque de algún modo sentía que esas obras no podía compartirlas con nadie, que me pertenecían más a mí que a los demás. Con la compañía estábamos ya preparando *Ubu Rey*, pero en mis ensoñaciones no me veía triunfando con un personaje de Jarry sino con uno de Chéjov: con cualquiera de las románticas y desdichadas protagonistas de *Las tres hermanas*, con la hermosa y resentida Elena de *Tío Vania*, con la seria y piadosa Varia de *El jardín de los cerezos* o, por encima de todas ellas, con Nina, la inmadura y entusiasta aspirante a actriz de *La gaviota*, un personaje que de hecho acabaría interpretando... Aún me acuerdo de algunas de sus frases: «Por

la dicha de ser escritora o actriz, yo soportaría el desapego de mis allegados, la pobreza, las decepciones; viviría en un desván y sólo comería pan de centeno; padecería con la insatisfacción de mí misma, con mis imperfecciones... Pero, a cambio, exigiría gozar de la fama..., de una fama auténtica y clamorosa...» ¿Cómo no iba yo a fantasear con interpretar a un personaje así si Nina era igual que yo, una chica que soñaba con una vida distinta, superior, y que estaba dispuesta a cualquier sacrificio con tal de conseguirla?

Cuando terminé la carrera empecé a hacer suplencias en colegios privados, dice Carme Román. A veces eran de sólo un par de semanas, a veces de dos o tres meses, pero estaba claro que ya no podía ayudar en la papelería, de la que habían vuelto a ocuparse mis tíos, a la espera de que el traspaso se concretara. El día de la muerte de Franco estaba supliendo una baja por embarazo en el colegio de mi amiga Clara. Ella y su marido eran del PSUC, y esa noche me junté con ellos y con sus amigos y descorchamos unas cuantas botellas de champán. Lo hicimos, eso sí, procurando no alborotar demasiado, porque entonces no podías fiarte de los porteros ni de los vecinos. Yo también estaba contra la dictadura pero nunca milité en ninguna organización. Supongo que me faltaba valor. El simple hecho de que Clara me confiara de vez en cuando algunos boletines clandestinos bastaba para ponerme nerviosa. Tenía la sensación de que la policía, que a ella y a su marido jamás había conseguido pillarles, me iba a pillar precisamente a mí mientras escondía unos pocos boletines debajo de la cama o los echaba a un buzón... Sí, lo reconozco: para esas cosas siempre fui un poco cobarde. Y quizás por eso admiraba más lo que hacían Clara y sus amigos. Algunos de ellos, profesores, participaban en los encierros de los estudiantes a sabiendas de que se les podía abrir expediente y expulsar de la universidad. Para mí ése era el auténtico heroísmo: jugarte tu puesto de trabajo, tu bienestar, tu futuro por defender lo que crees justo. Al lado de lo que ellos arriesgaban, yo

prácticamente no habría arriesgado nada participando en encierros y manifestaciones. Y sin embargo no participaba: ya he dicho que para esas cosas siempre fui bastante cobarde. Mi mayor contribución al antifranquismo fue acompañar a Clara a comprar garbanzos. Sé que no es mucho. Nosotras íbamos a la Boquería a comprar garbanzos, y luego otros, durante las manifestaciones, los esparcían por el suelo para que patinaran los caballos de la policía armada. ¡Me habría gustado ver a alguno de esos caballos resbalar y brincar y patalear en el aire y derribar a su jinete, que seguramente caería de un modo algo ridículo, igual que caen los jinetes en los concursos hípicas! Ésas eran las armas de los estudiantes, los garbanzos, y con tan poca cosa hicieron mucho por cambiar España. Bueno, con los garbanzos y también con la razón y con la justicia, que estaban de su parte. Ojalá hubiera yo tenido valor para hacer algo más que ir al mercado a comprar garbanzos... Pero, en realidad, es que tampoco me sentía muy a gusto con los amigos de Clara. Se reunían con frecuencia para intercambiar libros y listas de libros, siempre libros sobre marxismo, sobre el Tercer Mundo, sobre el Ché, sobre Cuba, sobre América Latina, y cuando los comentaban me recordaban al cura de religión del colegio de Tarrasa, tan serio, tan solemne, tan ofendido por todo. Una vez, uno de ellos me dijo que lo que yo tenía que hacer era proletarizarme. Ésa fue exactamente la palabra que utilizó, y yo me quedé muy desconcertada. ¿Proletarizarme yo, que había perdido la casa y la familia, que vivía acogida en casa de unos parientes, que no tenía nada? ¿A qué más tendría que renunciar para proletarizarme?

La recuperación de Justo fue bastante lenta, dice Mateo Moreno. Hasta después de las navidades no estuvo en condiciones de caminar, por supuesto con muletas. Un día de mediados de enero cogí un coche de jefatura y pasé a buscarle. A la altura de Molins tomé el desvío hacia Vallirana. En una de las curvas hizo una seña hacia un terraplén. Era ahí

donde había ido a parar cuando el accidente. Detuve el coche y salió a echar un vistazo. Se acercó al terraplén y dijo:

—Puede que fuera aquí pero también puede que no, era de noche...

—Venga, coño, que hace frío —dije, y volvió al coche.

Como no había cogido las muletas, los pocos pasos que dio los dio cojeando.

—Creo que los huesos no han soldado bien, se me ha quedado una pierna más corta que la otra... —dijo.

Lo dijo sin lamentarse, informando nada más. Entramos en el coche y arranqué. Los cristales se habían vuelto a empañar. Dijo:

—¿Te has preguntado cómo será el sitio en el que morirás, las cosas que verás por última vez?

—No, ni quiero —dije, pero él siguió:

—Ahora te compras un piso para casarte. Un piso de tu propiedad, puede que el piso definitivo, un piso para toda la vida... ¿Te das cuenta de que, cuando decidas en qué habitación poner el dormitorio, muy probablemente estarás eligiendo también el sitio en el que acabarás muriendo dentro de, no sé, cuarenta o cincuenta años...?

Le interrumpí, de mal humor:

—¿Te quieres callar, coño?

Se echó a reír. Dijo:

—Cruza todo el pueblo y luego te indico.

La casa era un disparate. Una parte con ventanas y la otra sin, una habitación gigantesca y las demás minúsculas... Y, desde luego, faltaba mucho para que estuviera terminada: no tenía tejado, el suelo era de cemento, algunos tabiques sólo llegaban hasta media altura, en el lugar de las puertas sólo había unos huecos sin marco. Todo seguía tal como había quedado la tarde del accidente: la carretilla con arena, las herramientas tiradas, los sacos apilados. Justo, apoyándose en una muleta, agarró una escoba y apartó el polvo de la entrada.

—No pensarás ponerte a trabajar... —dije.

Él siguió con lo suyo, e incluso se agachó para recoger unos sacos vacíos y tirarlos a un cubo.

—Espera al menos a estar bien, ¿no? —dije, pero Justo no parecía escucharme. Insistí—: Cuando estés bien, haz lo que quieras, pero ahora... ¡Ah, y conmigo no cuentes! ¡Yo no soy como el tarado aquel! ¡No tengo la menor intención de ayudarte!

Su actitud tenía algo, no sabría decir qué, que me desconcertaba y hasta me molestaba. En mis comentarios sólo había reticencia:

—Todo esto es ilegal, ¿verdad? Si no tienes licencia, no tendrás toma de agua ni vertidos ni luz. ¿Cómo piensas solucionarlo? ¿O es que te crees que basta con poner un grifo en la pared y el agua sale sola?

Justo seguía sin prestarme atención. Verdaderamente, daba la sensación de no escuchar nada de lo que le decía. Dije:

—Bueno, yo me meto en el coche, que me estoy quedando pajarito.

A través de los huecos de las ventanas le veía agacharse y barrer. ¿Por qué se empeñaba en limpiar algo que volvería a ensuciarse a la primera ráfaga de aire? Hice sonar varias veces el claxon, y Justo acabó dejándolo todo y entrando en el coche. Recorrimos los primeros kilómetros en silencio. Sólo cuando estábamos ya a punto de entrar en Barcelona le dije:

—Ya sé por qué me has hecho antes esa pregunta.

—¿Cuál?

—La del sitio en el que moriré, la de las cosas que veré por última vez...

Justo me miró con curiosidad, como preguntándose de qué demonios le estaba hablando. Dije:

—Quieres que ésa sea tu casa definitiva, ¿no? Estás construyendo la casa en la que te gustaría pasar el resto de tu vida. La casa en la que te harás viejo y morirás...

Él sonrió y soltó un bufido.

—Qué estupidez —dijo.

En cuanto empezó a sentirse con fuerzas, volvió a trabajar en la construcción de la casa, dice Mateo Moreno. Nunca le pregunté cómo iba hasta allí, pero supongo que en autobús de línea. Cojo, maltrecho, tiernas aún las cicatrices de la cara, con ese aspecto que tenía como de perro apaleado, seguramente cargado con un fardo de material o herramientas, me lo imagino esperando primero el autobús de Molins de Rei y después el de Vallirana, y no sé por qué me lo imagino sentado en un banco, solo, silencioso, con las solapas subidas y una nube de aliento saliéndole de la boca... En aquella época ya no quedábamos en el Sapporo. Si sabía que Justo iba a estar trabajando en la casa, me acercaba por allí a la caída de la tarde y le ahorraaba el autobús de vuelta. La obra avanzaba despacio, muy despacio. Los tabiques iban poco a poco alcanzando la que debía ser su altura definitiva, pero el conjunto seguía transmitiendo la misma impresión de abandono y chapuza.

—¡No te quedes ahí!, ¡ayuda un poco! —me gritaba Justo cuando me veía llegar y permanecer dentro del coche.

Yo le hacía con la mano un gesto que quería decir: Que te lo has creído, a mí no me líes.

Una tarde vi a unos hombres descargar de una camioneta una docena de grandes vigas de madera de pino, lo que sin duda significaba que había llegado el momento de construir el techo. Ayudando a los hombres estaba Noel, el chico que me había llamado el día del accidente. Para mover cada una de esas vigas hacían falta tres hombres. O lo que es lo mismo: dos hombres, un tullido y un crío, ja ja. Luego los dos hombres se fueron en la camioneta, y las vigas quedaron alineadas a la entrada de la casa.

—Ya veremos cómo te las arreglas para colocarlas... —dije, y él asintió con la cabeza:

—Nos las arreglaremos, nos las arreglaremos.

Yo utilizaba el singular y él un plural que incluía al chico pero desde luego no a mí. La siguiente tarde que aparecí por allí, estaban tratando de

colocar la jácena, la viga más grande y pesada, la que dividía las dos aguas del techo. Noel y Justo, encaramados al mismo lado del muro, intentaban con unas cuerdas tirar de un extremo de la jácena hacia arriba. Debían de haber tardado un buen rato sólo en llevarla hasta allí, y por su manera de respirar resultaba evidente que el esfuerzo los había agotado.

—¡Joder, cómo sois! —exclamé.

Les hice bajar. Les expliqué dónde tenía que ponerse cada uno y cuál era el movimiento que debíamos hacer entre los tres. En unos pocos minutos habíamos apoyado uno de los extremos en el lugar correspondiente. El chico volvió a subirse al muro. Su misión ahora era encajar ese extremo en su hueco mientras Justo y yo levantábamos el otro ayudándonos con unas cuerdas.

—¡Una, dos y tres!, ¡arriba! —grité, y la viga maestra quedó colocada en su sitio—. ¡Ahora sí!, ¡ahora sí que empieza a parecer una casa! —dije, aunque el aspecto general no era muy distinto.

A partir de esa tarde me acostumbré a echarles una mano. Les ayudé a colocar los listones del techo y a instalar la malla y a cubrirla con el estuco. Para terminar la cubierta sólo faltaba poner las tejas. Pero las tejas no llegaban porque a Justo se le había acabado el dinero.

—No pensarás que lo voy a pagar yo —dije.

—No te estoy pidiendo nada —dijo.

Al final le di dinero para las tejas, claro. Eso sí, no le ayudé a poner ni una, ja ja. Era como decirle: O pago o ayuda, pero las dos cosas no, ¡faltaría más! Y, cada vez que iba por la casa, allí estaban Justo y el chico, subidos al tejado, colocando las tejas con la misma concentración con que montarían un puzzle. De vez en cuando, Justo, que en presencia del chico era mucho más hablador de lo habitual, contaba alguna historia de su infancia en el pueblo. Me acuerdo de una que contó sobre una mula moribunda. Por lo visto, en su pueblo arrojaban siempre los cadáveres de las bestias en el mismo sitio, una especie de cementerio de animales. Pero aquella mula aún no había muerto. Los críos del pueblo siguieron a

la mula y al dueño de la mula y, cuando llegaron al lugar, vieron cómo el hombre le golpeaba con un hierro las patas hasta rompérselas. De lo que se trataba era de que se quedara allí tumbada, entre los restos de osamentas, y nunca volviera a levantarse. Luego el hombre y los críos se marcharon. Pero Justo volvió. Los buitres estaban ya sobrevolando la zona, y Justo había decidido hacer compañía al animal mientras agonizaba.

—¿Por qué le cuentas esas cosas al chico? —le interrumpí, pero él siguió hablando:

—Mientras yo estuviera delante, los buitres no se acercarían. No quería que se la comieran viva, ¿entiendes, Noel? Miraba los ojos abiertos, casi humanos, de la mula, que parecía que me daban las gracias por estar allí, y tenía claro que no era decente abandonarla así...

—¡Que no le cuentes esas cosas! —volví a decir, y él terminó su historia:

—Luego la mula dio un respingo, un respingo largo, como cuando te desperezas, y su mirada dejó de ser humana para ser la mirada de un animal muerto. Y entonces sí. Entonces sí que me marché y dejé que los buitres bajaran a comérsela...

Uno de esos días propuse a Justo que se fuera a pasar una temporada al extranjero, dice Mateo Moreno. Yo me encargaría de conseguirle el pasaporte y hablaría con el comisario para que, al menos durante un tiempo, no le retirara la asignación. Él me observó con incredulidad y dijo:

—¿Por qué tendría que irme?, ¿tú crees que estoy construyendo esta casa para irme a vivir al extranjero?

Dije:

—No te hablo de la casa. Te hablo de ti. Están cambiando muchas cosas, y tal vez te convendría alejarte una temporada...

Era verdad que, tras la muerte de Franco, estaban cambiando muchas

cosas. También en jefatura, a la que había llegado un comisario nuevo, Landa. Si en Vía Layetana había gente especializada en comunismo, anarquismo, separatismo, etcétera, Landa se estaba especializando en la ultraderecha, pero no para reprimirla sino para organizarla. Landa era un navarro de huesos grandes y voz poderosa, con un bigote a la mexicana y el pelo demasiado largo para ser policía. Venía de Valencia y tenía fama de duro, lo que entre nosotros quería decir que era una mala bestia. Durante unas semanas colaboré un poco con él, pero cuando me ofreció formar parte de su equipo preferí seguir con Revuelta. Si de éste me fiaba poco, de aquél aún menos. No puedo asegurar cuál de los dos estaba detrás del asunto de los carteles, pero muy bien podría ser que estuvieran los dos. La cosa es que un día aparecieron por toda la ciudad los carteles esos que acusaban a Justo de chivato. ¿Quién había puesto aquellos carteles? Sin duda, cualquiera de las muchas organizaciones clandestinas que se estaban preparando para pasar a la legalidad. Pero lo importante no era quién había pegado los carteles sino quién los había inspirado, quién estaba detrás. En cuanto los vi pensé que la información había salido de Revuelta. Era una de sus jugadas típicas: ofrecer una pieza menor para asegurar su posición y ponerse a buenas con quien fuera, descargarse de responsabilidad entregando como cabeza de turco a un confidente que a esas alturas le servía ya de muy poco... ¡Qué gran cabrón! ¡Ese hombre era capaz de vender a su propia madre con tal de salvar el pellejo!

La siguiente vez que fui por Vallirana la obra volvía a estar parada, dice Mateo Moreno. Pero ahora parecía parada de verdad. Justo estaba apoyado en la carretilla. Con unos restos de tablas y cartones había encendido un pequeño fuego, en el que asaba unos chorizos. Me hizo un gesto seco de bienvenida. Busqué un sitio donde sentarme y agarré la barra de pan para preparar dos bocadillos. Hice algún comentario acerca del tejado, que estaba ya terminado, pero él no dijo nada. Nos comimos

los bocadillos en silencio. Estaba claro que había visto los carteles. Eso significaba, por decirlo de algún modo, el final de su colaboración con la Brigada.

—Los dos sabíamos que esto tenía que ocurrir —dijo sin venir a cuento.

Se levantó y pisoteó las últimas brasas. Yo seguía sentado.

—Cuando quieras nos vamos —dijo.

Parecía tranquilo, pero de repente agarró un ladrillo y lo estrelló con fuerza contra la fachada de la casa. Luego hizo lo mismo con varios ladrillos más, sin parar en ningún momento de blasfemar.

—¿A ti qué te pasa?, ¿te has vuelto loco? —le grité.

Justo lanzó un último ladrillo, que entró por el hueco de la puerta y fue a chocar contra una de las paredes interiores.

—¡Tanto esfuerzo para qué! —exclamó, rabioso.

Fui hacia él e intenté calmarle. Dije:

—Hablaré con el comisario. Puede que aún te dé algo de dinero. Vete de España y empieza una nueva vida. En el fondo, lo que ha ocurrido tal vez sea lo mejor para ti. ¿Que no quieres salir de España? Pues acaba esta casa y vente a vivir aquí. En el pueblo nadie te conoce...

Justo se me encaró, agresivo.

—¡No has entendido nada! —gritó.

—¿Qué es lo que tengo que entender? —dije y, mientras lo decía, comprendí que se refería a Carme Román.

Seguro que habían pegado carteles por Tallers, por Pelayo, por plaza Universidad. Seguro que Carme Román había visto la foto de Justo y le había reconocido. Oímos entonces un sonido de pasos y vimos venir a Noel, que debía de haber oído el ruido desde su casa.

—¡Vete, Noel!, ¡es tarde! —gritó Justo.

El chico se paró, indeciso.

—¿No me estás oyendo?, ¡te digo que te vayas! —volvió a gritar Justo.

Noel, intimidado, se alejó unos metros. Pero no llegó a irse del todo porque en ese momento Justo agarró con rabia el pico y descargó unos fuertes golpes contra la pared de la casa. Estaba fuera de sí y parecía decidido a derribarla.

—¡Ya basta, hombre!, ¡ya basta! —dije, pero él aún dio un nuevo golpe, fortísimo, que abrió en la pared una grieta vertical.

Agarré el mango del pico y traté de arrancárselo de las manos. Estuvimos unos segundos forcejeando. Dije:

—¡Eres un ingenuo! ¿De verdad pensabas que algún día Carme Román querría venirse a vivir contigo en esta casa? ¿De verdad lo pensabas? ¡Qué estupidez, construir esta casa para ella! ¡Qué estupidez y qué ingenuidad!

Justo me miró con odio, y por un momento estuvimos a punto de agredirnos. Si no lo hicimos, creo que fue sólo porque Noel estaba delante. Al final nos apartamos el uno del otro dándonos un empujón. Lancé el pico a la carretilla. Justo, ya sin gritar, dijo:

—Lárgate. Métete en el coche y lárgate.

A principios del 76, mi tío consiguió traspasar la papelería, dice Carme Román. El día que nos reunió a todas para decírnoslo, tuve la sensación de que una etapa de mi vida quedaba definitivamente atrás. A punto de cumplir treinta años, sin nada que de verdad me perteneciera, sin una situación laboral estabilizada, sin más afectos que los que me proporcionaban mis esporádicos amoríos, perdía para siempre esa firme referencia que había sido la tienda, y ya sólo me quedaban el apoyo de una familia cada vez más dispersa y, sobre todo, mi vocación de actriz. En el montaje que estábamos preparando de *Ubu Rey*, una obra con tantos personajes pero tan pocos femeninos, ni siquiera había un papel para mí y, disfrazada de músico húngaro con un abrigo enorme y una espada, hacía de capitán Bordura. Supongo que eso influyó para que el proyecto no me entusiasmara. Pero es que, en realidad, no era ése el teatro que a

mí me gustaba. Me aburrían las discusiones de mis compañeros acerca de la búsqueda de nuevas formas de expresión y, cuando todos condenaban con vehemencia los convencionalismos sociales y la cultura establecida, yo me preguntaba si también en su momento Chéjov habría pretendido algo similar. Siendo como eran estrictamente contemporáneos, ¡qué poco revolucionario y qué poco vanguardista parecía Chéjov al lado de Jarry! Pero a mí el que me interesaba era Chéjov, no Jarry, aunque por supuesto, temerosa de que alguien me acusara de defender los valores pequeñoburgueses o algo así, me guardaba mis dudas y reflexiones para mí... Sentía, pues, muy poco apego por aquel *Ubu*, y a pesar de todo acudía disciplinadamente a los ensayos y, a la espera de otra oportunidad, trataba de dar lo mejor de mí misma.

Precisamente a la salida de uno de los ensayos se produjo aquel extraño encuentro con Justo Gil, dice Carme Román. Seguíamos reuniéndonos en el local de siempre, una sala cedida por el decanato de Letras. Como la facultad se cerraba en cuanto acababan las clases de nocturno, lo normal era que si nos retrasábamos un poco nos encontráramos cerrada la puerta principal. Entonces el vigilante nos hacía salir por la puerta de atrás, la del jardín, que daba a la confluencia de Diputación con Enrique Granados. Allí encendíamos el último cigarrillo y nos despedíamos hasta el día siguiente. Unos se iban por Enrique Granados, otros hacia Muntaner o hacia Balmes. Los tres o cuatro que íbamos hacia Balmes pasábamos junto a los puestos cerrados del mercadillo de libros y nos separábamos al llegar a la esquina: los otros seguían por Diputación, yo bajaba por Balmes. Esa noche, al pasar por el mercadillo de libros, que era la zona más oscura de la calle, sentí que alguien nos vigilaba. Era una sensación extraña, como cuando te vuelves sin motivo y descubres a alguien mirándote con atención. En la esquina con Balmes pregunté a los demás adónde iban y dijeron que adónde iban a ir un lunes a esas horas. Se fueron. Miré a mi alrededor y no había nadie

cerca. Eché a andar hacia la Gran Vía, y luego crucé Pelayo para meterme por Jovellanos. Un poco antes de la esquina con Tallers me volví, y unos quince metros por detrás de mí había un hombre con aspecto de mendigo. Poco después noté que algo o alguien me tocaba el brazo. Solté un grito de terror y apreté el paso.

—No te asustes, no te asustes... —imploró una voz a mis espaldas.

La calle Jovellanos estaba a oscuras, y yo me sentía como en una de esas pesadillas en las que avanzas directamente hacia un precipicio y, por mucho que te esfuerzas, no puedes parar ni desviarte.

—¿Qué quiere?, ¡váyase!, ¡no llevo dinero encima!, ¿me ha oído?, ¡no llevo nada...! —dije sin volverme del todo, y la voz dijo:

—No, Carme, por favor, no te asustes...

Entonces sí que me volví.

—¿Por qué sabe mi nombre?, ¿quién es usted? —dije, porque no resultaba fácil reconocer a Justo Gil en aquel hombre desmejorado y renqueante.

Me detuve y me alcanzó. Al darme cuenta de quién era, tuve de verdad la sensación de estar dentro de una pesadilla. Una pesadilla de la que no había manera de salir. Las frases que entonces pronunció Justo me parecieron inconexas. Hablaba de no sé qué carteles que según él yo tenía que haber visto. Insistía mucho en lo de los carteles y me decía que necesitaba hablar conmigo y que había un montón de cosas que tenía que explicarme... Yo le entendía sólo a medias porque estaba a punto de desmayarme. Recuerdo que Justo hizo un gesto hacia Tallers. En la esquina de enfrente estaba, con la persiana ya a medio bajar, el Céntrico.

—¿Sigues viniendo? —me preguntó—, ¿te acuerdas de la cantidad de tardes que pasamos juntos aquí...?

Pero yo ya no oía su voz, o la oía distorsionada, como cuando los niños hablan a través de un tubo. Di unos pasos en dirección a Tallers. Le advertí:

—¡No me sigas, no se te ocurra seguirme o me pondré a gritar...!

De hecho, se lo debí de decir ya gritando, porque algunos de los clientes del Céntrico salieron a ver qué ocurría y Justo volvió a adoptar el tono suplicante del principio.

—Necesito hablar contigo, sólo quiero saber que ya no me odias, me gustaría tanto que volviéramos a ser amigos... —le oía farfullar, y yo me tapaba los oídos y sacudía la cabeza, porque no podía soportar el sonido de su voz.

Entonces aparecieron de no se sabe dónde unos jóvenes, que me preguntaron:

—¿Te está molestando?, ¿te encuentras bien?, ¿quieres sentarte un momento...?

Y aquí recuerdo que me faltaba aire para respirar y lo siguiente ya era el portal de casa, la escalera, mi habitación, mi cama... Y las lágrimas, por supuesto, unas lágrimas que me sabía incapaz de contener. ¡Ay, con qué dureza me estaba tratando la vida! Porque para mí aquello fue como una señal del destino, una señal que el destino me enviaba para decirme que el pasado me perseguiría siempre y que nunca podría desembarazarme de él. Que toda la vida me estaría aguardando. Que el día menos pensado volvería a asaltarme en otra calle oscura u otra esquina... ¡Precisamente cuando estaba tratando de estrenar mi nueva vida, el destino se encargaba de recordarme que jamás conseguiría eliminar lo peor de mi vida anterior...!

Puede decirse que esa tarde en Vallirana acabó mi relación con él, dice Mateo Moreno. Nuestra amistad, o lo que fuera, había quedado muy maltrecha después de aquello, y como colaborador, sencillamente, ya no me servía. De hecho, tardé bastante en volver a saber de él. Un día del mes de julio, de vuelta de un viaje a Lérida, tuve que pasar junto al desvío que llevaba a Vallirana, y en el último segundo, casi sin pensármelo, di un volantazo para tomarlo. La construcción seguía exactamente como la había visto la última vez, y la única novedad eran

los hierbajos que, como en todas las casas abandonadas, habían empezado a crecer entre las grietas del suelo. Arranqué sin llegar siquiera a salir del coche, e intenté no darle más vueltas: hay mucha gente que, igual que entra en tu vida sin anunciarse, sale de ella sin dejar rastro. Aquel verano fue el de los preparativos de boda. Aunque el piso tenía que estar terminado en primavera, el constructor no nos entregó las llaves hasta la última semana de julio. Las dos semanas que Carmela y yo nos cogimos de vacaciones en agosto las dedicamos a comprar los muebles, elegir el restaurante para el banquete, hacer la lista de invitados... Por parte de Carmela, entre familiares y amigos, había más de ochenta personas. Por mi parte no llegaban a la veintena, y entre ellos había varios compañeros de jefatura que ni siquiera podían considerarse verdaderos amigos. Me planteé la posibilidad de incluir a Justo. Si iba a invitar al comisario Landa, al que casi no había tratado, ¿cómo no invitar a Justo, con el que había llegado a unirme cierta amistad? Carmela, sin embargo, pensaba que Justo no era trigo limpio, y acabé tachando su nombre. El día en que Landa recibió la invitación me llamó a su despacho para darme la enhorabuena. Cuando ya estábamos despidiéndonos, me dijo:

—Por cierto, ¿de dónde sacaste al Rata? Supongo que sabes que está colaborando conmigo...

—No tenía ni idea —dije, tratando de ocultar mi sorpresa, y él agitó la cabeza y dijo:

—Tiene huevos el tío. No se equivocaba Revuelta cuando me lo recomendó. Lo dicho, Moreno. Enhorabuena otra vez...

De aquel despacho salí profundamente contrariado. Lo poco que sabía del trabajo de Landa era que había recurrido a gente ajena a la estructura policial para coordinar a los grupos ultraderechistas de lo que se llamaba acción directa. ¿Qué coño pintaba Justo en todo eso? Fue entonces cuando empecé a sospechar que también Landa, como Revuelta, estaba detrás de lo de los carteles. Si lo que ambos querían era utilizarlo para esas otras actividades, ¿qué mejor que quemarlo por completo como

confidente, encerrarlo en un callejón sin salida, no dejarle otra alternativa que ponerse al servicio de Landa? Pobre diablo..., pensé, pero tampoco le di muchas vueltas más. Ya he dicho que en la vida hay mucha gente que entra y sale así como así.

Mi abuelo y mi padre se llamaban Eugenio León, yo me llamo Noel León, dice Noel León. Me habría gustado tener un apellido más corriente, como Fernández o Rodríguez, y que mis padres no hubieran tenido tan fácil lo de convertirme en un palíndromo. Pero, siendo hijo de palindromistas y con un apellido así, estaba escrito que sólo podía llamarme como me llamo. Y en realidad nunca lo percibí como algo pintoresco o extravagante. Al fin y al cabo, en mi entorno no faltaban personas con nombre palindrómico (como mi propia madrina, Irene Neri, presidenta honorífica de la Asociación, o como dos de las mejores amigas de mi madre, Ana Susana y Ada Bada, miembros también de la Asociación), así que un nombre como el mío entraba dentro del orden natural de las cosas. Podría decirse que mi destino estaba en alguna medida marcado desde el bautismo. O incluso desde antes, porque la historia de amor de mis padres se desarrolló entre dos de los congresos anuales de la Asociación. Se conocieron en el congreso de Polop de 1961 y se comprometieron en el de Ibi del año siguiente. Obsérvense los nombres de los lugares: Polop, Ibi. El año de mi nacimiento, el congreso se celebró en Sos del Rey Católico. Mi madre estaba por esas fechas en el octavo mes de gestación, pero no por eso mis padres dejaron de asistir, de modo que muy bien podría haber ocurrido que me hubieran tenido allí. Estoy seguro de que eso habría redondeado su felicidad. Noel León, natural de Sos: ¿caben más palíndromos en la vida de un recién nacido?

Mis padres no sólo no faltaban a ningún congreso sino que formaban parte del comité organizador, dice Noel León. La Asociación estaba dividida en secciones territoriales, y mis padres se ocupaban de Cataluña y Aragón. El congreso más antiguo del que conservo recuerdos es uno que organizaron precisamente ellos en Sagás. En realidad, Sagás fue sólo

la sede oficial del congreso. Allí tuvo lugar el acto de inauguración, pero el resto del congreso se desarrolló en Berga, porque Sagás era tan pequeño que ni siquiera tenía un hostel en el que pudieran hospedarse los veinticinco o treinta congresistas. Los congresos se celebraban siempre en fin de semana. Para las reuniones servía cualquier saloncito con tal de que hubiera una mesa, unas sillas de tijera, una pizarra grande y un trípode en el que colocar un panel con el escudo de la Asociación (que incluía la inevitable leyenda: «Sé verla al revés»). El sábado por la mañana había ponencias, coloquios y presentación de publicaciones. El acto central, el de la propuesta y autenticación de nuevos palíndromos, ocupaba buena parte de la tarde. A lo largo de esas dos o tres horas, los congresistas iban, uno detrás de otro, sometiendo a la consideración del comité (comúnmente llamado la Mesa) los palíndromos creados durante la temporada. Se levantaba un señor y escribía en la pizarra unas cuantas frases del tipo: «Óigole ese elogio», «Amo la pacífica paloma», «Yo dono rosas, oro no doy», etcétera. Entonces los miembros de la Mesa consultaban listados y repertorios y, una vez comprobada la originalidad de los palíndromos, certificaban oficialmente su autoría, lo que garantizaba su inclusión en la futura Gran Enciclopedia Palindrómica, el mayor proyecto de la Asociación. Después de ese señor hacía lo mismo otro señor o señora, y luego otro u otra, y al final de la tarde, entre los cuarenta o cincuenta palíndromos admitidos, se elegía por votación el llamado Palíndromo del Año. Su autor era premiado con un largo y cálido aplauso y con la promesa de una anotación especial en la Gran Enciclopedia. Mi padre consiguió el Palíndromo del Año del congreso que se celebró en el 71 en el pueblo navarro de Unanu. Su palíndromo (que, según mi madrina, Irene Neri, estaba llamado a convertirse en un clásico) fue: «Adán no cede con Eva, y Yavé no cede con nada».

El día siguiente, el domingo, se reservaba para hacer excursiones, dice Noel León. El año en que el congreso fue organizado por los

gallegos nos pasamos el día entero dando vueltas por angostas carreteras comarcales. La sede estaba en Orro, junto a La Coruña, que era donde teníamos el hotel, y desde allí, en un autobús alquilado, viajamos a una aldea llamada también Orro que estaba cerca de Noja, y a Sas, en la ría de Betanzos, y a Serres, y a Adá, y a Arra, y a Sedes, y a Añá... No es que me acuerde de todos esos pueblos; es que tengo fotos de cada uno de ellos. Viajábamos siempre a pueblos con nombres palindrómicos, que siempre o casi siempre eran pueblos minúsculos, con frecuencia simples aldeas sin otro atractivo que el topónimo y en las que lo único que podíamos hacer era dar un paseo por la calle principal (si la había) y fotografiarnos luego junto al cartel con el nombre de la localidad. Tengo fotos de grupo hechas en todas esas aldeas gallegas, y también en Aceca (Toledo), en Salas (Asturias), en Asa (Álava, pero muy cerca de Logroño), en Oco (Navarra, junto a Estella), en Ollo (también en Navarra), en Lel (junto a Elda), en Osso (Huesca, cerca de Zaidín), en Oto (Huesca también, pero cerca de Broto), en Ossó (Lérida, junto a Agramunt), en Sas (junto a El Pont de Suert)... No creo que haya en España muchos pueblos palindrómicos en los que no haya estado con mis padres y de los que no conserve una foto de recuerdo. Mis padres y los demás fingían que todo era una especie de juego, y hacían como si en el fondo no acabaran de tomárselo en serio. Pero en realidad nada había más serio para ellos. Me acuerdo de una cosa que me dijo Irene Neri en una de esas excursiones:

—¿Te das cuenta, Noel, de la suerte que tiene tu generación, que es una de las pocas en la historia de la humanidad que va a vivir dos años capicúas?

Se refería al 1991 y el 2002, y los demás trataron de bromear, pero no porque su observación les pareciera disparatada sino porque, según ellos, también Irene, que entonces tenía cerca de setenta años, podía llegar a vivir hasta el 2002.

—¡Si estás como un roble, Irene!, ¡tú nos enterrarás a todos! —le decían, y lo que nadie discutía era su derecho a sentirse desgraciada

porque había nacido después del último año capicúa, el 1881, y no era fácil que llegara viva al siguiente, el 1991.

A diferencia de ella, quienes habíamos nacido a tiempo de vivir esos dos años capicúas tan seguidos debíamos considerarnos unos privilegiados, unos elegidos de los dioses. Y en realidad todo tenía un sentido. Lo que a las personas normales podían parecer meras coincidencias, simples productos del azar, para Irene Neri y los miembros de la Asociación eran manifestaciones de un orden superior, algo que respondía a una lógica profunda y que escapaba al entendimiento de la mayoría. Para la gente como ellos, las palabras y los números expresan muchas más cosas de las que estamos habituados a percibir, y basta con descartar la noción de casualidad para empezar a creer en la existencia de un sentido oculto. ¿Por qué no creer que la realidad intenta enviarnos mensajes cifrados a través de las palabras, es decir, a través de esos millones de signos creados a lo largo del tiempo por millones y millones de seres humanos? Los buenos palíndromos no son una mera acrobacia verbal. Los buenos palíndromos desvelan una verdad escondida y nos hablan de nuestra vida y nuestra realidad para iluminarlas. Hasta la situación política de aquellos años parecía querer revelársenos a través de unos pocos palíndromos. Algunos alertaban sobre la corrupción del régimen franquista (como «La moral, claro, mal» y «Son robos, no sólo son sobornos») o sobre la brutalidad con la que media España se había impuesto sobre la otra media («Sometamos o matemos»). Otros reflejaban la represión de las culturas minoritarias («*Català, a l'atac!*») o los cambios que se estaban operando en la sociedad («Yo social y laico soy») o la efervescencia de los movimientos revolucionarios («Salta Lenin el Atlas»). Alguno incluso advertía ya de la naciente amenaza del terrorismo («Oído, ETA: ya te odio»). La cuestión era creer o no creer en la verdad implícita de las palabras. Y mis padres creían. En eso, en el fondo, se comportaban como unos niños, y yo, que sí que era un niño, parecía a su lado más maduro y sensato. A mí todo eso

de los palíndromos y los años capicúas me hacía gracia, y para de contar. Pero es posible que esa relación mágica con el mundo de las palabras me hubiera marcado de algún modo... Tal vez fuera verdad que existían palabras que sólo decían lo que decían y palabras que decían mucho más... Por ejemplo, los nombres, los nombres de pila. De una forma más bien instintiva, en aquella época yo creía que los nombres no sólo representaban a las personas sino que formaban parte de ellas. Que los nombres eran las personas. No es lo mismo llamarse Dulce que llamarse Bárbara: seguro que llamarse así o asá influye para que seas más así que asá o más asá que así... Desde el primer momento confié plenamente en Justo. ¿Qué tiene de extraño? Lo raro sería lo otro: que alguien como yo desconfiara de un hombre con un nombre que proclamaba su apego a la justicia, acaso el más noble de los ideales en la historia de la humanidad.

La primera vez que le vi fue hacia la primavera de 1975, dice Noel León. Yo volvía del colegio en bicicleta y, al pasar por un campo de almendros que estaba cerca de casa, oí a alguien cantando canciones de iglesia. En un pueblo como aquél, en el que nunca pasaba nada, cualquier cosa se convertía en un acontecimiento: por ejemplo, que dos extraños salidos de no se sabía dónde arrancaran árboles mientras cantaban canciones de iglesia. Dejé aquel día la bicicleta en cualquier sitio y me escondí a espiarles. Los días siguientes ya no me escondía. Les miraba, y ellos sabían que les estaba mirando y no parecía preocuparles. Ahora no cantaban, y casi ni hablaban entre ellos. Pese a lo poco que hablaban, me enteré de sus nombres. Justo me caía bien, el otro no. Mi padre me había dicho que Hilario en griego significaba risueño, y alguien como yo tenía por fuerza que desconfiar de ese Hilario al que nunca se le veía reír. Mi padre trabajaba entonces de representante de una marca de frutos secos, y las cosas en la empresa no marchaban demasiado bien. Cuando le enseñé las propinas que Justo había empezado a darme por ayudarles con la carretilla, se quedó un poco avergonzado.

—*Fill meu, si només tens dotze anys...!* —protestó débilmente, pero tampoco se atrevió a prohibírmelo.

Me pasé la mayor parte del verano trayendo y llevando cubos de agua y ladrillos, y recuerdo la satisfacción que me daba sentirme tratado por primera vez como un adulto. Al final de las vacaciones, mi padre me asignó una pequeña paga semanal y me dijo que ya no necesitaba *els calers de aquells homes*. A pesar de todo, cuando mi padre estaba de viaje, yo seguía acercándome a la obra y echándoles una mano. Me había acostumbrado. Me había acostumbrado a esos dos tipos extraños, con su tortuga, con su coche destartalado, con sus silencios interminables. La empresa de mi padre dejó de pagarle el sueldo, y mi padre llegaba todos los días a casa con sacos llenos de cacahuetes, pipas de girasol, altramuces, maíz tostado. Yo me consolaba pensando que al menos no nos moriríamos de hambre. El día del accidente había tantos sacos dentro del coche que no quedaba sitio para los heridos. De ahí que, en lugar de intentar llevarlos nosotros, llamáramos rápidamente a la Cruz Roja. Por si acaso, como Justo se estaba desangrando y no sabíamos cuánto podía tardar la ambulancia, nos apresuramos a sacar los sacos del coche. Acabamos de vaciarlo en el mismo momento en que llegaron los de la Cruz Roja, que rápidamente cargaron a los heridos y se los llevaron. Mi padre y yo los seguimos en nuestro coche. Yo, preocupado, le pregunté si creía que Justo iba a morir. Mi padre divagó un poco sobre la fragilidad del ser humano y la vanidad de la existencia y, palindromista al fin y al cabo, concluyó su monólogo con un grave y teatral «Somos o no somos». Seguramente ése sería un buen epitafio para la gente como mi padre.

Después del accidente, Hilario no volvió a aparecer por allí, dice Noel León. Pasado algún tiempo, volvió Justo, al que mi padre y yo habíamos visitado un par de veces en el hospital. Ahora mi padre no me prohibía que trabajara en la obra. Algunas veces venía Mateo, el policía, pero la mayor parte del tiempo estábamos solos Justo y yo. Fue entonces

cuando de verdad nos hicimos amigos. Justo me preguntaba por el trabajo de mi padre, que se había metido en el negocio de los abonos y los fertilizantes, y por la salud de mi madre, casi siempre aquejada de alergias que le dificultaban la respiración y le provocaban largas temporadas de insomnio. Yo le hablaba de mi vida y Justo me hablaba de la suya. O, mejor dicho, Justo me hablaba de la vida en general, de cómo la veía él, de lo que opinaba sobre esto y sobre aquello. Era un hombre complejo, profundo, con algo de iluminado y de santón. En mitad de una conversación sobre cualquier cosa, no era raro que de repente se pusiera trascendente y clamara contra la vida moderna, que a su juicio se había vuelto completamente materialista. La sociedad estaba enferma, y para curarse debía regresar a lo que Justo llamaba los valores del espíritu... Impresionaba que un hombre cojo y flaco y lleno de cicatrices mencionara esos valores del espíritu, sobre todo si lo hacía con ese tono grave y perentorio que Justo se había acostumbrado a adoptar después de la convalecencia. Era como oír en persona a Gandhi o a cualquiera de esos santos y profetas de los que hablaban en el colegio. En los ratos de descanso, sacaba alguno de sus libros y recitaba alguna frase subrayada.

—«Es imposible desterrar la religión porque el inconsciente colectivo es siempre religioso...» —decía, y luego me mostraba la página y señalaba la línea con el dedo, como si eso diera más autoridad a sus palabras.

Sus libros estaban infestados de signos y rayas y anotaciones al margen, dice Noel León. Justo leía mucho, pero siempre los mismos libros, y siempre de Vintila Horia. Yo al principio creía que Vintila Horia era una mujer. Luego, oyendo hablar a Justo, me enteré de que era un hombre, un escritor rumano. Con el tiempo (y aunque ya casi nadie se acuerda de él) he ido sabiendo más cosas sobre Vintila Horia: su admiración por Mussolini, su alejamiento de su país en cuanto éste se integró en la órbita soviética, su paso por Italia y Argentina antes de

instalarse definitivamente en España... Horia, que escribía en varios idiomas, incluido el francés, llegó a ganar el premio Goncourt, que le fue retirado tras hacerse públicas sus viejas simpatías por el fascismo. Algunos años después, su obsesión por la parapsicología fue ganando terreno a su actividad estrictamente literaria, y a principios de los setenta, al tiempo que redactaba sus libros sobre esoterismo y ciencias ocultas, dirigía la revista de futurología *Futuro presente*. Las primeras cartas que Justo escribió a Vintila Horia las envió a la dirección de la revista, y nunca obtuvieron respuesta. Más tarde averiguó que el escritor rumano daba clases de Literatura Universal en la Complutense y probó a escribirle a esas señas. Apenas una semana después recibió una tarjeta de puño y letra de Vintila Horia en la que éste le agradecía las agudas observaciones que Justo había hecho a propósito de su libro más reciente. Era sólo una nota de cortesía, poco más que unas frases de circunstancias, pero para Justo era importante porque aquella tarjeta inauguraba su correspondencia con el maestro. Justo admiraba a Vintila Horia y yo admiraba a Justo, y pronto mitifiqué esa relación epistolar, que para mí era un fecundo y apasionante debate entre expertos. A veces Justo me leía párrafos de las cartas que escribía a Vintila Horia. En ellas consultaba pormenores o exponía sus propias teorías sobre algunos casos célebres, como el de las caras de Bélmez o el del periquito de Hamburgo. Sobre ambos casos había escrito Vintila Horia: sobre los misteriosos rostros que se habían hecho visibles en la pared de una casa y sobre cierto periquito que desde el más allá transmitía mensajes tranquilizadores a los padres de su propietaria, una niña alemana que había muerto repentinamente. En un párrafo que me leyó, preguntaba Justo a Vintila Horia si no podía ser que la clave tanto del caso de las caras como de el del periquito estuviera en la antimateria...

—¿La antimateria? —pregunté.

Justo me explicó que, según algunos científicos, existe un antiuniverso en el que el tiempo corre al revés que en nuestro universo

visible y que no puede entrar en contacto con éste porque de ese contacto resultaría una catástrofe apocalíptica. Dijo Justo:

—La antimateria es la materia de la que está hecho el antiuniverso. Está claro, ¿no? Y el antiuniverso, que está al lado de nuestro propio universo, es ese mundo desconocido al que pasamos cuando morimos, ¿lo entiendes ya?

—Sí, sí... —dije, algo intimidado.

En las cartas de uno y otro, o por lo menos en las de Justo, abundaban las alusiones a la telepatía, la sofrología, la precognición, etcétera. Y sobre todo a la psicofonía. Según supe después, la teoría de la antimateria era también una de las que podían explicar el origen de las psicofonías. Pero ni Vintila Horia ni Justo descartaban otras teorías, como por ejemplo que las psicofonías fueran emisiones inconscientemente producidas por los propios receptores...

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté.

—Puede ser que las psicofonías sean voces que estén desde siempre en nosotros mismos. Voces que tratan de comunicarnos algo que nosotros, carentes de los órganos apropiados, no hemos sido capaces de captar hasta la aparición del magnetófono y de la radio, instrumentos de una humanidad más evolucionada...

—Pero entonces no serían mensajes del más allá.

—Evidentemente.

Le pregunté si alguna vez había intentado captar psicofonías y contestó que esas cosas le interesaban sólo desde el punto de vista teórico. Una tarde aparecí con el radio-cassette de casa, y Justo protestó:

—¡Pero si ya te dije que a mí esas cosas...!

Insistí tanto que finalmente acabó accediendo.

—A ver... —dijo—, ¿con quién quieres hablar?

—¿Tiene que estar muerto? —dije, y pensé en mi abuelo paterno, al que casi ni llegué a conocer.

—¿No tienes otro muerto mejor?

—No —dije—, ¿y tú?

Justo hizo un gesto de olvidémoslo, pero cogió el radio-cassette y comprobó su funcionamiento. Dijo:

—Lo ideal no es sólo captar las psicofonías sino llegar a entablar un diálogo. Pero eso ocurre pocas veces. Y casi nunca a la primera. ¡Así que no te hagas muchas ilusiones...!

Entramos en la casa y buscamos un sitio en el que colocar el aparato. Lo acabamos poniendo en un rincón de la habitación grande, la que no tenía ventanas. Hasta ese rincón no llegaba la luz de fuera, o llegaba muy débil y como a retazos.

—Dale —dijo.

Pulsé el botón y la cinta empezó a girar. En la penumbra envié a Justo una mirada que quería decir ¿y ahora qué? Permanecemos inmóviles y en silencio durante varios minutos. Si yo no me movía ni decía nada era porque Justo tampoco lo hacía. Luego él dijo:

—¡Madre, madre...!

Dejó pasar unos minutos más y volvió a decir:

—¿Está usted cerca, madre?, ¿me está oyendo?, ¿está usted aquí...?

En su voz había algo que te sobrecogía, como si en realidad no estuviera hablando un adulto sino un niño, un niño asustado y desvalido, seguramente el niño que Justo había sido alguna vez, y en esa semioscuridad el efecto que la voz producía era desgarrador. Siguió diciendo:

—Dígame algo si me está oyendo, madre, dígame que está bien allá donde esté...

Aquella media hora se me hizo cortísima. Cuando el botón saltó y salimos de la casa, tenía la sensación de que había pasado mucho menos tiempo. Rebobinamos la cinta y, mientras nos disponíamos a escuchar, Justo parecía contento y excitado. Escuchamos entonces su voz llamando a su madre, preguntándole si estaba cerca, si se encontraba bien... Aparte de eso no se oía más que silencio, y Justo, disgustado, comentaba para sí:

—¿Cómo iba a venir hasta este sitio para hablar conmigo? ¡Qué estupidez la mía! ¡Si al menos lo hubiera intentado en el barrio en el que vivíamos o en nuestra vieja casa...!

Volvimos a oír su voz en la grabación y luego nuevamente el silencio, un silencio cada vez más espeso. Justo, de mal humor, presionó el stop y dijo:

—Vamos. A trabajar. Ya hemos perdido demasiado tiempo por hoy.

Eso fue poco antes de la discusión entre Mateo y él, dice Noel León. Estuvieron a punto de pegarse. Mateo mencionó a una mujer, una tal Carme Román, y Justo se puso como loco. Empezó a pegar gritos y a lanzar ladrillos y a golpear las paredes con el pico. Con lo que le había costado levantar esa casa (que por fuera estaba ya casi acabada), ahora parecía que lo único que quería era destruirla, reducirla a escombros... Y, aparentemente, todo por una mujer. Mateo cogió el coche y se marchó. Justo ni siquiera se volvió a mirarle. Volcó las piedras de la carretilla sobre las últimas ascuas de la hoguera y echó a andar cojeando hacia la carretera. Corrí a alcanzarle.

—¿Le digo a mi padre que te acerque a la estación de autobuses? —dije.

—Vete a casa y haz los deberes —dijo.

—¿Vendrás mañana?

—Seguro que sí, Noel, seguro que sí...

Estoy hablando de finales de abril o principios de mayo del 76. Justo no volvió por allí al día siguiente. Tampoco la semana siguiente ni el mes siguiente. Llegó el verano, y Justo seguía sin dar señales de vida. Con las primeras tormentas se formaron grandes charcos que parecía que no fueran a secarse nunca, y en varias esquinas nacieron unas pequeñas zarzas con hojas en forma de sierra y minúsculas flores amarillas. Una noche oí ruido de motos, y por la mañana encontré restos de comida y botellas rotas. A la vuelta del congreso de la Asociación (que ese año se

celebró en Senés, provincia de Almería) descubrí que alguien había pintado un ojo gigantesco en la pared del pasillo, y desde entonces cada vez que entraba una pareja en busca de intimidad aparecían grabados en algún lado unos nombres, un corazón, una fecha. En septiembre, durante las fiestas, una peña adoptó la casa como cuartel general, y allí se reunían a todas horas para poner música, beber vino y comer caracoles. Más tarde, ya en el otoño, al menos dos vagabundos usaron brevemente la casa como vivienda, y por las mañanas me despertaban los ladridos de sus perros... Y sin embargo la construcción aguantaba. Las paredes y el tejado eran sólidos, consistentes, hechos para durar. Yo me acercaba de vez en cuando a arrancar hierbajos y limpiar la porquería dejada por los intrusos. No sabía si Justo iba a reaparecer alguna vez pero, si tal cosa ocurría, quería que se lo encontrara todo en el mejor estado posible de conservación.

Y, en efecto, Justo acabó reapareciendo, dice Noel León. Eso fue no sé si a finales de noviembre o principios de diciembre. De lo que estoy seguro es de que fue un domingo por la mañana, porque mi madre acababa de irse a misa cuando oí pasar el primer coche. Me asomé a una de las ventanas de atrás, la de la cocina, y vi cómo se detenía en la pequeña explanada y salían sus cuatro ocupantes. Me pareció que uno de ellos, por la manera de andar, sólo podía ser Justo. Luego llegaron dos coches más, casi seguidos. Me puse la chaqueta y eché a correr. Cuando llegué, no vi a nadie. Uno de los coches, un Seat 850, tenía las puertas abiertas, y de su interior salía, aunque a escaso volumen, música de aires militares. Me asomé al interior de la casa y comprobé que estaba vacía. Me dirigí entonces a la parte de atrás. Justo y los otros, nueve o diez hombres en total, formaban un corrillo irregular en la zona de los almendros. Grité el nombre de Justo, y todos se volvieron a mirarme. Reparé por primera vez en sus botas militares, sus guerreras con muchos bolsillos, sus chalecos de cazador... En su aspecto y su manera de

observarme había una hostilidad esencial, profunda, como si fuera ése su estado natural.

—¡Hola, Justo! —dije, y él avanzó unos pasos, me señaló con el dedo y dijo:

—¿Quién te ha dado permiso para venir?, ¿esto es una propiedad privada!, ¡lárgate!

Por un instante me quedé sin habla, y luego apenas si tuve fuerzas para decir:

—¡Pero si soy yo, soy Noel...!

Justo siguió señalándome con el dedo:

—¿No me has oído?, ¡te he dicho que te largues!, ¡no quiero volverte a ver por aquí!

Me fui de allí humillado, resentido, lloroso, y me encerré en mi habitación a odiar a Justo, a quien hasta poco antes había creído amigo mío... ¿Por qué me había hablado así? ¿Por qué me había tratado de ese modo? Yo entonces no podía saberlo, pero esa mañana acababa de empezar la mayor aventura de mi vida.

La ultraderecha catalana la conocí desde dentro, dice Manel Pérez. Empecé frecuentando CEDADE, me incorporé después a Fuerza Joven y acabé relacionándome con Juventud Española en Pie. Y, sin embargo, creo que nunca fui verdaderamente un ultraderechista. Ya sé que suena extraño, con una trayectoria así. Trataré de explicarlo. Mis padres ni eran ni habían sido franquistas fervientes (o no más fervientes de lo habitual en la clase media), y en la historia de la familia, que durante la guerra había apoyado por pragmatismo el bando nacional, no había hazañas que conmemorar ni martirologios que vindicar. Además, desde la muerte de Franco mi familia se encontraba, como en general España, en pleno proceso de adaptación a los nuevos tiempos, y buscaba la fórmula mágica que le permitiera mantener su conservadurismo esencial pero liberado de todas las embarazosas connotaciones que se le habían ido agregando

durante los casi cuarenta años de dictadura. A mi padre esa fórmula mágica se la proporcionó el liberalismo, o la idea que él tenía de liberalismo. Si alguna vez durante la comida familiar se iniciaba una conversación sobre la actualidad política, mi padre repetía como un mantra:

—En esta casa sieceempre hemos sido liberales, sieceempre liberales...

Lo decía así, con ese plural y ese sieceempre que no se sabía hasta dónde abarcaban y que sugerían una legitimidad mítica de nuestra familia ante la inminente democratización del régimen. ¿Qué entendía mi padre por liberalismo? Supongo que algo vagamente asociado a la reina de Inglaterra y al general De Gaulle, figuras las dos lo bastante prestigiosas para desbaratar cualquier acusación de izquierdoso o anticlerical. El liberalismo, desdeñado por los franquistas, incontaminado, se ofrecía ahora como un buen árbol al que arrimarse, y mucha gente de orden se limitaba a cambiar un cobijo por otro: la sombra protectora del franquismo por la del liberalismo. Mi acercamiento a la ultraderecha no era, pues, algo de lo que en casa pudieran sentirse orgullosos, porque les recordaba su propia deslealtad. En el fondo, puede ser que me juntara con esa gente sólo para echar en cara a mis padres su cobardía y su mediocridad. Qué poco me gustaban mis padres entonces: él, tan sumiso, tan cumplidor, llevando en sus tardes libres algunas contabilidades del barrio, fingiendo un interés excesivo por la salud de sus clientes, y ella, tan apañada y ahorrativa, tan decente con esas rebequitas suyas pasadas de moda, tan preocupada siempre por la opinión de los demás. Bien mirados, formaban una pareja ridícula, y daba grima verlos pasear agarraditos del brazo, él culibajo, las piernas gordas, andando algo estirado para parecer más alto, ella con la mirada inquieta y nariz de periquito, con pañuelos en el cuello para esconder las arrugas, los dos sintiéndose observados y forzando una sonrisa que cuando menos te lo esperabas se quebraba en una mueca inexplicable de consternación. Mis

padres estaban orgullosos de la vida que llevaban, que a su manera era perfecta, con el piso de Barcelona pagado y el apartamento de Torredembarra casi, con los tres chicos estudiando en colegios de pago, con el cuarto de estar repleto de fotos que certificaban lo guapos y sanos que crecíamos mis dos hermanas y yo... A mí tanta perfección me molestaba, y aún me molestaba más oler su miedo, el miedo que mis padres tenían a que las cosas se torcieran de repente, a que una enfermedad o un accidente o lo que fuera irrumpiera en esa perfección suya y la hiciera añicos.

En casa se respiraba una sensación de catástrofe inminente, dice Manel Pérez. En cualquier momento tenía que ocurrir algo, una desgracia terrible y definitiva, una maldición bíblica que acabara para siempre con la felicidad de la familia Pérez... Se daba por supuesto que el teléfono sería la vía natural de entrada de esa Gran Catástrofe que estaba por venir. El teléfono estaba en la pared del pasillo y se oía desde todos los rincones del piso. Me acuerdo del estremecimiento general que sacudía la casa cuando el teléfono sonaba. Se abrían puertas, se cerraban grifos, se interrumpían conversaciones. Si la televisión estaba encendida, se bajaba inmediatamente el volumen porque los timbrazos del teléfono tenían prioridad sobre cualquier otro sonido. La casa entera estaba pendiente de lo que pudiera ocurrir, y entre timbrazo y timbrazo se percibía un silencio de inquietud y tragedia antigua. De algún lugar llegaban las voces de mis hermanas, que repetían ¡teléfono, teléfono! como quien da la voz de alarma, y en la cocina o en el cuarto de estar mi madre contenía un gemido de ansiedad (¡ay, Dios!) y miraba a un lado y a otro para que alguien se decidiera a descolgar. Entre tanto el teléfono no cesaba de sonar, y cada nuevo timbrazo parecía más inquietante que el anterior. Hasta que por fin mi padre, con el gesto de quien ha hecho acopio de toda su sangre fría, se plantaba en mitad del pasillo y decía con determinación:

—Lo cojo yo.

¿Cuántas veces en mi infancia y juventud habré oído ese lo-cojo-yo, lo-cojo-yo, que sonaba como un: Tranquilos, aquí estoy, no tenéis nada que temer? Luego toda la casa permanecía alerta durante unos segundos, hasta que por fin el tono de voz de mi padre se relajaba y comprendíamos que tampoco esa vez se había producido la tan esperada catástrofe, y enseguida la vida familiar se reintegraba a lo de siempre, a la perfección, al miedo...

Supongo que si me juntaba con la gente que menos pudiera gustar a mis padres era sobre todo por venganza, dice Manel Pérez. En el colegio, elegía siempre mis amigos entre los peores estudiantes del curso, que solían ser los más salvajes y divertidos, y también los más fachas. En sexto de bachiller, mis amigos eran Miranda y Taulet, los únicos que suspendían todas las asignaturas, incluidas gimnasia y religión. Miranda, hijo de un teniente coronel de artillería, fue el que nos inculcó a los otros dos la afición por la Segunda Guerra Mundial, los uniformes militares, las revistas de armas... Su hermano mayor estaba en CEDADE, y un día le dejó una insignia nazi auténtica. Me acuerdo perfectamente de ella. Era redonda, del tamaño de una moneda pequeña, con una corona de laurel dorada en el canto y unas palabras en alemán rodeando el círculo central, en el que había una minúscula esvástica negra sobre fondo blanco. Era muy bonita, pero lo que más nos gustaba de ella era que cuarenta años antes había pertenecido a un nazi de verdad. Más tarde, los amigos del hermano mayor de Miranda, miembros también de CEDADE, nos enseñaron otras insignias y medallas nazis, y eran siempre insignias y medallas auténticas. A alguno de ellos se le veía de vez en cuando vestido con el uniforme del partido, que estaba directamente inspirado en el de las Juventudes Hitlerianas. Eso era en la sede de CEDADE, que estaba en la calle Ciutat. También fue en esa sede donde por primera vez sostuve en mi mano un arma de fuego, una pistola FN de nueve milímetros. No sé a

quién pertenecería. Lo que sé es que me pareció que pesaba mucho, tal vez porque sólo podía compararla con las pistolas de juguete de mi niñez. Desde luego, aquella pistola no era de juguete. No mucho después de eso, Miranda, Taulet y yo nos juntamos con unos de Fuerza Joven que solían ir al campo a hacer prácticas de tiro. Íbamos en dos o tres coches por carreteras de mala muerte y caminos de tierra hasta que alguien del primer coche sacaba una mano por la ventanilla y señalaba un sitio. Unas veces podía ser en el Garraf, pasada la cementera, y otras en algún descampado cerca de pueblos como Gelida o Castellar o Cabrils, que alguien del grupo, por la razón que fuera, conocía bien. No teníamos, pues, un lugar fijo, y en realidad tampoco teníamos armas propias. Las que usábamos solían aportarlas, siempre sin consentimiento, los que eran hijos de militar o de guardia civil, y generalmente el dueño de la pistola o revólver decidía quién y cuántas veces podía disparar. Esto se aceptaba sin discusión, ya que los riesgos mayores los corría él y suya (o de su padre) era la munición que gastábamos los demás. Lo que no se aceptaba era que nunca aportaran armas algunos que podían hacerlo. Por ejemplo Miranda, que no tardó en ser apartado del grupo. La discusión se produjo en algún lugar de la sierra del Garraf, entre arbustos uniformados por el polvo gris de la cementera. Miranda, que esa mañana había disparado tres veces y ninguna de ellas había logrado acercarse a la diana, echaba la culpa a la pistola, a la que llamaba chisme.

—¡Vaya mierda de chisme! —decía—, ¡este chisme no está bien engrasado...!

Consiguió ponernos a todos en su contra, y ni siquiera Taulet y yo le defendimos cuando el dueño de la pistola le pidió explicaciones por no haberle cogido nunca la suya a su padre. Miranda dijo que su padre no tenía armas en casa y los otros le dijeron que lo que él no tenía era huevos. Miranda se enfadó y amenazó a unos y a otros, pero era verdad: allí todos sabían que jamás se habría atrevido a hacer nada que pudiera comprometer a su padre, al que temía y adoraba. Al final, uno de los

veteranos agarró la pistola y le indicó con ella el camino por el que habíamos llegado.

—¡Venga, tú!, ¡ya te estás yendo! —ordenó.

En situaciones así, con armas de por medio, las discusiones duraban muy poco. Miranda nos lanzó una mirada rencorosa y echó a andar por el camino. Un rato después pasamos a su lado con los coches. Yo le eché un vistazo furtivo. Tenía la ropa y el pelo completamente cubiertos del polvo de la cementera.

Taulet y yo seguimos juntándonos con esa gente, dice Manel Pérez. Tenía su gracia que Miranda, el más facha de los tres y el que nos había metido en todo aquello, fuera el primero en saltar. Si Taulet y yo no nos salimos entonces fue porque nos gustaba esa vida. Nos gustaba esa sensación de riesgo y de aventura y de estar a salvo de la rutina y la mediocridad en la que vivía el resto del mundo. Fuerza Joven estaba organizada en centurias, que se dividían en líneas, que a su vez se dividían en secciones, y éstas en pelotones, y éstos en escuadras. Taulet y yo y algunos de los otros formamos una escuadra. A una de nuestras prácticas de tiro vino un tal Leo, fuerte, colérico, de aspecto patibulario, con unos tatuajes toscos y feos en los brazos. El tal Leo dijo que guardáramos la pistolita, que a quién se le ocurría empezar a construir la casa por el tejado. Luego no paró de dar órdenes en toda la mañana. Una y mil veces nos hizo formar y cambiar de posición: descanso, firmes, saludo, giros, descubrirse, rodilla en tierra. Pasó después a impartir unas clases teóricas y nos enseñó las normas básicas de lo que él llamaba actuación en la calle.

—Se entra y se sale todos juntos, ¿entendido? —decía—. En el momento del follón no debe haber individuos sueltos, ¿entendido? Se ha de saber el número exacto de camaradas que intervienen en la acción y nunca se deja abandonado a su suerte a ningún camarada, ¿entendido o no...?

También las pintadas y las panfletadas tenían sus técnicas de preparación, vigilancia y realización, y en el caso de que alguno de nosotros cayera en manos de la policía las instrucciones eran muy concretas:

—No decir nada, no saber nada, no ser de nada, no tener miedo, intentar que no te cojan con armas y, si te cogen con alguna, decir que se la has quitado a alguien que te iba a pegar...

Tuvimos otras sesiones como aquélla. A partir de entonces empezamos a juntarnos con Leo y con otros como Leo en una nave industrial de El Prat. Allí las chicas de Fuerza Joven se encargaban de que no nos faltaran cervezas frías y pinchos de tortilla, y notabas que se ponían cachondas cuando alguien describía su participación en alguna acción violenta: un enfrentamiento callejero, un asalto a una facultad, un ataque contra la sede de alguna asociación de vecinos. En esas fiestas era importante ser alguien, y uno no empezaba a ser alguien hasta que intervenía en una acción así. La primera en la que intervine fue un atentado con cócteles molotov contra una librería erótica de la calle Aribau. En aquella época proliferaban los atentados contra librerías. Si no sabíamos qué o a quién atacar, buscábamos la librería izquierdista o catalanista o erótica más cercana y la llenábamos de pintadas o le rompíamos el escaparate o le lanzábamos un cóctel molotov. Técnicamente era lo más sencillo del mundo. Llegábamos en coche. Uno permanecía al volante con el motor en marcha, otro vigilaba desde la esquina y los dos restantes prendían sus respectivos cócteles y los tiraban contra la entrada de la librería, generalmente protegida por una persiana metálica que dificultaba el paso de las llamas. Después salíamos de allí a toda velocidad, y siempre sabíamos de algún sitio en el que encontrarnos con esas chicas que se ponían cachondas con la violencia. ¿Cómo no iba a gustarnos ese tipo de vida? Todo lo que te apetecía estaba al alcance de tu mano y sólo tenías que cogerlo: el vértigo de la aventura, las tías deseosas de follar contigo, la sensación de estar por encima del bien y del

mal y de que cada minuto era especial, único, distinto de todos los demás... En el tercero o cuarto de nuestros atentados, las llamas lograron traspasar la persiana y alcanzar los mostradores de madera y los libros, y se declaró un incendio que destruyó por completo los dos primeros pisos del edificio antes de que los bomberos pudieran sofocarlo. En la televisión entrevistaron a la vecina del entresuelo, que no paraba de llorar, y Taulet me llamó por teléfono a casa y me dijo:

—Yo lo dejo, Manu, ¿tú qué haces?

Y yo, bajando la voz para que no me oyera mi familia, contesté:

—Yo sigo, yo no soy ningún cagado.

Pese a lo que acabo de contar, vuelvo a decir que nunca fui un verdadero ultraderechista, dice Manel Pérez. Una cosa que no he mencionado es que para entonces estaba ya estudiando Periodismo en la Autónoma. Había elegido la carrera como se eligen muchas cosas a esa edad: en el último momento y sin pensarlo demasiado. No podía decirse que tuviera auténtica vocación pero acudía regularmente a las aulas, y lo que allí escuchaba me resultaba interesante. Desde el principio, en algunas asignaturas se nos pidió que escribiéramos. Entrevistas, noticias, reportajes, artículos de opinión, ensayos breves. Los profesores decían que mis trabajos no eran malos, y uno de ellos elogió públicamente un texto en el que describía un choque entre manifestantes anarquistas y ultraderechistas. Según él, había acertado a conciliar los puntos de vista interior y exterior, como si por un lado estuviera participando en los hechos narrados y por otro fuera un observador ajeno e imparcial. Sobre el punto de vista interior no cabía la menor duda porque yo, en efecto, había participado en un choque de éstos, que había terminado con media docena de heridos. En cuanto al otro punto de vista, no podía dejar de admitir que aquel hombre tenía razón y que mis escritos revelaban algún oscuro desdoblamiento de personalidad. Yo era al mismo tiempo una persona que hacía y otra que miraba hacer. O una persona que quería

vivir las cosas y otra que quería contarlas. El joven que hacía, el que quería vivir, era ultraderechista. El otro joven, el que miraba hacer y sólo quería contarlo, no lo era. ¿Cuánto tiempo se soportarían el uno al otro? Corregí aquella crónica y logré publicarla en una revista de la facultad. Después me animé a enviar otras dos crónicas del mismo estilo al *Diario de Tarrasa*, que, aunque con cierto retraso, también las publicó. Empecé a plantearme la posibilidad de ofrecer mis trabajos a medios de mayor difusión... Cuanto más crecía el periodista, más debilitado quedaba el ultraderechista. En enero del 77 tuvo lugar la matanza de Atocha, en la que varios abogados laboristas fueron asesinados en su despacho madrileño por pistoleros de ultraderecha. El director del *Diario de Tarrasa* se acordó de las dos crónicas que me había publicado y me encargó un reportaje sobre los grupos ultras en Cataluña.

—La cuestión es saber si también aquí podría llegar a producirse una matanza como la de Madrid —me dijo.

Tardé un fin de semana en escribirlo. Sin dar nombres, mencionaba las organizaciones más activas y no ahorraba detalles a la hora de describir lo que, con un latinajo algo engolado, llamé su *modus operandi*. El reportaje se publicó el domingo siguiente y tuvo una repercusión mayor de la esperada. En Fuerza Joven circulaban fotocopias, y algunos se preguntaban cómo aquel periodista desconocido había tenido acceso a algunas informaciones: lugares concretos, tipos de armas, etcétera. Ninguno podía imaginar que el desconocido periodista era yo, que firmaba como M. Pérez, lo que, sin pretenderlo, venía a ser lo mismo que ocultar mi identidad.

En el reportaje hablaba ya de Vallirana, dice Manel Pérez. Desde que apareció Justo, era el sitio en el que nos juntábamos para entrenarnos y pegar tiros. ¿Cuándo y dónde conocí a Justo? No lo recuerdo, pero seguro que fue en una de esas reuniones en las que tipos como Leo nos enseñaban a reventar manifestaciones y a preparar cócteles molotov.

Quienquiera que fuese, estaba claro que Justo no era un don nadie. Hablaba mucho con los cabecillas, sobre los que parecía tener gran influencia, y las cosas que él proponía siempre se llevaban a cabo. De dónde le venía esa autoridad secreta no lo supe hasta que fui por primera vez a Vallirana y vi el depósito de armas, que estaba en un escondrijo bien tapado por sacos terreros en el suelo de la habitación más grande y oscura. Había allí una docena de pistolas y revólveres, dos subfusiles y varias cajas de munición con la inscripción «Pirotecnia militar». La autoridad le venía de esas armas, pero sobre todo del origen que todos atribuíamos a esas armas, que no podía ser otro que la policía. De Justo se decían muchas cosas y se contaban muchas historias, y lo único seguro era que estaba estrechamente ligado a peces gordos de la policía, lo que le garantizaba el suministro de armas y un amplio margen de impunidad. ¿Era o había sido de la secreta? ¿Había trabajado para ellos? De ser cierto el rumor más extendido, hacía años que la policía le pasaba un sueldo a cambio de confiarle ciertas operaciones especiales en las que no quería verse comprometida. ¿Qué quería decir operaciones especiales? ¿Intimidaciones, palizas, sobornos, tal vez asesinatos...? Justo, en todo caso, no era ningún aficionado, y hasta su aspecto físico sugería una familiaridad con el delito y la violencia: el gesto endurecido por las cicatrices, esos labios que parecían no haber sonreído jamás, esos ojos pequeños que te atravesaban al mirarte... Desde la primera vez que lo vi, llevaba Justo colgada del cuello una cadenita con una bala de plata: ¿quién que no fuera un maleante o un matón llevaría tan a la vista un adorno así? Pero los rumores también hablaban de un desengaño amoroso, que habría sido el verdadero motivo que le habría llevado a hacer la guerra por su cuenta y a vengarse del mundo organizando atentados... ¿Cómo encajar esas piezas? ¿Cómo aceptar que un personaje tan turbio y rocoso pudiera tener la sensibilidad necesaria para sufrir penas de amor? Justo seleccionó a unos cuantos escuadristas de Fuerza Joven, y a finales del 76 empezamos a reunirnos en Vallirana. Aquella

casa inacabada y fea era nuestra base de operaciones. Para las prácticas de tiro nos íbamos a la vaguada que estaba al otro lado del campo de almendros, lejos de las últimas casas del pueblo. Justo no disparaba. Justo repartía las armas y daba las instrucciones. Solíamos ser ocho o nueve. Un día, al acabar, nos señaló a tres de nosotros. Nos metimos con él en un coche. Media hora después estábamos parados en un chaflán de la calle Urgell, esperando a que llegara a su casa un tipo al que teníamos que dar un toque de atención. Era un periodista de *El País*. Cuando Justo lo vio aparecer, dijo:

—Ahí tenéis al pájaro. Sólo un susto. Acojonadle. Llevad la pistola para que la vea. Pero no se os ocurra usarla. Un par de hostias y volvéis al coche.

Eso hicimos: acorralamos al tipo contra el portal y, al tiempo que le pegábamos patadas y puñetazos, le gritábamos que a ver qué artículos iba a escribir a partir de entonces, maricón, rojo de mierda. Durante las semanas siguientes hicimos lo mismo con un cura obrero del barrio del Carmel, con un enlace de Comisiones Obreras en la Seat, con un abogado laboralista... Les dábamos un susto y nos alejábamos tranquilamente, seguros de que, si se les ocurría llamar a la policía, ésta tardaría horas en aparecer y la posterior denuncia nunca conduciría a nada. Aunque, a decir verdad, nuestra impunidad no era total. No me cabe la menor duda de que fue Justo quien, en otra ocasión, ordenó a varios miembros de Fuerza Joven que, al grito de ¡Franco, Franco, Franco!, irrumpieran en el aula magna de Filosofía y reventaran una conferencia de un conocido intelectual de izquierdas. Algunos alumnos y profesores les hicieron frente, y en la refriega posterior el decano recibió un golpe por el que tuvo que recibir asistencia médica. Los periódicos clamaron contra la agresión, y a los pocos días los titulares anunciaron que la policía había detenido a los alborotadores, tres chicos a los que yo conocía. Ese doble juego era muy propio de la policía. Por un lado amparaba la violencia ultra y por otro la tenía controlada por si en alguna ocasión necesitaba

cubrirse las espaldas y ofrecer una imagen de profesionalidad y eficacia: así siempre tenía algún trofeo que presentar a la opinión pública.

Para entonces yo había visitado ya varias redacciones de periódicos y revistas, dice Manel Pérez. En los periódicos importantes sólo encontré paternalismo y buenas palabras. En las revistas la acogida fue algo mejor, especialmente en algunas de las revistas de información general surgidas al calor del nuevo clima político, como *Interviú*, que no llevaba ni un año en la calle, o *Primera Plana*, que acababa de nacer. En esta última intenté hablar con el director, Manuel Vázquez Montalbán, pero estaba siempre muy ocupado, y el que me recibió fue el jefe de redacción, que se llamaba Sergi. Le enseñé los trabajos publicados en el *Diario de Tarrasa* y le dije que tenía buenos contactos entre los cabecillas de la ultraderecha. Sergi se rascó la barbita de chivo y dijo:

—*No estaria malament això*, un reportaje sobre los ultras hecho por un infiltrado, *no estaria gens malament...*

Fue la primera vez que me vi a mí mismo así, como un infiltrado. Mis contradicciones empezaban a resolverse. Yo no era un ultraderechista que aprovechaba mi experiencia y relaciones para hacer mis pinitos como reportero. Yo era un infiltrado, un agente secreto, un espía en territorio enemigo, un actor obligado al disimulo porque tenía claro cuál era mi lado y quiénes eran los míos. Terminaban de diluirse mis confusas simpatías ultraderechistas, y su lugar iba rápidamente siendo ocupado por una curiosidad profesional y casi científica. Mantuve un par de reuniones más con Sergi y otra gente de *Primera Plana*, y les sugerí posibles temas para reportajes. Lo que les contaba sobre los ataques de Fuerza Joven no les parecía suficiente.

—Si no hay un muerto, no nos sirve —decían.

—¿Y qué queréis?, ¿que mate a alguien para que os sirva? —les replicaba yo.

Pensé seriamente en abandonarlo todo: abandonar a los ultras y

abandonar el proyecto de escribir sobre ellos. En algún momento, sin embargo, debí de aludir a unos lugares de la provincia de Lérida en los que cachorros de ultraderecha hacían acampada y recibían una breve instrucción militar, y Sergi anunció que ese tema sí les servía.

—¿Aunque no haya ningún muerto? —dije.

—Aunque no haya —dijo, y directamente trató de encontrar un título para el reportaje, en todo caso un título que alertara sobre las intenciones de la ultraderecha de organizar su propio ejército...

—Veré qué puedo hacer.

Mientras nos despedíamos, Sergi intentó bromear:

—Pero ten cuidado. Ten mucho cuidado. Si en el reportaje tiene que haber un muerto, procura que no seas tú.

Los lugares donde tenían esos campos de instrucción se encontraban cerca de pueblos pequeños, como Cubells, Camarasa, Penelles... Podían ser fincas de terratenientes de ultraderecha pero también terrenos comunales cedidos por los alcaldes, que al fin y al cabo seguían siendo los mismos alcaldes nombrados durante el franquismo. Había pasado un año y medio desde la muerte de Franco pero la democracia tardaba en llegar, y más a esos pueblos tan apartados. Lo que estaba claro es que en esos sitios ni las autoridades locales ni la guardia civil tenían intención de importunar. ¿Por qué esos campamentos se hacían en Lérida y no, pongamos, en Tarragona o en Huesca? Supongo que sólo porque la ultraderecha de allí era más activa o más exaltada o más violenta que la de Tarragona o de Huesca... Y activo y exaltado y violento era el hombre que estaba al frente de todo eso: Miguel Gómez Benet, al que llamaban el Padrino, el Negro y el Metralletas, ex lugarteniente de la Guardia de Franco en Lérida, fundador de Juventud Española en Pie, un tipo que se había metido en el negocio de las tragaperras y estaba ganando mucho dinero. Durante muchos años, el Padrino había trabajado como secretario del ayuntamiento de Cubells, que fue donde tuvo lugar el campamento al que yo asistí. Lo recuerdo bien: un hombre de cincuenta y tantos años que

aparentaba bastantes más, con el cuello hinchado, los dientes oscuros y grandes bolsas bajo los ojos. Aunque yo sabía que viajaba con frecuencia a Barcelona y que algunos ataques se habían planificado en el Manila (un salón recreativo de su propiedad que estaba en las Ramblas, justo al lado del hotel Oriente), no lo conocí hasta aquella semana de campamento en Cubells. Me acuerdo de su voz, casi siempre ronca de tanto que gritaba.

—¡Ese puto Suárez es un comunista!, ¡un comunista y un cabrón!, ¡y el rey otro comunista y otro cabrón...! —gritaba, pero cuando llegaba al rey ya casi no le quedaba voz.

En aquel sitio coincidimos chicos llegados de Barcelona, Lérida, Zaragoza, Pamplona y Valladolid. En total nos juntamos unos veinte o veintidós, lo que distaba mucho de constituir esa milicia o ese ejército del que había hablado Sergi. En realidad, no hacíamos allí nada que yo y los que venían conmigo no hubiéramos hecho en Vallirana y otras partes: entrenamiento, marchas, prácticas de tiro y, eso sí, algo parecido a una pista americana, con unos puentes muy endebles hechos con cuerdas y una pared de unos cuatro metros por la que teníamos que trepar... Entre los instructores había un italiano de Ordine Nuovo, que estaba perseguido por la policía de su país y había participado en los tiroteos de Montejurra del año anterior, y un ex militar francés de la Organisation Armée Secrète (OAS) refugiado en España. El Padrino estaba bien relacionado con algunos grupos extranjeros de ultraderecha para los que había hecho contrabando de armas a través de los Pirineos. De hecho, varias de las armas que aquellos días utilizamos (incluida una metralleta Mat-42) procedían precisamente de una entrega que no había llegado a completarse por la detención en Francia de sus destinatarios, miembros de la OAS. Armas, desde luego, no nos faltaban. En el barracón principal había hasta un *bazooka* M-20 de la guerra de Corea, un arma por lo demás sin otra función que la decorativa, porque carecíamos de cohetes explosivos. Yo llevaba una de esas cámaras baratas Agfa y les hacía fotos a unos y a otros con el *bazooka* al hombro. Fue una de esas veces cuando

Justo me agarró con fuerza del cuello y me dijo:

—¿Y tú, chico, por qué coño haces tantas fotos?

A partir de ese momento fui más cuidadoso, y sólo sacaba la cámara cuando ni los jefes ni los instructores estaban mirando.

Aquellos campamentos servían sobre todo para que los cabecillas hablaran entre ellos, intercambiaban información, se coordinaran..., dice Manel Pérez. Estoy convencido de que allí se decidieron varios de los atentados de ese otoño. Las cosas funcionaban así: un grupo de una ciudad fijaba el objetivo y hacía el seguimiento, y luego todos se iban de viaje y se buscaban una buena coartada lejos de la ciudad, mientras unos camaradas venidos de fuera se encargaban de poner la bomba. De ese modo no quedaban muchas huellas... No me extrañaría que el atentado contra *El Papus*, que tuvo lugar muy poco después, en el mes de septiembre, se hubiera preparado también allí. En todo caso, estaba decidido desde mucho antes, desde que *El Papus* publicó unos chistes que ridiculizaban a falangistas y requetés. Primero se había intentado poner dos cargas de explosivo plástico en el kiosco que había justo delante de la redacción, pero el diamante utilizado para cortar el cristal no era lo bastante duro. Después se había planeado dejar ciego al director echándole ácido a la cara o disparándole a los ojos con una escopeta de perdigones, pero nunca encontraron la ocasión propicia. Al final, hicieron llegar a la redacción un maletín bomba que acabó con la vida de un empleado de la revista e hirió a otros diecisiete... Pero yo jamás asistí a ninguna de esas reuniones preparatorias. Lo único significativo de lo que oí hablar a los cabecillas (eso sí, con bastante frecuencia) fue de dinero. Hacía falta dinero para comprar armas y munición, para montar las operaciones, para retirar a la gente de la circulación cuando las circunstancias lo exigieran... El Padrino corría con muchos de los gastos, pero tanto él como Justo y los otros esperaban una generosa aportación de las marquesas de la braga. Así llamábamos al dinero que los ricachones

de ultraderecha donaban para la causa: dinero de las marquesas de la braga. El encargado de recaudar esos fondos era un aristócrata local, Carlos Sanfeliu, hijo o hermano del barón de Vimbodí, dueño de una finca en Penelles en la que también se organizaban cursillos de guerrilla urbana y campamentos como aquél. Sanfeliu era un hombre aún joven, con flequillo rubio y *foulard* al cuello, de una elegancia algo forzada, como la de los personajes de las películas de James Bond. Apareció uno de esos días por allí y, mientras nosotros nos ejercitábamos bajo el sol o hacíamos prácticas de tiro, él se paseaba con los aires del gran señor que pasa revista a sus mesnadas. La discusión se produjo después de una de las charlas de formación doctrinal, cuando ya Sanfeliu se disponía a marcharse en su coche. Estaba atardeciendo. A esa hora no teníamos nada especial que hacer, y todos pudimos oír los gritos.

—¿Me estás tomando el pelo?, ¿eh? —gritaba Justo—. ¿Te estás burlando de mí? ¡No era esto lo que habíamos hablado...!

Sanfeliu se pasaba la mano por el flequillo rubio y trataba de aparentar aplomo. Los gritos de Justo no le daban opción a réplica:

—¡Queréis que formemos hombres pero luego no cumplís vuestra parte del pacto! ¡Queréis que hagamos muchas cosas pero no queréis pagarlas! ¡Y eso no está bien! ¡No está nada bien! Si tú no me consigues el dinero, ¿de dónde se supone que tengo que sacarlo? ¿Qué quieres?, ¿que ataque un banco? ¡O mejor voy a tu casa y le robo las joyas a tu mujer! Si no me das lo que habíamos acordado, tengo derecho a cobrármelo, ¿no?

Sanfeliu seguía esforzándose por mantener la compostura, pero su sonrisita expresaba una condescendencia que terminó de enfurecer a Justo. En cuatro zancadas se plantó en el barracón, y un instante después volvió empuñando una Astra del nueve largo. El Padrino, que hasta entonces se había mantenido al margen, hizo con las manos un gesto de advertencia. Justo se paró y quitó el seguro. Era la primera vez que yo le veía manejar un arma, y nunca me lo había imaginado haciéndolo con esa

naturalidad. Sanfeliu, protegiéndose a medias tras la puerta del coche, estaba descompuesto, con los ojos entrecerrados y la cabeza hundida entre los hombros. Justo le apuntó directamente a la cara. Dijo:

—A la gente como tú la conozco muy bien. Vais siempre a lo vuestro, y a la primera de cambio nos dejáis tirados...

Había tanto odio en sus palabras que nos quedamos todos como en suspenso, paralizados, y hasta al Padrino le costaba intervenir.

—Venga, Justo, ya basta. Carlitos ya sabe lo que tiene que hacer... ¿Verdad que sí, Carlitos? —dijo al final, acercándose a Justo y desviando con cautela el cañón de la Astra.

Justo apartó el arma, y Sanfeliu se apresuró a meterse en el coche y arrancar. El Padrino siguió al coche con la mirada. Sanfeliu y él tenían muchos negocios comunes, y en ese momento su reacción era imposible de prever. Durante unos segundos nadie dijo nada. Luego el Padrino se volvió hacia Justo, soltó una risotada y dijo:

—¡Qué arranques tienes, cabrón!

De todo lo que ocurrió esos días, eso fue lo más destacado. Hubo también un incidente que, aun siendo mínimo, no quiero dejar de contar. Yo, para no levantar sospechas, había guardado mi cámara Agfa en el fondo de la mochila, y en todo momento evité tomar notas para mi reportaje. Pero éste se iba componiendo por sí mismo en mi cabeza, y estaba seguro de que en *Primera Plana* no dudarían en publicármelo. En el reportaje hablaría de los campos de instrucción y, sobre todo, del salto táctico que esos campos representaban: el activista *amateur*, el alborotador tradicional perdía protagonismo en la nueva estrategia de desestabilización, y lo que se buscaba era formar un cuerpo de terroristas liberados o, lo que es lo mismo, de pistoleros a sueldo, de mercenarios. De ahí la importancia de la financiación. De ahí también el cabreo de Justo con Sanfeliu. Todo eso bullía en mi cabeza, y lo único que esperaba era el momento de llegar a casa y sentarme delante de la máquina de escribir. Nunca se me pasó por la cabeza que en el campamento pudieran

sospechar de mí, pero quién sabe. El penúltimo día hicimos una marcha por una sierra cercana llamada Carbonera. A la ida se mantuvo el orden en la fila. A la vuelta, en cambio, cada cual iba a su paso. Yo era de los rezagados. En un recodo del camino, Justo se entretenía buscando moras.

—Están verdes, todavía es pronto —dijo, y se puso a andar a mi lado.

Comprendí que me había estado esperando. Justo hablaba y hablaba de cosas intrascendentes. Luego dijo:

—¿A quién has llamado esta mañana desde el pueblo?

—A nadie.

—¿A nadie? ¿No has hecho ninguna llamada desde el bar del pueblo?

—No —dije, y era verdad.

—Está bien... —dijo, pero lo dijo sin convicción.

Un rayo de sol se reflejó en la bala de plata que llevaba colgada del cuello. La miré. Él la cogió con dos dedos y dijo:

—¿Te gusta? Hice grabar mis iniciales y el año de mi nacimiento. Sólo falta el año de mi muerte...

—¿Quién te ha dicho que he hecho esa llamada? —le interrumpí, y él negó con la cabeza y dijo:

—¿Y qué tendría de malo que la hubieras hecho?

Sin parar de andar, intercambiamos una sonrisa. Cada tantos metros, el camino se internaba entre árboles para asomarse luego a un pequeño claro y desaparecer de nuevo en el bosque. No teníamos a nadie ni delante ni detrás. Pensé que, en ese lugar y en esas circunstancias, sería muy sencillo matar a alguien y hacer desaparecer el cadáver...

—No, claro que no tendría nada de malo que hubieras llamado desde el bar del pueblo —volvió a decir Justo.

Dirán lo que quieran, pero aquélla fue una época dura, muy dura, dice Mateo Moreno. Un día sí y otro también, nos desayunábamos con la

noticia de un nuevo atentado mortal o un secuestro o un tiroteo callejero... Luego, en los años ochenta, cuando los políticos viajaban por todo el mundo explicando el modelo español de transición a la democracia, yo los veía por la tele y decía: ¡Espero que en esos países no aprendan demasiado bien la lección, porque como tengan que aguantar lo que aguantamos aquí...! De todo lo que entonces vi (que fue mucho), lo que más me impresionó fue lo de Joaquín Viola, que había sido alcalde de Barcelona a la muerte de Franco. Vivía en un piso del paseo de Gracia, y una mañana entraron unos individuos, que maniataron a todos los que estaban en la casa y a él le pegaron en el pecho una bomba con temporizador. Si pagaba un rescate de no sé cuántos millones en equis días, la desactivarían; si no, le explotaría encima... Por lo que fuera, la bomba explotó enseguida y mató a Viola y a su mujer. Yo estuve allí, y te aseguro que esas cosas nunca se olvidan: la habitación oliendo a carne requemada, las paredes salpicadas de sangre y restos humanos, ella con un boquete en el cráneo y el cerebro al aire, él con esa brecha gigante en el tórax, las vísceras colgándole... Estaban tan destrozados que para sacarlos de allí tuvieron que envolverlos en unas mantas atadas con cuerdas, ¿me explico? Unos meses antes habían hecho lo mismo con un empresario, Bultó, y también a éste le había explotado la bomba encima. Los terroristas formaban parte del Exèrcit Popular Català, una especie de ETA catalana. Algunas noches, en la cama, Carmela se me abrazaba y decía:

—No corremos peligro, ¿verdad? Dime que no te va a pasar como a todos esos policías del País Vasco que, cuando se están despidiendo de su familia por la mañana, reciben un tiro en la nuca...

Yo trataba de tranquilizarla, pero tampoco las tenía todas conmigo: si eso les estaba ocurriendo a otros como yo, ¿por qué no iba a ocurrirme a mí? Así estaban las cosas a principios del 78. Hacía más de un año y medio que no había visto a Justo, y en todo ese tiempo ni siquiera me había tomado la molestia de buscar noticias suyas. Si alguna vez Justo

había formado parte de mi vida, ya no formaba: así de sencillo. Esa mañana de enero, entre la mucha gente que andaba por la casa de Viola estaba Landa. Nos encontramos primero en el descansillo de la escalera y luego en el portal, mientras sacaban las mantas con los restos. Se me acercó y me dijo:

—Éstas son las cosas que teníamos que evitar, ¿no? Y para eso contamos con tipos como el que tú sabes. Bah, pero con esa gentuza es siempre igual: en vez de hacer lo que tienen que hacer, van a lo suyo...

Tardé un segundo en comprender a quién se estaba refiriendo y, cuando quise reaccionar, estaban sacando los restos del matrimonio, y la gente en la calle había empezado a dar gritos de ¡Suárez, traidor!, ¡Gobierno, al paredón...! Luego, de camino hacia jefatura, Landa me agarró del brazo y me dijo si no me importaba que fuéramos juntos. No hubo conversación, sólo un monólogo.

—En esto, como en todo, lo que importa es quién pone las reglas —decía Landa—. En la Iglesia las pone el Papa, en los gobiernos los presidentes, en la guerra el general. ¿Por qué aquí tendría que ser distinto? ¿Qué se cree ese tipo? ¿Que me va a decir lo que tengo que hacer? ¿Que me va a imponer sus normas? No, el mundo no funciona así. Tú eres amigo suyo, ¿no? Tú me lo recomendaste y me dijiste que contigo había funcionado bien. Lo primero que tenía que haber comprendido es que las reglas consisten en que las reglas las pongo yo. Y que las puedo cambiar siempre que quiera. Cosas como lo de hoy hacen que las reglas puedan cambiar, ¿no? Me refiero al matrimonio asesinado, los Viola, los de la bomba. Muertes así pueden hacer que las reglas cambien. ¡O puede que no, pero eso lo decido yo! Si te cargas a esos terroristas antes de que ellos se carguen a un matrimonio como ése, has conseguido dos cosas: cargarte a unos y salvar a los otros. ¡Eso era lo que tenía que haber hecho tu amigo, y en vez de eso...! ¿Qué reglas son ésas? ¿Ésas eran las reglas? ¡No, no eran ésas las reglas! ¿Lo has entendido, Moreno? Pues si tú lo has entendido, tu amigo también lo entenderá. Así

que díselo, si lo ves. Si lo ves, dile que te lo he dicho yo y que ésas son las reglas. ¿Entendido, Moreno? ¿Entendido?

—Entendido.

Eso dije, aunque de su embarullado discurso sólo me quedaba claro que Landa me estaba emplumando la responsabilidad de haber adoptado a Justo como colaborador: Tú eres amigo suyo, tú me lo recomendaste, tú me dijiste... ¡Qué huevos tenía el cabrón! Había recurrido a todo tipo de malas artes para arrebatarme a mi confidente, y ahora que parecía estar causándole problemas la culpa era mía. Si por una parte me alegraba de que el asunto le provocara quebraderos de cabeza, por otra me fastidiaba que tratara de traspasarme esos quebraderos. Ahora yo tenía que localizar a Justo, al que hacía más de un año y medio que no veía, y... ¿Y qué? ¿Convencerle de algo? ¿De qué? ¿De que las reglas las ponía Landa? Ni yo mismo sabía muy bien qué mensaje debía transmitirle.

¿Y cómo localizarlo?, dice Mateo Moreno. Fui al último domicilio suyo que conocía, el de Santa Coloma, pero el piso había cambiado de inquilinos y nadie en el barrio sabía nada de él. Me acerqué después a Vallirana. La casa transmitía ahora una deplorable sensación de ruina y abandono: pintadas, porquería, zarzas... No hacía falta ni acercarse para comprender que allí no vivía nadie. A pesar de todo, me asomé a echar un vistazo. La habitación grande tenía una puerta, cerrada con un candado que parecía en buen estado de conservación. ¿Estaban esa puerta y ese candado la última vez? No podía recordarlo. Paré el coche delante de la casa de los vecinos y llamé al timbre. Del interior salía un sonido mecánico que fue poco a poco perdiendo intensidad hasta desaparecer por completo. Me abrió la puerta Eugenio León, el padre de Noel. A su espalda descubrí el origen del ruido: una máquina de estampación de camisetas que ocupaba buena parte del salón. Los muebles se habían apelotonado en la otra parte, de forma que quedaba muy poco espacio para moverse. El hombre, después de saludarme, se sintió obligado a

darme explicaciones.

—De algo hay que vivir... —dijo, aludiendo a la máquina.

Hablaba en voz baja. Dijo que su mujer, enferma, estaba en el dormitorio.

—El ruido no ayuda, pero qué le vamos a hacer... —añadió, haciendo señas hacia un bote de Nescafé.

Le pregunté si últimamente habían visto gente por la casa de Justo.

—Vagabundos, pandillas, alguna parejita... —dijo desde la cocina, mientras calentaba la leche.

—¿Y a él?

Reapareció con una bandeja medio minuto después, y con unos dedos negros de grasa de la máquina me tendió una taza.

—¿Azúcar?

—¿Y a él? —repetí.

—No, a él no.

—¿Qué tal el chico? —dije.

—En el colegio —dijo.

—Una cucharada, gracias.

Me enseñó algunas de las camisetas, con propaganda de un taller de reparaciones de Molins de Rei. Luego nos quedamos un rato en silencio, revolviendo los cafés. Pensé en dejarle un mensaje para Justo, pero cuál. Anoté el teléfono de jefatura en un trozo de papel.

—Si vuelven a ver a Justo o a saber algo de él... —dije, y el hombre asintió con la cabeza—. ¿Y cómo llevamos lo de los filántropos...?

—¿Los palíndromos?

—Eso, los palíndromos... —dije, y él dijo:

—¡Muy bien! A ver qué le parece éste: «Eva usaba rímel y le miraba suave.»

Asentí con la cabeza.

—Es bueno, muy bueno —dije.

La Brigada Político-Social se había convertido ya en Brigada de Investigación, dice Mateo Moreno. Con los cambios, mi amigo Campos había aprovechado para pasarse a la Criminal. Fue él quien uno de esos días me puso al corriente de las últimas novedades sobre Justo. Unas novedades muy sorprendentes: al parecer, era sospechoso de haber atracado un salón de juego en Sitges... Yo no me lo podía creer:

—¿Justo Gil, atracador?, ¿estamos hablando del mismo Justo Gil?, ¿Justo Gil Tello, el Rata...?

Campos asintió con la cabeza:

—Sí, sí, Justo Gil, tu Justo Gil, el Rata...

—¿Cuánto se ha llevado? —dije, y Campos soltó un bufido:

—Muy poco, poquísimo. Estaba cerrado, la recaudación ya había sido retirada y sólo había una caja con cambios. Pero, eso sí, el local ha quedado destrozado. Supongo que te imaginas de quién es el salón ese...

Dije:

—¿De los ricachones esos de ultraderecha?

Campos volvió a asentir.

—Perro que muerde la mano que le da de comer... —dijo.

—A lo mejor no le daban lo bastante, o a lo mejor la comida no era lo bastante buena.

—Ahora sabes por qué Landa lo está buscando; lo que no sabemos es para qué.

Dije:

—Eso sólo quiere decir una cosa.

—¿Qué? —dijo Campos.

No me apeteció contestarle, pero eso quería decir que habían dado cuerda al juguete, y ahora no sabían cómo pararlo. O, mejor dicho, que al juguete ya no había quien lo pudiera parar.

¡Qué alivio sentí cuando apareció publicado mi reportaje en *Primera Plana* y me alejé por fin de aquel mundillo de la ultraderecha!, dice

Manel Pérez. De la noche a la mañana tuve que inventarme nuevas costumbres para reemplazar las viejas, y los lugares que antes frecuentaba pasaron a estarme vedados, y dejé de tener amigos y compañeros de correrías, y las chicas cachondas de Fuerza Joven desaparecieron de mi vida... De golpe supe lo que era la soledad, pero qué a gusto estaba sintiéndome solo... Paseaba por las calles como supongo que lo hacen quienes acaban de salir de prisión: descubriéndolo todo otra vez, viendo el mundo con una mirada nueva, distinta. Si alguien me hubiera dicho que la ciudad me iba a parecer más bonita y la gente más amable y la vida mejor, no me lo habría creído. Pero así era, hasta tal punto nuestro estado de ánimo modifica lo que nos rodea. Incluso en casa las cosas habían mejorado. Mis padres, tan correctitos, tan decentes, en el fondo tan lastimosos, ya no me repugnaban tanto. Los veía todas las tardes salir del bracete, y sus rutinas hasta me hacían gracia. Por ejemplo, su manera de planificar el paseo, que era siempre la misma. Primero extendían sobre la mesa del comedor las cartas de mi padre para sus clientes. Luego las ordenaban por sus direcciones y formaban con ellas una especie de herradura que representaba un itinerario completo de ida y vuelta. Finalmente hacían un ordenado montoncito con las cartas y ahí estaba ya la ruta que carta a carta seguirían esa tarde, muy dignos los dos, mi padre con sus piernas cortas y su trotecillo saltarín, mi madre con sus pañuelos cursis y sus suspiros, parándose cada tantos metros en un comercio o un portal para entregar en mano la siguiente carta o meterla en el buzón. Lo hacían, claro está, para ahorrarse los sellos, pero sobre todo porque eso dotaba al paseo de un sentido y una finalidad: no era un simple pasear por pasear. Recuerdo que las cartas que no encajaban en el trayecto programado eran apartadas y quedaban a la expectativa de futuros trayectos. Cuando una carta, acaso porque iba destinada a un barrio alejado, tardaba varios días en salir, mi padre acababa poniéndole un sello, y debajo de la dirección escribía en letras bien grandes la palabra CIUDAD, lo que yo siempre interpreté como una manera de

recordar a los funcionarios de correos que el franqueo correspondiente tenía tarifa local y no provincial... Ése era el mundo de mis padres, ahorrador, metódico, un mundo que yo siempre había desdeñado y por el que pronto tuve que empezar a preocuparme.

Estaba escrito que la Gran Catástrofe comenzaría manifestándose a través del teléfono, dice Manel Pérez. Y así fue. Sonó el teléfono una noche, la habitual sensación de alarma invadió la casa, y mi padre salió al pasillo pronunciando su ya clásico lo-cojo-yo, lo-cojo-yo. A diferencia de las otras veces, no llegó después el esperado instante de alivio sino una confusa serie de preguntas y protestas: ¿Quién es usted?, ¿qué está usted diciendo?, ¿quién le da derecho a...? Cuando mi padre colgó, los demás le observábamos desde distintos puntos del pasillo. Era evidente que la Gran Catástrofe acababa de hacer acto de presencia. Mi padre me miró y dijo nada más:

—¿Qué has hecho, hijo mío?

Sorprendentemente, su reacción y la de mi madre fueron bastante menos histéricas de lo que habría podido esperar. Era como si la constante y sistemática prefiguración del desastre hubiera acabado restándole gravedad, como si tantos años de temores les hubieran preparado y fortalecido, y ahora casi acogían con alivio el que la eterna amenaza se cumpliera por fin y la prolongada incertidumbre se disipara. Así que era esto, parecían decir, y mi padre sacudía la cabeza y añadía algo así como:

—¿Por qué creéis que nos amenazan estos energúmenos? Porque en esta casa sиеeempre hemos sido liberales, sиеeempre liberales... ¿No llevo toda la vida diciéndolo?

Al principio fueron llamadas telefónicas: una voz diciendo que las cosas no iban a quedar así, que a partir de entonces ni yo ni mi familia podríamos dormir tranquilos. Después las amenazas venían en forma de notas mal caligrafiadas y fotos Polaroid de nuestro portal, de la oficina de

mi padre, de la iglesia en la que mis padres asistían a misa. Más tarde, en varias fachadas de la calle aparecieron unas pintadas con el ¡MANU, TRAIADOR! al lado del tradicional ¡FRANCO, PRESENTE! Y una noche, finalmente, lanzaron desde un coche en marcha un cóctel molotov que se estrelló contra una pared cercana y no causó apenas daños... Después de aquello, me mudé a un piso de estudiantes en el barrio de Gracia, y los fachas me perdieron la pista y poco a poco fueron cesando las pintadas y los ataques a casa de mis padres.

Si me mudé fue para no causar más zozobra a mi familia, pero también para poder seguir escribiendo sin miedo a represalias, dice Manel Pérez. Uno de mis profesores de la facultad me recomendó a varias personas de la profesión, y gracias a eso conseguí que en el periódico *Tele/Exprés* me encargaran alguna crónica de tribunales y me contrataran un par de reportajes. Eran nuevamente reportajes sobre la ultraderecha catalana, pero con pocos datos novedosos y muchas vaguedades. La actualidad avanzaba muy deprisa. Después del atentado contra *El Papus*, mi información había quedado envejecida, y lo malo era que no había ninguna manera de recuperar mis antiguas fuentes. Un día me llamaron del periódico para leerme un mensaje que habían dejado para mí. Era de Justo, que quería hablar conmigo y el lunes siguiente acudiría a hacerme una visita a la redacción. Pedí que me volvieran a leer el mensaje. ¿Hablar conmigo? ¿Hacerme una visita? ¿Habían sido exactamente ésas sus palabras? Y si había utilizado exactamente esas palabras, ¿las había pronunciado con un tono que pudiera considerarse amenazador? Yo no sabía qué mensaje era el que de verdad me estaba transmitiendo. ¿Que me tenía localizado? ¿Que podía ajustarme las cuentas cuando y como quisiera? Estábamos en enero del 78 y yo aún no había cumplido los veinte años. ¿Iba a tener que pasarme toda la vida escondiéndome de mis antiguos camaradas? La única manera de averiguar sus intenciones era acudir a la cita. Eso hice. Debido a los

recientes atentados contra medios de comunicación, se habían instaurado medidas de control en los accesos, así que precisamente en el periódico era donde menos tenía que temer. Por si acaso, algunos de mis compañeros estaban avisados. Me dejaron una mesa libre, separada por una mampara del resto de la redacción. Justo llegó sólo unos minutos después de la hora convenida. Llevaba el pelo sucio, iba mal afeitado y me pareció que cojeaba más que nunca. Le invité a sentarse y él pensó que yo tenía mi propia mesa de despacho. Señaló unos recortes de periódico clavados con chinchetas al corcho de la mampara y, creyendo que eran artículos míos, dijo:

—Esa mierda que escribes no vale nada...

Lo dijo sin agresividad, constatando nada más.

—¿Qué quieres, Justo?, ¿a qué has venido? —dije, y él se acarició la cadenita de la bala que llevaba colgando del cuello y dijo:

—A ayudarte. Somos amigos, ¿no?, y los amigos se ayudan entre ellos...

Permanecí inmóvil. Prosiguió:

—¿Por qué los periodistas escribís sin saber? ¿Por qué inventáis tanto? No sólo tú. Todos. Sobre la bomba de *El Papus* he leído auténticos disparates. La cuestión es llenar páginas, ¿no?, y da lo mismo si lo que dices es verdad o mentira. ¿Quieres saber quién está metido en lo de *El Papus*? Tú los conoces a todos...

—¿El Padrino?

—Claro, hombre. Y a los demás también. Pregúntame, pregúntame: para eso estamos los amigos...

Me retrepé en mi asiento y dije:

—¿Qué buscas, Justo? Porque si lo que buscas es vender información...

Justo hizo el gesto de quien acaba de acordarse de algo importante:

—¡Por cierto, enhorabuena! Me engañaste. Me engañaste de verdad. Sabía que eras distinto de los otros chicos, pero nunca sospeché de ti.

Para mí eras un auténtico ultra, no uno que sólo lo finge... Lo hiciste muy bien. El reportaje estaba bien escrito, ¡y qué convincentes resultaban las fotos con el *bazooka*! Enhorabuena, de verdad...

—¿Qué buscas? —volví a decir—, ¿qué es lo que quieres?

—Nada. Que hagas tu trabajo, y yo haré el mío.

Se levantó y a través de la ventana observó el hormigueo incesante de gente en la calle Tallers.

—Babilonia, Babilonia... —susurró, y sin volverse hacia mí añadió —: Dame tu número de teléfono.

Yo dudé un instante y Justo soltó una risita:

—No te fías, ¿eh?

Se lo anoté en un papel. Lo cogió, hizo un gesto de despedida y se fue.

Empezó a llamarme más o menos una vez por semana, siempre por la noche, dice Manel Pérez. Me llamaba y me decía:

—Escucha, Manu, escucha esto: «Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. Y el primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron arrojados a la tierra; y la tercera parte de los árboles fue quemada, y se quemó toda la hierba verde...»

Justo me llamaba siempre desde teléfonos públicos, y cada pocos minutos se oía caer una moneda. Entonces interrumpía un instante la lectura como para calcular el tiempo que le quedaba, y proseguía:

—«Y el segundo ángel tocó la trompeta, y algo como un gran monte ardiendo con fuego fue lanzado al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar...»

Cuando terminaba de leer, guardaba unos instantes de silencio y después decía:

—Dime qué te parece, Manu, ¿eh?, ¿qué te parece...?

A la semana siguiente me volvía a llamar y me leía otro fragmento:

—«Del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y les fue mandado que no hiciesen daño a la hierba de la tierra, ni a ninguna cosa verde ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes. Y les fue dado que no los matasen, sino que los atormentasen cinco meses; y su tormento era como tormento de escorpión cuando hiere al hombre. Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, pero no la hallarán; y desearán morir, pero la muerte huirá de ellos...»

Justo terminaba la lectura y hacía una pausa antes de comentar:

—Es impresionante, ¿no, Manu?, ¿no te impresiona...? —y repetía —: «Buscarán los hombres la muerte, pero no la hallarán..., y la muerte huirá de ellos.» ¿Te impresiona o no...?

Otra noche, algunas semanas después, me llamó y volvió a leer:

—«Ellos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, y elegidos y fieles...»

Aquí le interrumpí:

—Ya está bien, Justo. No sé qué pretendes ni qué me quieres decir, ni si vas en serio o me estás tomando el pelo. ¿Cuál era esa información tan valiosa que estabas dispuesto a pasarme? ¿Que te entretienes llamando a la gente para leerles trozos del *Apocalipsis*? ¿Eso es lo que quieres que publique? Seamos serios, hombre...

Justo se echó a reír.

—Si no te gusta, podías haberlo dicho antes. Ahora escucha. ¿Sabes algo de unos atracos a unos salones con máquinas tragaperras en Sitges, en Barcelona, en Sabadell...?

Dije:

—¿Me estás diciendo que investigue quién los cometió?

Dijo:

—No, idiota. Los atracos los cometí yo. Te estoy diciendo que

investigues a los propietarios de esos salones. ¿Hace falta que te dé el titular? Aquí tienes uno: «Así se financia el terrorismo ultra.» Suena bien, ¿eh?

Lo de los salones de juego era un auténtico tinglado, dice Manel Pérez. La propiedad de cada salón estaba repartida entre varias sociedades, que casi nunca eran las mismas y que a su vez podían estar participadas unas por otras a través de empresas interpuestas. Para complicar más las cosas, a la cabeza de algunas de esas empresas y sociedades figuraban simples testaferros. Aquí y allá, sin embargo, aparecían algunos nombres que me resultaban familiares: Miguel Gómez Benet, Carlos Sanfeliu... El atraco de enero contra el salón de Sitges no había pasado de causar destrozos en el mobiliario, y algo similar puede decirse de los atracos del mes de febrero, uno en el barrio de Les Corts en Barcelona, el otro en la Rambla de Sabadell a la altura de Ferrocarriles. En los tres casos, si rebuscaba entre las empresas propietarias, por un sitio u otro me acababan saliendo los nombres de Gómez Benet y Sanfeliu. Lo difícil era averiguar de qué otras sociedades eran accionistas y qué otros salones de juego pertenecían a esa red de sociedades. Yo no podía saberlo. Justo, al parecer, lo sabía, y con cada uno de sus nuevos atracos ampliaba mis conocimientos sobre la red. Ahora Justo me llamaba cada vez menos por teléfono, y yo tenía la sensación de que los atracos eran su manera de comunicarse conmigo. A primeros de marzo fue atracado un salón del paseo marítimo de Blanes, y un par de semanas después otro del centro de Tarragona. Al igual que en los otros casos, el botín fue mínimo y los destrozos grandes. Investigué la propiedad de ambos negocios y en uno de ellos me apareció el nombre de un tal Landa, que resultó ser hijo de un conocido comisario de Vía Layetana... Con ese material fui construyendo mi reportaje, que, sin dar demasiados nombres, se centraba en la financiación de la ultraderecha catalana y acababa sugiriendo algún grado de connivencia por parte de la policía. En la mesa

de redacción de *Tele/Exprés* hubo quien, por miedo a demandas y represalias, desaconsejó la publicación del reportaje, que pese a todo acabó saliendo a doble página el primer domingo de abril. Esa misma noche, Justo me llamó para leerme nuevos versículos del *Apocalipsis*:

—«Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.»

—¿Por qué lo haces? —dije.

—¿Por qué hago qué?

—Lo de los salones de juego, atacar los negocios de esos tipos...

—Porque se lo merecen —dijo—. ¿No crees que se lo merecen?

Luego volvió a leer algunos de los versículos sobre el Juicio Final y colgó. Ya está, el juego ha terminado, pensé, porque aquello sonaba a despedida. Pero no, el juego aún no había terminado. A la mañana siguiente, mientras me preparaba para ir a la facultad, oí por la radio que esa madrugada un incendio había destruido el salón Manila, situado en plenas Ramblas, al lado del hotel Oriente. Llamé al *Tele/Exprés* para que me ampliaran la información: había sido un incendio provocado, alguien se las había arreglado para colarse después del horario de cierre y arrojar dos cócteles molotov... Me acerqué a las Ramblas. Unos guardias impedían pasar más allá del perímetro de seguridad pero a través de las puertas abiertas se veía el local reducido a cenizas. Todo encajaba: la ira bíblica de Justo, los fragmentos del *Apocalipsis*, el gran fuego purificador, una sed de venganza que iba dirigida, sí, contra Gómez Benet y sus socios, pero sobre todo contra el mundo, contra el mundo en general. Ahora sí que Justo había completado su venganza, y no tardé en intuir que, después de aquel último golpe, desaparecería para siempre y nunca más volvería a atacar salones de juego.

No me equivocaba, dice Manel Pérez. Pero eso no quiere decir que

aquella historia estuviera cerrada del todo. Una noche, cuando volvía a casa, un hombre se me cruzó a la altura del portal. Era un tipo corpulento, con grandes bigotes. Yo pensaba que era un vecino que se disponía a entrar, pero enseguida vi cómo me bloqueaba el paso con el cuerpo.

—¿Sabes quién soy? —dijo.

Negué con la cabeza.

—Soy Landa. Puede que Justo te haya hablado de mí. Creo que sois buenos amigos. Qué bien lo pasasteis aquellos días en Cubells, ¿eh?

Su tono de voz no pretendía ser afable, pero tampoco hostil. Yo contesté cualquier cosa, y Landa dijo:

—Ahora dime dónde está.

—¿Quién? ¿Justo Gil? No lo sé.

—¿Y qué más cosas no sabes? Porque en tus reportajes das a entender que sabes muchas cosas...

Lo que en realidad me estaba diciendo era que me tenían controlado. Que sabían que el Manel Pérez de *Tele/ Exprés* era el Manu Pérez de Fuerza Joven. Que sabían dónde trabajaba y dónde vivía. Que la policía no era tonta. Dijo:

—¿Piensas seguir sacando trapos sucios? Porque Justo puede haberte contado cosas que no son verdad, y no estaría bien que fueras por ahí publicando cosas falsas acerca de gente decente, ¿no te parece?

—Hace tiempo que no sé nada de él. Me llamó algunas veces pero no he vuelto a tener noticias tuyas...

Me interrumpió, impaciente:

—¡Ya sé que te llamaba!

Luego hubo un momento de silencio, y Landa, esbozando una sonrisa, añadió una frase que sugería exactamente lo contrario de lo que pretendía expresar:

—A mí me gusta ir por las buenas...

Asentí con la cabeza, como diciendo que a mí también. Se apartó para dejarme pasar y dijo:

—Si te llega información nueva, tendrás que comprobar si es buena. No tienes más que llamarme a jefatura. ¿Me prometes que lo harás?

Volví a asentir con la cabeza.

—Buen chico —dijo Landa, y yo entré en el portal.

Desde aquel momento viví con una sensación no de miedo pero sí de inseguridad e indefensión. ¿De las palabras de Landa se deducía que habían intervenido mi teléfono? De ser así, ¿a quién acudir? Porque uno no puede ir a la policía a denunciar que precisamente la policía le ha pinchado el teléfono... Esa inseguridad y esa indefensión aumentaron cuando mis compañeros de piso descubrieron que alguien había entrado en el piso y lo había revuelto todo. Aunque habían registrado todos los cuartos, el desbarajuste mayor estaba en el mío. ¿Qué andaban buscando? No se habían llevado nada, pero es que tampoco había nada que pudieran llevarse: ni fotografías comprometedoras ni cassettes con revelaciones escandalosas ni borradores de reportajes acusatorios. Entre unas cosas y otras, mis compañeros empezaban a tratarme con algún recelo, y no podía reprochárselo. ¿Cómo reclamarles una entereza que ni a mí mismo podía exigirme? Si de verdad habían pinchado nuestro teléfono y registrado nuestras pertenencias, ¿qué garantías podía darles de que eso (o algo peor) no volvería a ocurrir? Pensé en cambiar de piso, pero eso no serviría para ponerme a salvo de la gente como Landa y tal vez sí para cortar mi vía de comunicación con Justo. Ése, en el fondo, era el problema: ¿qué hacer si Justo me llamaba para pasarme nueva información? ¿Tendría el coraje de publicar otro reportaje como el anterior, enfrentándome a Landa y a quién sabe cuánta gente más y poniendo en peligro no sólo mi seguridad sino también la de mis compañeros de piso? Se puede ser valiente cuando sólo se tiene que negociar con los propios temores, pero ¿qué grandeza hay en jugar con los temores ajenos? Al mismo tiempo que me hacía estos razonamientos, me acusaba a mí mismo de estar buscando subterfugios para rehuir mis responsabilidades. ¿Cuándo se había visto que un periodista renunciara a

sus fuentes de información por unas amenazas que ni siquiera acababan de concretarse? En fin, todo en mí eran dudas y contradicciones y, si por un lado estaba esperando una nueva llamada de Justo, por otro deseaba que esa llamada nunca llegara a producirse. La consecuencia directa de todo esto fue que, a partir de cierta hora de la tarde, el sonido del teléfono empezó a transmitirme algo parecido a la angustia... Es ridículo, ¿verdad? Toda la vida burlándome de mi familia y de su miedo a la Gran Catástrofe y del lo-cojo-yo de mi padre, y de repente me descubría idéntico a ellos. Yo atenazado por los mismos temores atávicos de mi madre, yo remedando sin querer la ridícula solemnidad de mi padre, yo reconociendo en mí mismo algunos de esos rasgos lamentables contra los que creía estar inmunizado...

El dilema no llegó a plantearse porque Justo nunca volvió a llamarme por teléfono, dice Manel Pérez. Sin fuentes de información, difícilmente podía escribir nuevos reportajes sobre la ultraderecha, así que en mis siguientes colaboraciones para *Tele/Exprés* regresé a la plácida rutina de la crónica de tribunales. ¿Qué había sido de Justo? ¿Por qué desde la noche del ataque al salón Manila no había vuelto a dar señales de vida? Con el paso de los meses, su figura iba siendo desplazada por otros asuntos de la actualidad, y puede decirse que para el verano formaba ya parte del pasado. Ese verano me tocó cubrir las vacaciones de varios compañeros, y solía estar en la redacción desde las dos o las tres hasta la hora de cierre. Una tarde vino a verme un inspector de policía llamado Mateo Moreno. Era un hombre no muy alto pero fornido, de unos treinta años, que cuando hablaba daba vueltas a la alianza que llevaba en el dedo anular.

—¿Qué desea? —pregunté.

Dejó de jugar con el anillo para llevarse una mano al bolsillo.

—Teníamos un amigo común... —dijo, y me entregó una cadenita con una bala de plata—: Le suena, ¿verdad?

Observé la bala con atención: las iniciales JGT, el año 1939, el hueco para el año de la muerte. Ahora sí que podría grabarse ese año, el 1978, pero qué importaba ya...

—¿Qué le ha pasado? —dije—, ¿cómo ha sido?

—En Vallirana, en una casa que se estaba construyendo desde hacía años. Fueron a buscarle dos tipos y le pegaron unos tiros. Un ajuste de cuentas, seguramente. Creemos que los asesinos son neofascistas italianos. Ésos ya estarán fuera de España...

Volví a mirar la bala de plata. Dijo:

—Quédesela. Como recuerdo. Justo no tenía ni familia ni amigos...

—Gracias —dije, apretando con fuerza el puño.

—Ahora cuénteme lo que sepa de Justo.

Resumí mi relación con Justo desde mis escauceos con la ultraderecha hasta mi reportaje de abril, pasando por el campamento en la provincia de Lérida.

—Enséñeme lo que tenga, papeles, fotos, etcétera... —dijo.

—No tengo nada.

—Puede que ahí encontremos alguna pista.

—Ya le he dicho que no tengo nada —dije, y después de una pausa añadí—: Todo lo que sé está escrito y publicado. Si quiere, le hago fotocopias...

El inspector se levantó para marcharse. Supuse que mis evasivas le habían molestado.

—Inspector Moreno.

—¿Qué?

—¿Por qué no me enseña cómo ha sido todo?

Fuimos a Vallirana en un coche prestado por un compañero de la redacción. Conducía yo.

—¿Sabe dónde es? —me preguntó Moreno.

—Estuve varias veces.

Paré el coche en mitad del camino y el inspector señaló la casa más

cercana. Dijo:

—Allí dejaron el coche, un Seat 1200 Sport de color rojo. Justo debía de estar en su casa, durmiendo. Era muy temprano. Oyó ruidos o llamaron a la puerta, se despertó, salió a ver...

—¿Iba armado? —le interrumpí.

—Parece que no —dijo Moreno, que se acercó a la casa, señaló tres o cuatro agujeros de bala en la pared y añadió—: Aquí los pistoleros hicieron media docena de disparos. Luego se llevaron a Justo hasta aquellos almendros de allá. Los dos tipos hicieron varios tiros más y al final le dispararon en la sien y, ya en el suelo, le remataron. Allí, pasados esos árboles...

Señalé la única casa que se veía desde ahí.

—¿Lo vio alguien?, ¿algún vecino?

—Un chico. Intentó avisar pero no llegué a tiempo —dijo Moreno, encaminándose ya hacia el coche.

Le seguí, me senté al volante, giré la llave de contacto. En aquel momento estaba convencido de que el caso nunca se resolvería, pero el inspector, como si me estuviera leyendo el pensamiento, agitó la cabeza y comentó:

—Esa gente, si no cae por una cosa, acaba cayendo por otra... Pero a quien hay que coger es al que los mandó aquí.

Le llevé a Vía Layetana. Cuando se disponía a salir, me preguntó:

—¿Tú cómo le llamabas?

—Yo le llamaba Justo...

—¿Pero no le llamabas de ninguna manera especial? —insistió—, ¿no tenía ningún mote en la ultraderecha, ningún alias...?

—No —dije, y él hizo un gesto en dirección al edificio de jefatura y dijo:

—Aquí le llamábamos el Rata.

—¿El Rata?

—El Rata —dijo Moreno, diciéndome adiós con la mano.

Siguieron yendo por allí, siguieron yendo a hacer prácticas de tiro, dice Noel León. Dejaban los coches delante de la casa y se iban hasta la vaguada que había al otro lado de los almendros, y allí hablaban entre ellos sentados en círculo y hacían ejercicio físico y disparaban contra unas dianas de cartón. Me prometí a mí mismo no acercarme, pero la curiosidad era demasiado fuerte. Junto a la acequia había un pequeño cañaveral en el que podía esconderme y espiar. Pasaba largos ratos en ese sitio. Desde allí les veía moverse de aquí para allá, correr con las armas, detenerse a disparar. El sonido de los disparos me llegaba amortiguado e inofensivo. A veces les oía cantar himnos. Cuando se ponían a cantar quería decir que estaban ya a punto de irse. Entonces yo volvía a mi casa dando un pequeño rodeo para no ser visto, y por la ventana de la cocina les veía meterse en los coches. En cuanto los coches arrancaban, corría al salón para verlos pasar por el camino. Era lo más cerca que llegaba a estar de esa gente. No siempre eran los mismos, aunque tenían todos la misma pinta de bárbaros y violentos. Mi madre, que debido a sus alergias tomaba frecuentes vahos de eucalipto, asomaba la cara por debajo de la toalla y los miraba distraídamente.

—¿Cazadores? —preguntaba, y yo asentía con la cabeza.

Luego, si todavía había luz, echaba a correr hasta la vaguada y buscaba los casquillos de bala que se habían olvidado de recoger.

Durante una época realizaban esas prácticas de tiro una o dos veces por semana, dice Noel León. Después empezaron a venir un sábado aislado o un domingo. Al cabo de un tiempo, más o menos hacia el verano, dejaron de aparecer por allí. Mi padre se metió por entonces en el negocio de la estampación de camisetas. Tuvimos que arrinconar los muebles del salón para hacer sitio a la máquina, que tenía un aspecto como de tostadoras de sándwiches en hilera. Las camisetas estaban sujetas a unas guías articuladas que al bajar quedaban encajadas entre las

planchas. Entonces las planchas se cerraban y sólo faltaba esperar a que se completara el serigrafiado. Salvo la colocación y retirada de las camisetas, que había que hacer una por una y a mano, el proceso estaba automatizado. El trabajo, por tanto, requería poco esfuerzo pero, eso sí, mucha paciencia, y lo bueno era que el mismo que le alquiló la máquina a mi padre le pasaba los encargos y se los pagaba en un plazo razonablemente breve. O sea que en aquella época teníamos dinero para vivir y todo iba bien, salvo por una cosa: el ruido. Una máquina como ésa no tenía por qué ser ruidosa pero lo era. El motor del generador sonaba como el de un camión en perpetua aceleración, los engranajes chirriaban y crujían, las planchas entrechocaban con demasiada fuerza, el timbre del temporizador avisaba con una insistencia innecesaria... Mi madre, por no aguantarlo, se encerraba en su cuarto con algodones en los oídos. Pero aquel estrépito invadía hasta los últimos rincones de la casa. Yo prefería marcharme, y pronto me acostumbré a pasar las horas muertas en la casa de Justo. La habitación grande era la única que tenía una puerta y un candado. En las otras, como mucho, había algún tablón apoyado en el marco. Las primeras tardes husmeaba un poco: aquí y allá había trapos, latas, botellas vacías que podían haber sido de Justo o de cualquiera. Después ni siquiera me molestaba en entrar. Me sentaba en la parte que no podía verse desde mi casa, y allí me fumaba unos cuantos cigarrillos y tocaba la armónica y fantaseaba con la idea de vivir algún día en una casa normal de una ciudad normal. Por supuesto, me despreocupé por completo de la limpieza y la conservación de la casa: por mí como si le caía un rayo. Pasaron los meses. Hacía por lo menos medio año que ni Justo ni sus amigos aparecían por allí cuando oí el ruido de un coche parándose. Me asomé. Del coche salió un hombre, que echó un vistazo rápido al interior de la casa y soltó un escupitajo. El conductor me vio y me llamó con la mano. Avancé un par de metros. El otro vino hacia mí y volvió a escupir.

—¿Qué hacías, chico? —me dijo, y yo me encogí de hombros.

Las caras de los tipos no me sonaban, pero por el aspecto podían ser de los que se juntaban para hacer prácticas de tiro.

—¿Vienes mucho? —dijo el del coche.

—De vez en cuando.

—¿Suele venir más gente, chico? —dijo el otro, y a mí me molestó que volviera a llamarme chico.

—No —dije—, nunca viene nadie.

Dijo:

—El dueño de la casa, uno cojo... ¿Sabes quién es? ¿Lo has visto alguna vez?

Volví a encogerme de hombros.

—¿Qué hacemos? —preguntó el que conducía.

—¡Bah! —contestó el otro. Se metió en el coche, bajó la ventanilla y escupió otra vez.

¿Cuándo ocurrió eso?, ¿en enero, en febrero del 78? Desde luego, no mucho más tarde. Un par de meses después, un día de abril, fui a la casa y vi que la puerta estaba abierta y el candado en el suelo. Como esa habitación era tan oscura, tuve miedo de que Justo o quien fuera estuviera dentro mirándome. Me deslicé en uno de los cuartos pequeños, cogí el paquete de cigarrillos y el mechero (los guardaba en una caja de galletas danesas escondida entre unos ladrillos) y eché a correr hacia mi casa. Durante los días siguientes no me acerqué por allí, pero me mantuve alerta. Una tarde me pareció verle de lejos en el camino que llevaba al barranco. Otra tarde creí distinguir su figura junto a la parada del autobús. Y una noche, finalmente, llamaron a la puerta y era él.

—Os he traído una botella de vino —dijo, enseñándola.

Mis padres le invitaron a pasar. Se sentaron en el arrinconado tresillo, con tan poco espacio que casi se tocaban sus rodillas, y se sirvieron el vino. Mi padre hablaba de la suerte que había tenido con lo de la estampación. Justo miraba la máquina y asentía con la cabeza y, si le preguntaban por su vida, decía:

—Vamos tirando, vamos tirando...

Yo todavía estaba dolido con él. No le perdonaba sus gritos de la última vez y evitaba mirarle a los ojos. En cuanto se terminaron el vino se levantó. Dijo:

—Tengo que hacer un par de arreglos. Necesito que me ayudes, Noel. ¿Vienes el sábado?

Para él era como si nunca hubiera sucedido nada, como si jamás me hubiera gritado que su casa era una propiedad privada y que no quería volverme a ver por allí.

—Está bien... —dije.

El sábado por la mañana me asomé a la ventana de la cocina y le vi trabajando delante de su casa. Me acerqué. Estaba poniendo la puerta de la entrada.

—Sujétame esto mientras pongo estos clavos...—dijo, subiéndose a una escalera de mano, y yo hice lo que me decía.

Y así fue como reanudamos nuestra amistad. Iba cuando no tenía clase y le ayudaba a acondicionar la casa. El verbo acondicionar no resulta muy apropiado, porque aquello nunca reuniría unas condiciones mínimas de habitabilidad. No tenía agua corriente ni por tanto instalaciones sanitarias, y Justo estaba siempre llenando cubos en la acequia. En cambio, sí tenía electricidad, tomada supongo que irregularmente de algún poste cercano, y a la luz de las bombillas la habitación grande no parecía tan desolada. Los reyes antiguos no vivían mucho mejor, solía decir Justo. Le ayudé a limpiar aquello de basura y a tapar las grietas con cemento. Le ayudé a poner contraventanas y puertas, a pintar de blanco las paredes, a construir un tendedero en la parte de atrás. Le ayudé a hacer con unas tablas unos estantes y una mesa, que junto a tres sillas viejas constituían todo el mobiliario. Aunque algo avejentado, Justo seguía siendo el de siempre. Tan pronto me contaba alguna anécdota de su infancia como se quedaba abstraído o me leía algún fragmento de Vintila Horia.

—Escucha esto, Noel —decía, y con el dedo índice seguía el subrayado de la página—: «El tiempo y el espacio se nos aparecen como cosas distintas, pero no es así. En realidad, pasado, presente y futuro no existen, sino sólo el presente, que se identifica con Dios. Dios es perfecto, sin fronteras; nosotros somos limitados y nos resulta imposible hablar de él. Conceptos como pasado, presente y futuro nos ayudan a vivir dentro de nuestra dimensión humana, pero nos impiden la contemplación de una realidad mucho más compleja, a la que sólo unos pocos, los clarividentes, tienen acceso.»

Entonces se volvía hacia mí y me preguntaba:

—¿Qué te parece, Noel? «Dios es perfecto, sin fronteras.» ¿No crees que son unas palabras muy hermosas, unas palabras muy hermosas y muy sabias?

Esa rara religiosidad suya y ese afán de trascendencia se avenían muy bien con su forma de vida, tan austera, tan ascética. Los días de lluvia salía a recoger caracoles al lado de la riera, y luego se los vendía a un restaurante de la carretera. Era ése todo el dinero que manejaba, pero tampoco parecía necesitar más. Tenía muy poca ropa, cada vez más remendada, y se alimentaba sobre todo de fruta y hortalizas que no sé si compraba o cogía por el campo. Bebía agua de la acequia, previamente hervida en un hornillo de camping-gas, y el único capricho que se concedía era la radio. Tenía a todas horas encendido un transistor en el que le gustaba escuchar programas de ciencia y medicina, y a veces replicaba en voz alta a los comentarios del presentador como si éste pudiera escucharle.

De su anterior vida, fuera la que fuese, no había quedado nada, dice Noel León. O ésa es la sensación que tuve durante un tiempo, digamos durante dos o tres meses, hasta que vi por primera vez aquel coche rojo, aquel Seat 1200 Sport. Era un sábado. Al mediodía había caído un buen chaparrón, y Justo venía por el camino con el saco de los caracoles al

hombro. Yo le esperaba a la entrada de su casa practicando con la armónica. Como el saco no estaba lleno, de vez en cuando le veía agacharse y coger un par de caracoles más. Cuando estaba ya a punto de llegar, pasada mi casa, apareció el 1200 Sport. Avanzaba despacio a espaldas de Justo y, en cuanto lo alcanzó, aminoró aún más la velocidad para mantenerse a su altura. Acabaron parándose, y Justo se agachó un poco para hablar con los del coche. Yo dejé la armónica y agucé el oído. Pero no estaban lo bastante cerca. Ni siquiera podía percibir si el tono de la conversación era tenso o amigable. Fue, de todos modos, una conversación muy corta. El coche dejó atrás a Justo y aprovechó la explanada de la casa para dar la vuelta en dirección a la carretera y el pueblo. Antes de completar el giro, se detuvo un instante. El que conducía me hizo una señal con el pulgar hacia arriba y dijo:

—*Salve!*

Eran dos hombres, con un aspecto como los de la vez anterior, acaso algo mayores. Los seguí con la mirada mientras pasaban de nuevo al lado de Justo y hacían sonar el claxon. Esta vez él ni los miró. Entró en la casa y de un manotazo se apartó un caracol que le subía por el hombro.

—¿Quiénes eran? —dije.

—Este saco tiene un descosido...

—¿Quiénes eran?

—Nadie.

—¿Italianos?

—Ni idea —dijo, y con un cordel se puso a remendar el agujero de la arpillera por el que escapaban los caracoles.

Yo entonces no concedí a ese encuentro la importancia que tenía. Sólo algunos años después, cuando vi por televisión una película titulada *Los asesinos*, comprendí muchas cosas que en aquel momento ni siquiera podía intuir. En la película, unos pistoleros llegan a un pueblo buscando a un hombre al que tienen que matar. El hombre, interpretado por Burt Lancaster, tiene la posibilidad de escapar pero, cansado de esconderse, se

quedaba a esperar la muerte. En realidad, desde su llegada al pueblo no había hecho otra cosa que eso: esperar la muerte, esperar que aparezcán unos asesinos a pegarle un tiro... Ahora sé que la historia de Justo era muy parecida: se había retirado a Vallirana sabiendo que algún día aparecerían para matarle. Y esas personas ya habían aparecido. Desde aquel sábado, el 1200 Sport se dejaba ver muy a menudo. Cuando la tierra estaba seca, se veía desde lejos la polvareda que levantaba por el camino. Al pasar junto a nosotros, los italianos hacían algún gesto de salutación al que Justo jamás respondía. Luego el coche se paraba en la curva, a la sombra de una higuera. Se quedaba ahí un rato, hasta que daba la vuelta y lentamente volvía a pasar cerca de nosotros. Era así un día tras otro, siempre igual aunque no siempre a la misma hora.

—¿Quiénes son? —preguntaba yo, y Justo no contestaba nada o contestaba:

—Nadie, sólo gente...

Si en aquella época hubiera conocido la película de Burt Lancaster, tal vez habría adivinado lo que estaba a punto de ocurrir. Desde luego, Justo lo sabía. Y seguramente también sabía que los dos italianos sólo estaban esperando la ocasión propicia. Ese verano yo tenía quince años recién cumplidos. El último fin de semana de julio era el del congreso anual de la Asociación, que ese año se iba a celebrar en un pueblo cántabro (y por supuesto palindrómico) llamado Aja. Hacía semanas que yo había anunciado a mis padres mi intención de no acompañarles. No me apetecía pasarme las horas leyendo palíndromos en una pizarra, no me apetecía aplaudir al ganador del Palíndromo del Año, no me apetecía hacerme la clásica foto de grupo junto al letrero del pueblo... Mi decisión no había gustado a mis padres, y hasta el final no estuvo claro que fuera a conseguir su permiso. Durante la comida del viernes, con los equipajes ya preparados junto a la puerta, hicieron el último intento de convencerme.

—No os preocupéis por mí, ya soy mayor —les dije, y poco después les ayudé a cargar el coche.

Era la primera vez que me dejaban solo. Mientras me despedía de ellos, vi que Justo nos miraba desde el camino. ¿Intuía lo que aquella despedida podía significar? ¿Sabía ya que era eso lo que los italianos estaban esperando y que, por decirlo de algún modo, le había llegado el momento? Fue ésa la primera noche de mi vida que pasé sin mis padres. Hacía mucho calor y dormí con la ventana abierta. El sábado, al punto de la mañana, me despertó el ruido de un motor. Me asomé. Era el 1200 Sport, que se había parado delante de casa, más o menos en el sitio en el que mi padre solía dejar su coche. Nunca antes los dos italianos se habían dejado ver a una hora tan temprana. Empecé a comprender muchas cosas: precisamente porque no estaba el coche de mi padre estaba el suyo allí. Esos hombres creían, por tanto, que también yo me había marchado y no quedaba ningún posible testigo. De repente no estuve seguro de que la puerta principal estuviera cerrada por dentro. Fui al salón y sigilosamente di otra vuelta a la cerradura. Me agaché para mirar por la ventana. Los italianos fumaban apoyados en el capó. Algo muy grave estaba a punto de ocurrir. A gatas y dando un rodeo por detrás de la máquina estampadora llegué hasta la mesita del teléfono, que estaba al lado de la otra ventana. ¿A quién llamar? Sólo se me ocurrió Mateo, el policía. Mis padres solían anotar los números de teléfono en trozos sueltos de papel que luego metían entre las páginas del listín. Encontré el número de jefatura y me dijeron que no estaba. Pregunté por su número particular pero se negaron a dármelo. Pedí por favor que le llamaran y le dieran un recado.

—¿Qué recado?

—Que me llame. Que me llame enseguida. Es muy urgente. Soy Noel, el hijo de los palindromistas.

—¿De los qué?

—De los palindromistas. El inspector ya sabe...

Colgué y volví a mirar por la ventana. Uno de los italianos tiró el cigarrillo al suelo y se acercó a la casa. Se inclinó primero sobre una ventana y luego sobre la otra, la mía. No sabría decir si estaba

cerciorándose de que no hubiera nadie en la casa o si la insólita presencia de la estampadora había despertado su curiosidad. Nos separaban unos pocos centímetros de muro y cristal. Yo, pegado a la pared, percibía su proximidad como algo oscuro, amenazador, igual que cuando te metes en un pantano de aguas turbias y notas junto a tus pies peces tan grandes como tú mismo. Contuve la respiración. Que se vaya, que se vaya..., me decía para mis adentros, paralizado por el miedo.

—*Nessuno, non c'è nessuno!* —oí que le decía a su compañero, alejándose.

De repente sonó el teléfono y el hombre, al oírlo, se detuvo y retrocedió. Pegó otra vez la cara al cristal. ¿Creía tal vez que se abriría alguna puerta y alguien saldría a contestar? Desde donde él estaba, veía perfectamente el teléfono, así que la posibilidad de descolgar estaba descartada. ¡Vete!, ¡vete!, murmuraba yo. Sonaron cuatro o cinco timbrazos más y el hombre seguía ahí. Se oyó por fin un chasquido final, y al cabo de unos segundos el italiano se apartó y repitió:

—*Nessuno!*

Yo maldije mi suerte: el que había llamado no podía ser otro que Mateo, y ahora seguro que no volvería a llamar...

Ninguna de las ventanas ofrecía una visión completa de la casa de Justo y el camino, dice Noel León. Desde el salón les vi echar a andar por el camino, pero para verles llegar a la casa tuve que desplazarme hasta la cocina. Uno de ellos aporreó la puerta y gritó unas cuantas veces el nombre de Justo. Lo gritó con un tono cantarín, como el lobo feroz en los dibujos animados. Justo abrió la puerta y apoyó la espalda contra el marco. Yo no oía ya lo que decían, pero en principio la escena no transmitía una sensación especial de amenaza. Si alguien en ese momento hubiera pasado por allí habría pensado que era una pequeña reunión de vecinos hablando de cualquier cosa, y no un encuentro entre una víctima y sus verdugos. Ni siquiera habría percibido la inminencia del peligro

cuando uno de los italianos sacó una pistola y apuntó como en broma a una urraca. Muy poco después, el otro sacó su arma y se sumó al juego, también sin llegar a disparar. Lo van a matar, pensé, le van a pegar dos tiros en la cabeza y va a caer redondo delante de su casa. Justo seguía apoyado en el marco de la puerta, aparentemente tranquilo, con los brazos cruzados, como si aquello no fuera con él. Los pistoleros no parecían tener prisa. De vez en cuando uno de ellos daba a Justo un par de palmadas en el hombro. Como viejos amigos, como camaradas. Luego Justo y el otro italiano desaparecieron unos minutos en el interior de la casa. Cuando salieron llevaban unas bolsas de plástico. El que se había quedado fuera empezó de repente a disparar contra la pared de la casa. Disparó tres, cuatro, cinco veces. Era como si estuviera probando la puntería contra una araña o una lagartija que intentara escapar o esconderse entre los ladrillos. El otro, enfadado, le gritó algo en italiano. Estuvieron varios minutos discutiendo a gritos. A su lado, Justo sostenía una bolsa y se limitaba a esperar. Luego echaron los tres a andar hacia la parte de atrás de la casa, hacia los almendros. Pensé: Claro, no lo van a matar delante de su casa, buscarán un sitio más discreto... Los perdí de vista y me senté en un taburete. Me parecía que eso era todo lo que podía hacer: permanecer sentado mientras ocurría lo que tenía que ocurrir. Al cabo de unos minutos oí un disparo. Abrí la ventana y me llegó con claridad el sonido de un nuevo disparo. Ya estaba, lo habían matado, primero le habían pegado un tiro y luego lo habían rematado... Pero pasaron unos segundos más y se oyeron otros dos tiros, y luego otros dos, algo espaciados. Salí de casa en dirección a la acequia y me oculté detrás del cañaveral. Estaban en la vaguada, en la zona de las prácticas de tiro. Justo se ocupaba de colocar en una fila unas cuantas botellas, y los dos italianos se alternaban para disparar. ¿Podía ser que finalmente sólo hubieran ido para eso, para probar su puntería, y no para matar a Justo? Entre disparo y disparo, los pistoleros hacían grandes aspavientos y soltaban fuertes risotadas. Uno de ellos se puso a andar a pasitos cortos y

con los brazos pegados al cuerpo. Estaba imitando o parodiando la manera de andar de alguien. ¿De quién? Lo supe cuando le oí gritar:

—¿Cómo están ustedeees?

Estaba imitando a Miliki, uno de los payasos de la tele. El otro contestó:

—¡Bieeen! ¿Verdad que sí, Justo? ¡Bieeen!

Para ellos, aquello era como un juego. Levantaban una pierna y disparaban por debajo del muslo, o se ponían de espaldas y en un mismo movimiento se volvían y disparaban, o apuntaban con cuidado pero luego desviaban la mirada y disparaban a ciegas..., y entre tanto repetían a gritos el saludo de los payasos y celebraban los aciertos con carcajadas y discutían entre ellos cuando fallaban. No siempre esperaban a que Justo terminara de colocar las botellas. A veces disparaban cuando todavía estaba agachado, y la bala levantaba una nubecilla de polvo a quince o veinte centímetros de su mano. Cuando se dirigían a Justo, sí que me llegaban sus voces.

—¡No tengas miedo, que no te vamos a dar!, ¡sabes que nosotros no fallamos! —le gritaba uno de ellos entre risas, y el otro decía:

—¿Cómo están ustedeees?

Su tono resultaba muy poco tranquilizador. Se comportaban como si estuvieran borrachos, aunque seguramente no lo estaban: era la ebriedad de la violencia, de la sangre que estaban a punto de derramar. A mí ya no me cabían dudas acerca de lo que iba a suceder. Aquellos dos tipos se comportaban como los gatos que acaban de atrapar a un ratón: al principio les entretiene jugar con él, pero enseguida se cansan y lo revientan de un mordisco. Justo, con gesto derrotado, se limitaba a callar y obedecer. Puso unas cuantas botellas más, y los otros las destrozaron a tiros. Yo intuía que su tiempo se estaba acabando, pero de hecho ya se había acabado. Justo gritó:

—¡Eran las últimas!, ¡ya no quedan botellas!

Los otros expresaron contrariedad, como si no hubieran contado con

que las botellas pudieran terminarse.

—*Porca miseria!* —exclamó uno, y el otro dio unos pasos hacia Justo y gritó:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Contra qué disparamos? ¡Porque balas sí que nos quedan...!

Entonces se agachó, agarró un culo de botella que se conservaba entero y, como en una ceremonia de coronación, se lo puso a Justo en la cabeza.

—No te muevas, *non ti muovere* —dijo.

Se volvió hacia su amigo y gritó:

—*Guarda! Sembra un re!*

Y el otro asintió:

—*Il re dei traditori!*, ¡el rey de los traidores!

Luego acercó su cara a la de Justo, que era como un Cristo con su corona de espinas, resignado, dispuesto para el sacrificio, y al tiempo que le apoyaba el cañón del arma en el estómago le decía cosas que yo no alcanzaba a oír. Justo humilló la cabeza, y el trozo de cristal cayó al suelo.

Ése sí que era el momento, dice Noel León. Los dos tipos ya no tenían que fingir nada. Sólo les faltaba disparar, y el único que lo estaba viendo todo era yo... ¿Pero qué podía hacer para impedirlo? Fantaseé por un instante con la posibilidad de dejarme ver. Pensé que descubrir la presencia de un testigo podría hacerles desistir. Pero eso, que tal vez habría surtido efecto al principio, ahora seguro que no funcionaría. Lo más probable sería que nos mataran a los dos: primero a él por el motivo que fuera y después a mí por meter las narices donde no debía. Y aunque hubiera decidido intervenir de algún modo, sé que difícilmente habría llegado a hacerlo, tan atenazado estaba por el miedo... ¿Me había preguntado alguna vez si era un valiente o un cobarde? Ya no hacía falta. Ya lo sabía. Sabía que era un cobarde, y la desazón del descubrimiento se

añadía a mi desconsuelo. Miré de nuevo a Justo, sabiendo que podía ser la última vez que lo viera con vida. Permanecía completamente inmóvil, la cabeza gacha, los ojos tal vez cerrados. Los italianos, mientras tanto, apuntaban hacia el suelo y se miraban entre ellos como consultándose quién debía disparar primero. ¿Le habrían dado permiso para rezar? Seguro que sí: ningún verdugo niega nunca unos segundos para una oración última. Luego Justo dio como un respingo, y supuse que era una señal para sus asesinos. Ya estaba: si había estado rezando, había acabado. Me tapé la cara con las manos y..., y eso es lo último que recuerdo, porque en mi memoria hay después un vacío que igual pudo durar dos minutos que dos horas. Lo siguiente que recuerdo es que yo estaba en la vaguada, sentado a pleno sol, achicharrándome, y que alguien me daba cachetes en la cara. Abrí los ojos. Era Mateo, el policía.

—¡Noel, Noel...! ¿Estás bien? ¡Dime! ¿Me oyes? ¿Entiendes lo que te digo? ¡Noel! ¿Estás bien?

—Sí —dije.

—¿Qué ha pasado? He visto que no me cogías el teléfono y... ¿Qué ha pasado, Noel?

Eché un vistazo a mi alrededor. A mi lado estaba el cadáver de Justo, desmadejado, sucio, con sangre seca en las comisuras de los labios y una parte del cráneo hundida por el disparo. La mayor aventura de mi vida acababa de terminar, y había terminado mal.

EPÍLOGO

Nos vimos en la cafetería del Ateneu, dice Carme Román. A Toni le había conocido unos días antes en la retrospectiva que el Palau de la Virreina había dedicado a la obra de Ferran Coll, su abuelo, muerto un par de años atrás. La exposición incluía una serie de dibujos titulada *El Rata*, 1969. Yo ya sabía que Justo Gil había sido confidente de la policía y que le llamaban el Rata: lo había leído hacía mucho tiempo en un reportaje del *Tele/Exprés*. Toni me pidió que le contara todo lo que sabía. Al principio no entendí los motivos de su curiosidad. Luego intuí que se sentía en el deber de completar una investigación que su abuelo había dejado a medias.

—Cuéntamelo todo —repitió—. Háblame.

—¿Pero de qué?, ¿de qué quieres que te hable?

—De lo que te apetezca. De tu vida. De ti, de Justo...

Respiré hondo, me arreglé el peinado y comencé:

—Se puede decir que Justo y yo fuimos socios. Eso fue en 1964, dos años después de que mis padres y mi hermano murieran en la riada y yo me viniera a Barcelona a vivir con mis tíos...

NOTA DEL AUTOR

Tengo que agradecer a Xavier Vinader la generosidad y la paciencia con la que a lo largo de estos tres años ha atendido todas mis consultas. Mi agradecimiento va también para Matías José Ros, Jorge González Aznar y Javier Tébar (Archivo Histórico de CCOO), así como para los autores de los libros a los que he acudido en busca de información, como Antoni Batista (*La Brigada Social*, 1995), Jaume Busqué i Barceló (*Xavier Vinader i Sánchez. Periodisme i compromís*, 2009), Vicente Cazcarra (*Era la hora tercia*, 2000), Vintila Horia (*Encuesta detrás de lo visible*, 1975), Gregorio López Raimundo (*Primera clandestinidad*, 1993-1995), Josep Maria Muñoz Pujol (*La gran tancada*, 1999), Teresa Pàmies (*Va ploure tot el dia*, 1974), José Luis Rodríguez Jiménez (*Reaccionarios y golpistas*, 1994) y Mariano Sánchez Soler (*La transición sangrienta*, 2010). Gracias asimismo a mi mujer, María José Belló, mi primera lectora siempre.

El día de mañana

Ignacio Martínez de Pisón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Ignacio Martínez de Pisón, 2011

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© Editorial Seix Barral, S. A., 2011

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre 2012

ISBN: 978-84-322-1441-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

[IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

Table of Contents

[IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)